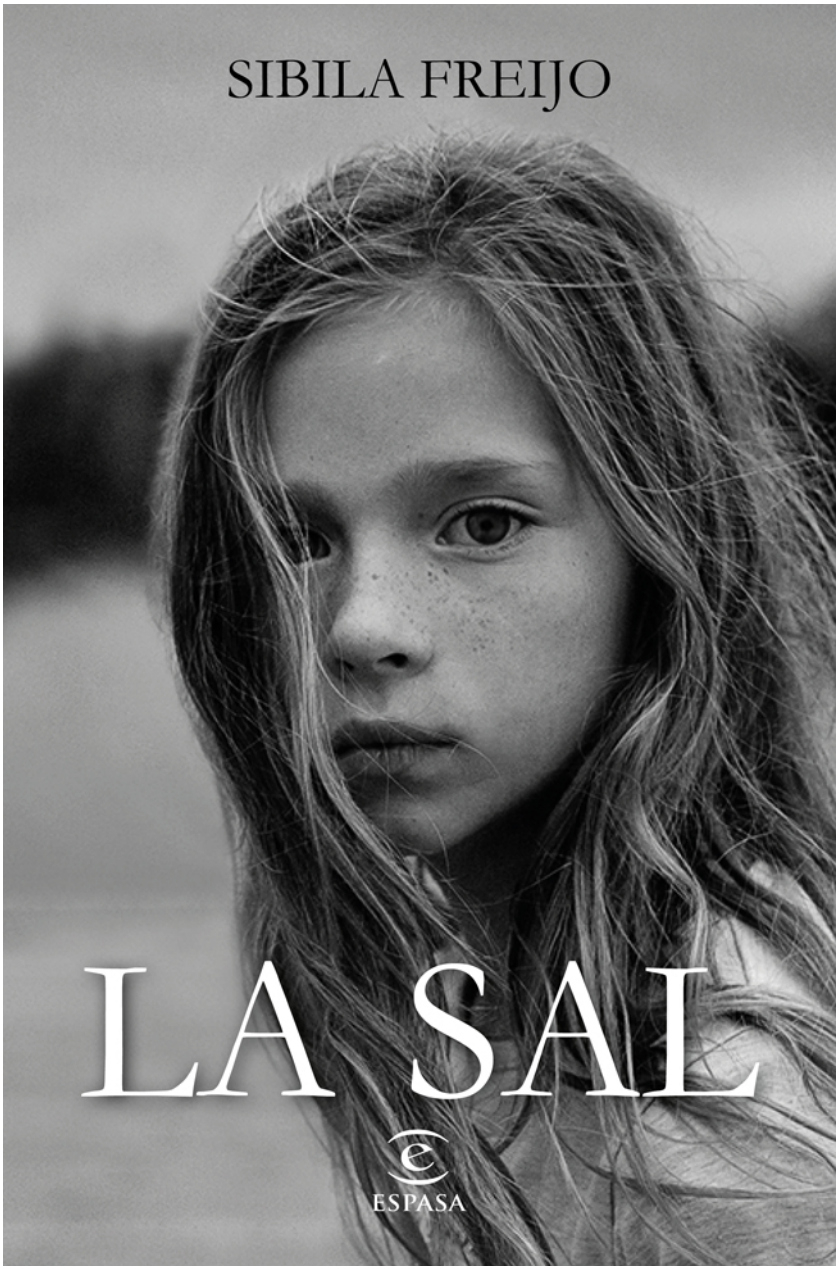
SIBILA FREIJO
LA SAL
ESPASA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Lema
1. LA SAL
2. LOS TELÉFONOS DE LOS MUERTOS
3. LAS COSAS SIN DUEÑO
4. CATALEPSIA
5. CENIZAS Y DESPEDIDAS
6. OFRENDAS
7. NIÑA NADIE
8. VERANOS
9. BENAVENTE
10. CUMPLEAÑOS
11. EL COLEGIO
12. CINEXIN
13. VARGAS LLOSA
14. LA VERDAD TE HACE LIBRE
15. HIJOS DE PROGRES
16. MANOLITO DE NIÑO
17. O REMO
18. QUE NO SE ACABE ESTE DÍA
19. LA VERGÜENZA
20. ANIMALES QUE SON PERSONAS, PERSONAS QUE ESCRIBEN
21. PAPAÍTO MÍO
22. ERA DE NOCHE Y, SIN EMBARGO, LLOVÍA
23. EL HORLA

24. ESTOY BORRACHA. LLÉVEME A CASA
25. LAS MALAS FAMILIAS
26. ALBA
27. LOS ÚLTIMOS COLETAZOS
28. JUSTO A TIEMPO
29. LA ÚLTIMA FIESTA
30. LOS NOMBRES PERDIDOS
31. UNA HISTORIA VERDADERA
32. EL ÚLTIMO VIAJE
33. EL CABEZUDO
34. BONUS TRACK
35. NUEVE MESES EN LA VIDA DE UNA MUJER
36. LOS LOCOS DE MI FAMILIA
37. MORA, TOLEDO
38. EL ARTISTA
39. MA
40. POSTALES PLASTIFICADAS Y APELLIDOS OLVIDADOS
41. BLANCO Y NEGRO
42. CLASES PARTICULARES
43. ENTREVISTA A UNA MADRE
44. NOCHE DE REYES
45. RONDA DE OUTEIRO
46. DON QUIJOTE
47. LA NANCY
48. EL DÍA DE LAS HAMBURGUESAS
49. EL CHEF
50. LA MUERTE NO EXISTE
51. DIME ALGO BONITO
52. CAFETERÍA HILTON
53. SALVADAS
54. AGARRADO A LAS PALABRAS
55. TODO SOBRE MI PADRE
56. SECRETOS
57. TENER VOZ
58. PERVERSIONES
59. VUELTA A CASA

60. UN DOMINGO DE RASTRO
61. MI NOCHEBUENA SOÑADA
62. QUERIDA SIBILONCIA, NUNCA TE ENVIÉESTA CARTA, PERO TÚ LA ENCONTRARÁS CUANDO YA NO ESTÉ
63. LA SAL
EPÍLOGO. UN PADRE ES UN ÁRBOL
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Creo que siempre esperé la muerte de mi padre como la prueba definitiva para comprobar si le quería o no. Porque, en el fondo, no me perdoné nunca el quererle. Tampoco me perdonaba el no quererle.

Solo sabía que cuando él muriera, yo, probablemente, podría empezar a quererle en paz.

Nacida a principios de los años setenta, Sibila, la autora de esta novela y la protagonista de esta historia, es una "niña nadie", como muchos de los hijos de aquella generación de padres "progres" y ateos. Una cría infeliz, a menudo maltratada, que crece a la intemperie entre un padre dominante y alcohólico, pero también culto y sensible, y una madre ausente.

Pasados ya los cuarenta y a raíz del inesperado dolor por la muerte del padre, la autora va desgranando su complicada relación con él, desde su niñez a la vida adulta, en lo que quiere ser un ejercicio sobre las infancias perdidas, lo absurdo y vital de los lazos familiares y la necesidad de querer y ser queridos.

La sal es, además, la cronología de una muerte vivida en primera persona. Una mirada sobre el duelo, la pérdida y el desconcierto de una hija que únicamente hace una cosa por su padre: acompañarle en su muerte. Perdonarle cuando ya es tarde.

En la novela también se habla del milagro de esas personas que nos "salvan" del desamparo, con un fresco familiar repleto de humor y ternura que llena sus páginas de personajes inolvidables que marcan la vida de la protagonista, como también lo hacen el cine, la literatura…

En suma, *La sal* es una reflexión sobre la felicidad perdida, lo inevitable de los lazos familiares y el poder del perdón y del amor.

LA SAL

SIBILA FREIJO

A Manuel, que fue mi padre

Hasta yo mismo pienso a menudo que poco o nada sé de mi verdadera vida.
Solo vagas nociones, débiles pistas y difusas imágenes que persigo para mí mismo, para poder exponerlas aquí.

WALT WHITMAN

1

La sal

—Ven aquí ahora mismo. Te voy a decir exactamente lo que tienes que traer. Así aprenderás a no poner esa cara de culo cuando te pido algo —dice el padre sentándose con brusquedad a la mesa del salón.

La niña, que apenas es una adolescente de doce o trece años, se acerca atemorizada. Se pregunta qué le espera esta vez. Hubiera sido mejor hacer lo que el padre le había pedido desde el principio, no haberle contestado. Ahora sabe que no hay solución; por muchas disculpas que pida, ya no puede hacer nada.

—Trae aquí un paquete de pan de molde, un salero, un plato y un despertador —le ordena.

Mientras espera a que ella regrese con las cosas, el padre coge del mueble bar un vaso ancho y una botella de *whisky* Dick. Los deja encima de la mesa. Se vuelve a sentar. Se escuchan los ruidos de la niña trajinando en la cocina, abriendo y cerrando cajones y puertas. Con cara de susto, regresa al salón con todas las cosas que el padre le ha pedido. Casi parece que se sujeta al paquete de pan Bimbo. Continúa de pie, esperando el castigo. Él no le dice que se siente.

El semblante del padre es de furia apenas contenida, como si un demonio le habitara y no fuera él, sino otro. Cara de urgencia; las venas de las sienes levemente hinchadas. Abre el paquete de pan de molde y saca dos rebanadas que coloca ceremoniosamente en el plato, comenzando una siniestra escenografía. Coge a continuación el salero, que está lleno hasta arriba, le quita la tapa

y lo vacía sobre una de las rebanadas. Después pone la otra rebanada encima haciendo una suerte de bocadillo. Hay ira en sus movimientos, pero se trata de una ira controlada, en fases cuidadosamente estudiadas.

Coge entonces el pequeño reloj despertador que la niña le ha traído y, golpeándolo contra la mesa, señalando el bocadillo de sal, le dice amenazante:

—Tienes un minuto para comerte esto.

—¿Qué? —pregunta ella perpleja.

—Ya lo has oído. Que te lo comas. ¿No entiendes el castellano o qué?

La niña empieza entonces a comerse el sándwich como puede. La sal le quema la boca, le abrasa la garganta; se ahoga. Los ojos se le llenan de lágrimas, de nervios, de miedo. El estómago se le contrae en una nausea infinita. Pero lo peor no es eso: lo malo es no saber si la cosa acabará ahí o irá a más.

Entre arcadas, se mete un nuevo trozo de bocadillo en la boca ante la mirada impasible del padre, que indica, señalando el despertador, que aún le queda bastante trozo por comer.

—El tiempo se acaba —le apremia.

Cuando ya se lo ha terminado, la niña, que sigue de pie, pide desesperadamente agua entre sollozos y arcadas.

Y el padre, llenando el vaso de *whisky* hasta el borde, le dice:

—Nada de agua. Esto es lo que tienes para beber. Acábate hasta la última gota, ¿me has entendido?

Y vuelve a poner el segundero del despertador y a golpearlo contra la mesa.

2

Los teléfonos de los muertos

Ya no queda ningún testigo de mi infancia. Mi madre no se acuerda y no le importa, mi padre está en una urna y mis abuelos están todos muertos.

Al día siguiente de morir mi padre, mi madre me entregó todas las fotos mías de bebé y de él de joven en una pequeña bolsa de plástico de El Corte Inglés.

—Toma —me dijo— por si las quieres. Estoy haciendo limpieza. No quiero tener nada suyo.

La infancia no es ninguna patria, es más bien un pueblo abandonado de la España vaciada, un asunto olvidado que parece tener relevancia solo mientras se vive. Después, es un periodo yermo que no sirve para mucho, ni siquiera para volver a él. Es el pellejo de una vida, el sedimento; solo importa el poso que deja, la semilla que dará lugar a una planta robusta o a un esqueje quebradizo. Únicamente los viejos consiguen revivir la infancia; solo al final de nuestros días se nos permite volver al comienzo de todo, como en un círculo vicioso. Pero la infancia requiere de testigos que narren lo sucedido. Requiere también fiarse de esos testigos o confiar ciegamente en la propia memoria. No sé qué es peor.

¿Qué hay de cierto en nuestras vidas, lo que nos cuentan, quizás maquillado, tergiversado, o lo que recordamos y a veces exageramos nosotros mismos? ¿Cuál es la verdad, lo que hemos enterrado y enviado al olvido porque es demasiado doloroso de recordar? Nuestra vida verdadera, entonces, es como la muerte, no

acaba de existir, un manantial que nunca se detiene; un agua siempre fluyendo, a veces turbia, otras más clara.

No tengo ya testigos de mi infancia, así que quiero pensar que hubo cosas buenas que no recuerdo y vivencias terribles que me he debido de inventar o he exagerado.

Me acuerdo de algunas cosas sueltas, breves momentos de alegría, o más bien de normalidad. Uno de ellos sucedió el día en el que Javi, el por aquel entonces novio de mi madre, me llevó de excursión a las afueras de mi ciudad, Marineda, a una zona industrial cerca de una refinería. No sé cómo ni por qué acabamos tirando piedras en un charco de chapapote. Me había ido a buscar a casa de mi abuela. Mi madre no estaba, debía andar trabajando. Yo, que tenía unos siete años, llevaba un vestido blanco con una muñeca en el centro. Javi me devolvió a la casa con el vestido y la cara negros de alquitrán. Mi abuela tuvo que tirarlo. Tenemos una foto en blanco y negro de aquel día que debe estar por alguna parte. La vi una vez, hace tiempo. Yo aparecía encima de sus hombros, todavía limpia. Parecía una niña china con flequillo y coleta, y él, un *hippie* barbudo con una guayabera blanca.

No sé dónde estará ahora esa foto. Mi madre nunca se ocupa de las fotos. Creo que para ella los recuerdos no sirven para nada. Ha quitado de su casa todas las de nuestra familia y solo ha dejado las suyas. Dice que acumulan mucho polvo.

Otro recuerdo infantil: estoy comprando una blusa amarilla y un pantalón vaquero con mi madre; para mí es un gran acontecimiento. Fue de las pocas veces que me compró ropa, o si lo hizo en más ocasiones, no me acuerdo. Siempre me la compraba mi abuela Ma. Guardaba aquel conjunto como un tesoro porque me lo había comprado ella. Aquel mismo día decidí también que mi color favorito sería el amarillo. La elección del color favorito es una de las decisiones más importantes que toma un niño y que después permanecerá inalterable el resto de su vida. Es de las pocas cosas que no cambian jamás. Cambiamos de casa, de país, de pareja, de vida, pero nunca de color favorito.

Me pregunto dónde estarán ahora esas cosas, la blusa amarilla, el pantalón, la foto... Pocas veces se destruyen completamente los objetos que nos han pertenecido; es mejor pensar que se transforman. Quizás por eso me gustan tanto los mercadillos, porque nuestras cosas y las de los demás andan todas por ahí, dispersas, desordenadas y en movimiento para acabar finalmente en manos de otras personas y descansar un rato de sus agotadores viajes. Los objetos son como almas en pena que vagan sin descanso. Hacen el recorrido que, precisamente, no harán nuestras almas. Hay que tener respeto por lo viejo y lo roñoso, por lo que creemos que no vale para nada. Muchas de esas cosas nos van a sobrevivir, así que para algo servirán.

Me gustaría seguir a una prenda a lo largo de su vida, perseguirla allí por donde fuese, por los años y las épocas, por los mercados, por los países, por los contenedores y armarios. Seguirle el rastro. Como si fuera un inspector persiguiendo a un asesino, yo sueño con seguir la pista de un vestido, desde su fabricación hasta su total extinción.

Lo primero que hago cuando compro algo usado es escudriñar bien los bolsillos, mirar si hay algún departamento oculto. Y entonces encuentro al fin los restos de la vida de los otros: un peine que se enredó en sabe Dios qué pelo; un pañuelito doblado pulcramente, aún planchado, desde hace veinte años en un bolso; un caramelo de anís fosilizado en un abrigo de astracán; un número de teléfono que ya no existe en el bolsillo de una chaqueta de *tweed*.

Cuando no estaba de moda la ropa *vintage*, como se la llama ahora, la gente me preguntaba a menudo si no me daba asco ponerme las prendas de otras personas. Y a mí no me daba asco. Como mucho me daba pena. Me dan lástima las cosas abandonadas a su suerte, dejadas solitas. Las prendas expulsadas de sus armarios, mezcladas con otras al azar en cualquier montón de un mercadillo, desubicadas, echando de menos a sus dueños. Tiendo a otorgarle vida a las cosas que han sido de otros, sobre todo a las que no tienen valor: a los trapos, a la cacharrada, a lo pequeño..., al patín sin ruedas, la falda con el dobladillo descosido, la muñeca

sin brazos.

Nuestros objetos nos sobreviven siempre o casi siempre, aunque no sepamos dónde está ahora la mitad de lo que hemos tenido, y luego nos dará igual porque estaremos muertos, y si no nos da igual, para eso están las herencias, los legados. Para ti mis libros, para ti mi colección de dedales, para ti mi juego de té chino de los mares del sur comprado en Tahití, para ti mi casa, esa que ahora miras con avaricia, para ti mis fondos de inversión, para ti nada... Para ti mis cenizas, las quieras o no.

Quizás parte de mi vida, con un poco de suerte, quede también contenida en un objeto, seguramente un libro.

No me importa mucho lo de pasar a la posteridad, porque, después de muerta, por mí como si me muero, pero sí me gusta la idea de convertirme en cosa. Si lo pensamos, puede ser una especie de reencarnación. Tú ya no estás, pero sí un rastro de lo que fuiste: un libro que cuenta tu vida, las colchas de ganchillo que tejiste, los cuadros que pintaste, el jardín que llevabas toda una vida cultivando solo por el gusto de ver tus rosas crecer porque no tuviste hijos...

Mi padre es sus libros, sus discos y las postales que siempre mandaba.

Mi padre es, además, ahora mismo, otro objeto abandonado y sin destino: una urna morada con cenizas dentro, con la que no sé qué hacer. «Algo» que está dentro de un armario en su casa, pero que, inevitablemente, tendré que abandonar y esparcir, seguramente, en el lugar equivocado.

Mi padre es un nombre en la agenda del móvil. Aún conservo su teléfono, pero nunca me he atrevido a llamar. Temo que alguien conteste. No él, alguien distinto. Temo que le hayan dado su número a algún vivo que ande por ahí.

Cuando llevaba unas horas muerto, le llamaban al móvil, pero yo no lo cogía. Quizás fuera alguno de sus amigos muertos antes que él para ver dónde se podían encontrar, en qué bar del inframundo. O a lo mejor era alguien que quería saber de su propia boca si, efectivamente, había muerto. No se le iba la batería al puñetero teléfono. Le sobrevivió como un aparato diabólico. Era

incomprensible cómo seguía funcionando.

No se puede responder el móvil de alguien que ha muerto. No se puede decir: «El número al que llama no corresponde a ninguna vida». Ningún muerto debería tener teléfono ni redes sociales. La naturaleza debería encargarse de desactivarlos en el momento del último suspiro, cuando todos los órganos vitales han dejado ya de funcionar. Si es tan sabia, debería hacer esas cosas.

La domótica tendría que servir para eso en vez de para que la nevera haga la compra ella sola, algo que decían que iba a pasar en el futuro, pero que en realidad nunca ha sucedido. Nadie quiere que la nevera haga la puñetera compra ella sola porque lo que más nos gusta es ir al Mercadona a comprar el humus personalmente. Sin embargo, todos querríamos no tener que contestar las llamadas perdidas de los muertos.

Nos quitaríamos un peso de encima.

3

Las cosas sin dueño

Marineda, verano de 2019

Un mes y medio después de la muerte de tu padre vuelves a Marineda, a la que fue su casa. Hace pocos días que has regresado de un viaje a Tailandia con Yago, tu hijo. Después de morir Manuel, lo primero que se te ocurre es lo de siempre: marcharte a tomar por culo, huir. No es cierto que los problemas vayan contigo a donde vas, piensas. No si te vas lo suficientemente lejos.

En Tailandia gastas los días de vacaciones que no quisiste utilizar para cuidar a tu padre cuando estaba en las últimas en el hospital. No es que no quisieras. Ni siquiera se te ocurrió. Tampoco nadie os dijo que se iba a morir, las cosas como son. Dijeron que le quedaban «unos meses». Las vacaciones son para descansar, no para sufrir. Había que entenderte: llevabas todo el año trabajando mucho, escribiste una novela, tus hijos... Y lo más importante: no sentiste que tuvieras que ocuparte de tu padre. Para eso ya estaba Eugenia.

Yago y tú lo habéis pasado bien; eso hace que te sientas culpable, aunque tampoco tanto. Ya lo pasaste muy mal antes, y lo que te queda. Pero, incluso así, uno siempre piensa que no le está permitido disfrutar cuando su padre acaba de morir. Claro que a la semana de morirse también te fuiste al Mad Cool. Y no te marchaste a los San Fermines de milagro. Te habían invitado a un viaje de prensa que ya habías confirmado antes. Tu jefe aún tuvo el

cuajo de preguntarte si ibas a ir a aquel viaje. Le dijiste algo así como que, cuando muere un padre, una no está para sanfermines.

Antes de marcharte a Tailandia, le pediste a Eugenia que viniera a pasar unos días a esta casa para organizar las cosas de Manuel, ocuparse de la ropa, despejar un poco todo y llevarse lo que quisiera. A ocuparse del marrón, vaya, de lo que tú no querías hacer.

A ella le pareció bien la idea, le apetecía pasar agosto aquí como hacía cada año, aunque fuera ya sin tu padre. Lo necesitaba para empezar su duelo.

Meses antes de la muerte de Manuel, Eugenia había llegado a Marineda desde Madrid para pasar con él la Semana Santa, como siempre. Tu padre cayó enfermo poco después y aquella semana se convirtió en más de dos meses en los que estuvo cuidando de Manuel, entrando y saliendo con él del hospital. Menos mal que estaba ella; de buena te libraste. Pero diez días antes tuvo que regresar a Madrid por asuntos familiares y no estaba cuando murió. Aquello sí te tocó a ti.

Llegas a casa de tu padre y abres la puerta con su llavero; tiene una chica colgando, una *pin-up*, muy propio de él, piensas. Te cuesta subir los cuatro pisos a pie; te preguntas cómo podía él con todas estas escaleras, mal de los pulmones como estaba.

Nada más entrar notas un olor extraño, a humedad, a cerrado. Es el olor de esta casa. Todas tienen el suyo propio, como las personas.

Lo primero que haces es ir al armario del salón donde dejaste sus cenizas. Están. La urna morada sigue allí. Nadie se la ha llevado. Tiene la tapa rajada, ya lo sabías. Cuando Eugenia estuvo aquí, mientras buscaba algo, se encontró la urna dentro de una bolsa y del susto se le cayó al suelo. La tapa se rompió y la pegó con Superglue. Menos mal que las cenizas no estaban sueltas, sino dentro de una bolsa de tela. De lo contrario tu padre se habría quedado desparramado por el suelo del salón.

De alguna manera notas la presencia de Manuel, no tanto por la urna, sino por sus cientos de libros, cuadros, objetos y cachivaches.

Es la primera vez que estás en la casa sin él, la primera que dormirás en su cama, que está desnuda, sin sábanas ni mantas. Piensas en él ya enfermo en esta cama, sintiéndose mal, despertando a Eugenia, pidiéndole aterrorizado que llamara a una ambulancia que le llevase al hospital. Lo que te has perdido, Sibiloncia, te dices. Nunca nadie te volverá a llamar Sibiloncia; solo él te llamaba así.

En esta casa te sientes extraña. Apenas has venido unas cuantas veces, está algo lejos del centro, donde siempre ha vivido tu familia, en un barrio que no te gusta demasiado y te resulta ajeno. Pero, bueno, al menos te ha dejado algo, ya que en vida nunca te dio un duro. Es lo único que consiguió tener en propiedad y no dilapidó. Cuando murió tu abuela Ma, tu padre y su hermana, María José, vendieron su casa y repartieron las ganancias. Menos mal que Manuel se pudo comprar este piso, de lo contrario, no sabes dónde habría acabado. En tu casa no, desde luego.

Al principio, venía una o dos veces al año, de vacaciones, pero luego se tuvo que instalar definitivamente. Empezó a quedarse sin sus clases y ya no podía continuar pagando el alquiler de su casa de Madrid. Aquí, en Marineda, vivió de muy mala gana los quince últimos años de su vida, al principio siempre quejándose, luego ya más conforme. Nunca llegaste a entender por qué le gustaba tanto Madrid. Marcharse de allí fue uno de los grandes dolores de su vida.

En apenas sesenta metros cuadrados tu padre consiguió meter unos dos mil libros, gran parte de las cosas que tenía en su casa de Madrid y bastantes de los objetos y muebles que había en casa de su madre, Ma. Es una casa-museo, una casa a punto de estallar. Además de los libros, que están por todas partes, no hay trozo de pared libre ni espacio de mueble sin ocupar.

Revisando los objetos, te das cuenta de que hay cinco temáticas o ejes alrededor de los que tu padre vertebró todo el piso y toda su vida: religión, cine, literatura, política y folclore variado.

Todos te son familiares, has crecido con ellos, los has visto en todas sus casas. Te fijas sin embargo en cada cosa, como si la vieras por vez primera: un póster enmarcado de La Pasionaria, otro de John Ford, una Virgen de los Dolores muy siniestra dentro de una hornacina de cristal, una foto de Bertrand Russell, un chiste de Forges también enmarcado... Una bandera republicana al lado de un Cristo crucificado, un retrato de Lewis Carroll, muchas piezas de cerámica Sargadelos... En la cocina, lo que te gusta más: un enorme póster de Chaplin comiéndose una bota en *La quimera del oro*. Greta Garbo es otro de los temas recurrentes. Es la mujer de la que más fotos hay, incluso más que tuyas.

Eso te hace recordar una cosa de tu infancia: a tu padre le gustaba mucho Greta Garbo y a tu madre, Marilyn Monroe. En tu casa, recuerdas que cuando eras muy pequeña había dos libros muy gruesos de fotos de cada una de ellas. Te pasabas horas estudiando aquellas imágenes para decidir quién te parecía más guapa. Siempre lo tuviste clarísimo: tú eras de Marilyn.

En este piso echas de menos algunas cosas, como la gran foto de Karl Marx que había en el salón de su casa de Madrid, y adviertes nuevos intereses que debieron llegar a su vida en aquellos últimos años: los juguetes de hojalata, los pequeños peluches, las figuritas de plomo... Éramos pocos y parió la abuela, piensas.

Identificas los cuadros que había en tu habitación cuando dejaste Marineda para irte a estudiar Periodismo a Madrid y vivir cuatro años con tu padre y con Isa, su pareja de entonces. Ahora están en el pasillo.

Ves una tarjeta de cumpleaños apoyada en la librería: «Felices 60». Tu padre no podía imaginarse cuando la recibió que solo viviría ocho años más. Se murió muy joven para lo mal que vivió. Piensas que no sabes si fue feliz alguna vez. Nunca hablabais de eso.

A él nunca le preguntaste lo que les preguntas a algunas personas a veces, de sopetón, sin que venga a cuento: ¿eres feliz?

Te gusta ver las reacciones de la gente ante esa pregunta, así, vomitada... La mayoría te contesta lo mismo, desconcertada: «¿Qué

tipo de pregunta es esa?».

Te acuerdas muy bien de la respuesta que un día te dio tu amiga Eva:

—¿Eres feliz? —le preguntaste también hace ya tiempo sin venir a cuento.

—Pues claro que no —contestó ella al segundo.

«Ya sé que es un cuarto sin ascensor y no es gran cosa, pero está bien para ti y los niños, ¿no?», te dijo tu padre en el hospital refiriéndose a esta casa, cuando ya estaba en las últimas.

Pues sí, al menos tendrás una casa en Marineda, una casa a la que ir que no tenías. Eso si arreglas las cosas con Alba, tu medio hermana, esa que hace más de veinte años que no ves. Quizás tengas que venderla para repartir el dinero con ella, quién sabe.

A pesar de que Eugenia ha tirado montones de cosas y todo está limpio y ordenado, te dedicas a abrir cajones y armarios, a mirar qué hay en todas partes.

Ahora te toca deshacerte de todas esas pobres cosas que no se enteran de nada, que no saben que están en el corredor de la muerte. Debes borrar el rastro de tu padre muerto para tomar posesión de la casa, para hacerla tuya, si no parece que estás usurpando. Vaciar. Tirar. Limpiar. Desinfectar. Olvidar. Abrir un cajón y no ver rastro alguno. Deshacerte de las facturas guardadas, de los recortes de periódico, de las medicinas caducadas, de los peines que peinaron su pelo, de las cosas que significaron algo para él pero que para ti no significan nada.

Abrir los cajones de los muertos es hurgar en el núcleo de su intimidad, en lo recóndito de sus almas, y encima cuando ya no están. Los cajones esconden secretos, suciedad, desorden, debilidades, recuerdos, vicios..., justamente aquello que nos hace vulnerables. Muestran aspectos ocultos de nuestra personalidad de los que hasta nosotros mismos nos avergonzamos, aquello que no revelamos a nadie, o que solo se intuye de nosotros.

Por eso piensas que hay que tenerlo todo ordenado como si nos fuéramos a morir en cualquier momento. Eso lo piensas tú,

precisamente, que en tu casa abres un armario y puede salirte una rata.

Por leer y por escribir siempre andas dándole vueltas a todo, haciendo historietas. Odias tu temperamento nostálgico; la nostalgia no vale para nada y no se lleva. Se lleva el presente. El *carpe diem* disfrazado de crecimiento personal. Coge las cosas de valor y lo otro, tíralo. No te hagas tanto lío. Tanto si la vendes como si no, tendrás que vaciar la casa. No vas a quedarte con todo esto.

«Quítalo todo de en medio. Que mi hija no tenga que retirar mis calzoncillos y mi ropa, por favor. No quiero hacerle eso».

Eugenia te dijo que eso fue lo que le pidió Manuel cuando le anunciaron que su enfermedad era grave y que quizás no volvería a casa. Le hizo prometer que sería ella quien vaciase sus armarios. No quería esa intimidad contigo ni después de muerto. Jamás la tuvisteis.

En la habitación de tu padre encuentras una cajita de porcelana. Dentro hay un mechón de pelo de Lúa, su perra querida, la que le acompañó trece años de su vida. Isa y tú se la regalasteis cuando enfermó de su primer cáncer, aunque ellos ya no estaban juntos. Se la comprasteis para que tuviera una ilusión en medio de la enfermedad: como ya no estabais vosotras, pues una collie... Pero le sirvió, y tanto que le sirvió. Seguramente, cuando Lúa murió, hace unos años, él le cortó un mechón de pelo. Casi lo tiras... Y ¿por qué no tirarlo? Sus recuerdos ya no significan nada. Los recuerdos se los llevan los muertos. No se pueden traspasar de padres a hijos. Lo que para él era importante y le conmovía, para ti es solo una mata de pelo de una perra que apenas viste unas cuantas veces.

En uno de los cajones del mueble del salón encuentras también, en su sobre y con la dirección y el sello puesto, una carta dirigida a ti, escrita hace siete años y no enviada. Son bastantes folios, cinco o seis, escritos por las dos caras con su letra imposible. Cada folio lleva una ilustración de *Alicia en el país de las maravillas*; los fabricó a medida para aquella carta.

La lees mientras, literalmente, se te desgarra el corazón, se te

parte en trocitos tan pequeños como para hacer con él un *steak tartar*. En ella explica que le gustaría ver más a tus hijos y que fueran más a menudo a visitarle a Marineda, pero que no tenía dinero y le daba vergüenza que ellos lo notaran, que advirtieran que no podía llevarles al cine y a merendar porque no tenía un duro. Él no podía darles los caprichos a los que ellos estaban acostumbrados.

Te dan ganas de clavarte un cuchillo. De tirarte por la ventana, de darte de cabezazos con las paredes, pero en lugar de eso, lloras. Te parece increíble la cantidad de sentimientos y sensaciones que se pueden expresar con algo tan sencillo como llorar, piensas. Todas las lágrimas parecen iguales, pero no.

Encuentras varias torres de monedas de un euro apiladas encima del mueble del salón. Debían de ser sus ahorros, lo que le sobraba de las clases que daba cada semana y que quizás empleaba para sus fotocopias, para comprar *El País* o las películas en DVD a los manteros, para grabarse sus CD piratas...

Te preguntas qué vas a hacer con todo eso. Crees que los que se han ido dejan su huella en sus cosas, por eso es tan difícil a veces deshacerse de los objetos de los muertos, porque parece que les traicionamos tirando sus pertenencias. Piensas que desmantelando la casa de tu padre le vas a matar otra vez. Mira que eres hija de puta. No quedará nada de él.

Ahí tienes a tu madre, sin ir más lejos, que guarda la ropa de sus padres muertos hace quince años. No puede tirarla. «¿Cómo voy a tirar las cosas de mi madre?», dice. Eso le hizo tener la dentadura postiza de tu abuela Concha guardada durante años en el armario. Le preguntas de vez en cuando: «No seguirás guardando los dientes de la abuela, ¿no?». Y ella dice que no, que no, que qué cosas tienes. Y tú no quieres ni mirar, no quieres comprobarlo, pero sabes que si buscas bien, que si te empleas a fondo, encontrarás la sonrisa petrificada de tu abuela escondida en alguna parte, enterrada entre sus vestidos o sus turbantes.

Vas a la cocina y abres la despensa. Hay latas de grelos, *baked beans*, botes de alubias, tomate frito, galletas María y un montón de paquetes de macarrones de marca blanca. Comida de pobre,

comida de batalla, comida de viejecito que da pena, de viejecito abandonado por su hija que podría ser el protagonista de *Amor*, aquella película de Haneke.

No piensas comerte nada de eso. Hay algo antinatural en comerse la comida de un muerto. Abres el congelador y ves los filetes empanados congelados que le habría dejado Eugenia ahí puestos, esperando. No se enteran de que ya no hay dientes para masticar ni hay hambre ni hay persona ni hay nada.

Piensas en tu padre vivo en la soledad de su cocina, friendo su filetito empanado, mientras quizás escucha la radio o habla con Lluvia, la gata. Qué entrañables y buenos nos imaginamos siempre a los muertos. No te engañes. No era así... O si lo era, ya no lo puedes comprobar. Es igual.

Ves el número del butano pegado en un cartelito. Te imaginas a tu padre cambiando la bombona en esta cocina que se cae a pedazos. Lloras.

Sigues explorando. Encuentras juegos de sábanas, colchas y toallas esponjosas pulcramente dobladas, seguro que por Eugenia. Ollas, vajillas, juegos de café, cuchillos, platos y cubertería que pertenecieron a tu abuela Ma. Piensas que tu padre, en esta casa tan humilde, tiene más menaje que el que has acumulado tú en tu casa de Madrid en veinte años. Nunca te importó la casa ni la decoración de la casa, a pesar de que está bonita, pero está bonita de casualidad.

Tienes que llevarte algo de esto a Madrid; hay cosas que no te vendrían nada mal. Encuentras abrecartas, cepillos para quitar el pelo de la ropa, tijeras de las buenas, cuchillos afilados, relojes en hora, grapadoras, plumas y bolígrafos... Cosas de persona normal que tú nunca tuviste en tu casa y, sin embargo, él, que tú pensabas que era tan raro, sí tenía.

Encuentras decenas y decenas de discos de todos los estilos y épocas que fueron suyos, o de su madre, que siempre estaba comprando discos. Una colección inmensa de música clásica, óperas, zarzuelas, un tocadiscos, varios cajones llenos de casetes con más música... Y entonces recuerdas que rara era la vez que Manuel no se pusiera música, estuviera haciendo lo que fuera.

Encuentras fotos tuyas que le has ido mandando a lo largo de los años, hay otras que no sabes cómo las tenía; crees que las debió coger de tu casa cuando estuvo allí con Eugenia pasando unos días hace seis o siete años. La única vez que estuvo en tu casa. Ves una foto en la que aparecéis tu madre y tú a lomos de un elefante en Jaipur; está en un estante encima de su cama. Esa no se la diste, debió de cogerla él de tu nevera.

También hay fotos de sus novias: de Eugenia, de Isa, de Carmen, a la que apenas viste una o dos veces. Te sorprende no encontrar ninguna de Mar. Piensas que hasta cierto punto es normal; seguro que es a la que más recordaba, o eso te dijo él aquel día, hace muchos años: «Yo sé de quién me acordaré cuando esté dando los últimos coletazos».

Hay una foto de Alba, su otra hija, esa hermana que tienes pululando por ahí. Aparece de adolescente con él, en el salón de su casa de Madrid. Debió de ser cuando se encontraron en aquella época. Piensas que deberías decirle que su padre ha muerto. Ha pasado ya un mes y pico y no lo sabe, la pobre... Cuando vuelvas a Madrid lo haces; seguramente la puedas encontrar en Facebook.

Lo que más pena te da son las fotos de tus hijos que hay por todas partes. Deben estar aquí de siempre, pero nunca habías reparado en ellas. Tampoco es que hubieras venido a esta casa muchas veces.

En todas las fotos, los niños aparecen como atrapados en el tiempo: de bebés o muy pequeños. Debiste de mandarle muchas durante esa época y luego se conoce que dejaste de hacerlo. Parece como si aquellos nietos se le hubieran congelado en edades que van desde los seis meses hasta los cinco años. Tus hijos en carrito, tus hijos bañándose juntos... Cuando tu padre murió ellos ya eran adolescentes. Pensaste siempre que no le importaban, nunca les prestó demasiada atención, y, sin embargo, ahora te encuentras toda la casa empapelada con sus fotos de pequeños. Si nunca les hizo caso ni les llamaba, si no sabía ni su apellido ni te preguntaba por sus notas, ¿por qué tenía todas aquellas fotos suyas? Al final parece que sí le importaban, quizás no te diste cuenta. Os quería, ¿te das cuenta de que os quería? Pues ya es tarde.

Recuérdale llevándote sus libros y leyéndolos, te dices a ti misma; es lo mejor que puedes hacer. Y es cierto, tu padre siempre fue más de cosas que de personas. De alguna manera vivía sujeto por los cientos de objetos, fotos y cuadros que le rodeaban, y, sobre todo, por sus libros. En algún momento de su vida debió de elegir quedarse con los recuerdos y los libros. Solía decirte que los libros se lo habían dado todo, y es verdad, si lo piensas. No le abandonaron. Siguen aquí, donde los dejó.

No saben que él ya se ha ido.

4

CATALEPSIA

No recuerdo muchos momentos felices de mi niñez, pero eso no significa que no los hubiera.

—¿Por qué no recuerdo hacer nada de niña con vosotros? —le pregunto a mi madre el mismo día que me da las fotos.

—Porque nunca hicimos nada —contesta.

Pero en el fondo sí hacíamos cosas. Mi padre no me entretenía con juegos infantiles al uso ni me leía cuentos antes de dormir. De vez en cuando, me sentaba en su regazo, en la habitación que llamábamos el Cuarto de los Libros. Cuando Manuel me llevaba a aquella habitación repleta de libros yo intuía que iba a pasar algo emocionante, que alguna de sus tétricas y retorcidas historias estaba a punto de comenzar. Saltaba a su *colo*, como decimos en Galicia, y reía con la risita nerviosa de la impaciencia. Él siempre me hacía esperar para darle más emoción al asunto y, modulando bien la voz, como hacen los grandes contadores de historias, comenzaba...

«¿Sabes que a veces los muertos no mueren en realidad, Sibiloncia? —me decía—. Algunas veces los muertos parecen muertos, pero verdaderamente no lo están. Hay una enfermedad que se llama catalepsia, que es como si estuvieras muerto. No respiras. No te late el corazón. La gente cree que la has palmado y te entierran. Horas más tarde, cuando se pasa el ataque, la persona se despierta, pero ya es demasiado tarde porque está en su ataúd bajo tierra, ¿puedes imaginarte la angustia? Dicen incluso que hubo gente, como Fray Luis de León, que cuando la exhumaron,

que es quitar los restos de su ataúd, encontraron la caja toda rascada. ¿Y sabes por qué? Porque se despertaron en sus tumbas y rascaban para intentar salir, los pobres. ¿Te puedes imaginar el terror de despertarse con la tapa de un ataúd encima? Es por eso que mucha gente en los siglos pasados, como tenían miedo a sufrir catalepsia, se hicieron instalar timbres dentro de su ataúd que conectaran su tumba con la garita del sepulturero. Así, si se despertaban, podían hacerlo sonar y conseguir que les rescataran de las garras de la muerte».

No sé dónde estaba mi madre cuando mi padre me contaba los cuentos de la catalepsia o del Horla. Debía estar en la tienda que tenía en aquel entonces, cogiendo taxis —una de sus principales aficiones cuando no era tan común como ahora—, o haciendo yogures en una yogurtera que se había comprado. También recuerdo ese tipo de detalles del pasado: era la moda hacer los propios yogures que nunca cuajaban, la época de llevar camisetas que ponían «Nucleares, no, gracias». Era la época de que las madres fueran a Londres o Ibiza a comprar ropa *hippie*, traerla en grandes bolsas y vendérsela a las amigas.

A mí me aterraban aquellas historias que me contaba mi padre, que me hacía llamarle de broma «el Príncipe de las Tinieblas», pero a la vez me atraían muchísimo. Suponían asomarme a un precipicio de mundos desconocidos y misteriosos, y creo que fueron la simiente de algo que me ha acompañado a lo largo de mi vida: el miedo a la muerte y su presencia constante, sobre todo en mi juventud. Desde entonces, creo que hay dos tipos de personas, las que piensan en la muerte y las que no, y que el hacerlo o no condiciona la personalidad y el sentido del humor de cada uno. Cuando la muerte está tan presente en tu vida, llegado un momento, se le deja de tener miedo, ya por puro hartazgo.

Mi padre me contaba historias de ultratumba antes de dormir en vez de cuentos de princesas y hadas. Incluso así sobreviví. El niño siempre sobrevive, entre otras cosas porque no hay más opciones. Sobreviví sin trenzas de raíz, sin coletas altas, sin coletas de lado, sin lazos, sin natillas, sin tartas ni canelones, sin tres cerditos ni Caperucitas ni Bollicaos ni ostias. Sobreviví sin tener

casa fija, saber andar en bici, sin recordar un solo momento feliz con mis padres, sin hacer volteretas laterales ni volteretas en el agua ni nada.

Otro recuerdo muy vívido de mi infancia: yo sentada sola en la mesa del salón comiendo filetes de hígado. Me recuerdo comiendo filetes de hígado de un dedo de gordos debido a mi falta de hierro. Entonces no había superalimentos ni suplementos vitamínicos. Había el hierro de las vísceras. El hierro de la sangre. Lo odiaba con todas mis fuerzas. Me acuerdo de mi padre duchándome y cantándome la canción de los payasos de la tele, Fofó, Miliki, Fofito y Milikito, pero en versión vísceras para hacerme rabiar: «Cómo me gusta el hígado, yo no lo puedo resistir. Es lo que más me gusta a mí. Cómo me gusta el hígado...».

A mí me daban hígado y a la gata le daban liviano. Mi padre me mandaba a la carnicería a comprar liviano. Yo no sabía muy bien lo que era. Lo recuerdo como una masa compacta, sanguinolenta y asquerosa, pero luego él me lo explicó: eran los pulmones de una vaca. Por aquel entonces a los gatos no se les daba piensos para eliminar bolas de pelo ni para mejorar el tracto urinario. Se les daba pulmones troceados, cortados en tacos. Entonces era todo más rústico. Tampoco se les ponía arena. Se iba a la serrería a comprar sacos de serrín. No he vuelto a ver serrín en ninguna parte. Ya no debe existir. Ni siquiera se puede ver en el suelo de las tascas, entre otras cosas porque ya no hay tascas. Seguro que se recicla para convertirse en muebles de Ikea o en galletas cien por cien orgánicas.

Nuestra gata de aquel entonces se llamaba Lisístrata, pero la llamábamos Lisis. Era feísima, de esas gatas multicolores que no hacía honor a un nombre de tanta enjundia. Una vez se cagó en una silla y mi padre le restregó los morros en la mierda. Ella se largó despavorida y días después volvió a cagar en la misma silla. Cuarenta años más tarde, yo hice lo mismo con mi gata. También se volvió a cagar. Lo de «la letra con sangre entra» no debe ser del todo cierto. Al menos con ciertos animales y personas.

Mis padres nunca me enseñaron a andar en bici ni a patinar o nadar ni nada de eso, pero aprendí a inventar historias a base de

escucharlas y después leerlas. Mi bici sin estrenar se oxidó cubierta por un plástico en nuestra terraza, pero crecí leyendo literatura inglesa del siglo XIX y escuchando yo sola, encerrada en el salón, óperas de Mozart durante horas mientras hacía planes para instalar un timbre en mi tumba infantil.

Luego, todo se repite, aunque de forma más diluida. Lo que mi padre hacía conmigo lo hice yo también con mis propios hijos.

Muchos años después de que Manuel me contara la historia de la catalepsia, le puse la película *Alien* a mi hijo de ocho años. No calibré bien las consecuencias de aquello. El niño se tiró meses sin dormir, llorando cada noche, diciendo que un bicho le iba a salir de la tripa. Traumaticé la infancia de mi hijo. Mi ya exmarido por aquel entonces se enfadó mucho. Me dijo que aquello era lo peor que había hecho yo como madre, pero es porque no sabe el resto. «A quién se le ocurre ponerle al niño esas cosas...». Luego me preguntó si a mí me parecía normal.

Y sí, claro que sí. A mí me parecía normal.

Mi madre nunca se preocupó de mi aseo, de mi ropa, de si iba limpia o sucia, de mi aspecto infantil... Y yo, aunque no llegué a esos extremos, jamás les corté las uñas a mis hijos, o pocas veces. Creo que es por eso que los dos se las comen desde pequeños. Eso se llama inteligencia, capacidad de adaptarse al medio o capacidad de anticipación.

«¿A ti te parece normal cómo tienen estos niños la uñas?», me preguntaba mi exmarido.

Y sí. A mí me parecía normal.

Mis padres me hicieron vivir de niña como una peonza, de casa en casa, desubicada, desatendida... Y yo una vez me dejé a uno de mis hijos olvidado en su sillita en un Zara. Pero volví a por él. Eso me alivia un poco. Y sí, hasta cierto punto también me pareció normal.

Mi madre nunca me hizo comidas ricas ni meriendas apetecibles ni pasteles ni postres ni nada... Y mi hijo pequeño recuerda como uno de los momentos estelares de su infancia el día en que yo aparecí en la puerta de su colegio con un bocadillo de media barra de chorizo.

—¿Qué es eso? —recuerdo que me preguntó.

—Un bocadillo... La merienda.

—¿En serio me has traído la merienda? —volvió a preguntar con extrañeza—. Y encima le has puesto mantequilla al pan.

Mi padre me machacaba hasta la extenuación cuando era niña: «Dime por qué hiciste eso, no, no te vayas por las ramas, dime por qué, explícame, dime, quiero saber por qué. No vale de nada hacer que no pasó. Lo que hiciste lo has hecho y quiero saber la razón, el motivo, piénsalo, alguno habrá. No te vas a mover de aquí hasta que me digas por qué lo hiciste. Y si no se te ocurre, vas a estar aquí hasta que lo descubras. Sin moverte. Sin comer ni beber. Más vale que se te ocurra porque si no...».

Y yo, sin querer, un poco más diluido, me he portado a veces así con alguno de mis hijos, con esa insistencia, con esa machaconería, hasta que termino por exasperarles, provocando que pase cualquier cosa, poniéndonos a todos al borde del abismo. Y a mis hijos intuyo que les da el mismo miedo que me daba a mí. Y a mí no es que me dé miedo, sino terror. El terror y la angustia de repetir yo lo mismo, como una maldición.

Debí de haber pensado que tenía estos padres antes de tener hijos, pienso a veces. ¿Qué creía, que iba a salir indemne?

Soy, como madre, un ciego dando palos de ciego, intentando no caer al andén del metro. A veces, algún buen samaritano me coge del brazo y me devuelve a la línea recta, pero en la mayoría de las ocasiones es mi propio palo el que me muestra el camino.

En realidad, todo se repite, lo queramos o no. Las familias son como una cadena infecciosa. Parece ser que dura tres generaciones que toda la mierda se diluya y la sangre se clarifique un poco. Claro que entonces vendrán las nuevas generaciones con otras taras.

La pureza absoluta no existe más que en el agua de manantial, en el cielo de las islas griegas y en los bebés recién nacidos, y ni eso, porque lloran todo el tiempo.

Ya tienen ganas de joder desde el principio.

5

Cenizas y despedidas

No sé qué hacer con las cenizas de mi padre. En realidad, creo que mucha gente no sabe qué hacer con las cenizas de sus muertos. Las tienen guardadas en casa, en los garajes, en los altillos de los armarios, en los trasteros. Es un problema nacional del que nadie habla. Podrían hacer un columbario enorme para que todos los que no sabemos qué hacer con ellas las dejáramos ahí como en una especie de depósito a la espera de su destino final. La consigna de las cenizas.

Los muertos enterrados descansan en sus sepulturas esperando a despertarse con la catalepsia o el juicio final, pero las cenizas son irreversibles. No pueden llamar al timbre del sepulturero, no pueden recomponerse y volver a ser personas.

Impresiona pensar que un cuerpo cabe en un tarro. Al final, el corazón y los dedos de los pies acaban mezclados. Toda la vida intentando separar la carne del espíritu y luego va todo en el mismo bote. Los pensamientos también. Los sueños y las ambiciones también. Eso que llaman la energía se supone que no, es lo único que parece ser que anda por ahí.

Hay que desmitificar la muerte: somos igual que un yogur caducado. También hay que desmitificar la vida: somos como el kéfir o la levadura madre.

Yo de cenizas sé bastante. Tengo experiencia en esa materia. Hace un par de años incineré a mi gata Bety, que vivió conmigo más de

dos décadas. Pagué doscientos euros por tener sus cenizas. Si pagaba treinta las tiraban por ahí, «junto a las de otros gatos», según dijo el veterinario. Me pareció una deslealtad con su memoria mandarla a una fosa común de gatos. Me dieron una urna de madera, que parece una caja de música, con su nombre grabado en una chapa junto con la fecha de nacimiento y de muerte. La puse en la estantería del salón con unas flores secas y una foto suya. En el aniversario de su muerte le enciendo siempre una vela. Me imagino sus queridos huesecillos ahí dentro. Prefiero pensar que dentro de la caja no hay cenizas, sino pequeños huesos. Creo que puedo permitirme esa fantasía, al fin y al cabo, las cenizas nunca se miran. Con la urna me dieron también una carta tipo muy emotiva que decía: «Sé que estás triste, pero aquí están los restos de lo que un día fui yo, tu querida mascota. Recuérdame con cariño y alegría, y quizá, dentro de no mucho tiempo, cuando se te pase la tristeza, podrás tener otro gatito, que sin duda no seré yo, pero que llenará tu vida de juegos y felicidad».

A Bety no la vi morir, pero me pude despedir de ella durante una noche entera. A mi padre sí le vi morir. En cambio, no pude despedirme de él.

Siempre damos por hecho que vamos a volver a ver a una persona, una cosa, un lugar. Esa continuidad que presuponemos a todo es la columna vertebral de la vida. Para eso vivimos, para seguir viviendo; para eso vemos a una persona, para volverla a ver. La repetición es el quid de la cuestión.

Por eso siempre me gustaron las personas que, al despedirse de mí, y ya han recorrido cierta distancia, vuelven de repente la cabeza para mirarme de nuevo. Esa gente no se quiere despedir, esos tienen miedo de no volver a ver. Esa gente es la que piensa en estas cosas.

El día que, sin saberlo, me despedí de mi padre, él ya sabía que se iba a morir, pero era un morir aproximado. Cuando le dicen a alguien muy enfermo que se va a morir siempre piensa que se va a morir en general, muy pronto, después, más tarde... Nunca piensa en hoy, esta noche, mañana.

Los familiares, por el contrario, insisten a menudo en querer

delimitar ese tiempo, en preguntar a los médicos si esa muerte se producirá de manera inminente: en días, en semanas, en meses, y si es en meses, en cuántos meses más o menos. Entonces, hay una especie de alegría en ir superando el pronóstico, en que el enfermo vaya sumando tiempo, aunque sea de agonía, en ir ganándole terreno a la muerte, en dejar en tablas la partida de ajedrez, al menos por el momento.

Aquellos días, cuando ya estaba en las últimas en el hospital de Marineda, mi padre le preguntó a su médica si se iba a morir, como tímidamente. No quería saberlo, pero a la vez sí quería. «Hoy no», le contestó ella. Él se quedó más tranquilo. No morir hoy es, en el fondo, como ser inmortal. Mañana será otro día. Mañana ya se verá. Mañana ni existe.

—Hay una cosa de la que tenemos que hablar —le dije el último fin de semana que le vi con vida—. Es algo de lo que no hemos hablado nunca, pero que te tengo que preguntar...

Él me cortó en seco.

—No pienso contestar a esa pregunta porque no me pienso morir por ahora.

Nunca más volvimos a hablar.

Era el día de San Juan.

No me dijo qué hacer con sus cenizas. Aquella, justamente, era la pregunta. Iba a preguntarle a un ser de carne y hueso, que respiraba, reía y hablaba, qué debía hacer con él cuando fuera cenizas. No me sorprende que no quisiera saber nada del tema. A preguntas necias, oídos sordos.

De vivo no sabía cómo manejarle, qué lugar ocupaba en mi vida, y de muerto no sé dónde meterle. Viene a ser un poco lo mismo.

No sé qué hacer con sus cenizas, pero me pertenecen. Son mías. Mías, pero no las quiero. Las cenizas son del muerto, pero él ya no las puede recibir y por eso nos las dan a nosotros como de rebote. En realidad, uno es autónomo hasta el momento en el que te entregan a otro hecho polvo.

Deberíamos tener más cuidado cuando empleamos la expresión «estoy hecho polvo». Algún día lo estaremos de verdad y

entonces no podremos decir tonterías como esa.

Tampoco sé por qué hay que hacer «algo» con esas cenizas y no, sencillamente, guardarlas en casa o, por qué no, tirarlas. Es un pensamiento absurdo, pero creo que hasta que decida el lugar definitivo donde debe estar, mi padre no descansará del todo, andará como un alma en pena. Me lo imagino como un fantasma perdido pululando por una estación de autobuses.

Manuel no me dio las indicaciones pertinentes sobre qué hacer con sus cenizas, tampoco nadie me explicó cómo manejar la muerte cuando te pasa por encima como una ola, cómo se apaña una con todo eso. Imagino que es lo que se conoce como lecciones de vida. Acontecimientos que se viven, pero que ni siquiera sabes cómo los has podido soportar.

La noche de la muerte de mi padre fue y será siempre una de las noches inolvidables de mi vida. Son las cuatro de la mañana. Él ha muerto hace un par de horas, ya he hablado con la médica de guardia, ya le he visto poniéndose gris, ya he recogido sus cosas de la habitación, ya he hecho todo el papeleo. En el hospital me dicen que lo van a «preparar» y que en unas horas lo trasladarán al tanatorio que está a pocos metros del hospital. Tengo que ir allí a gestionarlo todo.

Hasta ese momento he estado sola. Entonces llega mi madre. La avisé justo cuando mi padre acababa de morir, pero, inexplicablemente, tarda más de dos horas en llegar al hospital. Quizás se puso a desayunar a las tres de la mañana. Nunca le he preguntado por qué tardó tanto en llegar aquella noche. Me imagino que no le impactó mucho su muerte. Llevaban cuarenta años separados, sin embargo, ella le visitaba con frecuencia aquellos últimos días en el hospital. «Lo hice por ti —me dice—. Siempre sentí indiferencia por él. No me importaba lo más mínimo».

Mi madre y yo cruzamos entonces un puente que va por encima de una autopista, la que separa el hospital del tanatorio. Todo está oscuro. Aunque es pleno verano, hace mucho frío. Yo llevo una maleta con la ropa de mi padre, que vamos a llamar «sus pertenencias», porque un muerto o un preso no tiene ropa, tiene

pertenencias.

Llevo también otra maleta con mis cosas porque acabo de llegar a Marineda desde Madrid, para asistir al espectáculo de la muerte de mi padre. Y así, con las dos maletas, la suya sin ruedas y la mía con ruedas, una en cada mano, llegamos a un lugar tenebroso en el que, aparentemente, no hay señales de vida, nunca mejor dicho.

Llamamos al timbre repetidas veces, pero nadie nos abre. Me pregunto si quizás tendremos que esperar a que se haga de día, allí, con las pertenencias de mi padre y con mis cosas. Los perros de las casas cercanas ladran. La luna está llena. El mar se ve negro a lo lejos. Todo es silencio.

—Mamá, ¿qué hacemos si nadie nos abre? Aquí no nos podemos quedar —le digo.

—Tranquila. Ya abrirán. Siempre hay muertos. Esta gente no tiene noches libres. La muerte no para, chiquitina.

Pensé en lo literario de aquella escena, las dos allí, esperando a entrar en el reino de las tinieblas, como diría mi padre, y en que la muerte suele llegar de noche, como sucedía en los cuentos que él me contaba. «El Horla llega de noche a las ciudades con puerto de mar, escondido en las bodegas de un barco blanco, como esos que surcan el Mississippi. Entonces, escoge una casa, a una persona que duerme pacíficamente en su habitación y le toca con los nudillos en la ventana. Toc, toc».

Cuando por fin nos abren, nos encontramos en un amplio y desierto *hall*. La oscuridad parece querer entrar a través de los enormes ventanales. Los eucaliptos proyectan sombras fantasmagóricas tras los cristales. Todo da bastante miedo, como debe ser.

Después de darme el pésame, una señorita que hace las veces de guardiana del inframundo nos informa de las cosas básicas de la muerte. En el mostrador tras el que se sienta reposan álbumes de fotos con coronas y centros florales.

Mi madre me dice que me espera en la entrada. Entonces la señorita me conduce a una especie de sala de trofeos donde se exhiben todas las urnas disponibles.

—Mire —me explica señalando una de las estanterías—, tiene varios tipos de urnas. Las biodegradables y las no biodegradables. Las primeras son más prácticas porque las puede enterrar directamente y son ecológicas. Las puede lanzar al mar, etcétera. Las otras no. Las ecológicas son algo más caras, lógicamente. Pero tiene muchos modelos para elegir, como verá. Más elegantes, más informales...

Echo un vistazo a todas las urnas que reposan en los estantes, y es cierto, hay de todos los estilos, desde algunas que parecen trofeos de un campeonato de fútbol hasta otras más sencillas y discretas. Aturdida como estoy, escojo la que me parece más del estilo de mi padre, que además resulta ser «eco». Así ya mato dos pájaros de un tiro. Es de un color morado que le habría gustado.

—Buena elección —me dice la empleada—. Esa es muy bonita, sencillita pero bonita.

—Sí —respondo yo—, le quedará bien a las cenizas de mi padre.

—Ahora, si le parece bien, vamos a ver el tema del féretro —dice guiándome a una nueva sala donde reposan, puestos de pie y tumbados, distintos tipos de ataúdes. Algunos están abiertos para que pueda apreciarse el confort y lujo del interior. Siempre me pregunté por qué obligan a comprar un ataúd a los muertos que van a ser incinerados. Debe de ser por el negocio de la muerte. Va todo en un *pack* completo.

En este caso, la elección resulta más limitada. Todos tienen cruces encima. Así que cojo el más sencillo —total, lo van a quemar— y ordeno quitar la cruz. Me imagino al carpintero encargado de extraer de las cajas las cruces de los muertos ateos. Pienso en si se ocupará solo de eso o de más cosas.

Pienso también en la descripción que pondrá la empleada del tanatorio en su perfil de Tinder: «Administrativa», «gestora de recursos». Supongo que pondrá algo así.

Tras escoger los accesorios y pagar la cuenta por adelantado y con tarjeta, por fin me dejan marchar. Me reencuentro con mi madre, que espera en el *hall* sentada en un sillón, adormilada. Decido que ya es una hora prudente para llamar a Eugenia, la

pareja de mi padre, que está en Madrid, y decirle que Manuel acaba de morir. Ella, que había estado cuidándole en Marineda durante sus últimos meses, se tuvo que volver a Madrid apenas unos días antes.

No tengo que explicarle mucho. Una llamada a las seis de la mañana no puede más que anunciar algo terrible.

—Yo creo que Eugenia se marchó porque le daba miedo que tu padre se le muriese a ella —dice mi madre cuando cuelgo el teléfono.

Nos vamos a casa de mi madre a descansar un poco. Me da un Orfidal e intento quedarme dormida, pero tardo bastante. Una se resiste a dormir en medio de la desgracia, pero a la vez lo necesita desesperadamente. Mi mente no procesa lo que acaba de suceder; no sé ni dónde estoy ni qué ha pasado. Necesito rebobinar y verlo todo a cámara lenta para poder entender lo incomprensible. Ojalá sea un sueño, Dios mío. Dime que es un sueño...

Recordé entonces lo que mi padre me había dicho en el hospital algunos días antes de morir: «Lo peor es la noche. De noche me sale toda la angustia y no puedo dormir. De noche es cuando veo el precipicio delante de mí, por eso les pido a las enfermeras que dejen la puerta entreabierta».

Es bastante normal que uno no pueda dormir cuando sabe que se va a morir. El sueño es demasiado parecido a la muerte. Hay que aferrarse a la vigilia, a la vida, a las ventanas, a las persianas, a la luz; trepar por donde sea. Por eso los moribundos nunca quieren que las puertas estén cerradas. Necesitan un punto de fuga. Ver un haz de luz.

Me quedo por fin dormida viendo el hilo de luz del amanecer que entra por las contraventanas. Escucho el ruido de las olas. La claridad de la mañana me protege de El Horla. Yo aún estoy a salvo.

Cuando despierto, creo que todo ha sido un sueño, como suele pasar. Al ver la maleta con las cosas de mi padre en la habitación, a los pies de la cama, me doy cuenta de que es real. Todo cambia en un abrir y cerrar de ojos. En unas pocas horas la vida se te vuelve del revés.

Saco su cartera de la bolsa. Me producen una enorme ternura las carteras de los muertos, con sus moneditas, sus billetes y sus papelitos, con sus carnés de identidad y esas fotos con cara de sorpresa mirando al fotomatón. Veo las monedas en la cartera de mi padre y pienso: «Mira, las monedas de euro que tenía para meter en la tele del hospital, para ver la tele mientras aún estaba vivo, mientras todavía tenía ojos que miraban». Hay también un billete de veinte euros que luego me gastaré en invitar a cañas en el tanatorio. No se me ocurre darle mejor destino.

Miro su carné de identidad, de la identidad que él ya no tiene, que la muerte le ha quitado. En todo caso, es ya mía: tengo doble identidad, como una agente de la CIA. La mía y la que él me ha dejado, que ya se va desdibujando.

Mi madre aún duerme, pero yo siento la urgencia de regresar cuanto antes al tanatorio porque mi padre está allí solo. La señorita nos ha dicho que no abrirían la sala hasta que alguien de la familia llegase por la mañana.

Aparezco allí con muchísima prisa, como si de verdad él me estuviera esperando, como si aún pudiera salvarle, sacarle de allí. Me abren la sala.

Hay varios sofás con una mesita baja y algunas sillas. Me siento en una de ellas y miro a través de una gran cristalera lo que es ahora mi padre, en lo que se ha convertido. No hay nada más aterrador que la madera brillante y pulida y las elegantes curvas de un ataúd.

Me reencuentro con mi padre-caja y lloro largo rato. Ya no se diferencia de nadie. Es igual que todos los demás. No puede ser. No es posible.

Paso varias horas allí sentada, llorando, hasta que alguien se digna a venir.

6

Ofrendas

«Tú no eres mi familia —me decía mi padre de pequeña—. Mi familia son mi madre y mi hermana». Me decía muchas cosas raras como esta. «Te quiero mucho, pero me caes mal», me soltaba cuando era adolescente.

Cuando la señorita de pompas fúnebres me sacó aquella madrugada el álbum con fotografías de todo tipo de coronas y centros florales, yo le pedí solamente un ramo de claveles rojos atados con una cinta. A mi padre le encantaba decir que había vivido la Revolución de los Claveles de Portugal, y también presumir de que había corrido delante de los grises; parecía que escapaba a diario del franquismo y las fuerzas del orden. No dudo que fuera verdad, pero él lo exageraba todo, lo multiplicaba por mil.

Con todo lo culto que era, nunca fue ni hizo nada reseñable en su vida, fue un profesor de clases particulares de inglés con un pasado de progre que él se encargó de magnificar. Se construyó su propio personaje a base de mentiras y exageraciones, y al final acabó creyéndoselo. Mi madre, que le tenía mucha rabia, una vez lo definió brutalmente: «Es un pobre desgraciado».

Me he dado cuenta de que tengo la manía de meter cosas en las tumbas de mis muertos. A mi padre le echaron al fuego con aquellos claveles, los metieron todos con él en el horno porque yo me empeñé, para que algo vivo le hiciese compañía, para que a la carne y los huesos se le sumara al menos la tibieza de las flores. A mi abuela, su madre, le metí, hace más de veinte años, cuando

murió, un ramo enorme de mimosas en su nicho, que casi no cabía; los operarios tuvieron que estrujarlo a base de bien. A mi abuelo Paco le arrojé dentro de su sepultura, cuando enterramos sus cenizas, un texto que le escribí.

A lo mejor, en alguna de aquellas ocasiones lo hice para aprovechar las flores. Me he preguntado muchas veces también dónde acaban las flores de los muertos, todas esas coronas y centros tan ostentosos y caros, una vez que el difunto ya está liquidado.

Ojalá pudiéramos elegir las cosas que queremos que nos acompañen en la muerte, como hacían los faraones, que además de sus tesoros se hacían enterrar hasta con sus sirvientes. Desde luego, en mi caso sería algo opuesto a una corona de flores que pusiera «tu familia no te olvida». Preferiría un plato de patatas fritas.

Cuando mi padre estaba en el hospital, aquellos últimos días, me hablaba de Lluvia, su gata:

—Lluvia es muy mayor, tiene ya dieciséis años. Pensé que después de ella aún me daría tiempo a tener otra más, pero veo que no va a ser así.

Efectivamente. No va a ser así. El número de gatos que una persona puede tener a lo largo de su vida es limitado.

Hay que mirar bien qué gato se elige. Sobre todo, hay que mirar bien los gatos que se eligen a partir de cierta edad porque esos son los que, probablemente, nos van a sobrevivir.

Lluvia le sobrevivió seis meses.

7

Niña nadie

Marineda, verano de 2019

Estos primeros días que pasas en Marineda tras la muerte de tu padre, en su casa, examinas cuidadosamente todas tus fotos; en algunas ya habías reparado, en otras no. En casi todas las de pequeña te ves triste. No hay una en la que salgas riendo o te muestres despreocupada o risueña ante la cámara. Te fijas en tu cara redonda de niña y crees vislumbrar unos ojos brillantes y húmedos, como si acabases o estuvieses a punto de llorar. Pareces una niña cansada de la vida. Una niña de tres años deprimida.

En una de las librerías hay dos fotos en blanco y negro de lo que identificas como tu cuarto cumpleaños; apareces en vuestra casa de Madrid rodeada de muñecos gigantes. Llevas puesto un vestido de cuadros y, tirada en la cama, enseñas las bragas a la cámara. Eres como una niña maltratada a la que luego le hacen una fiesta de cumpleaños con muñecos gigantes para compensar.

Tu madre llevaba años diciéndote que te tenía que contar cosas sobre tu padre, cosas terribles que, al parecer, tú no sabías. Temías esas revelaciones suyas. Temías que hubiera «algo más» que no supieras, que hubieras enterrado a propósito en tu cabeza para olvidarlo para siempre.

En un desliz, conseguiste que tu madre te desvelara un día aquellas «terribles cosas».

—A tu padre no se le ponía dura. Nunca se le puso —te dijo

—. Fue horrible, horrible.

Pues sí. Lo atroz para ella no fue que él te maltratase, te diera palizas, te abandonase... Tu madre realmente odió siempre a tu padre por una razón de peso: no se le levantaba.

Cuando aquella vez escuchaste a tu madre, te diste cuenta de algo: durante tu infancia tú parecías no solo no importar, parecías no existir. Fue como si solo existieran ellos dos.

Son contadas y siempre amargas las cosas que tu madre te cuenta de tu niñez. Ha borrado de su cabeza esa parte de vuestras vidas. Parece que ni tú ni tu hermana Io, la hija que tuvo luego con Javier, hubierais sido nunca niñas. Jamás os contaron la historia de vuestra vida: cuál fue la primera palabra que pronunciasteis, qué película visteis por primera vez, qué os gustaba comer, qué canciones y libros infantiles leíais, cuáles eran vuestras travesuras, qué hacíais antes de dormiros... No tenéis álbumes de fotos ni de bebés ni de mayores ni de nada.

De hecho, el único álbum de fotos de pequeña que tienes está aquí, en esta casa. Un álbum que te hizo tu abuela Concha y que en algún momento robaste de su casa para regalárselo a tu padre.

Tu hermana Io te contó que hace poco les pidió a tu madre y a Javi sus fotos de niña. Tu madre dijo que no sabía, como siempre, y su padre que casi no tenían fotos de ella de pequeña, que en aquella época no se hacían tantas y ellos no tenían cámara. Recuerdas su llamada, como pidiendo auxilio: «Sibi, ¿tú tienes fotos mías de pequeña? Es que mis padres dicen que no tienen. Nadie tiene. No puede ser».

Tu madre no os hacía fotos, pero sí se acuerda de algunas cosas de cuando tú eras pequeña...

«Tu padre, cuando tenías dos años y te pusiste enferma con bronquitis y tosías mucho, te sacaba a toser al pasillo y cerraba la puerta para que no le molestases. Te dejaba allí tosiendo sentada en el suelo, como si fueras un perro —te decía tu madre—. Tu padre te tiraba mucho de las orejas. Estaba todo el día tirándote de las orejas cuando eras pequeña. Te tiraba tanto de las orejas que casi te levantaba del suelo; te aplastaba los mofletes hasta que gritabas. Un día pensé que ya estaba bien y fue cuando te cogí, me

marché de Madrid contigo y nos fuimos a vivir a Marineda, a casa de mi madre. Tenías cuatro años. Te llevé a un psicólogo infantil. Me dijeron que llevabas mucho tiempo sufriendo maltrato físico y psicológico, que estabas deprimida».

No necesitas ni quieres saber qué más cosas del estilo te hacía tu padre. Prefieres pensar que como te tiraba tanto de las orejas, tu madre te sacó por fin de allí. Es mejor imaginar que tu padre era como una gata que cogía a sus cachorros por el pellejo, que aquella era su manera de quererte.

Tu madre parece ser una testigo de tu infancia que a la vez no tuviera nada que ver con ella. Es sencillamente una voz narradora que se ha autodespojado de toda responsabilidad. Lo mira todo desde arriba, como si no fuera con ella.

Alguna vez, cuando le cuentas algún episodio de tu niñez que se refiere a los maltratos de tu padre o a su dejadez, te mira con una incomprensión absoluta, casi con rencor. Antes de reconocer la madre que fue, la que dejó que todas aquellas cosas pasaran, prefiere pensar que lo que recuerdas es mentira, que todo te lo has inventado. También te dice a menudo «no me acuerdo de nada». Es su frase comodín, con la que zanja cualquier conversación incómoda.

Y en cuanto a ti, puede que exageres el pasado, quizás lo retuerzas un poco, pero el presente no hay manera de inventárselo. Es el que es y es, justamente, lastre de ese pasado. Siempre fuisteis una mala madre y una mala hija. No pudisteis ni podréis ya ser otra cosa.

Tal vez siempre te haya rechazado un poco porque tú, en cuanto a personalidad, te pareces bastante a tu padre, mal que te pese. Conforme crecías, debió de ver en ti todo lo que detestaba de él: la intensidad, la furia, el ser a veces desagradable y borde sin motivo. Siempre tuvo más afinidad con tu hermana Io, idéntica a ella en carácter y personalidad.

Recuerdas lo que te repetía todo el rato cuando eras pequeña y adolescente: «Eres igual que tu padre», y aun ahora es evidente que lo sigue pensando, aunque no se atreve a decírtelo; le ve a él en cada cosa que dices, en cada gesto, todo en ti le recuerda a él.

De Manuel se libró hace ya mucho, pero de ti le es imposible librarse.

Vuestra relación es más o menos llevadera por teléfono, pero muy complicada en persona, algo que también te sucedía con tu padre.

El ver y el estar lo cambia todo. La presencia física de algunas personas y su manera de ser, de mirar, de hablar, a veces se nos hace insufrible sin que exista explicación alguna.

«No respires —te dan ganas de decirles a esas personas—, no existas, no seas así, porque así no te soporto». O como te dijo aquella vez Manuel, a los catorce años: «Hija mía, te quiero mucho, pero me caes mal».

Los adultos creen que los niños no tienen memoria y quizás sea así, pero quedan las marcas. Muescas de dolor que van saliendo como estrías invisibles con el paso de los años, que van revelándose como una fotografía o se quedan dentro de la piel como uñas encarnadas.

Esas marcas alcanzan su máxima exposición cuando se tienen hijos. Cuando esos hijos van creciendo, todas las heridas de tu infancia que han permanecido latentes parecen estallar al mismo tiempo como úlceras sangrantes. No encuentras explicación a la niñez que tuviste; no entiendes a tus padres. Pero, sobre todo, temes darles esa misma infancia a tus hijos. Reconoces los genes, que te salen a veces en ramalazos, sin quererlo. Algún gesto que te recuerda a los que tu padre tenía contigo, una palabra, una discusión que te transporta a otra de hace muchos años. Tienes miedo a convertirte en tu padre y no darte cuenta. Te aterra caer en ese abismo.

Y sí. También tienes un miedo atroz a que tus hijos te vean como tú viste siempre a tu madre, como un desastre, como una dejada y, sin embargo, es probable que suceda, porque te pareces también mucho a ella, cada vez más según pasan los años. Tienes grabada a fuego la famosa frase de Oscar Wilde: «Toda mujer acaba pareciéndose a su madre». Te cagas en Oscar Wilde.

Temes que dentro de treinta años tus hijos te echen en cara todas sus faltas, como haces tú ahora con tus padres. Todo es culpa de los padres, faltaría más... Por eso de vez en cuando les preguntas si eres buena madre, pero en realidad te dan ganas de preguntarles: «Mirad, niños, ¿hasta cuándo dura esta «responsabilidad»? ¿Cuándo me libero de esto para poder ser simplemente yo? Y, por cierto, ¿quién soy yo?

Aguardas el día en que tus hijos te digan: «Oye, ya está. Nosotros somos adultos equilibrados. Has hecho bien de madre. Dedícate ahora a lo que quieras. Quedas liberada. No necesitamos nada más. Gracias por todo. Te invitamos a un viaje por esto que has hecho. Piensa a dónde te apetece ir».

Así es la maternidad para ti, una condena en una celda de lujo, una libertad condicional, una evaluación continua.

Pero a un padre o una madre de cierta edad, en teoría, nunca se les debe decir que han sido malos padres porque podrían sufrir, podrían sentirse ofendidos, y los pobres ya están tan mayores, llenos de achaques y preocupaciones. El pasado, pasado está. Remover no sirve de nada. Eran otras personas, otros distintos; no se puede juzgar a las personas por algo que hicieron cuando eran jóvenes; eran «sus otras vidas», te dicen. Y tú piensas, ¿por qué no? ¿Quién o qué hace sagrados a los padres? ¿Quién los convierte en intocables, y a santo de qué? ¿Por qué les debemos respeto? ¿Por qué hay que quererles?

Ya no tienes padre, es cierto. Solo te queda esta madre prendida con alfileres, sujeta con imperdibles. La única solución es hacer una especie de pacto de silencio. Borrar esa parte de vuestra vida que fue tu infancia, hacer como si nunca nada hubiera sucedido. No debes pedir cuentas ni echar nada en cara. No todo va de ti en esta vida. Recuerda lo que te decían en aquellas clases de budismo y meditación a las que ibas: «Hay que tener en cuenta que los otros también sufren».

Con tu madre hay que nacer cada día, conocerla cada día, ser su hija ahora mismo. El pasado para ella ya no existe y el futuro

tampoco mucho, porque siempre cree que va a morir en breve. Con ella solo vale el presente, una especie de presente continuo que no acaba nunca y en el que nunca hubo pasado.

«¿Sabes cuál es nuestro problema? —te dijo hace unos años—. Que ni yo te quiero a ti ni tú me quieres a mí».

Pero aunque no os queráis u os queráis mal, sabes que ella sigue siendo el vínculo más sólido con tu vida pasada. Siempre está y estará hasta que una de las dos muera, como tú lo estarás para tus hijos. «Uno siempre es un niño hasta que pierde a su madre». Esa frase que una vez te dijo Marylene, tu suegra, se te quedó grabada. Crees que tiene razón: es entonces cuando nos sentimos desprotegidos, arrojados al mundo de los extraños, de los «otros».

Nuestros padres y familia son los contadores de la historia de nuestra vida, piensas, los testigos de los hechos, los que estaban ahí y lo registraban todo mientras nosotros mirábamos para otro lado... Así que cuando se van perdemos también parte de nuestros recuerdos.

Cuantos más seres queridos perdemos, más mengua nuestra memoria, más sencilla, ligera y vacía parece nuestra vida.

Por eso piensas que los viejos, aunque sean en ocasiones unos hijos de puta, siempre parecen buenos con esos pelitos blancos y esos andares torpes. Ya está así, hecho a posta, para que no seamos capaces de preguntarles nada. Para no tener ellos que dar explicaciones. Para ser siempre queridos y respetados, aunque no se merezcan tal respeto. Para que todo siga su curso.

8

VERANOS

Pasé toda mi adolescencia escuchando follar a mi padre, aunque no sabía muy bien lo que era eso ni para qué servía. Y aún ahora, a veces, sigo sin saberlo.

Yo vivía por aquel entonces con mi madre, su novio, Javi, y mi hermana bebé, Io, en Marineda, pero pasaba las vacaciones de verano con mi padre en Madrid.

Aquellos veranos, Manuel y yo solíamos dormir cada noche en una casa diferente. Tenía hasta tres o cuatro novias distintas e íbamos alternando las visitas según los días de la semana.

Siempre íbamos nosotros a sus casas porque mi padre no sacaba mucho dinero de las clases particulares de inglés que daba, y así aprovechaba y aquellas mujeres nos daban de cenar. No nos ofrecían cualquier cosa porque querían sexo, así que se esmeraban en cocinar platos ricos y en que hubiera siempre postres apetecibles para mí. Le pagaban los polvos a base de Dalkys de fresa y nata, los que a mí más me gustaban.

Por la noche, después de cenar, las novias me preparaban la cama, generalmente en el sofá, mientras que él se iba al cuarto con ellas. Entonces yo oía jadeos y ruidos raros, y pensaba que las novias se encontraban mal. Siempre jadeaban ellas. A él no se le escuchaba.

Durante un verano concreto, el de mis catorce años, llegamos a dormir muy pocas veces en nuestra casa. Yo siempre iba con los mismos zapatos rosas que apestaban a sudor. Me cambiaba poco o nada de ropa.

Recuerdo bien los nombres de aquellas mujeres. Una se llamaba Mari Carmen, la de Manoteras; otra, María Jesús y vivía en La Elipa —y él decía aquello de «la Elipa sí que flipa»—, y luego estaba María Luisa, que vivía en Diego de León. Esa era la que tenía más dinero y a veces cuidaba de mí. Me llevaba al zoo y a merendar banana *splits* al VIPS, supongo que para hacer méritos y que mi padre la visitara más frecuentemente. Pero a esa casa íbamos poco, porque María Luisa era la que menos le gustaba.

No sé qué pensaba yo de que mi padre estuviera con tantas mujeres a la vez. Realmente no me lo explicaba porque era muy feo, aunque alto y delgado. Lo único que tenía bonito eran las manos. Por aquel entonces yo aún no era consciente del supuesto poder de las personalidades arrolladoras, la cultura o la conversación.

Imagino que aquel incesante desfilar de mujeres por su vida no me chocaba porque ya estaba acostumbrada al mejunje que había sido mi niñez hasta entonces, una niñez en la que jamás viví con mis dos padres juntos, mas que de muy pequeña. Mi madre había conocido a Javi, el padre de mi hermana, cuando yo tenía siete años, y era «su novio», y mi padre por aquella época también tenía una novia, Mar. A principios de los ochenta, que tus padres tuvieran novio o novia no era muy normal, pero era lo que había. Sencillamente, no me paraba ni a pensarlo.

El niño deja pasar lo que no entiende, no se detiene a intentar comprenderlo ni lo juzga. Contempla las cosas que le causan perplejidad como quien ve pasar un tren expreso por una estación. Ahí radica la inteligencia de la infancia. El niño no busca la explicación de todo. No le interesa. Más tarde sabrá que no andaba desencaminado, que hay ciertas cosas que no tienen explicación.

Durante aquellos veranos en casa de mi padre había muy poco dinero. El día bueno era el viernes, cuando los alumnos le pagaban las clases. En alguna ocasión, ya avanzada la semana, la comida empezaba a escasear en la nevera.

No recuerdo muchas cosas de mi infancia, pero sí algunas.

Un viernes a mediodía, después de cobrar, mi padre llegó a casa con un montón de comida. Nada del otro mundo: huevos,

patatas y un chorizo de esos largos de Revilla que venían envueltos en un plástico. Yo saltaba de alegría mirándole sacar las cosas de la bolsa. Saltaba pensando en el chorizo frito. Se me hacía la boca agua. Él se reía mientras lo freía. Yo tenía hambre y reía también.

9

Benavente

Mi padre me pesaba de vivo como una losa de la que no me podía librar, pero me pesa el doble de muerto. Su ausencia se ha vuelto tan rotunda como una presencia invisible que lo inunda todo, como si siempre estuviera mirándome desde una silla, sentado a cierta distancia. Antes fantaseaba con su muerte, pero la realidad siempre es peor. Es mejor mirar hacia delante, hacer planes de futuro, aunque sean de muerte. Cuando algo ya ha sucedido, desaparece la fantasía. Entonces solo queda la realidad o su recuerdo, que a menudo es más crudo y, sobre todo, más cutre.

Añoro el sentimiento de miedo tan palpable y real de mi infancia. Escuchaba el caminar de mi padre por el pasillo y le temía con un extraño regocijo. Sus pasos firmes y poderosos, de piernas largas, anticipaban su presencia. Hay formas de andar que no se olvidan. Caminares sigilosos y otros pesados. Hay gente que parece que va pisando juncos, otros que se diría que andan por el agua y otros que suenan como un ejército. Cuando Manuel caminaba por el pasillo de su casa de Madrid, yo le sentía como si fuera una de esas esculturas informes, oscuras y de piernas de alambre de Giacometti.

De adulta ya no le temía a él, sino más bien su aspecto; su semblante siempre me perturbó. La cara picada de viruela, los ojos redondos e inexpresivos, tras sus gafas de pasta, la boca grande, de labios carnosos y mala dentadura. No era de las personas a las que uno pudiera mirar a los ojos con facilidad. Siempre había que apartar la vista.

Mi exmarido, D., le definió una vez como «alguien que ocupaba mucho espacio». De la esbeltez de su juventud, en su madurez pasó a ser simplemente un señor grande e hinchado debido a su alcoholismo.

Todo en él resultaba contradictorio: era feísimo y, sin embargo, resultaba enormemente atractivo, sensible y a la vez despiadado, encantador y desagradable, gracioso y divertido y enormemente pesimista, humilde y extremadamente altivo y egocéntrico. Se balanceó toda su vida entre polos opuestos dando a todo el mundo una de cal y otra de arena. Lo malo era que no se sabía cuándo tocaba la cal y cuándo la arena.

Sin embargo, y a pesar de lo malo, con él también sucedían cosas extraordinarias. Cuando pienso en mí de niña y en mi padre, siempre me acuerdo del episodio de Benavente. Quizás aquella fuera una de las primeras aventuras de mi vida.

Era un mes de julio. Yo tenía ocho años. Llegamos en autobús a Benavente para ir a un campamento infantil donde se suponía que mi madre me había apuntado y en el que pasaría dos semanas de aquel verano. Yo no quería, por supuesto.

—Espera aquí —me dijo él bajándose del taxi que nos había llevado hasta allí.

Esperé dentro del coche rezando el «Jesusito de mi vida», la única oración que me sabía, pidiéndole al tal niño Jesusito que no me dejaran allí, en medio de aquel páramo. Le vi entrar en una casa. Diez minutos más tarde salió con cara de contrariedad.

—Nos tenemos que volver —dijo apenas conteniendo su furia —. Tu madre me aseguró que te había apuntado, pero no lo ha hecho. No tienes plaza y no puedes quedarte en el campamento. No tengo dinero para el billete de vuelta de los dos —añadió—. Tendremos que hacer autostop.

Recuerdo el calor abrasador de la carretera en Benavente a mediodía, el zumbido de las abejas, el silencio, y nosotros allí solos, bajo el despiadado sol de Castilla. Me veo levantando el dedo detrás de mi padre, intentando copiarle.

—Nadie nos para —dije.

—Claro —contestó él—, con una niña es más difícil. Pensarán

que te he raptado.

Después de mucho rato, nos paró una turista americana. Llevaba el pelo corto y rizado. Me pareció que coqueteaba con mi padre durante el viaje. Nos dejó en un pueblo que no recuerdo, a medio camino. Allí buscamos una pensión.

Mi padre se puso muy enfermo con una especie de gripe. Le dio muchísima fiebre aquella noche.

Dormimos los dos en la cama de aquella pensión barata en un pueblo de Castilla que no recuerdo. Él sudaba y deliraba de la fiebre. Yo me preguntaba cómo íbamos a llegar a casa.

Creo que por este episodio de Benavente siempre me gustaron las *road movies.* Y siempre tuve un cierto respeto por esa población. Sigo con aquel refrán en la cabeza: «Benavente, Benavente, buena tierra y mala gente». Mala gente que no me dejó quedarme en aquel campamento de verano y que nos arrojó a la carretera.

Hace falta ser malvados.

Cuando me preguntan qué hacía yo en vez de andar en bici, podría contar que hacía estas cosas; que, por ejemplo, hacía autostop, que es bastante más divertido. Pero nunca me acuerdo.

10

Cumpleaños

Mi padre y yo nunca pasábamos los cumpleaños juntos, pero sí recuerdo dos de manera bastante vívida.

En el primero tendría ocho años. Vivíamos en un ático muy bonito frente a la playa del Orzán. Mi abuela Ma se lo había regalado a mis padres, pero nunca llegamos a estar allí los tres de forma fija. Yo vivía en él con mi madre, que ya estaba con Javi, y mi padre, que ya se había mudado con Mar, venía de vez en cuando o pasaba algunos días.

Lo celebramos con una fiesta infantil a la que invité a todas mis amiguitas del colegio. No había tarta, sino una gran bandeja de pasteles. Mi padre, sin yo saberlo, escondió entre ellos una mierda de esas de mentira. Cuando la descubrieron, las niñas empezaron a gritar histéricas: «¡Una caca, una caca!».

Y revivo mi vergüenza infantil, ese sentimiento tan ancestral.

La misma vergüenza que sentía cuando mis padres me mandaban a los cumpleaños de mis amigas con mis propias muñecas usadas como regalo, sin envolver, metidas en bolsas de plástico.

El segundo cumpleaños que me viene a la memoria es uno suyo, en su casa de Madrid. Cumplía treinta y tres, así que yo tenía doce. Era verano y yo estaba pasando las vacaciones con él. Se me ocurrió darle una sorpresa y comprarle un pastel de cumpleaños. Cogí mis ahorros, fui a una pastelería del barrio de Quintana, donde él vivía, y compré una tarta con treinta y tres velas.

Al final de la comida, en la que estaba uno de sus amigos más

íntimos, Rafa, aparecí de sorpresa en el salón con aquella tarta y todas las velas encendidas, cantando el «Cumpleaños feliz».

Cuando la vio, se le agrió el gesto.

—¿Qué coño es eso? —preguntó.

—Pues una tarta —respondí yo con miedo, intuyendo lo que se me venía encima.

—¿Tú qué eres, tonta? Cómo se puede ser tan imbécil... Y además con todas las velas encendidas, para que se vea bien.

—Pero..., no sé. Pensé que te haría ilusión. La he comprado con mi dinero.

—Pues no me hace la más puta gracia —dijo—. Llévate eso fuera de mi vista —me ordenó.

Recuerdo que estallé en lágrimas, sin entender nada, y él me mandó castigada a la habitación. Yo no podía comprender cómo a algo en teoría bueno podía seguirle una reacción tan violenta, pero así sucedía muchas veces. No valía la pena preguntarse nada, porque jamás encontraba una respuesta lógica. Solo sé que en vez de echarle la culpa a él me echaba la culpa a mí. Debía de hacerlo todo mal y encima no me daba cuenta.

A Manuel le obsesionaba el paso del tiempo. Decía que le acercaba a la muerte. Pero yo, a los doce años, ni siquiera sabía qué era el tiempo. El tiempo era solo un reloj que marcaba las horas. El tiempo era lo que daban después del Telediario.

Nunca pude olvidar ese día. No sé si él lo recordó alguna vez.

Es inaudito cómo cosas tan pequeñas, tan aparentemente insignificantes, se quedan grabadas en la memoria para toda una vida.

No fue para tanto, pero fue inolvidable, así que, al final, sí fue para tanto. Todo lo que no se olvida sí es para tanto.

Desde ese día tuve la certeza de que el tiempo era algo que importaba mucho.

Creo que mi padre y yo no pasamos juntos ningún cumpleaños más hasta que yo cumplí los cuarenta. Estábamos en Marineda, a donde él había regresado a vivir. Yo estaba allí

pasando el puente de mayo, que coincide con mi cumpleaños. Fuimos todos a comer fuera, mi madre, Javi —que ya no era su pareja—, mi hermana, la hermana de mi padre, mi tía María José... Una de esas comidas raras con todos mezclados sin orden ni concierto a las que soy tan aficionada.

Antes de comer, mi padre y yo quedamos en La Bombilla, uno de sus bares favoritos de Marineda, y allí me hizo un regalo, de los pocos que tengo suyos, porque pasó años sin hacerme ningún regalo. Ni yo a él. Nunca lo hicimos de manera regular. Me regaló el libro *Criadas y señoras* con una dedicatoria: «A mi hija, lo mejor y quizás lo único bueno que he hecho en mi vida».

Y yo, a pesar de mis cuarenta años, pienso que no valoré lo suficiente aquel libro. No me apetecía particularmente leerlo y, además, era una edición de bolsillo, algo demasiado barato para un cuarenta cumpleaños.

Se me escapó lo importante: las cosas nunca dichas que a veces, cada lustro, dejaba entrever en alguna dedicatoria, en alguna de las postales que mandaba con poemas o trozos de *El Quijote* escritos con su mala letra.

Fue toda su vida como Pulgarcito con sus migas de pan. Iba dejando señales tan leves y discretas que a menudo pasaban desapercibidas.

Según decía, todos los libros que se regalaban había que dedicarlos, si no, prácticamente carecían de valor. Es una manía que yo he heredado. Cuando me regalan uno y no me lo dedican, siempre me parece algo impersonal. También firmaba todos los libros al comprarlos. Ponía su nombre y la fecha en todos ellos. Ahora que su biblioteca forma parte de la mía, me gusta verlo. Cuándo y dónde estaba cuando los compró. Pienso también dónde estaba yo, cuántos años tenía, qué andaría haciendo y si mi padre y yo nos hablábamos en ese año.

El último día que le vi consciente yo también le dediqué uno de mis libros, el tercero, que estaba a punto de publicarse. Me iban a entrevistar en la radio local a los pocos días y él ya estaba haciendo planes sobre cómo podría oírme en el hospital.

Siempre dilato el momento de hacer las dedicatorias

importantes, pienso que no voy a estar a la altura, que voy a escribir cualquier chorrada insignificante. A veces lo retraso a posta y hago que me olvido. Escribir dedicatorias es de las cosas que más odio de ser escritora, antes aún que la tan temida hoja en blanco. Me abruma el tener que ser creativa en un minuto. Pondría en todas «con cariño» o «espero que te guste mucho». Es parecido a cuando te pasan una tarjeta de felicitación conjunta para alguien y tienes que escribir algo brillante o gracioso. Yo siempre pongo «muchas felicidades», ¿qué más voy a poner? Lo que me lleva a pensar que quizás sea aceptable escribiendo, pero sin duda no lo soy escribiendo cosas personales para alguien en concreto.

Aquel día en el hospital esperé hasta casi marcharme para escribirle la dedicatoria a mi padre. Me llevó un buen rato. Era bastante larga y enrevesada. Mientras lo hacía, rompí a llorar y él lo advirtió.

«No te preocupes, que no me voy a morir, monísima», dijo.

Pero sí que se murió. Aquella fue la última vez que hablé con él.

Todo lo que tenía que decirle estaba en aquella dedicatoria. La vida nos regala oportunidades mágicas de expresar de otra manera lo que nunca nos atrevimos a decir a la cara.

Ahora me arrepiento de no haber puesto, simplemente, «te quiero», lo que nunca nos dijimos.

«Te quiero» puede ser la expresión más valiosa cuando es nueva, cuando no está usada. Después se gasta como una pastilla de jabón y hay que sustituirla por sucedáneos, como «te quiero mucho».

Nunca podré saber qué le pareció a mi padre aquella dedicatoria, si mis palabras le reconfortaron, le parecieron suficientes, le hicieron llorar... Me dijo que ya la leería más tarde, cuando me hubiese marchado. Luego, en los días siguientes, que fueron los últimos para él, no mencionó nada al respecto.

Esperé hasta el final por aquella respuesta, creía que antes de morir me diría algo a lo que agarrarme, pero sin duda pensó que ya lo haría después, más tarde, otro día.

Había un silencio entre los dos que impedía hablar de las

cosas importantes, de las cosas esenciales. Un pudor extraño, un muro infranqueable que yo achacaba a su frialdad e indiferencia. Ahora creo que el problema fue el sentimiento de culpa que le ahogaba y la dificultad en la comunicación. Con algunas personas, simplemente, no nos entendemos bien. Suele ser con las que son iguales a nosotros, en ocasiones con las que más queremos.

Me sucede a mí con mi hijo mayor. A pesar de lo mucho que nos queremos, siempre hemos tenido dificultad en entendernos. Sin embargo, con apenas ocho o nueve años me escribió en un SMS algo brutal para un niño de aquella edad:

«Te quiero más de lo que crees», me puso.

Y cuantísimas veces pasa eso. A veces, queremos mucho y el otro no lo sabe, porque no quiere o no puede verlo o porque nosotros no sabemos expresarlo, por pudor, por miedo, por incapacidad... Querer así, sin que el otro lo sepa en toda su magnitud, es un auténtico desastre, una pérdida de amor.

Hay que interpretar las huellas, ser traductores de gestos, de señales, escudriñar los detalles, escarbar. Las señales de afecto son pequeñas partículas de polvo, están por todas partes. A veces las vemos donde no las hay y otras veces pasan desapercibidas ante nosotros, que a menudo buscamos señales más aparatosas y evidentes.

Me gusta pensar que todo lo que tenía que decirle a mi padre se lo puse en la dedicatoria de aquel libro mío, que recogí con el resto de libros que estaba leyendo cuando murió.

Se quedó en la página cincuenta. Lo sé porque estaba marcado con papel higiénico, lo único que tenía a mano en el hospital para hacer de marcapáginas.

Nunca doblaba las páginas de los libros. No quería estropearlos.

Le escribí aquello para que se enterase de lo que pensaba. Para que supiera que al final sí le quería, pero yo tampoco sabía cómo decírselo. Ni siquiera estaba segura, solo lo intuía. Uno no puede explicar lo que no sabe, como le pasa al niño. Creo que siempre esperé la muerte de mi padre como la prueba definitiva para comprobar si le quería o no.

Porque, en el fondo, no me perdoné nunca el quererle. Tampoco me perdonaba el no quererle.

Solo sabía que cuando él muriera, yo, probablemente, podría empezar a quererle en paz.

11

El colegio

La religión fue otro asunto que marcó mi infancia. Desde que empecé a ir al colegio, mi padre, que presumía de su ateísmo, no me dejaba asistir a las clases de religión. A mi madre le daba lo mismo; creo que dejaba esas cosas en manos de mi padre o en las de Dios, lo que menos le incordiara.

Aún corría el año 78, y aquello de no dar religión no era tan normal como ahora. Por aquel entonces iba a un colegio caro y progre que se llamaba Obradoiro y que pagaba mi abuela Ma. Yo y otra niña éramos las únicas que no íbamos a las clases de religión. Nos sacaban del aula y nos dejaban jugando en el patio.

Mis compañeros me preguntaban si era judía. Yo respondía que sí sin saber qué era exactamente ser judía. Pensaba en las judías verdes.

En el segundo de los colegios el asunto de la religión fue bastante más dramático. Era mucho más pequeño, de barrio, casi como una academia. Yo, que tenía unos diez años, vivía con mi madre, Javier y mi hermanita Io, recién nacida. Mi padre se acababa de marchar a vivir a Madrid y ya se había desentendido económicamente de mí. Mi abuela Ma había dejado de pagar el colegio caro, así que mi madre me metió en un auténtico antro, que era lo único que podía permitirse.

Se llamaba colegio-academia Los Castros. No sé cómo un lugar como aquel estaba autorizado por el Ministerio de Educación, y mucho menos por el de Sanidad. Estaba en la primera planta de un piso muy humilde del barrio de Los Castros, no lejos de nuestra

casa. Había varias habitaciones grandes, cada una de ellas era un curso; solo había una clase de cada curso. En medio de todo aquello, un espacio central de unos cuarenta metros cuadrados hacía las veces de patio cubierto y lugar donde practicar gimnasia. Solo había dos aseos apestosos con un único váter: uno para niños y otro para niñas. Allí pasé cinco años de mi vida, hasta que fui al instituto.

Un día estábamos en medio de clase de Matemáticas. La daba el director, don Manuel. De repente, irrumpió en el aula don Jesús, el más temido de los profesores, que tenía un cierto parecido con Franco. Como el colegio era tan pequeño, todo el tinglado se repartía básicamente entre tres maestros.

Don Jesús venía con una carta en la mano y cara de circunstancias. Se acercó al director con ella. Empezaron a leerla con atención y de cuando en cuando levantaban la vista del papel para mirarme. Nadie, ningún niño, ni yo misma, sabíamos qué pasaba. Pero cuando algo raro sucedía en clase solía ser por mi causa.

Los dos profesores me hicieron un gesto para que me acercara, así que me levanté y me tendieron la carta ante la mirada curiosa e inquisitiva de la clase entera. Reconocí con angustia la letra ilegible de mi padre. No recuerdo todo el contenido de la carta, pero sí esta frase:

«Mi hija Sibila no puede dar clase de religión porque no está bautizada».

Así fue como, en aquel colegio de barrio de principios de los ochenta, mis profesores y hasta yo misma nos enteramos de que no estaba bautizada.

Como aquel no era un colegio moderno como el otro y no estaban acostumbrados a las vicisitudes de las niñas no bautizadas, cuando cada semana llegaba el cura, don José, a dar la clase de religión yo permanecía en el aula, pero continuaba haciendo mis cosas: deberes, dibujando, lo que fuera. Sin embargo, me era imposible abstraerme y no escuchar los rezos de la clase, las repeticiones, las letanías.

Los niños me miraban con recelo. Yo era la única que tenía

derecho a no atender.

El cura ni siquiera reparaba en mí. Total, ya estaba condenada.

El día del Corpus, mis compañeros de clase iban de excursión con el cura y se confesaban y comulgaban todos en grupo en un lugar fuera del colegio. Yo me hacía la enferma y ese día no iba a clase. No quería tener que explicar al resto que yo no podía comulgar, que una niña no bautizada no puede hacer eso. Me daban envidia los otros niños, por comulgar, por ir de excursión con sus bocadillos, por confesarse.

Creo que por eso nunca he dejado de tener ganas de comulgar cada vez que entro en una iglesia. Si no lo he hecho todavía, es porque no me atrevo. Temo al posible castigo divino por el sacrilegio. Temo caer fulminada en el altar en el momento en que el barquillo de la ostia toque mi paladar.

Además de mandar esas cartas-bomba, y como en casa de mi madre no teníamos teléfono, mi padre tenía la odiosa costumbre de llamarme al colegio. Le importaba poco que estuviera en clase o la vergüenza que pasaba cada vez que el director me sacaba del aula para decirme «tu padre te llama por teléfono desde Madrid».

—Hola, Sibiloncia.

—Hola, papá.

—¿Qué tal? Te llamo para saber por qué no has respondido a mi última carta.

—Pues, no sé..., se me olvidó. Tengo muchos deberes. Estoy en clase ahora...

—Ya sé que estás en clase, pero yo estoy muy lejos de ti, en Madrid, y cuando un padre escribe a una hija, lo mínimo es contestar, ¿no te parece?

—Sí, perdona.

—¿Me vas a contestar a partir de ahora?

—Sí, te lo prometo.

—Cuéntame algo.

—Papá, estoy en clase..., tengo que volver. Luego me van a castigar.

—Ya sé que estás en clase, pero no tengo manera de hablar

contigo. En la casa de tu madre no tienes teléfono.

—Me puedes llamar a casa de Ma los fines de semana.

—A mí tú no me dices a dónde te tengo que llamar. Eso lo decido yo, ¿está claro?

—Sí.

—¿Piensas en mí?

—Sí. Te echo mucho menos.

—¿Cuánto del uno al diez?

—Diez.

—¿Me estás mintiendo?

—No, no te estoy mintiendo.

Sus conversaciones no eran precisamente cortas. Llamaba con ganas de hablar o de discutir, o de machacar, dependía del día. A veces me hacía hasta llorar. En algunas ocasiones, la llamada duraba quince o veinte minutos y yo perdía media clase. Me recuerdo de pie, hablando con él en el despacho oscuro del director, deseando que se callara, que me dejara volver a la clase, pero, a la vez, con el temor y la vergüenza de entrar en el aula y ser de nuevo el centro de atención, la niña más rara del universo.

En aquel colegio siempre estaba llamando la atención, y no solo por culpa de mi padre. Casi todos los días llegaba tarde a clase. Los niños salíamos a la una para comer y teníamos que regresar a las tres y media. Muchas veces mi madre me ponía de comer a las tres o tres y cuarto, incluso. A menudo tenía que comer atragantada, en cinco minutos, y correr como una liebre hacia el colegio para poder llegar a tiempo. Casi nunca lo conseguía. Llegaba a clase tarde, sudorosa y con las lentejas aún en la garganta.

Las otras niñas, que ya hacía mucho rato que habían hecho la digestión, aparecían radiantes, con sus trenzas y sus peinados hechos de nuevo y su olor a colonias infantiles.

Mis padres tampoco me compraban los libros de texto, o me compraban algunos, no todos, y siempre tarde. Recuerdo que los profesores me castigaban continuamente por eso, por no llevar los libros y el material escolar. En vez de llamar a mis padres, me castigaban a mí contra la pared y me ridiculizaban delante de la

clase entera.

Yo iba por libre. Sin quererlo, era la puta estrella de aquel colegio de barrio.

12

Cinexin

De vez en cuando los padres van con la niña a visitar a la abuela paterna. Sibiliña, que tiene unos siete años, vive entonces brevemente con los dos en Marineda.

La abuela habita desde hace treinta años un piso pequeño y enmoquetado con una galería estrecha que da a la avenida de Finisterre. Es la «casa vieja», como después la llamarían todos. Ma, que es el mote de la abuela desde que era una niña, vive con un fox terrier, Necho, y una gata siamesa, Maya. Es la niña la que le pone el nombre por sus dibujos favoritos, los de *La abeja Maya*. Tras la muerte del perro, Ma tendrá quince o veinte gatos más a lo largo de su vida.

La casa de Ma no tiene bañera ni ducha, como muchas otras casas antiguas. Los que antes se bañaban ahí lo hacían en una gran tina de plástico que se rellenaba calentando enormes ollas de agua en la cocina. Ma no utiliza nunca la tina. Dice que se baña por partes. La niña intenta hacerse una idea de cómo será eso de bañarse por partes. Se imagina a la abuela trazando unas líneas con rotulador rojo sobre su propio cuerpo, como las regiones de un mapa, y después frotando cada parte con una esponja.

Cuando van a la «casa vieja», los padres casi siempre permanecen en el salón, hablando de sus cosas, distraídos. La madre de la niña, María, suele dejar su bolso en la entrada, encima de una silla, y, aprovechando que está en la otra habitación, Ma, la abuela, escudriña revolviendo en su interior. Quiere saber lo que hay dentro; puede que sea por curiosidad, o quizás busque algún

dinero.

La niña la ve revolviendo en el bolso de su madre. Es un gesto habitual. Ella nunca dice nada, lo deja pasar. Pero, de repente, un día cualquiera, lo dice:

«¿Por qué siempre que vamos a casa de Ma ella revuelve dentro de tu bolso?», le pregunta un día a su madre.

Una tarde, poco después, la cría está en casa de Ma. Los padres la han dejado allí a pasar el día, o quizá sunos pocos días. Juega en una habitación oscura con un Cinexin que la abuela le ha regalado hace poco. Proyecta en la pared una película de Mickey Mouse. El ruido de la manivela, que debe girar constantemente para hacer que pasen los fotogramas, le impide escuchar el sonido de la puerta. Alguien acaba de entrar en la casa.

La niña ve ya directamente a su padre abriendo la puerta de la habitación, interrumpiendo la proyección. Mickey Mouse se queda congelado en una vía de tren. El padre parece furioso.

Sin mediar palabra ni encender siquiera la luz, empieza a abofetear a la niña, cada vez más fuerte, con sus manos grandes y poderosas. Ella no sabe, no entiende por qué su padre se abalanza sobre ella de esa manera. Se acurruca en una esquina de la cama y se hace muy pequeña, como una bola. Grita. Intenta protegerse la cara con los brazos y las piernas, con todo su cuerpo. Pero el padre, implacable, continúa dándole una bofetada tras otra, le da igual en qué parte de su pequeño cuerpo caiga el golpe.

«Como vuelvas a decir esas cosas de mi madre, te mato», le dice ya cuando acaba, exhausto él también del esfuerzo.

Ma, mientras tanto, escucha los llantos y quejidos de su nieta tras la puerta sin hacer nada, ni un movimiento, dejando que su hijo imparta su castigo justiciero a pesar de saber que la niña, Sibiliña, no se ha inventado nada.

Las niñas no deben mentir, no deben. Solo los adultos pueden hacerlo. Las niñas no roban ni hurgan en las cosas de los demás. Solo a los mayores les está permitido. Las niñas no tienen dignidad que preservar, ni secretos que guardar, ni orgullo ni mezquindad.

No tienen nada. Nada más que lo que sus padres y sus familiares deciden que tengan.

Al día siguiente, Sibiliña no va al colegio. Su madre, que ha aparecido de nuevo en escena, ha decidido rescatarla. Ha decidido que no vaya a clase porque tiene la cara amoratada e hinchada de la paliza.

Madre e hija bajan por la avenida Finisterre después de salir de casa de la abuela. La niña se tapa con una mano la mitad de la cara, le da vergüenza que la gente la vea así por la calle.

No quiere estar en casa de Ma.

A pesar de todo, quiere irse a casa con sus padres.

13

VARGAS LLOSA

Marineda, verano de 2019

La primera noche en casa de tu padre no duermes bien. Te despiertas muy temprano, desubicada. La cama es demasiado dura, las persianas, que están rotas, dejan pasar la claridad y se escucha de fondo el chillido de las gaviotas. Cuando abres los ojos, la luz grisácea y plomiza de la mañana, un cuadro de un calvario de Cristo y las fotos de tus hijos de pequeños te recuerdan dónde estás.

No tienes nada para desayunar; te duchas y bajas a Bonilla, donde siempre quedabas con Manuel. Desde allí llamas a tu madre y a Eva para decirles que estás en Marineda.

Decides dedicar la mañana a inspeccionar a fondo los libros de tu padre, tu verdadera herencia. Incluso antes de su muerte ya fantaseabas con que un día tendrías una biblioteca bastante decente y que, a tus libros, que ya son unos cuantos, sumarías todos los suyos. Entonces, cuando fuera la gente a tu casa, te dirían eso que ya te dicen ahora de vez en cuando:

—¡Cuántos libros! ¿Los has leído todos?

Y tú contestarías lo que dice Woody Allen en una de sus películas:

—No. Son para impresionar a las visitas.

Ya en la casa, vas cogiendo libros aleatoriamente, a veces los hueles. Muchos apestan a humedad y a antiguo, algunos, de tan

viejos, tienen las hojas amarillas, los habrá que estén incluso descatalogados. La biblioteca está organizada por países o zonas. La parte anglosajona, la española, la latinoamericana, la alemana y la de Europa del Este, los rusos y luego los clásicos griegos. Después, en otra habitación, que él llamaba la Habitación de Alicia por estar llena de fotos de Alicia y Lewis Carroll, están los ensayos, libros de política, cine y los libros en inglés.

Algún día también te gustaría tener tu biblioteca así organizada, por países, pero, desde que te separaste de D., tu biblioteca es tan caótica como tu vida. En ocasiones compras los libros dos veces, por la pereza de buscarlos o por no acordarte de que ya los tenías. Pero no te disgusta ese caos. Al igual que desconfías de la gente que no lee o no bebe, también desconfías de los demasiado ordenados con las bibliotecas, armarios y, sobre todo, con las neveras.

Quieres seleccionar unos doscientos o trescientos libros para llevártelos a casa, a Madrid, así que consigues en el súper varias cajas para almacenarlos. La selección responde más a motivos sentimentales que a otros criterios. Escoges los que sabes que a él más le gustaban, y solo novelas. Eso lo copiaste de él. A tu padre no le gustaba la poesía, excepto algunas de Borges, y de Kavafis, el único libro de poemas que te regaló.

No sabes aún qué harás con el resto, con los que no quieras. Tirarlos lo ves como una traición, sus libros lo eran todo para él. Le dices a tu madre por teléfono que venga a llevarse algunos. «No quiero nada de él», te vuelve a decir.

Quizás debiste preguntarle, antes aun de «¿qué hago con tus cenizas?», «¿qué hago con tus libros?». Igual podrías deshacerte de todo en el mismo lugar y momento, hacerlos también cenizas, mezclarlo todo.

Otra vez las dichosas cenizas. De momento solo han pasado un par de meses. Están bien aquí; luego, como él decía, Dios proveerá. Antes de venir le preguntaste a Eugenia si se le ocurría algún lugar, si tu padre alguna vez le había dicho algo. «Jamás habló de eso, pero había un sitio especial para él: el parque de Santa Margarita, unas escaleras en donde se sentaba a leer durante

tardes enteras de niño, escapando de casa».

Al menos tienes un indicio, una pequeña pista, y, cómo no, tiene que ver con los libros. Te preguntas si habría alguna manera de convertir a tu padre en libro, ahora que se inventan tantas cosas.

Sigues inspeccionando la biblioteca. Cuando intentas alcanzar una novela que os encantaba a ambos, *Los tres impostores*, de Arthur Machen, rozas con tu cara una de las orejas del sillón rojo en el que él se sentaba. De repente notas su olor. Está preservado en una zona concreta, el olor como a desodorante que tenía las pocas veces en las que le abrazabas. Lo aspiras como si fuera una raya de cocaína, y al final acabas por perderlo.

Estos días, con su muerte aún tan reciente, te parece que está en la casa, que va a aparecer aquí, en el salón, con su jarra de cerveza y un libro, y que se pondrá a leer. Siempre te llamó la atención su manera de leer, sentado a la mesa, en una silla, bajo la luz de una pequeña lamparita, sujetando el libro con las manos.

La manera de leer, piensas, dice mucho de lo que las personas esperan de los libros. Quien lee sentado en una silla incómoda, como él, espera concentrarse, aprender; quien lee tumbado espera entretenerse o distraerse, ya la postura invita a ello, y quien lee en la cama es el peor tipo de lector porque no espera nada del libro, está más bien esperando el sueño.

Continúas descubriendo cosas: al lado de la tele reparas en una foto enmarcada de Bertrand Russell leyendo. Tu padre era estricto con la cultura, es casi lo único que sientes que le tienes que agradecer. Ya desde pequeña, te obligaba a leer ciertos libros y a ver películas para poder recibir la paga semanal. Cada mes te daba un listado con los que te tocaban. Después debías entregarle unas fichas-resumen con tus impresiones. No eran cosas sencillas para tu edad. Recuerdas, por ejemplo, lo pesadas que te parecían las películas de Einsenstein o las de Griffith; te gustaban más las de Chaplin, Buster Keaton o los hermanos Marx. Luego estaban los clásicos: Dreyer, Kurosawa, Bergman, Fellini, Buñuel... Por fortuna le gustaba mucho el cine americano; así te tragaste sin chistar todas aquellas películas de cine negro que te encantaban, y los

wésterns. John Ford, Wilder, Hawks..., aquellas eran las más «fáciles» para ti.

Con los libros sucedía lo mismo. Recuerdas con nitidez una ficha en la que indicaba que debías leer la segunda parte de *El Quijote* y el *Éxodo* y el *Levítico* de la Biblia; él siempre decía que la Biblia era el libro de cuentos más bonito que existía.

Nada de aquello te costó demasiado trabajo ni tampoco te parecía extraño. Al final, todas o casi todas las películas y libros que te mandaba leer te gustaban. Te fuiste aficionando tanto que acabaste pidiendo más.

Con la música, sin embargo, no lo consiguió. Por mucho que te encerrara sola durante horas a escuchar óperas de Mozart enteras, te obligara a ir al Conservatorio o te pusiera una profesora particular, nunca consiguió engancharte como el cine o la literatura.

Te gusta pensar que has heredado su buen gusto para la literatura, aunque crees que el tuyo es más variado; él era muy pesado con cierto tipo de libros y no se aventuraba con nada nuevo, siempre leía lo mismo. Sus preferidos eran los escritores ingleses como Stevenson, Chesterton o Dickens, y, por supuesto, Borges. También dedicaba mucho tiempo a los clásicos... Te preguntas quién lee a Ovidio en estos días además de tu padre, si habrá alguien más.

Te daba mucha rabia su desprecio por la literatura actual, cuando le recomendabas algo y no le interesaba lo más mínimo. Te costaba que se dejara aconsejar. Salía con aquello de que en literatura no había que perder el tiempo, que para qué leer cosas que ni fu ni fa cuando había clásicos. Como los grandes lectores, más que leer, releía.

También recuerdas escucharle decir cosas como que «las mujeres escribían mal» y que «se notaba» cuando un libro estaba escrito por una mujer.

Te das cuenta ahora de que supiste más sobre sus gustos literarios

y de cine que sobre él mismo. Sabías quiénes eran sus escritores y directores de cine favoritos, pero no tenías ni idea de lo que desayunaba.

Recuerdas los títulos que te daba de pequeña para hacer que te fueras enganchando a la lectura. Con qué avidez leías los libros de *Las mellizas en Santa Clara* y de *Torres de Malory*, aquellas series de Enid Blyton sobre niñas en estrictos internados ingleses. También las aventuras, el miedo... *La isla del tesoro*, *El Golem*, *Otra vuelta de tuerca*, *Las minas del rey Salomón*... y, sobre todo, tu favorito: *La piedra lunar*. Por Wilkie Collins compartíais adoración. Por eso has metido en las cajas todas sus novelas. También las de Stevenson y Chesterton, aunque muchas ya las tienes repetidas.

Él fue quien te hizo querer ser periodista, te animó siempre a escribir. Tienes que reconocer que desde tus primeros cuentos y poesías siempre te alentó a ello, leía con entusiasmo todos aquellos primeros escritos tuyos. Te decía, medio en serio medio en broma, que tenías que ser crítica de cine de *El País*. Ahora sabes que es lo que le hubiese gustado hacer a él, y bueno, a ti también en el fondo.

Después, aunque nunca te lo dijo abiertamente, le decepcionó tu trayectoria en el periodismo. Hiciste toda tu carrera en aquel mundo digital incomprensible para él. Ni entendía lo que era Internet ni quería entenderlo; desdeñaba lo que no conocía, pero crees que esa resistencia era por inseguridad ante lo desconocido, por complejo de inferioridad. Nunca llegó a enterarse mucho de a qué te dedicabas, andabas «con cosas de Internet».

Cuando estuviste trabajando varios años en la revista *Elle*, lo despreciaba diciéndote cosas como «la revista esa de pijas para la que trabajas», y no digamos cuando estuviste en *Semana* ocupándote de los famosos, ahí fue cuando caíste más bajo en su consideración: Internet y corazón, ¿podía haber algo peor? Por eso, aunque casi toda tu vida hayas tenido buenísimos trabajos, siempre pensaste que, a ojos de tu padre, habías fracasado, que le habías decepcionado.

Encuentras por fin en su biblioteca el libro que andabas buscando desde hace rato, *Los cachorros*, de Vargas Llosa, y lees la

dedicatoria: «A Sibila, con mucho cariño».

Cuando eras una niña de diez u once años, el escritor Mario Vargas Llosa firmaba sus libros en la librería Arenas de Marineda. Tu padre no podía ir por trabajo o no le dio la gana, así que te mandó a ti. No te dio dinero para que compraras ningún libro suyo, sino que te entregó una roñosa, vieja y usadísima edición de *Los cachorros*, de la editorial Austral, y te envió con aquello a la librería.

Te parece ver a todo el mundo en la cola, todos adultos, con sus libros nuevos y relucientes recién comprados, esperando a hablar con el gran escritor, y tú allí puesta sin saber quién era aquel señor ni para qué diablos estabas allí.

No sabes qué le pareció a Vargas Llosa que aquella niña de diez años se presentase con una edición cochambrosa de su libro, pero el caso es que volviste a casa con la novela dedicada. Tu padre te regañó porque solo te lo dedicó a ti y no a ambos, como él te había pedido.

Crees que lo único bueno que Manuel hizo por ti fue transmitirte ese amor por los libros, por el cine, por el arte y la cultura. Tú lo has hecho también con tus hijos y te gusta ahora ver el resultado.

Durante muchos años creíste que eso le convertía en un padre pasable, que le libraba de haberte cuidado y querido. Ahora sabes que no. Pero al menos te dejó «algo», algo para toda la vida.

Esa es tu verdadera herencia.

14

La verdad te hace libre

Marineda, verano de 2019

Vas por fin a visitar a tu madre. Llevas dos días en Marineda, pero con todo el lío de la casa y de elegir las cosas que vas a llevarte, prácticamente no has salido de allí.

Adviertes que, a pesar de la limpieza de fotos que dice haber hecho, ha dejado muchas de sus padres. La presencia de tus abuelos, aunque los dos han muerto, es una constante en toda la casa. Lo más llamativo, dos inmensos óleos de tu abuela de joven pintados por tu abuelo, que era catedrático de Dibujo y retratista de la buena sociedad de Marineda.

El más bonito ocupa casi una pared del salón. Tu abuela aparece con apenas veinte años, sentada en el borde de una mesa con su perrita Dunia al lado. El jersey fino, de color azul, y la falda de tubo marcan sutilmente sus curvas. Las cejas, perfectamente perfiladas y depiladas; el pelo, rubio de agua oxigenada.

Te fijas también en una enorme foto suya, ya de vieja, en un marco de plata muy ostentoso que crees que la describe muy bien: aparece junto a la ventana de esta casa y le está dando el sol, como siempre. Luce su moño blanco, la mano en la barbilla con todos sus anillos, uno en cada dedo, y un vestido rojo intenso que contrasta con su pelo.

En otra foto aparecéis las dos: tú tendrás dos años, estás rolliza y gorda en la playa de Riazor con un bañador a rayas

blancas y rojas, sujetando un cubo. Tu abuela sonríe a tu lado con su dentadura blanca y perfecta, morena como una mulata. Lleva un pañuelo en la cabeza al estilo Grace Kelly.

—Me encanta esa foto nuestra, ¿me la das? —le preguntas a tu madre—. No tengo ninguna suya en casa. Tenía una, pero la quité hace tiempo.

—Pues me extraña que no tengas —dice ella—, porque tu abuela fue quien te crio. Le tienes mucho que agradecer.

Creciste escuchándole decir eso a tu madre, pero de niña no entendías muy bien qué significaba. Ahora sabes que no te crio. Más bien te salvó del abandono. O te crio en el sentido más estricto de la palabra: te cobijó bajo su ala caliente, te dio de comer y te puso al sol.

Cuando tú naciste, tu madre apenas tenía veintiún años. Que no te quería tener y que se quedó embarazada de rebote es algo que has oído a menudo desde pequeña. Decidió no abortar, se casó con tu padre embarazada ya de siete meses y sin estar enamorada. La ceremonia se celebró en la iglesia de Cambre, en Marineda. Tu madre, que fue muy guapa de joven y hasta bien entrada en la madurez, llevaba el pelo rapado. Como traje de boda lucía un vestido negro a la rodilla con todo el barrigón, botas altas y un chal de lana. Tu padre iba con sus melenas y un traje de pana.

Poco después de tu nacimiento, cuando tenías siete u ocho meses, tus padres te entregaron a tu abuela Concha, para irse de emigrantes a Londres. No lo necesitaban, ambos venían de familias «de posibles», pero les dio por ahí. Volvieron tres años después. En todo aquel tiempo, nunca regresaron para verte.

Tu abuela y tú vivíais solas en aquella preciosa casa con grandes ventanales dando al mar, que es la de tu madre ahora, frente a la playa de Riazor. Por aquel entonces, hacía diez años o más que ella había abandonado a tu abuelo. Un buen día le dijo que el clima de Marineda le sentaba mal y se largó sola a vivir a Madrid, a uno de los pisos de tu abuelo. Nunca se divorciaron legalmente, y él le pasó toda su vida una pequeña pensión además

de darle la casa. Ella vivía por temporadas en Marineda o en Madrid, según le conviniera.

La característica principal de tu abuela Concha, a la que llamaste siempre la Lala, fue hacer de su capa un sayo. Vivió haciendo lo que le daba la gana, algo que sin duda también heredó tu madre, y tú en menor medida. De las tres, tú eres de lejos la menos *destroyer*.

La Lala era como una central térmica: chupaba el calor del sol para luego dárselo a los demás. Recuerdas su alegría contagiosa y la ves siempre buscando el sol, en la calle, detrás de cualquier ventana. Iba buscando permanentemente la luz y el calor.

Parecía una cubana. Su piel tostada contrastaba con su pelo blanquísimo, recogido en un moño y con su sonrisa Profidén. Tu Lala, que luego enloqueció un poco también, como todas las mujeres de la familia, era luminosa, divertida y esencialmente buena, aunque no carente de mala leche.

Solía dedicar los libros con su firma y una flor, algo que contenía toda su esencia. Ahora, cuando ves una de esas dedicatorias en alguno de los libros de Gloria Fuertes que te regalaba, te parece como si toda su personalidad te viniera de golpe, como el olor de un frasco de perfume al abrirse.

Sin embargo, no la comprendiste de viva, no valoraste en toda su dimensión lo que hizo por ti. En tu niñez y adolescencia la veías como una abuela bastante chiflada y que no te daba dinero ni te compraba ropa, que era lo que más te interesaba.

A tu hermana Io, la hija que tu madre tuvo después con Javier, también la cuidó desde bebé, y hasta que se murió; también hizo de madre con ella, a veces más que tu madre. Afortunadamente, la Lala pudo conocer a tus dos hijos. Uno de los últimos recuerdos que tienes de ella es acunando durante horas a tu hijo pequeño de bebé, hasta que conseguía dormirle. Fue, toda su vida, una cuidadora.

Tenía un don increíble para la decoración. Un gusto innato para crear ambientes vanguardistas y modernos, inéditos para una mujer de aquella generación. En su casa de Madrid había cosas que no solía haber en casa de una abuela: cojines de encaje blanco,

paredes pintadas de verde menta, camas turcas. Tu abuela fumaba cigarrillos mentolados lánguidamente tendida en una *chaise longe* mientras escuchaba «Fumando espero», de Sara Montiel.

Era una señora elegantísima, con un estilo y una clase increíbles y que, gracias a su profesión de modista, iba siempre impecablemente vestida, pero con un toque sofisticado y atrevido tan raro en aquella España de la Transición. Vestía de colores estridentes y llevaba turbantes.

Tu abuelo le puso un piso en Madrid y le pasaba una modesta pensión que ella completaba fregando platos por las tardes en la cocina del hotel Sace, en Chamberí. Le pagaban cada día y la recuerdas llegando y sacándose del sujetador el billete de mil pesetas que le daban. Por qué se lo guardaba en el sujetador y no en la cartera fue siempre un misterio para ti.

En la casa que fue suya y ahora es la de tu madre, puedes ver las huellas del cariño que siempre te tuvo. Hacía las cosas «de madre» que tu madre nunca hizo: enmarcaba tus dibujos, preparaba álbumes con tus fotos, guardaba tus viejos muñecos y ositos de peluche...

Te gusta ver vuestras fotos, las pocas que tenéis de aquella época, en las que salís abrazadas y riéndoos mirando hacia arriba, contigo agarrándola fuerte, casi estrangulándola, o en la playa, a donde te llevaba a menudo.

Te daba de comer sesos rebozados, lo recuerdas perfectamente a pesar de lo pequeña que eras. Ella les llamaba «sesitos», sin duda para hacértelos más apetecibles gracias al uso del diminutivo. Te acuerdas del dorado rebozado y las extrañas bolitas grises del interior.

Imaginas que tu abuela les mandaba fotos a tus padres a Londres para enseñarles cómo ibas creciendo.

Más tarde, te recuerdas también en su casa de Madrid. Te dejaban allí por temporadas, o quizás eran días sueltos. En verano, tu abuela te llevaba casi todos los días al Canal de Isabel II, una piscina por aquel entonces privada, pero donde os colabais porque su hermano, el tío Tomás, trabajaba allí.

Cada tarde, pasabais muy dignas por la garita de seguridad.

Ella daba las buenas tardes al empleado y os metíais sin dar más explicación.

Cuando llegaron las cadenas de hamburguesas americanas a Madrid, ella fue también la primera en llevarte al Burger King de Quevedo, que debió de ser de los primeros que hubo en España.

La Lala también se murió contigo y con tu madre en un hospital de Marineda. Ya estaba muy mala y tu madre te pidió que fueras, que la abuela se moría. Tú tenías entonces unos treinta y cinco años y hacía dos que había nacido tu segundo hijo. Fue tu primer encuentro cara a cara con la muerte, un encontronazo, más bien, que quince años después aún te impresiona.

Te sorprendió la levedad del momento. La insignificancia de todo. Se murió con un leve suspiro. Toda una vida se le fue por la boca en aquel último aliento. Tenías a la muerte por algo de más empaque, más vistosa. Al final no es nada, pensaste.

Las enfermeras, sin siquiera daros el pésame, se limitaron a entrar y salir de la habitación como autómatas, quitando vías, desenchufando cables, trayendo formularios que rellenar, mientras tu diminuta abuela yacía aún caliente y tapada en la cama de aquel hospital. Te fijaste en sus manos, siempre en movimiento y cuajadas de anillos, de pronto inertes, con un único y diminuto arito en el dedo meñique.

Aquella noche de mediados de agosto en que tu abuela murió, Marineda estaba en fiestas. Había fuegos artificiales y un gran concierto en la playa. Riadas de gente inundaban las calles. Fue despiadado, tanto que escribiste algo sobre ello. Daban ganas de decir por un megáfono:

«Callaos todos y suspended la música y los fuegos artificiales. Mi abuela ha muerto, pedazo de animales, que no respetáis nada».

Pese a todos los momentos que debisteis vivir juntas, uno de los recuerdos más nítidos que tienes de ella no es demasiado trascendente, como suele ocurrir. Regresabas sola de Madrid a Marineda después de pasar alguna vacación con tu padre. Alguien te había llevado a la estación de Chamartín para meterte en el tren

de la noche. Cuando estabas dentro del vagón mirando a través de la ventana bajada y el tren estaba ya a punto de salir, reconociste a tu abuela corriendo por el andén, apurada. Llevaba una bolsa de plástico del Burger King en la mano. Te la pasó por la ventana cuando el tren ya arrancaba. Tenía un menú Whopper completo que te había comprado en el *burguer* de Quevedo.

Aquel te pareció uno de los momentos más hermosos de tu niñez. Si hubo alguno, fue ese: ver a tu abuela de hace cuarenta años corriendo por el andén para tenderte aquella codiciada comida basura que ya se había quedado fría.

Ahora sabes que fue una de las personas que más te quiso y, probablemente, la que más te cuidó. Pero lo has descubierto ahora, cuando te has puesto a recordar. Uno se pone a recordar como se pone a trabajar. Los recuerdos tampoco vienen solos. Hay que llamarlos.

Cuando eras una adolescente estaba obsesionada con que eras anoréxica. Quería que comieras a toda costa: «La grasa es vida, preciosa mía», decía. Te llamaba «preciosa mía». Nadie nunca volverá a llamarte así.

No sabía cocinar. Todo se le quemaba. «Tienes que comprender que yo siempre tuve muchacha, preciosa mía». Recuerdas su pollo asado carbonizado. «Se me ha churruscado un poco», decía. Pero su comida más memorable fue, sin duda, la que os hizo a tu amiga Eva y a ti un día que os invitó. Cuando llegasteis a su casa —otra más que le había «robado» a tu abuelo—, la mesa estaba puesta. En cada plato había cinco tronquitos de mar con el plástico, y el cuchillo y tenedor. Nada más.

Ya de muy mayor, cuando vivía con tu madre, se lo comía todo, estaba obsesionada con la comida, como todos los viejos. Se levantaba en medio de la noche como un duende para comer los restos de lo que hubiera en la nevera.

Tu madre, que tiene la manía de guardar ciertas cosas durante décadas por pensar que «le dan buena suerte», había comprado unas latas de paté en París que guardaba en la nevera desde hacía veinte años. Siempre pensaste que tu abuela moriría de botulismo un día al comerse uno de esos patés en una de aquellas incursiones

nocturnas a la nevera. Pero, de alguna manera, se lo comía todo menos aquellas latas; esas las respetaba, como si conociera los códigos secretos de tu madre.

De vieja también pensaba que todo el mundo estaba loco. Todos menos ella, que era la única cuerda. Tu madre también empieza a ver loco a todo el mundo ahora.

De vieja, como no podía ser de otra forma, le apareció un melanoma de tanto sol que había tomado en su vida, pero aquello no la mató y continuó hasta el fin de sus días buscando el sol a través de los cristales.

De vieja también decidió que quería volver a vivir con su marido en Marineda, cuarenta años después de haberle abandonado. Como tu abuelo no la aceptó en su casa, ella se fue a vivir a una pensión que había en el portal de al lado para estar «cerca de él». Al final consiguió que le pagara otra casa. Siempre se salía con la suya. Se salió con la suya durante toda su vida.

En las fotos de tu boda, aparece agarrada a él como una lapa, con tu abuelo con cara de resignación.

En tu casa no tienes ninguna foto suya, y sí de tus otros abuelos. La tuviste, pero la debiste quitar en algún momento, y ahora sientes que has cometido una enorme injusticia con su memoria.

Te fijas también en una foto de la boda de tus abuelos y te preguntas por qué en aquella época algunas mujeres se casaban de negro.

—La abuela nunca me contó cómo conoció al abuelo —le dices a tu madre—, ¿tú lo sabes?

—Se encontraron en plena calle, por la zona de Ríos Rosas. Parece ser que la abuela, que era muy guapa y siempre iba de punta en blanco, iba caminando y un chico se puso a molestarla gritándole piropos e incomodándola como se hacía antes. El abuelo, que pasaba por allí, advirtió la cara de fastidio de mi madre y, como era listo y ella le gustó nada más verla, decidió pasar a la acción. La interceptó en plena calle agarrándola por el brazo, haciendo como que eran viejos conocidos. «Mercedes, hola. ¿Cómo estás, chica? ¡Cuánto tiempo sin verte!». Y así la libró de

aquel pesado que la iba molestando. Después estuvieron diez años de novios. Fue mi madre la que insistió en casarse. Mi padre se resistía porque era un crápula que se dedicaba a acostarse con las jóvenes modelos que acudían a posar a su estudio de pintor. Entonces mi madre dijo que o se casaban o rompían, y él accedió.

—¿Vas alguna vez al cementerio a ponerle flores o algo?

—No, la verdad es que no, y debería. No he ido desde que murió. Si quieres nos acercamos ahora, si tienes tiempo, aunque no sé ni dónde está el nicho. Tendremos que preguntar a los de la entrada.

Te parece una buena manera de despedirte de Marineda y crees que, de alguna forma, se lo debes a la memoria de tu abuela. Accedes a lo que propone tu madre. De paso, puedes ir a ver también el nicho de tu abuela Ma. Otra de las opciones que manejas es enterrar allí las cenizas de Manuel, junto a su madre.

Camináis por el paseo marítimo más de una hora hasta llegar a Orillamar, donde está el cementerio de San Amaro. Siempre te ha parecido precioso; muchas de sus sepulturas y calles dan directamente al mar. Tu padre decía que era de los pocos cementerios que daban al mar, pero debe haber muchísimos más.

Para localizar el nicho de tu abuela, el señor de administración os pide la fecha de su muerte. Tu madre, cómo no, no se acuerda. Al final, atando cabos, dais con el mes y el año. Os explican cómo llegar.

Os perdéis varias veces, pasáis por delante de tumbas, nichos y mausoleos abandonados.

—Qué horror. Qué tristes son los cementerios —dice tu madre —. No hay ni un alma.

—Bueno, precisamente, madre, será por almas. Aquí hay varios miles.

—Aquí no quiero acabar —dice—, eso seguro.

—¿Y dónde quieres acabar?

—¿Yo? En un bote —responde.

Siempre te han gustado los cementerios, ya desde niña, quizás por las historias tétricas de la catalepsia que te contaba tu padre o por aquella canción que también te ponía tan a menudo: «Rascayú,

cuando mueras qué harás tú...».

Piensas que son como antiguos reinos abandonados. Sientes una extraña paz y tranquilidad rodeada de nichos y tumbas. Crees que son casi los únicos sitios que permanecen en calma en medio del bullicio de la vida, como burbujas.

Te resulta además muy entretenido fijarte en las fotos de los muertos, con sus caritas antiguas, hacer el cálculo de cuánto vivieron restando las fechas de muerte y nacimiento, distinguir las flores de plástico de las verdaderas, las tumbas de ricos y las de pobres. Estudiando la geografía de un cementerio puede uno conocer la vida entera.

Tu abuela Ma te recordaba muchas veces lo que parece ser que te divertiste la primera vez que, siendo muy pequeña, ella te llevó a San Amaro: «Lo pasaste pipa. No parabas de corretear por entre las tumbas».

Al fin llegáis al sector y el pasillo en donde se supone que está tu abuela y localizáis su nicho, que está bastante alto. En la lápida, su nombre, tan elegante: Concha Massé Martín, y debajo, grabada en relieve, su frase favorita, la que ella repetía hasta la saciedad:

«La verdad te hace libre».

15

HIJOS DE PROGRES

Durante muchos años, ya de adulta, disculpé el modo de tratarme de mi padre por las muchas cosas que me había enseñado. Pensaba que podía darme por contenta. Mejor haber tenido una infancia de mierda a cambio de algo que a cambio de nada.

Lo que Manuel me enseñó a la fuerza me ha convertido, en parte, en la persona que soy. Las bofetadas y el machaque psicológico también. En los momentos en que más le odié, únicamente ese pensamiento conseguía exculparle. Era capaz de lo mejor y de lo peor, como luego supe que hacen los maltratadores. A menudo son encantadores de serpientes. Pero en mi mente de adolescente yo era lo que era «gracias a él» y todo lo que iba consiguiendo en la vida, todos mis pequeños logros, fueron siempre «gracias a él». En realidad, todo cuanto hice hasta los veintitantos años fue «gracias a él»... Y yo me lo creí a pies juntillas, y me temo que aún me lo creo.

O lo peor, lo que ahora pienso, es que no sé si de pequeña me metía en vena todos aquellos libros, películas y músicas en mi beneficio o lo hacía por él. A los padres de aquella época también les encantaba presumir de hijas cultivadas frente a sus amigos y sus ligues. Los niños funcionaban como satélites o extensiones de los propios padres, como la casa, el coche o las vacaciones caras ahora.

«Ayer llevé a Sibiloncia a ver *Edipo*, de Sófocles; ayer llevé a la cría a ver La Fura dels Baus. Mi hija está leyendo a Dickens, mi hija lee a Galdós, mi hija tiene complejo de Edipo...», les decía

Manuel pavoneándose a sus amigos.

Todas las tardes de verano, cuando estaba en Madrid, de vacaciones con él, las pasaba sola en el cine viendo películas en programa doble. Conocí todos los cine-estudios de Madrid. A los doce años ya había visto yo todas las películas esas que dicen que hay que ver antes de morir.

Pero, al fin y al cabo, aquello me hizo feliz. Cada uno busca su felicidad en base a sus circunstancias y posibilidades. Las mías fueron esas.

Por eso, en mi vida adulta siempre he puesto en un lado de la balanza sus amenazas y sus maltratos, su machaconería hasta límites insoportables para una niña, sus desprecios continuos, y en el otro lado, y haciendo contrapeso, estaban *Casablanca*, *Ciudadano Kane*, *El hombre tranquilo, Testigo de cargo*… ¿Qué es mejor, no conocer eso a cambio de disfrutar de una infancia y una adolescencia normales? No puedo saberlo. Nunca lo sabré. Yo sabía pocas cosas a los trece. Sabía quién era Lubitsch. Sabía quién era John Ford, sabía quiénes eran Borges y Castelao. Sabía que mi padre follaba con muchas mujeres. Sabía que le tenía miedo.

Siempre pensé que Manuel me demostraba su cariño con toda aquella cultura que me insuflaba en vena y haciéndome daño. Tenía un punto sádico generado por su alcoholismo y encontraba placer en hacer sufrir a los más débiles. En aquel momento no tenía a nadie más débil y vulnerable que yo a mano. Pero, incluso así, yo prefería aquello a la indiferencia. Mi padre nunca fue indiferente conmigo. Fue, en ocasiones, un hijo de puta. Mi madre, en cambio, siempre fue y sigue siendo indiferente.

Siempre pensé que, de los dos, a pesar de todo, era él quien de verdad me quería.

Hay gente a la que, como a mí, sus padres no les hicieron mucho caso, ni de pequeños ni luego de mayores, gente que ahora estamos como títeres sin cabeza. Lo normal para muchos niños de mi generación fue eso, que tus padres no te hicieran caso, que pasaran de ti, que no fueran demasiado cariñosos, que les importase poco o

nada cómo ibas en el colegio, que no estudiaran tus movimientos para ver si estabas triste o contento, que no se enterasen de nada, que nos abandonaran sin pestañear para irse con sus amantes...

No había la adoración al niño que hay ahora: el sentarse a hacer los deberes con el niño, las extraescolares del niño, la estabilidad psicológica del niño, la libertad del niño, el estimular la creatividad del niño, el no separarse para que el niño no sufra, el respetar la identidad sexual del niño...

«Hicimos lo que pudimos —dicen ahora aquellos padres—. No hay que vivir en el rencor. Así lo hacía todo el mundo».

Muchos padres de los setenta criaron a sus hijos como si criaran a un pastor inglés. Éramos como perros, pero de raza, eso sí. Hijos de progres. Aquellos padres que iban de *hippies*, pero tenían familias ricas, debieron de pensar que con techo y comida era más que suficiente para aquellos niños a los que bautizaban con nombres que no aparecían en ningún santoral. Debieron pensar que ya se quitarían del alcoholismo después, más adelante, cuando el niño fuese mayor, que se ocuparían del niño más tarde.

Nos daban techo, comida y, con suerte, un baño de vez en cuando. A nosotros, que nos llamábamos Sibila, Io, Amaranta, Abril, Brenda, Olmo, Jazmín, Libertad, Luna..., nos llevaban a los bares llenos de humo y nos dejaban durmiendo en un rincón con las cabecitas encima de las mesas, mientras ellos tomaban una copa tras otra y fumaban un cigarrillo y un porro tras otro con sus amigos; daba igual la hora que fuera, daba lo mismo si el niño tenía que ir al colegio al día siguiente.

Entonces no había cuidadoras ni canguros ni nada de eso. Los padres progres no dejaban de hacer su vida ni la cambiaban un ápice por tener hijos. Más bien fuimos nosotros quienes nos quedamos sin infancia por tener aquellos padres. Niños de dos años que, en vez de al circo, íbamos de manifestación a pedir la amnistía de los presos políticos.

Yo también tengo una foto de mi hijo mayor, con siete años, envuelto en una bandera republicana en una manifestación. Yo también he hecho lo mismo: he sacado a mis hijos a la calle a gritar consignas que no comprendían, a levantar pancartas, y luego

he publicado esas fotos en Facebook como diciendo: yo no soy una madre al uso. Soy distinta. Vosotras, madres normales, podéis ir con vuestras botellitas de agua en el bolso y vuestras tiritas, podéis hacer los deberes con vuestros hijos y estar pendientes de si les crecen las uñas..., esas cosas *random* de las «madres gallina». Yo hago que mis hijos tengan conciencia de clase, que comprendan las bases del feminismo y la justicia social ya desde la más tierna infancia. Soy distinta.

«Comprando en Zara estás fomentando el "esclavaje" de los niños de Bangladesh. ¿No te da vergüenza?», me dijo un día mi hijo mayor, apenas un criajo de nueve años. Tócate las narices, pensé yo entonces. O más bien lo que decía mi padre: «Cría cuervos y te picarán los cojones».

Mi entonces marido, el padre de mis hijos, fue también un hijo de progres, nuestra educación fue muy parecida y eso hizo que educáramos a nuestros niños siguiendo unas pautas muy claras, nunca hubo discusión alguna.

Si les hubiera tenido hoy, creo que les habría criado sin tantos prejuicios políticos y religiosos, con más libertad, pero cuando creces en casas donde encima del sofá, en vez de un bodegón o un cuadro de ciervos, hay un póster enmarcado de Marx y otro de La Pasionaria, imagino que es hasta cierto punto normal que algo se te pegue.

—Mamá, ¿por qué en esta casa no creemos en Dios? —me preguntó un día mi hijo mayor.

—Pues no te sé decir —le contesté—. A tu padre y a mí nos educaron así. Pero tú puedes creer en el dios que quieras. Lo que pasa es que nosotros no te podemos enseñar. No tenemos ni idea.

Más o menos por aquella época, en el colegio se equivocaron a principios de curso y un día metieron al niño en clase de religión por error. Recuerdo que cuando llegué a casa aquella tarde, Gael me esperaba llorando, blandiendo un libro que tenía como título *Dios me ama*.

«¿Por qué me habéis hecho esto? —preguntaba el niño desesperado—. Tenéis que arreglarlo, tenéis que arreglarlo».

Traté de tranquilizarle. Le expliqué que se trataba de un error

y que tampoco era tanto problema, que hablaría con su tutora y ya está.

«Es que en medio de la clase preguntaron a los niños si creían en Dios y todos levantaron la mano menos yo. Y me puse a llorar. Fue horrible, horrible», me explicó.

Tras este trauma, Gael pasó años diciendo que él solo creía en los dioses griegos y en la buena y la mala suerte. Aquella fue su religión libremente escogida.

Pienso que lo que se mama se repite, en mayor o menor grado. Enseñas lo que has aprendido, y si no has aprendido nada, entonces no tienes nada que enseñar, que casi es mejor, porque así no contaminas a tus hijos y pueden ser *tabulas rasas*.

Por eso, envidio a la gente que ha tenido una infancia normal, aunque ya me sé eso de que «en todas partes cuecen habas», pero es que hay algunas familias que viven de las habas, que nacieron ya para *jartarse* de habas.

Me consuela pensar que las infancias felices no siempre producen adultos equilibrados. Además, ¿quién querría ser equilibrado y «normal» en una época en la que ya no nos diferenciamos de nadie? No estoy segura de querer ser una «persona normal», puesto que todas mis peculiaridades y lo que me diferencia procede de mis desequilibrios.

Me vendo como alguien que ha tenido una infancia de mierda, esa es mi carta de presentación al mundo y el escudo que a la vez me protege. Soy eso: una resistente, una loca. Que mi infancia sea la explicación de todas mis neuras es la excusa perfecta para no arreglar nada. A mí plin, que tuve una niñez complicada. A mí no me pidas cuentas, que ya bastante he pasado.

Pero es cierto, la falta de cariño y el abandono que los niños como yo sufrimos desembocan en una tara de por vida, aunque luego se trate de enmendar con relaciones «sanas» o psicólogos. Siempre, hasta la vejez, serás un niño abandonado buscando que tus papás te quieran. Se lo exigirás también luego a tus parejas, a tus hijos. Tus parejas e hijos se convertirán en tus padres y pagarán por sus pecados.

«Me encantan las locas», he visto que después decían muchos

de los hombres con los que me he relacionado. Y yo pienso que detrás de cada loca de esas que la gente ve tan a la ligera, de esas tan libres, tan divertidas, tan ocurrentes, tan creativas..., detrás de cada una de esas hay, muy probablemente, una infancia desgraciada.

Me pregunto también dónde están todos los «locos», por qué los niños que sufrieron, como mi padre, lo callan y se lo quedan dentro en vez de gritarlo a los cuatro vientos. Hay también un patriarcado sentimental, el que impide hablar de los sentimientos y el dolor masculino, y aún ahora se alimenta.

He conocido a hombres que han sufrido mucho a causa de sus malos padres, a hombres de los que abusaron sexualmente de niños, a los que maltrataron de muchas maneras, pero pocas veces escarban en ese daño, más bien lo entierran y hacen como que nunca pasó, o creen que lo superan porque ellos son fuertes, están por encima... O lo entierran hasta que todo estalla, porque al final estalla. He conocido a hombres que guardan bajo siete llaves el dolor de la falta de afecto, la pena de no ser tocados, escuchados, tenidos en cuenta, porque la ternura del padre antes también estaba mal vista.

Mi padre, que fue también un niño infeliz, poquísimas veces me habló de su infancia. «Hay que dejar a los muertos en paz», me dijo en aquellos días de hospital refiriéndose a su madre.

Sin embargo, a través de sus parejas, de las pocas cosas que su madre, mi abuela Ma, me fue contando, he podido reconstruir parte de su niñez, que fue el gran dolor de su vida. La carga, llena de secretos, que siempre llevó a las espaldas.

16

Manolito de niño

Sé pocas cosas de mi padre de niño. No tuvo una infancia normal.

Un niño enfermizo y débil, eso fue. Un niño al que su madre hacía robar para poder comer. Un crío que leía sin parar, sin duda para escapar de todo aquello. De los dos hermanos, siempre el predilecto de su madre. Eso hizo que su hermana le detestara toda su vida, hasta el mismo día de su muerte. Cuando las llamas le iban a devorar, pocos minutos antes, ella me recordaba que era mala persona.

La memoria de los muertos se puede quebrantar, y tanto que sí. Lo que no se puede profanar es el momento casi sagrado en el que un cuerpo está a punto de convertirse en polvo, en cenizas. Ahí hay que callarse. Hay que respetar. Hay que leer un poema. Hay que dolerse por el cuerpo deshecho, por el cuerpo fulminado a dos mil grados de temperatura.

Mi abuela Ma enviudó cuando aquel niño tenía nueve años. Su marido, que era comisario de policía, estaba gravemente enfermo del corazón, pero él decidió omitir ese detalle hasta después de la boda.

Ma nunca estuvo enamorada de su marido, se casó «porque había que casarse» y aquel hombre era guapo y del gusto de su familia. Era el peor de los males. Pero aquel señor tan alto y bien plantado, tan elegante y bien vestido, la engañó como a una china.

«Nos besábamos, nos tocábamos, hacíamos de todo, pero nunca hicimos el amor antes de la boda. Él se cuidaba mucho de que eso no pasara. Fue precisamente en la noche de bodas cuando

me di cuenta de que sucedía algo, de que algo no iba bien. Se ahogaba durante el sexo. Entonces supe que estaba muy enfermo, que me había engañado. Jamás pude perdonarle», me contó una vez mi abuela.

Diez años después de aquella boda, Ma, como era de prever, quedó viuda con dos niños pequeños, Manolito, que tenía nueve años, y María José, de tres.

Desesperada por la falta de dinero, recurrió a su padre, que era un hombre muy rico, uno de los más ricos de Marineda, pero él la ayudó lo justo y puteándola todo lo que pudo.

Por lo que sé, mi padre, su hermana y mi abuela vivían de lo poco que conseguían sacarle, de una mínima pensión de viudedad y de pequeñas ayudas que les ofrecían las hermanas de su marido, a las que llamaban «las de Monelos», por el barrio de Marineda en el que vivían.

Mi abuela odiaba a las de Monelos. Al parecer, su marido era el niño bonito de la familia. Ellas eran las típicas meticonas, se entrometían en todo. Se presentaban de improviso en la casa matrimonial para ver si aquella mujer atendía bien a su hermano, al que llamaban Manolito. A aquel niño enclenque y enfermo que fue mi padre también todo el mundo le llamaba Manolito.

«Se metían en mi cocina, me levantaban hasta las tapas de las ollas para ver qué cocinaba, inspeccionaban a ver si tenía su ropa lavada y planchada...», me contaba mi abuela.

Las de Monelos, además de velar por el bienestar de su hermano, regentaban una carnicería. Allí era donde mi abuela mandaba robar a mi padre.

Ma, ya viuda, se presentaba en la carnicería con sus dos hijos y, mientras ella y mi tía María José charlaban con las de Monelos y las distraían, mi padre tenía el encargo de escabullirse detrás del mostrador y robar algunos billetes, los que pudiera. De allí, de la carnicería, se llevaban la carne que les daban de regalo y el dinero robado.

Además de todas aquellas dificultades, mi padre niño enfermó gravemente del pulmón; necesitaba medicinas caras y difíciles de conseguir. Pero mi abuela las conseguía, no se sabía muy bien

cómo.

Todo esto me lo contó mi padre en el hospital los últimos días que le vi. Nunca me hablaba de su infancia, pero en aquellos días en los que andaba ya próximo a la muerte la tenía muy presente. Me llegó a sugerir que su madre se había acostado con hombres a cambio de dinero para conseguir así las carísimas medicinas que él necesitaba.

Manolito niño sufrió también de abusos sexuales por parte de algunos curas de su colegio de los Dominicos. No lo relataba como nada extraordinario, sino al contrario, como algo relativamente común en aquella época, algo que, seguramente, les sucedía con más frecuencia a los niños más tímidos y retraídos.

«Ven aquí, Manolito, que voy a darte unas friegas en la tripa... Ven, hombre, que no muerdo», le decía el padre Víctor, que le sentaba entonces en el regazo, sobre la siniestra sotana, y empezaba a darle al niño un masaje en círculos en la tripita para después ir bajando sus manos, blancas y gordezuelas como manojos de gusanos, hasta introducirse en los tiernos *slips* infantiles y extender las friegas también a otras zonas. Y Manolito sentiría la erección del padre Víctor sin saber lo que era aquello; sería más bien una sensación, no un pensamiento. Una sensación que duraría en su cabeza toda la vida, como también el odio a los curas y a la Iglesia que le acompañó hasta su muerte.

¿Se lo diría Manolito a su madre en aquella época o quizás la vergüenza era tan grande que no se le pasaba ni por la cabeza? ¿Se lo echaría en cara cincuenta años más tarde, como yo hago ahora? Esas son cosas que un niño se calla y luego suelta como una bomba cuarenta años después. Y mi abuela diría entonces:

—Qué fatalidad, chico. No lo sabía. ¿Cómo no me lo dijiste?

—Porque tenía siete años y no sabía lo que estaba pasando, madre. Tú eras la adulta, la que tenías que estar al tanto, la que tenía que haber visto que estaba siempre triste, siempre amedrentado, que solo quería leer. Ahora tengo cuarenta y cinco años, pero antes tenía siete, ¿no te acuerdas?

Y mi abuela diría:

—Pues cómo lo siento, hijo mío, pero estaba demasiado

preocupada buscando amantes y comida para poder alimentaros a ti y a tu hermana, para poder sacaros adelante. Me quedé viuda muy joven, y era guapísima. Guapísima y pobre. Yo, que me casé con un hombre que me engañó y me quedé sin nada, a pesar de ser de familia de dinero; yo, que llamaba la atención por la calle.

Justamente para huir de aquella infancia, mi padre se refugió en los libros desde niño. Decía que se lo habían dado todo.

Es conveniente conocer qué infancia tuvieron tus padres porque así uno puede explicar o perdonar muchas cosas. Mi padre nunca quiso hablar mucho de su madre. No debió de ser una buena madre, o quizás no pudo serlo por las circunstancias. No conseguí que me contara mucho de su relación con ella de niño y de joven. Dijo que «había que dejar a los muertos en paz», y con eso, en realidad, ya lo dijo todo.

No sé por qué hay que dejar a los muertos en paz si en nuestra cabeza no hay paz para ellos. La memoria de los muertos no existe. Los muertos no tienen memoria. Somos los vivos los que la tenemos.

De los dos hermanos, la niña, María José, era la guapa, de pelo rubio y ojos verdes, mientras que él siempre fue feúcho, aunque de pequeño lo disimulaba. Un niño raras veces es feo del todo. Contaba que cuando su madre les llevaba a los dos de paseo por la calle, miraban a su hermanita y decían: «Qué guapa». Luego le miraban a él y decían: «Parece muy inteligente».

Le veo ahora en una foto que hay en su salón, caminando por la calle de la mano de su padre por el Cantón Grande de Marineda, con la misma cara que después tuvo de adulto, pero aún sin hacer; cara de repelente, peinadito con la raya a un lado y vestido con pantalones cortos sujetando la mano de ese padre tan apuesto y presumido que le duró tan poco.

De su infancia, lo primero que me contó fue una broma que él y mi tía María José le hicieron a mi abuela una vez, ya cuando el padre había muerto. Dejaron en el salón varios trapos de cocina falsamente ensangrentados con mercromina y un cuchillo clavado en el medio para hacer como que alguien les había asesinado. Después se escondieron y esperaron la llegada de mi abuela.

Seguramente, mi padre ya tenía, por aquel entonces, la mente retorcida que luego le acompañó.

Siempre odió un poco a su padre, no sé si por morirse tan pronto y dejarles solos o porque era policía. Según él, durante la posguerra, aquel abuelo a quien nunca conocí «andaba matando rojos por los Pirineos». Lo único amable que le oí decir de él fue que dibujaba muy bien y que era muy guapo. Las dos cosas eran ciertas.

Quizás por todas aquellas penurias que mi abuela, mi padre y mi tía pasaron juntos, él siempre me decía que yo no era su familia. Que su familia eran solamente su madre y su hermana.

Eso lo repitió mucho. Hasta la saciedad.

Y yo me preguntaba quién sería mi familia. Cuándo iban a venir a por mí.

17

O Remo

Marineda, verano de 2019

La última noche en Marineda quedas para cenar con Eva en O Remo, en La Dársena, el sitio «secreto» donde siempre dices que está la mejor tortilla de patata del mundo.

Es una casa de comidas pequeña, de apenas cinco o seis mesas. Te sorprende que solo haya dos personas a cargo: el hijo, que atiende las mesas, y la madre, en la cocina haciendo ella sola una tortilla tras otra, como en una suerte de cadena de montaje.

Eva aparece tan luminosa, guapa y rubia como siempre. Aunque paséis meses sin veros, siempre te parece que ha sucedido ayer. Deben de ser las consecuencias de casi cuarenta años de amistad. Ni siquiera necesitáis llamaros ni escribiros por Whatsapp a menudo. A ninguna os gusta hablar por teléfono.

Os pedís dos Estrellas. Cuando se queda con alguien en Marineda, lo primero es la Estrella, luego ya se puede empezar con lo demás... Si en el resto del universo no está bien visto beber alcohol antes de la una del mediodía, en vuestra ciudad ese límite se adelanta a las once. Te llama la atención que a esa hora ya se vea a matrimonios muy tiesos en las terrazas con sus vinos o sus cervezas. Siempre piensas que debe ser porque la gente se levanta muy temprano.

Os contáis unas cuantas tonterías. Eva te pregunta qué vas a hacer con la casa de tu padre, si la vas a vender, si vas a hacer

algún viaje en el trabajo, cómo llevas el nuevo libro. Le respondes que prácticamente no has empezado, que casi no tienes tiempo para escribir, que en breve te vas a Normandía de trabajo, un viaje de una semana. Te quejas de todo, como siempre, incluso de lo bueno. Qué desgraciada eres que escribes libros, trabajas en una revista de viajes, tienes dos hijos estupendos... Qué mal la vida, chica.

A los cinco minutos empiezas a darle la brasa con lo tuyo, con el monotema de las cenizas. Eva es de las pocas personas con las que no te importa ser pesada. Ya se conoce tu vida, tu pasado, tu familia. No es tu hermana porque no tenéis los mismos genes, pero lo sería si pudieras gestionarlo de alguna forma.

—¿Tú meterías las cenizas de mi padre en el cementerio, en San Amaro, allí en el nicho, junto con su madre? Es que esta tarde fui con mi madre y, la verdad, es un sitio tan bonito...

—Pues no sé..., ¿dijo alguna vez que quería acabar ahí?

—No, en la vida. Nunca dijo nada de nada... Eugenia me ha hablado de un sitio que sí le gustaba: el parque de Santa Margarita. Al parecer allí iba a leer cuando era niño, escapando de su casa. Quizás podría enterrarlas ahí, pero no sé, me parece que está prohibido. Es una faena que a este hombre no le gustara el mar, con todo el que hay aquí.

—Bueno —te dice Eva—. Lo del parque no es mala idea. Puedes ir por la mañana temprano o por la noche y lo haces un poco disimuladamente, sin que lo vea nadie.

—¿Cómo? ¿Con una pala? Lo veo un poco chapucero, ¿no? Además, tendrían que estar los niños, no voy a hacerlo yo sola... Menudo tinglado que es todo esto. Qué más dará dónde acaben las cenizas... Además, son un montón, no te creas que se pueden esparcir como si vaciaras un cenicero...

—No te agobies —contesta Eva—. Ya se te ocurrirá el sitio. Malo será.

—Mi madre dice que me las lleve a Madrid, a casa, y haga una instalación. Cada día está peor.

—¿Cómo que una instalación?

—Pues eso, que las mezcle con cosas que a él le gustaban y

las deje en casa para siempre, que haga como un bodegón.

—Ay, Dios —dice Eva riéndose—. Cómo está el patio...

—Ya ves... Su misma casa está llena de «instalaciones», se inventa eso para no tirar toda la mierda que tiene acumulada. Yo ya les he dicho a mis hijos, para evitarles todo esto, que a mí me pueden tirar en el Rastro, en la plaza de las gitanas, ahí en Vara del Rey. Total, es uno de los sitios donde mejor me lo he pasado.

Por fin os traen la tortilla. Al verla llegar a la mesa ya te pones nerviosa anticipando la sensación. El placer, piensas, no está solo en comérsela, es también visual. Su forma, redonda y gordita, a punto de reventar, ocupando todo el plato; ir rasgando con la pala el huevo, que ofrece cierta resistencia, y, finalmente, el tesoro naranja del interior desparramándose en el plato.

—Madre mía —le dices a Eva después de engullir el primer bocado—. Yo creo que esta sería mi última comida si pudiera elegir... Hablando de eso, ¿sabes que la última vez que comí con Manuel fue aquí? Me da mucha pena recordarlo. Nos sentamos en aquella mesa de allí —le señalas—. Probablemente fue su última comida en condiciones. Ahora me alegro de haberle traído. Es una buena «última comida», ¿no?

—Yo preferiría una mariscada. ¿Cuándo fue eso?

—Unas semanas antes de morirse, a principios de junio. Fue también la última vez que puede decirse que hicimos algo agradable juntos. Vino Eugenia. Quizás he vuelto demasiado pronto. No sé. Me pregunto cuándo voy a superar todo esto. Jamás pensé que me iba a costar tanto. Ni de coña.

—Bueno, *muller*, no vas a dejar de comer tortilla porque tu padre haya muerto. Déjate de dramas, vamos a pedir una botella de Godello.

Os centráis entonces en zamparos la tortilla, que en realidad es para cuatro; os terminái la botella. Como siempre que estáis juntas, el vino corre como si fuera agua. Sois las dos un poco alcohólicas, pero no parece importaros mucho.

Os acordáis, riéndoos, de tu abuela Ma, que cuando erais pequeñas siempre os decía que el agua «le caía mal al estómago». A ti también te pasa y todos te miran con una cara muy extraña

cuando lo dices.

—Casi siempre que como tortilla me acuerdo de las de Ma —te dice Eva—. Cuando llegábamos a las tantas a su casa después de salir y nos dejaba la tortilla hecha, ¿recuerdas que hasta nos ponía carteles en la entrada?

—Sí, folios en los que escribía «Tortilla» con flechas que señalaban a la cocina. Pobre Ma. Llegábamos todas borrachas y ella ni se enteraba. ¿Te acuerdas de que nos preguntaba: «Niñas, ¿sé que venís mareadas?». Y nosotras, a cuatro patas. Y los lingotazos de coñac con Cola-Cao que nos tomábamos delante de sus narices diciéndole: «Bueno, Ma, nos vamos a hacer un Cola-Cao». Qué tiempos. Anda que no hemos pasado aventuras tú y yo juntas.

—Me acuerdo mucho de Ma —te dice Eva—. Pasé más tiempo allí en su casa que con mis dos abuelas. Como mi madre tampoco me hacía puto caso. Fue como una madre para nosotras.

—Ella también te quería mucho... Eras como una nieta más para ella. De todas formas, Eva, hay algunas cosas de Ma que no sabes. Tú solo conoces lo bueno y prefiero que siga siendo así, la verdad.

—Sí, mejor no saber lo malo. Ya total... Oye, por cierto, ¿cómo está el tema de «la hermanita»? ¿La localizaste? ¿Hablaste con ella? —pregunta.

—No, aún no. Estoy dilatando el momento, pero me parece que ya no hay escapatoria.

—Vaya marrón te dejó tu padre...

—Pues sí. Ya me extrañaba a mí que todo fuera tan bonito, lo de la casa... A lo mejor pasa de todo y no quiere nada. Yo qué sé. De momento me voy a llevar algunos libros y discos, no vaya a ser que luego venga ella y lo tire todo, sabe Dios.

—Qué panorama de familia, tía. ¿Por qué no escribes algo sobre tu vida, tu padre, tu infancia...? ¿No lo has pensado? No dejo de leer libros de mujeres contando su vida y te puedo asegurar que lo tuyo daría para una novela. Lo mismo ahí tienes un *best seller*.

—Sí, es cierto —respondes—. Pero no sé. No me convence escribir de cosas tan personales. Es exponerse mucho, que todo el

mundo sepa mis miserias.

—¿Y no es exponerse contar polvos? Te recuerdo que es parte de lo que escribes ahora.

—Hago mucho más que eso —protestas—. Las tramas están bien, hay humor...

—Ya sé que hay más, pero tú ya te has expuesto. Tu padre era un personaje, tu madre y tus abuelos también, y tú eres escritora, no deberías desperdiciar eso.

—Bueno, tengo una idea de novela para cuando acabe esta con la que estoy. Va de un padre y una hija, es bastante tremenda. No somos nosotros, pero es también sobre una relación imposible como la nuestra.

—Sí, una tía que va vendiendo ollas por Estados Unidos y va arrastrando a su padre moribundo... Me acuerdo de que algo me contaste. A mí me interesa más algo que sé que es verdad y que pasa aquí o en Madrid que lo que le ocurre a una señora en Minnesota. Y a la gente le encantan las historias reales y cercanas.

—Si escribo algo tan personal, nadie me lo querrá publicar. ¿Cómo voy a pasar de escribir literatura romántica a algo tan intenso? No me tomarán en serio.

—A las malas, siempre puedes usar un seudónimo —dice Eva.

—Bueno, no quiero pensar en eso ahora. Aún tengo una novela por escribir. Después, como decía Manuel, Dios proveerá.

—Con calma —te dice Eva—. Ya se verá, pero piénsalo. Además, saldría yo, y creo que es mi única oportunidad de ser protagonista de un libro.

—No lo flipes. Protagonista no serías. Ni de coña.

—Serás hija de puta, después de casi cuarenta años aguantándote... Si la escribes, por lo menos sácame guapa, alta y rubia.

—Si ya eres así...

—Bueno, pues más aún.

Os reís. Pedís el café y unos chupitos de aguardiente tostada anticipando ya la resaca del día siguiente.

Animada por los efectos del alcohol, te levantas de la mesa y vas hacia la pequeña cocina del restaurante para felicitar a la

señora por su tortilla. Te la encuentras cortando las patatas, dándole a la mandolina.

—Pero ¿tú cómo haces esta tortilla? —le preguntas.

—*Filliña*, con dos kilos de patatas de aldea, doce huevos de corral y aceite de oliva virgen.

—¿Todo eso lleva? Mi *madriña*... Casi es mejor no saberlo.

—Todo eso, *neniña*. Me dijo mi hijo que tú eres la que nos hizo el artículo en la revista, ¿no?

—Sí, sí, espero que haya venido gente gracias a él.

—Alguna ha venido, sí.

Cuando regresas a la mesa le dices a Eva:

—Tía, nos acabamos de meter para el *body* un kilo de patatas y media docena de huevos cada una. Qué horror. Mañana no comemos.

—No comerás tú —contesta Eva.

Cuando ya os vais, te quedas mirando la mesa vacía en donde hace solo unos meses comiste con tu padre y Eugenia. Te dan ganas de llorar, querrías recuperar ese instante perdido... Pero Eva tiene razón. Tampoco vas a dejar de venir aquí ni de comer tortilla porque tu padre haya muerto.

Por algo estás viva.

18

QUE NO SE ACABE ESTE DÍA

Uno debería saber cuándo se está despidiendo de verdad de un ser querido. Debería sonarle una alarma en el móvil o en el corazón.

La despedida de verdad no es la despedida real. No coinciden y pueden distar mucho en el tiempo. La despedida de verdad es cuando haces por última vez algo que te gusta con esa persona que ya no está, que ahora es solo recuerdo.

No es el momento de la transfusión, no es el llanto en la sala de lectura de un hospital, no es la mano inerte con la vía en la vena. Eso es trance, no despedida. Eso es arrancamiento.

Nuestra despedida fue inédita porque hicimos cosas muy apacibles que jamás habíamos hecho juntos. Cosas sencillas que harían cualquier padre y cualquier hija, pero no nosotros. Por eso fue tan raro. Nuestra despedida fue ser normales por primera vez, por última vez. Durante dos horas tuve la leve sensación de tener padre. Tan leve como el aleteo de una mariposa, como una pestaña que cae en el dedo y que soplas pidiendo un deseo, pero se te queda pegada.

Sucedió más o menos un mes y pico antes de su muerte. Yo había ido a verle un fin de semana desde Madrid. En aquel momento no estaba en el hospital, sino en casa, con Eugenia.

Era un domingo radiante y hasta caluroso en Marineda, lo cual es ya bastante extraño; las galerías blancas de La Marina refulgían bajo el sol del mediodía. El cielo estaba de un azul limpio y nítido, como recién fregado.

Mi padre me contó esto hace muchos años: «Una vez le

preguntaron a Tierno Galván, el famosísimo alcalde de Madrid, qué se llevaría a Madrid de cualquier lugar del mundo y él dijo que La Marina de Marineda». Ahora pienso que quizás Tierno no había viajado mucho.

Fuimos a comer a O Remo.

Manuel no conocía el lugar, en realidad, no conocía casi ningún sitio porque no tenía dinero para comer fuera, mucho menos en los restaurantes del centro.

Se comió la tortilla con esmero, concentrándose en ella, entregándose y rindiéndose a ella, como si estuviese haciendo algo importante.

Después, para completar la serie de cosas que jamás hicimos, pero que ese día, milagrosamente, sí hicimos, fuimos a comer un helado, pero no uno cualquiera, porque en nuestra ciudad dan uno de un sabor que nunca he probado en ningún otro lugar y que es el más delicioso del mundo: helado de crema tostada. Podría asemejarse a un helado de caramelo o de natillas o crema catalana, pero no. Eso no da ni siquiera una idea de lo que es la crema tostada. Jamás en mi vida había visto a mi padre comer un helado. Aquella vez fue la primera y también la última.

Fuimos a la Heladería Italiana y nos sentamos en la terraza. Las heladerías de las ciudades pequeñas tienen una estética y un olor antiguo que recuerda a la infancia. Huele a «cogebolas» de metal metidos en cubos de aluminio con agua, a la mantequilla del barquillo, a frío... En Madrid quitaron Bruin, en Pintor Rosales, que era una de las más antiguas de la ciudad, de las últimas que quedaban. Pero en Marineda aún había en aquel momento un par de heladerías de toda la vida, la Italiana y La Colón.

Recuerdo que a la Italiana yo iba de pequeña con mi abuela Ma, la madre de mi padre. En una vitrina, dando vueltas, estaban las doce o quince copas de helado que ofrecían en versión *fake*, de plástico. Mi abuela siempre pedía una que se llamaba Copa Pijama, que ella liquidaba en cuestión de cinco minutos. Tenía piña y melocotón en almíbar, dos o tres bolas de helado, nata en cantidades industriales y un flan en todo el medio. Lo del flan era lo que más me llamaba la atención, porque era como un pegote, la

guinda del pastel. Antes nos comíamos esas cosas, cuando la salud y el engordar no nos importaba tanto. O quizás no nos importaba a nosotras, porque Ma era una vieja y yo una niña, y ni a los viejos ni a los niños les preocupan esas cosas.

Ese día con mi padre, después de comer aquel helado de crema tostada en la terraza de la Italiana, yo me fui pronto; tenía que coger un tren para volver a Madrid, a mi trabajo y a mis hijos. Me metí en un taxi para ir a la estación de tren y Manuel se quedó mirando cómo el coche se alejaba, diciéndome adiós con la mano. Me fijé en la bolsa negra de tela que tenía al hombro, como de *hipster*. Llevaba una camisa amarilla de manga corta, pantalones negros y aquella bolsa colgada.

Qué padre más normal fue aquel día. Parecía que lo hubiera ensayado a posta para decirme adiós.

Pienso ahora en ese poema de Rosalía de Castro que habla sobre las despedidas y que tanto le gustaba a él, sobre todo en la versión cantada de Amancio Prada:

Adiós ríos, adiós fontes
Adiós regatos pequenos
Adiós vista dos meus ollos
Non sei cando nos veremos

Los últimos años, cuando iba a Marineda y le llamaba para verle, que no era siempre que iba, solíamos quedar en la chocolatería Bonilla a la Vista de la calle Barcelona, cerca de su casa. Me encanta Bonilla, es otro de los lugares de mi infancia que aún permanece milagrosamente intacto. El Bonilla de la calle Galera merecería ser declarado patrimonio de nuestra ciudad, con sus mesitas bajas de aluminio y toda esa decoración añeja a base de espejos y madera. Allí pasamos los niños de mi generación muchos ratos merendando y celebrando cumpleaños. El plan de tarde de aquel entonces, cuando no había aún tanta oferta como ahora, era ir de paseo y a merendar helados a la Italiana o la Ibense, chocolate con churros a Bonilla o tortitas con nata al Linar.

El Bonilla de la calle Barcelona, donde siempre quedaba con

mi padre, no es tan antiguo como el del centro, pero los churros y el chocolate están igual de ricos. Los churros de Marineda son cortos y crujientes, muy poco aceitosos. Y, además, se pueden pedir sueltos, hasta solo un churro si uno quiere. Los churros son un asunto de orgullo entre localidades, como lo es la tortilla de patatas. Uno puede llegar a las manos por defender esas cosas.

Cuando nos encontrábamos allí, mi padre también tomaba churros, algo inexplicable. Jamás le había visto comer ningún tipo de dulce. En el hospital me pedía Coca-Cola, cuando él jamás la tomó. Creo que era el cáncer el que hacía que sus células pidieran Coca-Cola. O quizás se estaba volviendo normal, un señor que comía helados y churros, que bebía Coca-Cola.

Las dos veces que he ido a Marineda tras su muerte he desayunado en Bonilla el café y los tres churros; me he sentado en las mesas donde nos sentábamos él y yo. Iba a verle de mala gana, pero luego la conversación era casi siempre agradable, o por lo menos llevadera. A veces pasábamos seis meses o más sin vernos y toda nuestra relación se concentraba en aquellos largos desayunos a la fuerza en Bonilla.

Nunca quedábamos en su casa. A Manuel, como a mí, le encantaba estar en los bares y cafeterías. Cuando no íbamos a Bonilla nos encontrábamos en la cafetería del Playa Club, frente a la casa de mi madre.

Hay algo de profanación en volver a los sitios a los que fuimos a menudo con nuestros queridos muertos o con la gente que ha significado algo en nuestra vida. Las personas van irremediablemente unidas a ciertos lugares.

Yo nunca pude volver a Los Arcos, el restaurante de la calle Ponzano de Madrid al que iba siempre con mi abuelo, en donde tantas y tantas veces comimos, primero yo sola con él, después con D. y con mi hijo mayor cuando era bebé. Llevo diecisiete años sin pisarlo a pesar de que está al lado de mi casa. No tengo ni la menor intención de ir. Era un sitio tan ligado a una persona y a cierta época que, desaparecida la persona, el lugar no tiene sentido en sí mismo.

Por la misma razón, cuando se rompe con alguien es

complicado volver a los mismos bares, a los mismos restaurantes, a las mismas ciudades que compartimos porque de alguna manera «son» esa persona.

A Venecia, Roma o Nueva York creo que no regresaría con ninguna pareja o amante porque son tres lugares muy ligados a mi relación con D.

A Sicilia también dudo mucho que vuelva, porque allí viví una de las semanas más preciosas de mi vida con otra pareja que tuve después. Prefiero quedarme con aquello en la cabeza, no vaya a ser que lo «nuevo» empañe lo que quiero recordar. Más vale lo maravilloso conocido que lo incierto.

Hay gente a la que todo esto le trae sin cuidado y únicamente atiende a la practicidad de la vida. Un hombre con el que salí hace tiempo solía ir todos los veranos al mismo hotel rural de Mallorca, cada año dormía incluso en la misma habitación, todo permanecía inalterable menos las novias, que era lo único que iba cambiando.

Cada persona tiene un sitio donde fue feliz, al que iba a menudo y que le identificó, a donde iría, si pudiera, en forma de fantasma. Lo malo es que muchos de esos lugares ya no existen. La vida moderna se encarga de aniquilar la nostalgia. En el caso de mi padre su sitio fue el Enrique, una pequeña tasca en donde aquella generación de progres pasaba gran parte del día. Ahora hay un Zara.

Generalmente los padres llevaban a sus hijos al Enrique, así que siempre había algún niño con el que juntarse y jugar. Nuestros padres nos daban cinco duros para ir al quiosco de al lado y comprar tebeos, chuches o sobres sorpresa y que no les diéramos la lata mientras tomaban una caña tras otra. Los padres bohemios iban al Enrique y los padres pijos iban al Cantón Bar, una cafetería mucho más pintona que estaba a la vuelta de la esquina y en la que te ponían hasta patatas fritas. También es un Zara, el mismo de antes. Zara compró toda la manzana.

En el Enrique había dos cosas que llamaban la atención: los canapés de queso y anchoa, y que era la única tasca de Marineda donde se meaba de pie, porque no tenían váter.

Las paredes estaban negras de la mugre y el humo acumulado

a lo largo de los años. Había pequeñas mesas y taburetes de madera muy vieja y un barril grande a la entrada. También recuerdo un póster: «Marineda, ciudad donde nadie es forastero», y las cajas de Estrella Galicia apiladas en un rincón. Una pequeña ventanita abierta daba a la calle. Aquella era la mejor mesa. Uno se dejaba caer por el Enrique y siempre encontraba a alguien, todo el mundo estaba allí. Treinta años más tarde, fue colonizado por la gente de mi generación, pero ya no había el mismo ambiente bohemio de entonces.

O Remo, que no era un lugar que significase absolutamente nada para mí, al margen de lo rica que estaba su tortilla, quedará ahora fijado como un lugar importante porque fue el último sitio en donde mi padre y yo fuimos padre e hija, si alguna vez lo fuimos.

Ahora, sobre esas apacibles dos o tres horas que pasamos juntos, pienso que me hubiera gustado pensar algo que no pensé entonces.

Que no se acabe este día.

19

La vergüenza

Lo peor de tener unos padres raros o diferentes es la vergüenza. La vergüenza es uno de los sentimientos más universales del niño y, dentro de ella, la vergüenza por unos padres indebidos o estrambóticos es, sin duda, la peor de todas. El niño lleva a sus padres como un estandarte, como una bandera. Los padres son la carta de presentación de un ser humano en sociedad.

Hubo una época en que mi padre regentó un quiosco de periódicos con Mar, su pareja de aquel tiempo. Los dos vivían en la casa vieja de Ma al mudarse ella a un piso nuevo en la misma calle. El quiosco estaba justo frente a la casa, en la avenida de Finisterre, y era un chiringuito de apenas cinco metros cuadrados.

A mí me daba vergüenza que las niñas de mi colegio «caro» descubrieran que mi padre era un simple quiosquero. La vergüenza del niño es irracional. La tiene y punto.

En mi mente infantil, ser quiosquero no era algo que fueran los padres de mis amiguitas del colegio. Todos eran abogados, arquitectos, periodistas... Cosas que yo creía por aquel entonces muy importantes.

Su quiosco era ese tipo de tenderetes de antes en los que, sujetos con pinzas a unas cuerdas, se disponían todas las revistas y los tebeos. Se vendían hasta revistas porno, como en todos los de la época, y a mí me daba vergüenza ver allí colgadas a todas aquellas mujeres en tetas y culos del *Lib*, del *Playboy*, del *Penthouse*. Lo único bueno era que tenía gratis los tebeos de *Esther y su mundo*, los cromos, los boca bits y los chicles Bang Bang.

Un día cualquiera fui descubierta. Una niña de la clase y su madre entraron a comprar unos tebeos cuando yo andaba por allí. La niña no entendía qué hacía yo en aquel quiosco. Me puse roja como un tomate y no pude articular palabra.

Cuando salieron, mi padre se dio cuenta de mi apuro.

—¿Qué pasa? ¿Las conocías?

—Sí —contesté yo—. Es una de mi clase.

—¿Y por qué no les has dicho nada?

—No sé.

—¿Te da vergüenza que tu padre tenga un quiosco? ¿Es eso?

Y yo sentí vergüenza de tener vergüenza.

También me avergonzaba el aspecto de mi padre por aquel entonces. Llevaba el pelo muy largo y ondulado, más allá de los hombros, y lo lucía suelto; tenía un pelo bastante bonito. Nadie en Marineda iba así en los años ochenta, mucho menos «un papá». Llevaba abrigos de piel de mutón hasta el suelo, botines de cuero y el cabello largo, y así se paseaba de mi mano por nuestra ciudad de provincias.

Una vez que íbamos los dos por los jardines de Méndez Núñez, él, bromeando conmigo, me quitó un zapato y no me lo devolvía, haciéndome rabiar. Yo lloriqueaba y me quejaba.

De pronto me vi cercada por un grupo de mujeres suspicaces, mientras otro grupo de hombres, sus maridos, le cercaban a él. Nos separaron de golpe.

«¿Te pasa algo, bonita? ¿De qué conoces a este señor? ¿Dónde está tu mamá?».

Pensaron que mi padre, por sus pintas, era un extraño que me había raptado.

La sociedad de aquella época no concebía un padre así. Un hombre con el pelo largo y abrigo de piel es, forzosamente, un secuestrador, o eso debió pensar aquella gente.

Mi padre se enfadó muchísimo, montó la marimorena. Recuerdo que intervino hasta la policía. Yo ni siquiera me enteré mucho de qué estaba pasando. Lo recuerdo como una escena muy

surrealista.

De pequeña también me daba a veces vergüenza mi propio aspecto y, sobre todo, ir siempre vestida con la misma ropa. Mi madre, por dejadez o despiste o lo que fuera, no me obligaba a ducharme más que una vez por semana, y podía estar todo ese tiempo sin cambiarme de ropa ni de bragas. Nadie me decía nada. A los nueve años a mí me daba igual. La limpieza y el aseo es, probablemente, lo que más pereza puede dar a un niño. Recuerdo mi pelo aceitoso de puro sucio; peinarme hacia atrás, hacerme una coleta y parecer que llevaba gomina.

Un día, como de pasada, una profesora de aquel colegio mugriento dijo en clase que había que ducharse y cambiarse de ropa con frecuencia y que de lo contrario se olía mal, que había niños que olían mal en clase. Me parece oírlo, pero hacer como que no lo oía. Supongo que sabía perfectamente que se referían a mí, pero no podía soportar la vergüenza. Aquellas palabras entraban en mí y rebotaban como un boomerang.

Hasta muchos años después no quise reconocer que yo era aquella niña que iba a clase apestando. Aún me resisto a creerlo.

Quizás fuera otra.

20

ANIMALES QUE SON PERSONAS, PERSONAS QUE ESCRIBEN

Madrid, otoño de 2019

Hace un rato Eugenia te ha llamado para contarte que Lluvia, la gata de Manuel, ha muerto. Tu tía María José, que la cuidaba desde que él murió, se lo ha dicho por teléfono. A ti hace tiempo que no te habla, nunca has sabido muy bien por qué. Tampoco se lo has preguntado. Esta familia es así. Pasan las cosas y todos lo dejáis estar durante años. Cuando queréis reaccionar ya es tarde.

Te acuerdas de lo que él te dijo en el hospital, algo que te dio muchísima pena:

«Lluvia es ya muy mayor. Pensé que me daría tiempo a tener otro gato más, pero creo que ya no va a ser posible...».

Manuel quiso mucho a sus animales, a Lluvia, pero sobre todo a Lúa, su perra. Se murió hace unos años. Tu padre te contó que, del disgusto, no se había levantado de la cama en cinco días, aunque él nunca fue de perros. Vuestra familia siempre fue de gatos.

Isa, que fue su pareja durante nueve años, y tú le regalasteis a Lúa de cachorro cuando él estaba en pleno tratamiento de su cáncer de garganta para que le hiciera compañía y le diese un poco de vida. Aquella collie fue su compañera fiel durante doce años, su

consuelo en muchos momentos de soledad y angustia.

Por eso, cuando estuviste ahora en Marineda, no te sorprendió en absoluto ver las fotos de sus animales en dos marcos dorados en el salón, mezcladas con las de la familia. Tu padre era de los que pensaban que los animales, muchas veces, son iguales o mejores que las personas. No diferenciaba por especies.

Y tú estás bastante de acuerdo. Ahora sabes que la muerte de Bety, que fue tu gata durante veintidós años, te preparó para la gran muerte: la de tu padre. Quizás podrías traerte las cenizas de tu padre aquí, a tu casa, y ponerlas junto a las de la gata, hacer una especie de altar con todos los muertos que tienes. La instalación que propone tu madre podría ser algo del estilo.

Si lo piensas, esa gata vivió contigo muchas más cosas que tu propio padre. Estuvo siempre a tu lado, cosa que no podría decir él. Fue testigo del principio de tu relación con D., de tus mudanzas a todas tus casas, del nacimiento de tus hijos, de tu separación, te acompañó en todas tus tristezas y enfermedades, en todas tus rupturas. Ningún humano hizo todo eso contigo. No solo te sentías acompañada por Bety, te sentías a salvo con ella. Ha sido, con tus hijos, lo más estable que has tenido nunca. Ella siempre te adoró y, como algunos amores excesivos, era celosa y posesiva.

Piensas que es asombroso que alguien, o en este caso un bicho te espere y te quiera siempre, de manera incondicional. Eso es algo que únicamente hacen los animales. Y lo hacen porque sienten, pero no entienden lo que decimos; si entendieran, otro gallo cantaría.

Pero por los animales parece que uno no se puede doler, precisamente por eso, porque son animales. Te preguntas por qué no se entiende sufrir por un animal que muere si la falta es personal e intransferible. Uno se duele y echa en falta lo que le da la gana. Faltaría más.

Cuando Bety murió no te metiste en cama como Manuel, te tuviste que marchar de tu casa de la pena. Un amigo te dejó un apartamento en Mojácar, en Almería, y pasaste allí sola una semana llorando todos los días y todas las noches, llorando sin parar y mirando en Internet cientos de tatuajes de gatos siameses,

que afortunadamente nunca llegaste a hacerte.

Piensas que si de verdad pudiéramos explicar con sinceridad a todo el mundo qué son para nosotros ciertas cosas, ciertas personas, ciertos animales, nos daríamos cuenta de que las cosas, las personas y los animales están mucho más cerca de lo que parecen. Es lo que significan y lo que has vivido con ellos lo que les da peso y sentido.

Da lo mismo que sea un reloj, un gato o una persona.

A ti nadie va a decirte por lo que tienes que dolerte. De qué o de quién te acuerdas.

Nadie puede decirte si debes echar más de menos a tu padre o a tu gata.

Porque si miramos los hechos objetivos, está claro que ganaría tu gata.

¿Y qué problema hay?

Poco rato después de la llamada de Eugenia recibes también otra de tu hijo Gael, desde Burdeos, a donde se ha marchado a estudiar hace dos meses. Está ya instalado en su piso de estudiante, comenzando su vida de universitario. Su vida sin ti, sin vosotros. Ya solo os queda vuestro hijo pequeño en casa y, probablemente, dentro de unos años también se irá.

Le echas de menos, aunque siempre te dio la vida ser madre a tiempo parcial. Llevas así doce años. No hubieses podido ser madre de otra manera. Si no estuviera mal visto, recomendarías a todo el mundo separarse para tener los hijos en custodia compartida. Ellos mismos lo agradecen, dicen que no os habrían soportado a los dos juntos, que no lo pueden ni imaginar.

Recuerdas la alegría cuando llegaban a casa los viernes y les recibías como un regalo, pero también la felicidad cuando se marchaban a casa de su padre el viernes siguiente, con la promesa de la casa en silencio, los planes tú sola, los amantes, los viajes...

Gael te cuenta sus asuntos de intendencia. Ahora te llama «madre». Con él te sucede lo mismo que con tu madre: os lleváis mejor por teléfono que en persona. Está también muy preocupado

por su abuelo, el padre de D., que está muy enfermo, ingresado en un hospital de Madrid.

—No voy a perder a dos abuelos en pocos meses, ¿verdad? —te pregunta—. Eso no puede pasar...

Le dices que no, que no puede pasar, que claro que no, pero sabes que sí, que muy probablemente va a pasar. Que la vida es así de jodida.

Le hablas de las dificultades que tienes con tu nuevo libro, el poco tiempo del que dispones con el trabajo, pero, sobre todo, de tu falta de ganas.

—Tengo cuatro meses para acabarlo y ni he empezado —le dices—. No puedo hacerlo. Sencillamente, después de lo de Manuel, no tengo fuerzas.

Gael te ayuda en tus tareas de escritora, sobre todo en las tramas. Tiene una mente muy organizada, te escucha con interés y sabe darte buenos consejos. Le sueles contar siempre las historias que se te van ocurriendo, para tener otro punto de vista.

Llevas ya varias semanas intentando arrancar con tu nueva novela. La vas a llamar *Una casa en Santorini*, eso es casi lo primero que decides. Recuerdas cuando estuviste tú sola en mayo pasado, por eso la vas a localizar allí. Tu padre ya estaba en el hospital, pero aún no sabíais que era tan grave; no decían nada. Hiciste un montón de fotos de tus paseos por Santorini y se las mandabas a tu madre para que se las enseñase a él en el hospital. Fotos de casas blancas y cielos azulísimos.

«Qué suerte estar en un sitio tan maravilloso», te dijo él uno de los días que hablasteis por teléfono.

Santorini y un hospital, piensas ahora: el anverso y el reverso de una misma moneda.

Ya has empezado. Más o menos sabes de qué va, cómo trascurrirá la trama, pero con lo que no puedes es con las escenas eróticas. Cuando tienes que escribir una, pones en mayúscula la palabra «polvo» y sigues con la historia. Sencillamente, no puedes ponerte a escribir eso en pleno duelo, porque aún sigues con tu duelo. Pensaste que te iba a durar dos telediarios, pero pensaste mal. Todo está muy a flor de piel, muy presente aún. Es más, crees

que todo está empezando ahora, que solo te estás mojando los pies en la orilla de la tristeza. Te falta meterte en el agua.

Te preguntas cómo contarás luego los veinte polvos todos seguidos con sus necesarias variaciones. Recuerdas la frase de tu ex: «El sexo es siempre lo mismo, por eso solo hay que hacerlo de vez en cuando».

Al final has acabado por encontrarle el sentido a casi todas las frases que él te decía, esas que entonces te daban tanta rabia. D. era un visionario en el tema de las relaciones. Tampoco creía en el amor romántico. «El amor es un concepto del siglo XIX», decía. «Por eso me gusta tanto el siglo XIX», respondías tú.

—No me veo con fuerzas para escribir la novela, Gael —le dices a tu hijo—. No sé cómo enfrentarme a esto. Quizás llame a mi editora y le diga que ahora no puedo, que necesito más tiempo... Y encima con el trabajo... Es imposible, de verdad.

—Déjate de excusas y ponte a currar —te dice tu hijo—. Pon el culo en la silla y estate ahí sentada tres o cuatro horas por lo menos, y ya verás como se te ocurren cosas. ¿Qué te crees, madre, que a mí me apetece hacer mis trabajos de la facultad? Pues no. Pero me siento y trabajo. Así que haz el favor de ponerte a trabajar.

Es el mundo al revés, pero te da igual. Sabes que tu hijo tiene razón. Es un tocapelotas, pero tiene razón.

A menudo te preguntas cómo habría sido tu vida sin tus hijos. No tuviste casi padres, pero a cambio tienes unos hijos-padres ahora que son ya mayores. Verdaderamente no sabes quién cuida a quién. Os cuidáis todos, los unos a los otros.

El rapapolvo de Gael te hace reaccionar. Basta ya de tonterías. Ese mismo fin de semana consigues encerrarte y escribir durante horas. Aunque continúas dejando el sexo para luego, vas desatascando las cañerías. Le mandas un *whatsapp*:

«Me he puesto a escribir en serio. La historia va bien. He decidido que esta novela te la voy a dedicar a ti. Yo también te quiero más de lo que crees».

Recuerdas cómo empezaste a publicar. Fue hace cuatro años. Una editora leyó tu blog, ese que tienes desde hace ni se sabe, y te escribió por Twitter. La llamaste enseguida, con el corazón a mil. Le mandaste todas tus cosas, tus relatos... Al día siguiente quedasteis. Ella te fue a ver a la tienda de té que tenías entonces en Malasaña, la que montaste una de las veces que te despidieron.

Aquella mañana de viernes, cuando ella llegó, estabas limpiando la cristalera, con un trapo y el Cristasol en la mano. Así la recibiste.

—Me ha gustado mucho todo lo que he leído en el blog y lo que me has enviado. Quiero proponerte que escribas una novela —te dijo.

—Yo no sé escribir novelas —le respondiste—, por ahora solo escribo relatos.

—Lo vas a hacer bien, estoy segura... Pero una particularidad: estamos abriendo una nueva línea de negocio en la editorial y quiero que escribas una novela erótica.

—Ufff... Nunca he escrito algo así. Lo veo complicado.

—Que sí, que ya verás como sí. Tu blog va mucho de eso. Lo harías genial, estoy segura —te dijo—. Mira, hoy es viernes. Te doy este fin de semana para que me escribas los tres primeros capítulos de una posible novela. Me los mandas el lunes y ya lo veo con mis jefes. A ver qué tal.

Y tú te quedaste allí petrificada en la tienda. Paralizada entre la excitación y el miedo. Tenías la oportunidad de tu vida y no podías desaprovecharla.

Y pasaste aquel fin de semana encerrada en tu casa escribiendo escenas eróticas, te salía humo de todas partes. Tenías que salir al balcón a tomar el aire. Te acuerdas perfectamente. Ni siquiera tuviste tiempo de leer nada para inspirarte un poco. Solo habías leído *50 sombras de Grey* y *Las edades de Lulú*, como todo el mundo. Pero bueno, si te hubieran pedido ciencia ficción, también lo hubieras hecho, ya habrías encontrado la manera.

Aquel lunes mandaste tus capítulos. Después llegaron tres días horribles de espera hasta recibir la llamada de tu editora, días en los que no podías parar quieta. Seguro que sí. Seguro que no. Que

sí. Que no. Intentabas pensar que no te iba a salir para luego no quedarte devastada.

Aquella semana escribiste una de tus notitas y la metiste debajo de la caja registradora, en la tienda. A veces lo hacías. Cuando no vendías nada, cogías un papel y escribías: «Hoy voy a vender cien euros», y luego resultaba que los vendías; a lo mejor no tanto, pero sí vendías. Te acostumbraste a hacer aquello cuando tenías días malos y siempre o casi siempre daba resultado.

Aquella vez, lo que escribiste y dejaste allí escondido fue más bien un deseo.

Por fin te llamó la editora. Los capítulos habían gustado. Tenías luz verde para hacer la novela. Pocos días más tarde firmabas tu primer contrato con una editorial.

Escribiste tu primera novela allí, en aquella tienda, entre latas de té y gente entrando y saliendo. Por ahora, es tu preferida. Por la ilusión desbordante, por el momento y el lugar. Puedes revivir aquellos días, recuerdas cómo olían, la luz que había. Mientras estabas allí, en aquella tienda de cuento, escribiendo, pensabas que eran los más felices de tu vida.

Ahora sabes que no es verdad, que probablemente no fueron los más felices, pero estabas muy segura de que lo eran cuando los estabas viviendo. La felicidad es como cuando ves pasar los árboles desde el tren: va a toda velocidad, se te escapa si no la fijas. No te acuerdas si eran los árboles los que se movían o era el tren.

Poco después de publicar la novela tuviste que cerrar la tienda, con mucha pena por todo lo que había significado para ti. Acababa una etapa, pero, como siempre, otra nueva empezaba.

Cuando la desmantelaste, encontraste todos los papelitos que habías dejado debajo de la máquina registradora. Y allí estaba el más importante, aún lo tienes:

«Lo vas a conseguir. Tú puedes. Confía en ti. Vas a ser escritora. Vas a publicar tu primer libro en 2017. ¡Va a pasar!!».

Tu padre se alegró mucho cuando empezaste a publicar, pero, secretamente, crees que te minusvaloraba por tratarse de novelas

eróticas. Para él, que tenía más de dos mil libros en casa y se pasaba el día leyendo a los griegos, a Coetzee o Zweig, aquello tuyo no era literatura. Decía que estaban «bien», pero que se trataba de «novelas de aeropuerto», «novelas de usar y tirar». No sabes si lo decía para hacerte daño o despreciarte, o ni siquiera se daba cuenta. Lo cierto es que conseguía hacer mayor tu ya inseguro ego de escritora en ciernes. Nunca llegó a leer ninguno de tus libros entero, solo los ojeaba.

En cuanto a tu madre, para ella todo lo que haces, incluso si es extraordinario, entra dentro de lo normal. Si ganaras el premio Planeta o algún otro, te la imaginas diciéndote: «Ah, ¿sí? Qué bien. Me alegro mucho, chiquitina. Yo también gané un concurso literario una vez en el colegio», y pasaría seguramente a otra cosa.

Ella tampoco lee tus libros. Ni tu hermana. En realidad, nadie de tu familia los lee. Eso es doloroso. Porque todo lo hacemos para nuestras jodidas familias, piensas, para que nuestras puñeteras familias estén orgullosas de nosotros.

Para tu madre es igual que tú publiques un libro que tu hermana Io haga una lasaña. ¿Por qué no iba a serlo, en realidad?

«Igual no sigues —te decía cuando publicaste tu primera novela—. Hay mucha gente que publica un libro y luego ya no escribe más». Y añadía: «Me dicen mis amigas que tengo que estar muy orgullosa de ti».

El reconocimiento. La necesidad de aprobación. El apoyo. El halago. Son cosas huecas que no valen para mucho. No valen para nada, como mucho para insuflar cierta seguridad. Y, sin embargo, todos caen rendidos ante ellas, especialmente quienes de pequeños crecieron tambaleándose. Tú también las necesitas. Pero en el fondo, lo que quieres es el reconocimiento de aquellos a quienes quieres. Si deseas el Premio Gordo de la Literatura Universal, es solo para conseguir la aprobación no del universo en general, sino de los seres más cercanos, incluso de uno solo.

Al final, todo lo hacemos para que nos miren, para que nos quieran, para diferenciarnos del resto. Los escritores también son como el niño que, a punto de tirarse de cabeza a la piscina, le suplica a su madre: «Mírame, mamá, mírame. Hazme caso. Dime

que lo hago bien. O dime algo, por amor de Dios, aunque sea malo, pero mírame».

Siempre te gusta llegar al final de las cosas preguntándote la razón de todo, por qué las deseas, hasta llegar a un tope que suele arrojar un resultado absurdo.

Tú llevas x años escribiendo para...

Porque me gusta, para publicar un libro algún día.

Y publicar un libro sirve para...

Que me lea la gente.

Y quieres que te lea la gente para...

Que se den cuenta de lo buena que soy y para llegar muy alto en el mundo editorial, y que mis libros se lean en muchos países y se traduzcan a tropecientos idiomas.

Y quieres llegar muy alto en el mundo editorial y que tus libros se lean en muchos países para...

No lo sé. No tengo ni la más remota idea. Porque es lo que cabe esperar cuando alguien hace algo: llegar lejos, solo por eso.

En el fondo, si aplicamos este razonamiento a todas las cosas que queremos y deseamos, muy probablemente lleguemos a esa conclusión: «no lo sé», «porque sí», «porque siempre quise eso», «no sé dónde empezó todo».

Pero esta sociedad no tolera la duda ni a la gente dubitativa, y menos aún a la que cambia de opinión. Hay que saber lo que quieres en la vida, a dónde vas, qué quieres escribir, tus metas, cuántos hijos vas a tener, qué harás de mayor, a dónde irás el próximo verano, dónde cenarás el viernes, de qué irá tu siguiente libro, qué quieres decir con tus palabras, qué significan, qué pretendes. «No lo sé» es de débiles. «No lo sé» es de fracasados. Siempre hay que saberlo todo, incluso lo que va a pasar cuando te mueras.

Te gusta mucho escribir, pero podrías vivir sin hacerlo. Te gusta hacer muchas cosas y probablemente podrías vivir sin la mayoría. Pero a un escritor se le presupone que necesita escribir como respirar, que lo necesita como manera de entender el mundo, de expulsar sus demonios y de no sabes cuántas cosas trascendentales más. Tú lo único que necesitas para vivir es

comida, dormir y un techo. No escribes como respiras. Escribir es más bien un chute extra de oxígeno, un refugio como lo puede ser leer, el vino, viajar o ir al cine.

En ocasiones, en alguna entrevista que te han hecho por tus libros, te han preguntado: ¿cómo escribes?, ¿cuántas horas?, ¿por la mañana?, ¿por la noche?, ¿con música?, ¿sin música? Y tú no lo sabes. Depende. Es como si le preguntaran a uno: ¿y tú cómo comes?, ¿cómo duermes?, ¿cómo follas? Pues no sé, no lo he pensado. Como buenamente puedo o me apetece en cada momento.

Entonces no es un trabajo, te dicen a veces, es un *hobby*. Y tú piensas, ¿y qué más da si es trabajo o *hobby*, si se ha hecho en cuatro días o cuatro minutos? Lo que importa es el resultado.

Puedes escribir en cualquier parte y en ninguna. A veces aguantas una hora y otras, seis. En ocasiones hasta el sonido de un reloj te distrae y otras puedes hacerlo en un bar lleno de gente chillando. No tienes la más remota idea de cómo lo haces, pero cuando estás en ello desapareces durante ese tiempo.

Mucha gente se imagina que un escritor es alguien que se sienta en un luminoso y ordenado estudio lleno de libros y plantas, delante de un Mac de última generación, con un té o una copa de vino, un gato que ronronea a su lado y una banda sonora de Bach o Chet Baker.

No es así. Todo es caos, inseguridad y vértigo. La paz del escritor no existe. Lo de la hoja en blanco tampoco mucho. Si te sientas a escribir, es porque tienes algo que contar, y si no te sale, mejor ponerte a hacer cualquier otra cosa.

Te preguntas a menudo cuánto tiempo aguantará un escritor serio mirando el blanco del ordenador antes de ir a hacerse un té.

Para escribir, además de tener facilidad, crees que solo se necesitan dos cosas: escribir y, sobre todo, leer. Al escritor, los libros, incluso los más estúpidos, le devuelven tarde o temprano todo lo leído.

Pero los escritores serios suelen tener un método muy estricto y un espíritu de sacrificio aún mayor, que tú, desde luego, no tienes. Tampoco te crees escritora, más bien alguien que escribe...

Y, además, ya sabes: no se trata solo de serlo, sino de parecerlo.

Recuerdas una entrevista que leíste hace mucho a Vargas Llosa en *El País* en la que le preguntaban por su método o rutinas de escritor. Decía que se levantaba a las cinco o seis de la mañana, se iba a dar un paseo de media hora por el parque del Oeste y luego, a las siete u ocho, se ponía a escribir alrededor de diez horas seguidas con una frugal comida entre medias. Lo menos que te pueden dar por eso es un Nobel o la vida eterna. Si no, no vale la pena...

Hace poco leíste otra entrevista en la que otro escritor algo menos famoso decía que no dejaría de escribir ni por un millón de euros. Tú sí, y hasta por medio. Te irías a recorrer el mundo con la pasta, escucharías audiolibros...; crees que te rentaría mucho más que tu supuesta «vida de escritora».

Te maravillan las entrevistas que les hacen en los periódicos a los escritores. Te preguntas cómo dan siempre esas respuestas tan brillantes, cómo tienen siempre la cita perfecta en los labios, la reflexión adecuada, la crítica social afilada sin llegar a ser incendiarios... Y algunos son tan jóvenes... Te sobreviene de inmediato un complejo de inferioridad tremendo. Ni aunque lo ensayaras toda la vida tú podrías tener esa seguridad, ese aplomo, ese ingenio, tomarte tan en serio, saber tanto... Nunca vas a tener ganas de pensar todas esas cosas tan elevadas.

Te preguntarán algo sesudo y dirás algo del tipo: «Espera un momento que me pica la cabeza». Crees también que esa altura intelectual no es solamente atribuible a los escritores, sino también a los periodistas que preguntan. No recuerdas haber hecho muchas entrevistas a escritores, puede que nunca hicieras ninguna, y ahora te alegras. Piensas que tampoco te daría la inteligencia para entrevistar a un escritor.

De tus entrevistas, la mejor fue una que hiciste hace mucho tiempo, al principio de tu vida profesional. Era en una Pasarela Cibeles y te tocaba entrevistar a Devota y Lomba. Estabais retransmitiendo en directo por Internet...

—Bueno, tú, Modesto Lomba, haces los patrones y Luis (Devota) se encarga de los diseños, ¿verdad? —preguntaste.

—Bueno, en realidad Luis murió hace veinte años.

Ahí lo tienes. Ese podría ser un ejemplo perfecto de cómo transcurre tu vida, tus libros, tus cosas.

Tampoco te has creído nunca el colmo de la inteligencia. Recuerdas de forma vívida un episodio de muy pequeña, en Madrid. Tus padres te llevaron cuando tenías tres o cuatro años al Instituto Británico a hacer unas pruebas de admisión para ir a aquel colegio. Te sentaron en el suelo y te dieron una construcción de bloques sencilla para evaluar así tu inteligencia. Te quedaste pasmada, sin hacer nada, o hiciste una pequeña torre y lo tiraste todo.

No te admitieron. Tu padre pensó que eras tonta. Te recordó el episodio alguna vez, ya de más mayor. Desde entonces no hay nada tan terrorífico para ti como un Tetris, una construcción o cualquier otro artefacto en el que haya que encajar piezas. Sales huyendo.

Puede que escribas porque es la única forma de pensar que tienes, y tal vez te gusta leer porque ya te lo dan todo pensado.

Quizás, en vez de a los escritores que dicen cosas que a ti jamás se te ocurrirían, admiras más a aquellos que escriben cosas profundísimas, pero que luego son incapaces de hablar de ellas, porque les da cierto pudor.

Como diría un escritor cualquiera en cualquier entrevista: no hay que hablar de lo escrito, hay que escribir; no hay que alardear de lo leído, hay que leer; no hay que presumir de lo vivido, hay que vivir. No hay que querer gustar. Hay que gustar. No hay que venderse. Es mejor estar ahí y que te descubran, como a una modelo rusa en un supermercado. Lo más auténtico, desde luego, es no hacer nada.

Pero no, definitivamente no parece que estés dispuesta a dejar de «vivir» para llegar a ser «alguien» en el mundo de la literatura ni en ningún otro mundo. La vida se te va gastando, necesitas hacer más cosas, porque si no las haces, si no miras, si no pasmas, si no viajas, si no andas por ahí, no tendrías nada que contar. Y ni siquiera te importaría no tener nada que contar.

Lo grave sería no tener nada que vivir o por vivir.

21

PAPAÍTO MÍO

La Glorieta de Bilbao siempre me recordará a mi padre por el momento de la cabina de teléfonos que marcó la brecha definitiva en nuestra relación. Aún sigue ahí.

Ese día dejé de llamar para siempre papá a mi padre.

No hay nada más doloroso para un padre que sus hijos le llamen por su nombre de pila. Supone despojarle de todos sus atributos. Un padre llamado Luis, Manuel... es un rey al que le quitan la corona y el palacio, al que destierran a un desierto lejano.

El día que dejé de llamar papá a mi padre le empecé a matar un poco, le asesté la primera estocada. Recuerdo el momento exacto. Sucedió cuando yo tenía veintiún años. Le devolví su categoría de padre muchos años después, cuando ya se moría, como lanzándole un salvavidas a su agonía.

Por aquel entonces vivía sola con mi gato «Siete» en mi primera y diminuta casa de trece metros cuadrados en el barrio de Estrecho. Iba a la facultad de Periodismo por la mañana y trabajaba dando clases de inglés particulares por todo Madrid por las tardes. Ya era independiente, excepto por las treinta y cinco mil pesetas que me daba mi abuelo para pagar aquella casa. Hacía pocos meses que había conocido a D.

Mi relación con mi padre era bastante distante. Después de haberme echado prácticamente de su casa, nos limitábamos a llamarnos de vez en cuando, apenas nos veíamos.

Un día yo me rompí un brazo en la piscina y, tras volver del hospital, le llamé desde aquella cabina:

—Me he roto un brazo —le dije—, me acaban de escayolar. ¿Me podrías cuidar al gato mientras estoy así?

—No, no cuentes conmigo —respondió él sin mayores explicaciones.

Y yo le colgué el teléfono, muy dolida y cabreada.

Me dejó allí con aquel brazo roto y con el gato en mi casa minúscula. Nunca llamó para preguntar cómo estaba, si necesitaba algo, sabiendo perfectamente que estaba sola en Madrid. Recuerdo que D., a pesar de que le acababa de conocer, venía cada día a casa para ayudar a ducharme y a hacerme la comida.

Mi padre nunca más me llamó, ni yo a él. Yo tenía mis razones, desde luego. Las suyas nunca las supe. Supongo que fue por haberle colgado el teléfono, una osadía, sin duda.

Pasaron cinco años hasta que volvimos a hablar.

En ese periodo comencé mi vida profesional, fui prosperando, empecé a vivir con D., tuve dos casas distintas, me casé, me quedé embarazada de mi primer hijo... Mi padre se perdió todo aquello.

Fueron cinco años de paz que necesitaba. Necesitaba estar libre de su influjo maligno para empezar mi vida nueva, en un momento en el que por fin parecía que había encontrado un cobijo caliente; necesitaba que me dejaran libre para hacer mi nido. Si mi padre aparecía de nuevo, temía que lo mío con D. estallara en mil pedazos, que él lo reventara.

D. fue mi apoyo durante aquellos años de silencio. A pesar de que resultó un alivio perder de vista a Manuel, la rabia me reconcomía por dentro al comprobar cómo mi padre se olvidaba de mí y no hacía ni el más mínimo movimiento para acercarse, sabiendo que me estaban pasando tantas cosas buenas e importantes; cómo no quiso ser partícipe de aquella nueva vida.

Supongo que fue consciente de que le habían sustituido, de que había perdido su poder sobre mí, de que lo que pensara o dijera ya me daba igual. Yo me había hecho fuerte gracias a mi relación con D. y ya nada podía romperme.

Quizás él, como yo, también sufrió con aquel silencio, pero su estúpido orgullo le impidió hacer nada. Éramos como dos estrategas torpes, ambos esperando el movimiento del otro.

A partir de aquel momento de la cabina, me enorgullecí siempre de no llamar a mi padre papá nunca más, de ser capaz de no hacerlo. Decía a quien quisiera escucharme que antes de volverle a llamar así prefería ahogarme con la lengua, que antes de pronunciar aquella palabra la lengua se me haría un nudo de dos vueltas. No sabía que el tiempo de tener padre sería tan corto ni que la vida pasaría tan rápido.

Por eso, jamás volví a felicitarle ningún día del padre, aunque muchas veces estuviera tentada. No es que dejara de ser mi padre. Dejó de llevar ese nombre. Y dejar de llamar a algo por su nombre es convertirlo en otra cosa.

Cuando años más tarde retomamos el contacto, pasó a ser simplemente Manuel, y así le llamé hasta el mismo día de su muerte. Aún ahora, para mí, sigue siendo Manuel. Tuve un padre que fue Manuel.

Pero sucede una cosa: cuando tu hija lleva veinticinco años sin llamarte papá y de repente vuelves a escuchar esa palabra, la oyes aunque te estés muriendo, digan lo que digan. Esa palabra te arranca de las profundidades de donde te encuentres y te hace resucitar unos segundos. Esa palabra te recuerda que te vas de este mundo dejando algo, que no todo ha sido en vano, que alguien te acompañará hasta la puerta y se quedará mirando cómo bajas las escaleras y te alejas.

Así nos pasó a él y a mí. A nosotros.

Mi padre se murió de repente, ninguno esperábamos un final tan abrupto e inesperado; a pesar de que estaba en el hospital, los médicos habían dicho que aún le quedaban «algunos meses».

Pocas horas antes de morirse, tuve que viajar precipitadamente de Madrid a Marineda.

Llamé a D. para que me buscase un billete de avión mientras volvía del trabajo a casa a toda prisa para preparar una rápida maleta. Entonces hice una cosa que me da cierta grima pensar ahora, lo que todos haríamos en una situación como esa: cogí ropa negra por si acaso mi padre se moría.

Preferí no saber si Manuel estaba consciente o inconsciente, no se lo pregunté a mi madre en el momento en que me llamó. Le

imaginé sentado, en pijama, con un libro en las manos, o con *El País*, de la misma forma que le había dejado en el hospital unos días antes.

Fui todo el vuelo llorando, pero no de pena, más bien de miedo y nervios ante lo que intuía que me esperaba. Cuando el avión aterrizó y percibí la humedad del aire, ese olor a mar tan familiar, y encima de mí el cielo encapotado, me sentí un poco más segura, en mi ciudad, en mi sitio.

Dudé si coger un taxi o un autobús desde el aeropuerto al hospital. No era consciente de la urgencia, no pensé ni por un momento que igual no llegaba a verle vivo, que cada minuto era valioso, que un padre no se le muere a una todos los días.

Pensaba en que quizás el taxi me costaría mucho y ya había gastado un dineral en el avión. No es mezquindad. Es ser así. No darse cuenta. No tener prioridades. No reaccionar.

Cuando me pasa algo serio, algo grave, me quedo paralizada. Actúo como si fuera a hacer la compra de la semana o algo así. Lo grave, para mí, tiene el mismo peso que lo trivial, al menos cuando está sucediendo.

Recuerdo un día que a D. y a mí se nos perdió el niño pequeño en la plaza de Olavide. Mientras él corría histérico por todos los rincones tratando de encontrarlo y preguntando a la gente, yo permanecí quieta como un poste en medio de la plaza sin hacer absolutamente nada. Paralizada.

Cuando aquella tarde de julio llegué por fin al hospital, mi padre llevaba muchas horas inconsciente. Le estaban haciendo una transfusión de sangre. Mi madre, que llevaba desde aquella mañana acompañándole en el hospital, estaba deseando largarse; su hermana, a pesar de estar tan grave, también se había marchado. Solo quedaba yo, la recién llegada.

«Los médicos han dicho que pueden pasar dos cosas —me dijo mi madre—, que la transfusión funcione y mañana esté tan pancho, o que se muera».

Para que luego digan que en la vida nada es blanco o negro, que todo es cuestión de grises.

Al final, la transfusión no funcionó. Hubo un fallo del sistema

y de repente apareció una señal intermitente que decía: «Se ha producido un error. Inténtelo de nuevo más tarde».

Después de encontrarme con mi madre en el pasillo, entré en su habitación con el corazón a mil por hora. Allí estaba él, tendido en la cama, completamente inerte, inconsciente, lleno de vías.

«Papá —le dije acercándome mucho—, ya estoy aquí. Ya he llegado».

Me guardé la palabra durante más de dos décadas, pero me brotó de pronto como un vómito. Creo que lo hice por mí, para demostrar mi propia autoridad. Pensé que si le decía mi nombre, eso no significaría nada para él. Pocas veces me llamaba por mi nombre. Solía llamarme Sibiloncia o «monísima».

Y, de repente, al sonido de la palabra papá, o de mi voz, o de ambas cosas, revivió. Y si no despertó del todo, sí empezó a moverse, a respirar agitadamente, a levantar la cabeza de la almohada.

Y yo, petrificada por aquel espectáculo, lejos de callarme, continué diciendo, o más bien sollozando: «He venido, papá. He venido. Estoy aquí».

Al final, tanto se alteró que tuvieron que venir dos enfermeros a sedarle a pesar de que ya estaba inconsciente.

En aquel momento me di cuenta de que eso era todo, de que esa noche, probablemente, Manuel se iba a morir. Las vidas también tienen su propia escenografía. Una puesta en escena tan dramática no podía más que anticipar el final.

Salí a llorar desconsolada a la salita de lectura en donde hacía pocas semanas él y yo habíamos pasado nuestras últimas horas hablando de libros y de su infancia. Creo que, antes de muerto, ya le lloré por anticipado durante aquellos cinco o diez minutos que permanecí allí apoyada contra una pared mientras caía la noche en Marineda.

A la gente que nos ha hecho daño le presuponemos una suerte de vida eterna. Nos es imposible imaginar nuestra vida sin ellos. Nos quedamos casi más sin rumbo cuando alguien que nos ha hecho sufrir muere que cuando se va alguien que nos quiere. El sufrimiento te ata a la vida con la misma fuerza arrasadora que el

amor.

Antes de que mi madre se marchara a su casa, bajé con ella a la cafetería del hospital a comer algo. Yo lo que quería era beber después de aquella escena dramática, beber algo fuerte: un orujo, un *gin tonic*, un lingotazo que me ayudara con todo lo que intuía que vendría después, alguna sustancia que ardiera en mi esófago y me dejara anestesiada. Nunca necesité tanto una copa de algo como en aquel momento. Pero allí solo había manzanillas, tilas y cosas así. Si hay un sitio donde se necesita alcohol, es precisamente en un hospital. ¿Es que hay que explicarlo? La salud va a acabar con nosotros, en sentido literal y metafórico.

Después de tomarme una tila y un trozo de tarta de Santiago, me despedí de mi madre y subí a la habitación donde me esperaba lo desconocido.

La muerte ya andaba jugando al ajedrez con mi padre, como en *El séptimo sello*, la película de Bergman que él me hizo ver de niña.

Él iba perdiendo.

Su compañero de habitación no hacía más que quejarse de algún dolor tras la cortina que separaba las dos camas. Sus gemidos y la respiración de pez boqueando de mi padre me sumieron pronto en un sueño intranquilo.

En medio de la noche me desperté. El señor seguía con sus lamentos de plañidera, pero a mi padre ya no se le escuchaba.

22

ERA DE NOCHE Y, SIN EMBARGO, LLOVÍA

Una de las mejores cualidades de Manuel era su sentido del humor, eso que todo el mundo afirma tener y que en ocasiones es algo muy sutil. Me parece que los que presumen de tener sentido del humor son justamente los que carecen de él. Da entre pena y risa decir eso de uno mismo.

He comprobado que esa visión entre cómica y pesimista de la vida, esa capacidad para no tomarse a uno mismo demasiado en serio, suele ser más común en las personas pretendidamente graves, como era él, de gesto severo, y más rara en las sonrientes y de chiste fácil. Como diría el otro, el humor ayuda a encarar la vida sin mirarla de frente, a sobrevolarla como un pájaro, a jugar al escondite con ella. Más que una cualidad es un recurso de supervivencia. Y no tiene mucho que ver con la risa y sí con el meterse de lleno en el absurdo de las cosas.

Cuando era pequeña, mi padre me preguntaba cosas que me dejaban desconcertada, pero a la vez me divertían mucho y me hacían pensar.

«¿Qué prefieres, un autobús o un helado de chocolate?».

«¿Una ventana o una piña?».

«¿Un buzón de correos o una vaca?».

«Imagina que te encuentras un maletín con un millón de pesetas. Te lo puedes quedar, pero al lado hay un timbre para repartir el dinero entre todos los niños pobres del mundo. Si lo pulsas, tú te quedas sin nada, ¿qué harías?».

Y yo pensaba que, sin duda, me quedaría el maletín. Los niños

pobres del mundo me quedaban demasiado lejos. No los veía por ninguna parte.

Su forma de hablar, las expresiones que empleaba, también reflejaban ese humor tan peculiar.

«Por mí, como si se opera y queda mal».

«Por mí, como si le atropella un camión».

«Me voy al tálamo (por irse a la cama)».

«No estoy durmiendo. Estoy pensando».

«Dios aprieta, pero no suelta».

«Cría cuervos y te picarán los cojones».

«Era de noche y, sin embargo, llovía».

«Cuando yo nací mi madre no estaba en casa».

Puede decirse que el humor fue una de sus armas de seducción. Gracias a él y a su «vasta cultura», como él mismo decía riéndose de sí mismo, conseguía atraer a tantas mujeres a pesar de lo feo que era. Lo usaba para todo. Rara era la vez que no tuviera un comentario sarcástico o irónico sobre algo o alguien. Pero esa ironía estaba sazonada con un sentimiento trágico de la vida, como diría Unamuno.

No puedo negar que en cada hombre que me he encontrado he buscado luego ese tipo de humor, tan intelectual y sarcástico. Creo que es la cualidad que más escasea y la que prefiero en las personas por encima de la bondad, que es, como concepto, bastante aburrida. No hay nada menos sexi que decir o pensar de alguien que es muy buena persona.

Mi padre y yo nunca hablábamos de trivialidades, más que nada porque no le interesaban en absoluto. Las pequeñeces de mi vida cotidiana le traían sin cuidado y las que afectaban a mis hijos, también. Nuestras conversaciones, incluso por teléfono, solían ser sobre algún tema político de actualidad, y de cine, arte o literatura, asuntos sobre los que le encantaba pontificar, pero de los que realmente sabía muchísimo.

Siempre decía que era una pena que «él no supiera escribir». Y es cierto, tenía la mirada, pero no tenía la voz ni la forma.

Tampoco presumía de inteligencia. «No soy inteligente, soy culto», decía siempre.

La última tarde que estuve con él en el hospital, se la pasó contándome cuentos de Kafka. Otro, sabiéndose en las últimas, hubiese preferido hablar de nosotros, de nuestra relación, pero esos temas no los dominaba. En cambio, con Kafka se sentía seguro.

Concretamente, me contó un relato que se llama *Ante la ley* y que después localicé y leí. Me habló de que Kafka en ocasiones comenzaba sus novelas con un cuento que no tenía nada que ver con la obra, a modo de obertura. Me contó aquellos cuentos como si fuera pequeña, modulando bien la voz, haciendo las pausas en la narración para hacer más interesante el relato.

—Me he dado cuenta estos días de que tienes la cualidad de escuchar —me dijo después de haber terminado una de las historias.

—Es que quizás jamás habíamos pasado tantas horas seguidas juntos. Creo que nunca habíamos hablado tanto —respondí yo.

—Pues sí —dijo—, quizás si no estuviera en esta situación y en el hospital, nunca habríamos pasado todas estas horas juntos, pero eres una gran conversadora. Da gusto hablar contigo.

—Ya ves. No hay mal que por bien no venga —contesté.

Pero, en realidad, aunque no se lo dije, pensé que a veces el precio que había que pagar para darse cuenta de las cosas era demasiado alto. Un precio definitivo. Que todo llegaba tarde, mal y a rastras, que la vida era una chapuza mal improvisada, que nada tenía puta gracia y que quien gestionaba todo este tinglado tenía, sin duda, muy mala leche.

Además de la fascinación que tenía yo por aquel humor un poco siniestro de mi padre, estaban las historias de terror que me contaba de niña, de demonios y seres sobrenaturales, como El Horla, el Golem, el Gato Negro... Muchas de ellas se las he contado yo a mis hijos después, que las pedían con entusiasmo.

«¡Cuéntame Lorla, Lorla...!», suplicaba mi hijo Yago de pequeño esperando la terrorífica historia de El Horla, de Maupassant, una de mis preferidas. Nunca he querido leerla por miedo a que difiriera mucho de la versión que me contaba Manuel.

Me aterraba especialmente todo aquello que tuviera que ver con el demonio.

—Está claro, Sibiloncia —decía mi padre—, que los demonios no existen, pero siempre hay un terror extraño a lo desconocido. Nunca se sabe lo que puede pasar... Te propongo hacer una cosa, a ver si te atreves, que seguro no te vas a atrever... —Y ahí hacía una larga pausa para que mi expectación fuera *in crescendo*—. Cuando estés en la cama por la noche y todo esté oscuro y en calma, deja caer un brazo hasta casi rozar el suelo y di en voz alta una cosa para llamar al demonio: «Si existes, cógeme la mano». Pero recuerda: tu mano debe tocar el suelo, ¿a que es terrorífico?

Por supuesto, nunca conseguí hacerlo. Me daba demasiado miedo. Apenas hacía el amago dejando caer el brazo, lo volvía a poner sobre la cama, atemorizada, y un escalofrío me hacía estremecer.

Me atreví a hacerlo al fin pocas semanas después de su muerte, una noche que llegué tarde y bastante borracha a casa, una de esas noches en las que, a pesar del alcohol, una tarda en dormirse y empieza a darle vueltas a todo. Recuerdo que pensé: ¿y si lo hago?

Y lo hice. Dejé caer mi brazo hasta tocar el suelo y pronuncié en voz alta la terrible frase, con bastante miedo, aunque el alcohol siempre nos hace más valientes.

«Si existes, cógeme la mano».

Nadie me agarró la mano. Ni el demonio ni mi padre.

23

El Horla

Casi anochece. El cielo, rojo y pesado en el horizonte, parece como si se fuera a desplomar sobre el agua. Es uno de esos atardeceres eléctricos y espesos. Desde la cama, oigo la cadencia del mar, las olas que van y vienen como suaves murmullos.

Me imagino la espuma de la marea mojando la arena oscura. Apenas hay luz. Tan solo se distinguen vagamente las siluetas de los muebles. Me acurruco en la cama. Me tapo bien con las mantas y espero a que venga. Porque esta es la noche en la que va a venir. Lo sé. Lo he percibido en la pesadez del aire, en el color plomizo del agua.

Me quedo adormilada, pero despierto intranquila a los pocos minutos, ¿o han sido horas? No sé, pero ahora todo está oscuro. Hace mucho frío en la habitación. Estoy helada, me hago un ovillo en la cama. Me cubro la cabeza bajo las mantas para calentarme con el vaho de mi propia respiración. No se oye nada, tan solo las olas. No me atrevo a encender la vela. Temo que la luz le atraiga hacia mí.

Oigo por fin la señal, la sirena. Es sin duda su barco, el barco en el que viene él. Me contaron la historia hace tiempo. «El Horla llega de noche a las ciudades con puerto de mar. Va escondido en la bodega de un barco blanco, como esos que andaban por el Mississippi. Un barco de fantasmas casi vacío».

La sirena vuelve a sonar.

Al embarcar, la tripulación nada sabe de El Horla, que se agazapa en las despensas, aguardando. Esta vez, el barco trae

mercancías de la otra parte del mundo. De las treinta personas que formaban la tripulación, solo quedan ocho. Un extraño mal ha ido terminando con ellos. Los primeros comienzan con vómitos y convulsiones. Horas más tarde mueren arrasados por una terrible fiebre. Uno tras otro, los marineros van cayendo como moscas. Algunos parecen enloquecer y ellos mismos se arrojan entre gritos al mar. Otros mueren durante el sueño, presos de horribles pesadillas. «Algo terrible y que no podemos comprender habita en este barco. Dios se apiade de los que quedamos porque sin duda nos aguarda un final que no quiero saber», escribe el capitán en su diario de abordo.

Pero ellos no mueren. El capitán y otros siete salvan la vida y se acercan ya a esa ciudad de la costa norte. Van con las cubiertas llenas de cadáveres de los que han perecido en la travesía. El faro antiquísimo de esa ciudad les guía. Por fin podrán bajarse del barco y escapar de aquello que va en él. Porque él, «aquello», sigue allí abajo.

Arriban a puerto. El capitán y los marineros se preparan para escapar. Pero no pueden abandonar el barco. Por alguna extraña razón, no pueden o no quieren desembarcar. Dan vueltas sin parar, suben y bajan las escaleras. Se chocan entre ellos una y mil veces. Son tan torpes como polillas alrededor de una lámpara de gas. Están perdidos. Saben que jamás saldrán de allí. Se volverán locos y después morirán. Como les pasó a los otros. Exactamente igual.

Suena otra vez la sirena del barco. Esta vez no es aviso de llegada. Es llamada de socorro. Pero ya es tarde. De allí no saldrá nadie. Tan solo El Horla, que se hace ahora más visible y emerge de su escondrijo.

Alguien le espera en esa ciudad de galerías blancas. Hace tiempo que él ya ha escogido.

Ya viene a por mí. Le siento acercarse como una brisa marina que soplara dulcemente.

Mi habitación se llena de niebla. Noto como si todos los huesos se helaran dentro de mí. De mi boca sale vaho. De mi boca sale el corazón, que me late con violencia. Siento sus latidos martilleando en mi cabeza como si no hubiera otro ruido más en el mundo. Me estallan

las sienes. Me escondo hundiéndome en las mantas, hecha una bola. Los pies casi donde la cabeza. Deseo que todo acabe. Rezo para que llegue el día y todos los terrores de la noche se vayan. Pero falta tanto para el amanecer... La noche no acaba nunca. Siento su presencia cada vez más cerca.

De repente lo sé. El que esperaba por fin ha llegado. Le escucho ya llamando a mi ventana, golpeando suavemente los cristales. No quiero escucharlo. No, no. No lo he oído. Pero suena otra vez: más fuerte, cada vez más fuerte... Me tapo los oídos. Me cubro la cabeza con las almohadas. Pero no puedo escapar de él. ¿Cómo iba a hacerlo?

Dulcemente, el miedo desaparece. Mi cuerpo se relaja, mis músculos se destensan. Vuelvo a notar el bendito calor en mis piernas, en mis brazos, en mis entrañas. Levanto las mantas que me cubren. Confiada y sin miedo, comprendo mi destino y me entrego al horror de El Horla.

24

ESTOY BORRACHA. LLÉVEME A CASA

Los últimos días de su vida mi padre empezó a beber Coca-Cola, pero sencillamente fue porque en el hospital no había expendedores de cerveza y estupefacientes, como debería haber. También sospecho que bebía vino de cartón cuando ya no le dejaban beber por la enfermedad. Lo escondía entre los cacharros de su cocina y decía que iba a por agua. Entonces supongo que sacaba el brik de *Cumbres de Gredos* y le daba un par de lingotazos.

Cuando uno siente la muerte tan cerca no basta con leer a Cicerón y a Kafka, hay que ingerir algo, notar cierto calor en la garganta y en las venas.

La gente decía que mi padre fue un alcohólico durante la mayor parte de su vida, pero lo cierto es que yo jamás le llegué a ver borracho.

Le recuerdo eternamente con sus jarras de cerveza de medio litro. Desde la mañana a la noche, siempre bebiendo. Siempre yendo a la nevera a por el *refill*. Crecí viendo esa jarra como una extensión de su propio brazo, así que no me dio tiempo a valorar si aquello era o no normal. Era así y punto.

No se quedaba en la cerveza. Bebía también vino, Dick con hielo..., lo que le pusieran por delante. Y como es de suponer, también fumaba: tres cajetillas de Fortuna al día. Solo dejó el tabaco y los alcoholes fuertes cuando le diagnosticaron cáncer de garganta hace veintitantos años.

Él explicaba el día concreto en que decidió dejar para siempre el tabaco. Le habían extirpado un tumor y le estaban dando

radioterapia. Un día, en una de sus visitas al oncólogo, le preguntó cuánto costaba el tratamiento para su cáncer más o menos. Cuánto le estaba costando a la sanidad pública, por así decirlo.

«Unos siete millones de pesetas», le dijo el médico.

Ese día decidió que ya era suficiente.

Cuando iba a un bar, incluso semanas antes de su muerte, se bebía las cañas y los vinos como si fueran agua. A un alcohólico se le puede reconocer por algunas cosas: bebe rápido, sin saborear y no se emborracha. Si no se les viera bebiendo, jamás sabríamos que son alcohólicos. A veces únicamente se percibe por las caras coloradas, por las tripas hinchadas, por los cambios bruscos de humor...

Quizás todo lo que nos pasó fue por la cerveza. La culpa es de Mahou, de aquellas litronas de Mahou que me mandaba ir a comprar a la tienda de su barrio de Quintana, «El Miserias». Él mismo le puso aquel nombre por lo pesetero que era el tendero, que no perdonaba ni un céntimo.

Mi padre me dejó descubrir la bebida demasiado pronto, y ahora me gusta. Como un veneno que se da a probar antes de tiempo, ahora me gusta demasiado. Con doce o trece años empezó a dejarme beber algún trago de vez en cuando. A mí me gustaba la cerveza. Y cada vez daba tragos más largos.

Recuerdo el día de los Gallos. Fue entonces cuando viví la primera gran borrachera de mi vida y fue justamente con él.

Creo que era verano y yo, que tenía entonces unos dieciséis años, había ido a pasar las vacaciones a Madrid, como siempre. Por aquel entonces mi padre llevaba poco tiempo viviendo con Isa, con la que luego estuvo nueve años. Tenía apenas cuatro años más que yo, así que nos lo pasábamos bastante bien juntas.

Una tarde de sábado fuimos los tres al bar del hotel Tirol, que ya no existe. Estaba en la calle Marqués de Urquijo, cerca del parque del Oeste. Mi padre, cuando yo estaba en Madrid, no me excluía de sus planes con Isa; era normal que hiciéramos cosas los tres juntos o que yo me sumara cuando iban al cine o a cenar con amigos.

El Tirol era un sitio que le gustaba mucho, al que iba a

menudo. Allí daban unos cócteles especiales que se llamaban Gallos. Se trataba de un brebaje servido en vaso de tubo que sabía muy dulce y que, creo recordar, llevaba ron y Cointreau; un trago bastante fuerte de color amarillento y adornado con guindas al marrasquino, que, si te las comías, te emborrachabas aún más.

Cuando aquel día llegó el camarero, él e Isa se pidieron uno y yo pregunté si me podía beber otro. Dijo que sí, sin dudar ni un momento. Debió de considerar que ya tenía la edad de beber cócteles.

Me lo bebí tan feliz, y él supongo que estaría orgulloso de que su hija aguantara el tipo tras meterse aquel lingotazo.

Nos los acabamos. Yo quise seguir. Le pregunté si podía pedir otro más. Dijo que sí.

Lo siguiente que recuerdo es estar sola entre un mar de coches en la calle Princesa intentando parar un taxi. No llevaba dinero. Por alguna razón, borrachísima como estaba, debí enfadarme por algo que él me dijo y salí huyendo del bar.

«No tengo dinero. Estoy borracha. Lléveme a mi casa».

Eso fue lo que le dije al taxista, que se resistía a dejarme entrar.

Pienso a veces en aquel taxista al que le dejé el coche hecho un desastre. Me llevó medio inconsciente hasta la casa de mi padre, en el barrio de Quintana. Quería cobrar la carrera. Pero mi padre no estaba, claro. Imagino que estaba buscándome con Isa. Empecé a timbrar a nuestra propia casa. El taxista comenzó a enfadarse en serio. Quería su dinero. Yo solo pensaba en seguir vomitando.

Me puse entonces a tocar el timbre de las vecinas para ver si alguna me pagaba el taxi. Debieron hacerlo, o el taxista se fue sin cobrar. No lo sé.

Lo siguiente que recuerdo es estar sentada en las escaleras del portal de la casa con dos vecinas, una sentada a cada lado, y yo vomitando en un barreño azul que ellas habían bajado.

Entonces, en medio de aquel panorama, llegó mi padre con Isa.

Como castigo, permanecí lo que quedaba de tarde y el día

siguiente entero encerrada en mi cuarto. A la hora de comer, entró en mi habitación, amenazante, con una botella de Martini en la mano.

«Esto es lo que tienes para comer, borracha», dijo antes de cerrar de un portazo.

Después llamó a mi madre a Marineda para decirle que su hija era una borracha, y creo que también a mi abuela y al resto de la familia.

En aquella época aún no tenía muy calado el comportamiento de un alcohólico, pero me parece que sí, que habría que denunciar a Mahou y a las licoreras por daños y prejuicios.

Los americanos hacen cosas de esas y siempre ganan.

25

Las malas familias

Me gustaría ser americana para que no me importase la familia. Los americanos tienen unos conflictos tremendos con sus padres, prácticamente no les ven, excepto en Acción de Gracias y no parece que les vaya tan mal. Casi todos tienen madres psicóticas y narcisistas que viven en caravanas, y padres alcohólicos que pegan y abandonan. Es todo mucho más normal. Más cercano a la realidad. Todos los americanos que prosperan en la vida están hechos a sí mismos y vienen de familias desestructuradas; se largan de casa a los dieciséis y, desde luego, no van a comer los domingos unos a casa de los otros ni las madres les hacen la compra a las hijas hasta los cincuenta años, ni les dan táperes con albóndigas, ni les compran bragas en los mercadillos ni les cuidan a los críos. No odian a sus cuñados porque muchas veces ni siquiera los conocen. Los americanos se las apañan sin familias. Creo que por eso se explica, en parte, su afición a las armas y la comida basura. Hacen como de sucedáneo. De entretenimiento. Porque, si algo tiene la familia, es el hecho de ser un organismo definitivamente entretenido. Podríamos decir que la familia da mucho juego. Exime de buscar otros *hobbies* o vicios.

A partir del incidente de la cabina de la Glorieta de Bilbao, mi padre y yo permanecimos cinco largos años sin hablarnos. Sin saber nada el uno del otro. Ni siquiera vino a mi boda, y menos mal, porque seguro que la hubiese liado. Resultó crucial que ni D. ni nadie de su familia conocieran a mi padre antes de casarnos; era suficiente con que se lo imaginaran.

Creo que, al igual que de niña me avergonzaba de él por el quiosco de periódicos o por su aspecto, me avergoncé de mi padre hasta el momento de su muerte. De adulta siempre estaba temiendo que la montara, que contestase mal a alguien, que armase alguna gresca, que no supiera comportarse.

«Yo me cargaré tu primera relación», me dijo un día cuando yo apenas era una adolescente.

Hay que comprender el sentido de aquella frase retorcida. Pensaba que él era y sería siempre mi ideal masculino, y como nadie jamás podría llegar a parecérsele, yo me frustraría y aquella hipotética relación fracasaría sin remedio. Mi padre creía que yo le buscaría en todos y cada uno de los hombres que me fuese encontrando a lo largo de mi vida. Es más, creo que lo deseaba fervientemente.

Pero no andaba desencaminado. Inconsciente o conscientemente buscamos parejas que se parezcan a los modelos que hemos tenido, y eso sucede, sobre todo, con las primeras parejas. Luego, ya en las siguientes, deseamos lo completamente opuesto, como en una especie de liberación o venganza.

No me di cuenta al principio de que D. se parecía bastante a él. Era como mi padre, pero en amable y guapo. Creo que, de haberle conocido al principio, Manuel no le habría soportado. No quería cerca a gente que le hiciera sombra, sobre todo en cuanto a nivel intelectual; necesitaba mantenerse en su pedestal.

Por aquel entonces, D. me recitaba en los bares de Huertas poemas de *Las flores del mal*, de Baudelaire, en francés, y me leía trozos del *Libro del desasosiego*, de Pessoa, en el autobús. Mi abuela Ma, la primera vez que le vio, dijo que se parecía a Tasio, el joven de *Muerte en Venecia*, la película de Visconti. No se le podía poner un pero. Yo temía que si mi padre le conocía, efectivamente, me reventara aquella relación de una manera u otra.

Tuve la fortuna de que los dos se conocieran cuando D. y yo llevábamos juntos más de seis años y nuestra relación era ya muy sólida. Luego, curiosamente, cuando por fin se trataron, se llevaban relativamente bien las escasas veces en las que coincidían. Eran un poco el mismo tipo de persona: comprometidos políticamente,

cultos y leídos.

A pesar de eso, mi padre nunca prestó mucha atención ni a mi exmarido ni a mis hijos. Fue precisamente cuando me separé cuando más alababa a D. y más me preguntaba por él. A veces mostraban más interés por la vida de mi exmarido que por la mía propia. Lo hacía para fastidiarme, para meter el dedo en aquella llaga aún fresca, para ver cómo de lejos podía llegar antes de hacerme estallar.

Siempre me avergoncé de mi familia con mi marido, sobre todo al principio de nuestra relación, cuando uno ha de venderse como un coche de alta gama e imagina que tiene que dar todo tipo de explicaciones, que debe lucirse por todo lo que es y excusarse de lo que le falta para que le quieran. Uno desea llegar a la pareja en igualdad de condiciones, con la familia correcta. Y mi carta de presentación no era, desde luego, la mejor.

D. me regaló una buena familia, la suya, que me acogió desde el principio y con la que tuve, y sigo teniendo, la red que siempre me faltó. Con ellos pude hacer por fin las cosas que hacen las familias. Me fascinaba observarlos como un fenómeno de la naturaleza: una gente que celebraba las Navidades a lo grande, que no se peleaba y gritaba, que no armaba dramas, que se respetaban, apoyaban y querían, que no se dejaban de hablar cada cinco minutos.

Recuerdo que el día en que conocí a los padres y la hermana de D. en su casa me pareció estar asistiendo a una representación teatral que hubiera sido ensayada al detalle.

Ah, entonces era esto, debí pensar; a esto se referían con «lo de la familia». Tiene buena pinta. Voy a ver si me puedo hacer socia. A ver si aquí me aceptan.

Y con mis hijos también me avergoncé siempre de mis padres, pero de otra forma. Es como si tuviese que pedirles perdón por esa herencia afectiva que les he dado: hijos míos, yo no tengo la culpa de daros estos abuelos que no os hacen ni os harán ni caso, pero al menos os conseguí otros normales; podría ser peor.

Somos esclavos de nuestras palabras y de nuestros silencios, de lo que hacemos o dejamos de hacer, pero también de nuestras

familias. Cargamos con esa culpa, con la maldita vergüenza de tener una mala familia y no poder esconderla ni dejarla abandonada en una cuneta.

Haber nacido en una mala familia no es culpa nuestra, pero a la larga sí. Cuando somos adultos, nosotros mismos propagamos esa infección y la perpetuamos. La familia que sale mala, rara vez se endereza. Y hay muchas que se malogran para siempre, familias de cuatro personas en las que no se hablan tres. Rencillas, celos, herencias mal repartidas, envidias, malentendidos que se entienden demasiado tarde, rencores que se van heredando de padres a hijos, de hijos a nietos.

La familia es el cáncer y la quimioterapia, el mal y la solución, algo de lo que rara vez podemos salir indemnes. Es «lo nuestro», y «lo nuestro», nuestros hijos, nuestros padres, nuestros hermanos nos atan para siempre o con una soga o con una culpa, en caso de que nos hayamos librado del nudo.

La culpa es lo peor, como un baile de san Vito, como un sarpullido que no para de picar. Y cuanto más te rascas, más te pica. Si se te muere el gato, es tu culpa. No estuviste atenta a las señales. No le diste de comer. Se te cayó por la ventana y ni te enteraste. Si se te muere el padre, también es tu culpa. Pudiste hacer más, quizás no salvarle de la muerte, pero sí retrasarla, quién sabe.

Es culpa tuya no haberle hecho sus últimos años más llevaderos. No enviarle más dinero. No estar al tanto de sus enfermedades y sus citas médicas. No haber dejado tu trabajo para cuidarle cuando estaba en las últimas. Total, mira, al poco tiempo de morir él, te despidieron. Los trabajos van y vienen. Los padres no. Como te dijo aquel día tu primo Gregorio, un padre no se le muere a una todos los días. Es culpa tuya no pensar que estaba viejo y enfermo, que se iba a morir. Le dejaste solo. Te fuiste de viaje. Te fuiste de vacaciones a Creta mientras él estaba en el hospital. Ya te habías comprado el billete, no ibas a perder el viaje. ¿No pensaste que era tan grave? Pues sí que lo era. Tan grave que se murió a los dos meses.

Si nos empeñamos, todo es culpa nuestra. Pero hay algunos

que somos expertos en meter los dedos en las llagas, en echar sal sobre la herida, en pellizcarnos donde más duele, en meter la lengua y presionar sobre la muela cariada, en hacernos daño, en hacernos sufrir.

Uno no se puede independizar jamás de su familia, a no ser que haya nacido en Wisconsin. No entiendo por qué todos los lazos se pueden desatar alegremente, excepto el sagrado lazo familiar...

Es tu padre, es tu madre, es tu hermano —te dicen—. ¿Y qué? ¿Y si son todos unos hijos de puta?, preguntas tú.

—Ya, pero son tus padres, tu hermano, tu hijo...

—¿Y qué? Si no me hablan...

—Que son tus padres, tu hermano, tu hijo...

—*So what?*

—Que son tus padres, tu hermano, tu hijo...

La familia es un acto de fe. Se cree en ella porque sí. Luego ya vendrá la recompensa, que es básicamente morirse y volverse a encontrar con toda esa gente en el cielo.

Quizás mi padre y yo podríamos haber estado toda la vida sin hablarnos. Era evidente que nadie iba a dar el primer paso. De hecho, nuestro reencuentro fue forzoso.

«Llamo para decirte que tu padre tiene un cáncer de garganta —me dijo mi madre un día por teléfono—. No quería que te lo contase, pero creo que lo tienes que saber».

Y ese «saber» fue la razón para retomar el contacto. Le llamé, fui a verle, le presenté a mi marido, pero ya no éramos los mismos. Yo estaba por aquel entonces embarazada de mi primer hijo y andaba a lo mío, no quería que nada ni nadie me molestase. Él estaba reducido por la enfermedad, ya no era la sombra peligrosa y amenazante de siempre, sino un señor asustado y débil. Le perdí el miedo. Por primera vez fui consciente de que era yo quien tenía la sartén por el mango... Y consciente del poder que eso me daba.

Dejamos de ser padre e hija para convertirnos en dos extraños de la misma sangre. Y esa relación triste e imposible duró hasta el final de sus días. Esa mayonesa cortada fue lo que nos tuvimos que comer. Nos sentaba mal y lo sabíamos, pero no había otra cosa. Esa es la familia, para eso lo hacemos todo: para hacerlo todo a la

fuerza, cuando ya no hay más remedio. Para exigir, para decir o escuchar «es tu obligación».

Manuel pretendió que me sintiese en la obligación de cuidarle. De repente, cuando la necesitó, quiso una hija. Pero ya era demasiado tarde.

—Cuando pasan cosas como una enfermedad grave, hay que estar al lado de la familia —recuerdo que me dijo en uno de aquellos primeros encuentros.

—Mi familia es esta —respondí yo señalando mi barriga de ocho meses.

Voy consiguiendo ser despiadada como una americana: una mujer hecha a sí misma.

26

ALBA

Madrid, otoño de 2019

Una tarde de principios de noviembre estás en la redacción bastante tranquila, tu jefe se ha ido a algún sitio y no hay mucho trabajo. Sin darle muchas vueltas, como con todo lo importante, haces lo que llevas tanto tiempo dilatando, lo que debiste haber hecho hace meses: contactar con tu media hermana, Alba, para decirle que Manuel ha muerto.

No os habéis visto en veinte años, desde que nació tu hijo mayor. Ni siquiera tienes su teléfono o su correo. La tienes que buscar por Facebook, aunque es verdad que ya lo hiciste una vez, hace algunos años, por curiosidad, para ver cómo era.

Te sorprende su aspecto, un poco vulgar: la melena demasiado larga y de color rubio platino, el pecho operado o muy bien puesto, los labios gruesos, la ropa ajustada..., aunque es indiscutible que es muy guapa y llamativa. Ves en ella lo mejor de los rasgos físicos de tu padre y de Mar, una mezcla perfecta de los dos.

Echando un breve vistazo a su muro te haces una idea de su vida: tiene dos hijos pequeños, uno de ellos apenas un bebé, cada uno de un padre diferente; ha ido a un colegio privado, sabe hablar francés; ha trabajado de encargada en una tienda. Sospechas que es de Vox, o al menos tiene la foto del logo del partido de portada en el perfil. Piensas que a tu padre le habría dado un mal si supiera

que una hija suya le había salido de Vox. Como dicen en Galicia, *¿non queres caldo? Dous cuncas.*

Comienzas entonces a fabular sobre cómo habría sido la vida de Manuel como un padre normal, con aquellas dos hijas tan distintas: una, la fabricada por él a medida, maltratada, pero cultivada; y la otra, la de la *Isla de las tentaciones*, la que no lee, de extrema derecha y libre de daños. Le imaginas de abuelo normal con sus cuatro hermosos nietos: tres niños y una niña. Imaginas tardes de Reyes y cumpleaños infantiles con payasos, paseos por pueblos y ciudades, comidas en restaurantes. Todo eso.

Una vez, hace dos o tres años, te pareció reconocerla subiendo a un autobús en tu barrio. Entonces pensaste: mira, ahí va mi hermana, esa que tengo pululando por alguna parte. Debe ser ella. Ahí va mi sangre, subida al autobús número cinco.

En alguna ocasión, aunque sabías que tu padre no quería saber de ella, pensaste en buscarla, en propiciar un encuentro para ver si surgía algún tipo de relación o de contacto entre vosotras. Al fin y al cabo, era tu hermana.

—He pensado en buscar a Alba. Creo que quizás, aunque sea un poco tarde, podríamos intentar ser hermanas, o al menos conocernos. No hay tanta gente a la que querer y que te quiera a lo largo de la vida, ¿no crees? —le dijiste a tu padre, un par de años antes de su muerte, en un acceso de sentimentalismo.

Él se encogió de hombros y con la cara de extrañeza que ponía siempre que algo le contrariaba, simplemente dijo:

—Pues búscala. Allá tú.

«Hola, Alba. Soy Sibila. Sé que este mensaje te parecerá extraño después de tantos años sin tener contacto, pero debo decirte algo importante y prefiero hacerlo en persona o por teléfono. Cuando puedas escríbeme y pásame tu número».

Alba te responde al mensaje de Facebook a los pocos minutos, como si hubierais hablado el día anterior, con una familiaridad que te deja helada.

«¿Ha pasado algo? ¿Qué ha sucedido? —pregunta en su mensaje— ¿Manuel está bien?».

No quieres darle la noticia por Facebook. Uno no puede

enterarse de que su padre ha muerto por chat. O quizás esta sea justamente la época en la que eso sí pueda suceder. Tal vez, en breve, daremos ese tipo de noticias por Tik Tok con algún estúpido baile o meme.

Quedáis en veros al cabo de un par de horas, al salir tú de trabajar, en una cafetería cercana al Bernabéu. Dice que vive por ahí. Automáticamente piensas que alguien que vive por esa zona no le va mal en la vida. Te desborda un poco el hecho de un encuentro tan precipitado, el no tener tiempo para prepararlo, no poder ensayar mínimamente o ni siquiera pensar con calma lo que vas a decirle.

Tú llegas primero. La cafetería está completamente vacía, más bien desolada. Uno de esos lugares en donde no te sirven las cosas, en los que tienes que ir a buscar la Coca-Cola o la cerveza a una nevera y luego, en una bandeja de plástico, te ponen un vaso también de plástico. El lugar ideal para una ocasión tan dramática como aquella.

En los mensajes previos, Alba te propone quedar en el Museo del Jamón y le dices que no. No te ves dándole la noticia de la muerte de su padre con todos los jamones colgando encima de vuestras cabezas, aunque piensas que el olor de la grasa del jamón siempre reconforta, es como el incienso en las iglesias, que lo hueles y te crees ya en el cielo.

Mientras la esperas, fabulas sobre cómo será, no de aspecto, que ya la has visto en Facebook, sino de personalidad. También te imaginas su posible reacción. Quizás cuando le digas que vuestro padre ha muerto te conteste: «Me da igual, a mí qué me cuentas». Quizás rompa a llorar o se enfade contigo por decírselo tan tarde.

Piensas a menudo que uno sabe cómo se levanta, pero nunca sabe cómo se va a acostar. Alba se levantó ese día normal y se fue a la cama con una hermana y una casa de más y un padre de menos. Sería algo que cenó la noche anterior. Cenaría grasas saturadas, algo con transgénicos o aceite de palma que provocó que después le sucediera todo aquello.

De pronto la ves a través de la enorme cristalera del bar. Viene hablando por teléfono, que es lo que hacemos todos casi

siempre cuando estamos nerviosos, como para pretender que hacemos algo. Antes se fumaba. Es igual que en las fotos de Facebook. Una mujer físicamente impresionante, de casi 1,80, delgada, de piernas largas. Va vestida con unas mallas y una especie de poncho de lana. De cerca te parece llamativa y guapa, como te la esperabas. No parece tu hermana, no hay ningún rasgo físico que os una. Nada. Claro que tu otra hermana tampoco se parece en nada a ti. Tienes dos medias hermanas que juntas podría decirse que hacen una hermana completa.

Aparenta despreocupación y soltura, pero ambas estáis alteradas, dos extrañas que se vuelven a encontrar muchos años después. Sois lo suficientemente adultas como para haberos buscado, pero ambas decidisteis no hacerlo y las dos sentís, crees, cierta vergüenza.

Os dais dos besos. Después llegan las fórmulas de cortesía habituales: ya he visto que tienes dos niños, qué tal te va, cómo está tu madre. Las palabras salen a trompicones. Estás nerviosa, pero no sientes nada. No hay emoción alguna en esos primeros minutos.

Alba se va a por algo de beber y cuando regresa a la mesa sientes que no puedes retrasar más lo inevitable. Se lo sueltas a bocajarro:

—Verás, Alba..., ya supondrás que ha pasado algo —le avanzas—. Lo que tengo que decirte es que Manuel murió hace tres meses.

Ella se queda atónita, aunque te dice que ya esperaba algo así. Pregunta cómo, cuándo, de qué.

—¿Cómo no me avisaste? Te hubiera ayudado con todo — dice.

—Pues no sé, la verdad, es que no pensé que tenía que hacerlo. Como no teníais ningún contacto, no se me ocurrió, y luego no encontraba el momento. Manuel dejó hecho un testamento y has heredado la mitad de su casa en Marineda. La casa no vale mucho, no te hagas ilusiones.

—Si me va a costar dinero, no quiero nada —dice Alba—. Por mí la vendemos. No me gusta el norte —dice—, soy más del sur.

Me gusta la playa, el sol, el pescadito frito. Odio la lluvia.

Entonces piensas en tu padre de ceniza, que se estaría en aquel momento removiendo en su urna morada. Tu padre republicano, tu padre comunista, tu padre, que adoraba la lluvia y el mal tiempo. Tu padre, que quiso morirse sin ver a su hija, con un par de huevos.

Esa es la familia. Esa es la sangre. Para eso lo hacemos todo.

—¿No quieres ni siquiera ir a verla? —le preguntas—. Podrías usarla, ir con tus niños de vacaciones... Marineda es una ciudad muy bonita y agradable.

—No —contesta ella—. Me queda muy lejos y no conozco a nadie allí. Quizás un fin de semana me acerque, pero solo para ver cómo es.

Durante los minutos siguientes le tratas de explicar a Alba lo difícil que fue siempre tu relación con Manuel. La intentas convencer de que no se ha perdido nada, más bien al contrario. Eso parece tranquilizarla.

—No comprendo cómo Manuel me abandonó, cómo nunca me buscó. Es algo que me gustaría preguntarle y que ahora ya no podré hacer —te dice Alba—. Siempre me quedaba la pequeña esperanza de que algún día, ya de viejo, las cosas pudieran arreglarse.

—No te perdiste nada, Alba. Manuel fue un padre de mierda. Casi mejor no haberle conocido como padre. Eso que te has ahorrado. ¿Habrías preferido tener un padre fatal que te hubiera hecho sufrir continuamente o no tener ninguno?

Alba se encoge de hombros.

—Con mi madre también me llevo de pena. Ahora no me hablo con ella. Estoy sola con todo, con los dos niños y encima sin trabajo. Si vendiéramos la casa, al menos tendría algo de dinero.

—¿Nunca supiste nada de Manuel a lo largo de estos años? —le preguntas.

—Al principio me mandaba postales de vez en cuando, pero luego dejó de hacerlo.

Tu padre decidió borrar a Alba de su vida hace veinte años. Jamás hablaba de ella. Nunca la buscó. Jamás la ayudó ni le dio dinero a su madre. Sencillamente, se olvidó de que tenía una hija.

La última vez que se vieron, ella tendría trece o catorce años. Fue la propia niña la que pidió verle. Tuvieron varios encuentros en aquella época. Ahí fue cuando tú la conociste. Antes solo la habías visto brevemente de bebé. Pero aquel amago de acercamiento no funcionó y tu padre y Alba jamás se volvieron a ver. Tú tampoco supiste más de ella.

A pesar de eso, Manuel sí tenía fotos de Alba en su casa, aunque con los demás él insistía en que solo tenía una hija y esa hija eras tú, Sibiloncia, la auténtica e inimitable, *the one and only*.

Ya de adulta, Alba tampoco quiso ver nunca a tu padre. Se olvidaron el uno del otro. Imaginas que cada uno esperaba que llegaría un momento en que el otro le buscase. O que Manuel, como siempre que había dificultades o engorros, prefirió mirar para otro lado, hacer como que aquello no existía.

Cuando estaba en el hospital, ya en las últimas, le preguntaste:

—¿Quieres que localice a Alba para que venga, que le diga que estás mal? ¿No te gustaría verla?

—No, déjalo. Es mucho lío y ya bastante tengo con todo esto —respondió.

Sí, efectivamente, ya es suficiente con tener un cáncer terminal como para que encima se te venga una hija a la que has abandonado a su suerte hace veinte años. No se sabe de qué podrías morir. Igual no mueres del cáncer, sino de la impresión de ese reencuentro. Quizás sea eso lo que al final te mate. Mejor dejar las cosas así y pelillos a la mar, a ver si tienes la suerte de morirte antes de tenerte que enfrentar a eso. Casi mejor déjalo. Es mucho lío. Un auténtico follón.

Cuando aquella tarde, un par de horas después, Alba y tú os

separáis, la viene a buscar a la puerta de la cafetería un chico, su novio. Os despedís. Quedáis en seguir hablando para organizar los temas de la herencia, pagar los impuestos. Como ella está en paro y tú eres la que trabajas, te ofreces a hacerte cargo de momento de los gastos de la casa. Alba no lo agradece, lo da por hecho y eso te molesta un poco. Se intuye tímidamente que ambas queréis mantener algún tipo de contacto, pero a la vez se hace demasiado evidente que eso jamás sucederá. Que es tarde, que, aunque seáis hermanas, da igual. En ese encuentro ambas veis que todo es irreversible, no solo la muerte de Manuel, sino también lo vuestro.

Siempre te arrepentirás de no haberle contado a Alba la noticia de la muerte de Manuel cuando sucedió, o incluso antes. Tenías que haberlo hecho, precisamente por los lazos de sangre. No se portó como un padre ni ella como una hija, pero eran de la misma sangre. Uno tiene derecho a saber que su padre ha muerto cuando se muere, no tres meses después.

Te castigas un tiempo por no habérselo contado y estás segura de que ella te odiará siempre por ello. Le arrebataste la posibilidad de despedirse de él, de despedirse de alguien al que nunca llegó a conocer, pero, a la vez, salvaste a tu padre de tener que enfrentarse a ella. Al final, como siempre, Manuel consiguió salirse con la suya.

Quizás tendrías que haber hecho oídos sordos a la petición de tu padre y haber avisado a Alba cuando él aún estaba vivo. ¿Hasta qué punto se deben respetar ese tipo de últimas voluntades? Tú sí creíste en aquel momento que debías respetar lo que tu padre te pedía. Cuando alguien se muere tiene derecho a decir «esto sí, esto no». Incluso a los reos en el corredor de la muerte les dan a elegir la última comida. Poder elegir y que te hagan caso es casi lo único que puede hacer un moribundo. Si se les quita eso, pierden ya toda dignidad: meados, inútiles, manejados, enfermos, drogados y sin voluntad.

Te preguntas cuándo empezamos a ser responsables de nuestra vida y paramos de echarle la culpa a los demás. Cuándo cogemos la sartén por el mango, si es que la cogemos alguna vez. Si lo pensamos, siempre hay alguien a quien culpar, alguien a

causa de quien no pudimos cumplir nuestros sueños, hacer nuestras cosas, ser como quisimos ser. También te preguntas a qué edad pensó Alba que ya no merecía la pena buscar a tu padre, cuándo claudicó. Y si alguna vez pensó que tenía una hermana pululando por ahí, en su misma ciudad; si ella también te buscó en Facebook, si quiso saber de ti.

Te gustaría saber por qué renunciaste a una hermana solo porque tu padre renunció a una hija. Perdisteis los dos: él una hija; tú, una hermana. Debió perder solo él.

Te preguntas cómo es tener una hija y no conocerla, pero saber que existe, cuál es la sensación. Si de verdad se te olvida o será como algo gaseoso que va siempre contigo.

Te gustaría saber si Alba alguna vez se preguntó si tu padre estaba vivo o muerto, o si le daba igual.

Te preguntas si habrías llamado alguna vez a Alba para decirle que su padre había muerto de no haber tenido que hacerlo a la fuerza para solucionar el tema de la herencia.

Cómo será creer que tienes un padre que está vivo en alguna parte y que en realidad esté muerto.

Cómo es tener un padre muerto y que, en realidad, parezca que está vivo.

Eso es lo único que tú podrías explicar.

Tras el encuentro con Alba estás revolucionada, pero menos que el día de la notaría. Aquel día sí que habrías matado a tu padre de buena gana si no hubiera estado ya muerto.

Porque tu padre, Manuel, fue un desastre de padre en vida, pero también en su muerte. Se marchó a lo grande, dejando su estela tras de sí, pasándote un regalo envenenado, el marrón que él nunca quiso solucionar.

Cuando estabas lavando su recuerdo en tu cabeza, cuando comenzabas a pensar que tampoco lo había hecho tan mal y la muerte estaba ya pasando su pátina embellecedora, ocurrió aquello de Alba.

Poco después de su muerte, tienes que hacer montones de

cosas en Marineda. Son días muy intensos en donde se junta el dolor y el estupor de la pérdida con la salida de tu tercer libro, que sucede dos días después. Tienes que ir a la radio, hacer entrevistas para el periódico. La pena y la alegría se mezclan en una especie de línea continua rara. Como diría el otro, la vida. O quizás estaba ya preparado a posta para que tuvieras una vía de escape en medio del desastre.

Uno de aquellos días, vas con Eugenia a pedir las últimas voluntades a un edificio oficial del centro. Cuando te dan el papel, llega la sorpresa: tu padre ha dejado un testamento realizado en los años ochenta que está en una notaría de Madrid.

Te resulta incomprensible que hubiera hecho un testamento. Nunca tuvo ni dinero ni propiedades, excepto su casa de Marineda, que compró mucho después.

«Lo hizo alcoholizado y luego se le olvidó que lo tenía», dice tu madre cuando se lo cuentas.

«Jamás mencionó que tuviera un testamento. De hecho, cuando cayó enfermo y ya andaba entrando y saliendo del hospital, yo misma le dije que tenía que hacerlo para dejar las cosas bien atadas con el piso, y él me respondió: "¿Para qué? Yo solo tengo una hija"», te dice Eugenia, que se queda tan asombrada como tú.

Un par de semanas más tarde, ya de vuelta en Madrid, vas a pedir el testamento a la notaría, cercana a la zona de Legazpi.

Algunos días después, te llaman para decirte que está ya listo y puedes ir a buscarlo.

Tienes la secreta esperanza de que aparezca algún tesoro escondido, de que tu padre fuera de ese tipo de personas que ha guardado dinero en un escondrijo secreto durante años, algo que no sabes, una gran fortuna, un piso oculto. Pero habiéndole conocido, resultaba improbable.

Cuando llegas a la notaría, te hacen sentar en una especie de salita de espera. Estás muy nerviosa, como quien aguarda los resultados de unas oposiciones. De repente, a lo lejos, mirando unos papeles, ves salir de un despacho al que parece el notario y a una pasante, van hablando entre susurros.

«Una hija que tuvo hace años con otra mujer», alcanzas a oír.

Entonces sabes lo que te espera. Te dan un sobre cerrado y, con manos temblorosas, lo abres allí mismo: tu padre deja la mitad de todos sus bienes, en aquel momento inexistentes, a sus dos hijas por igual, y en aquel documento reconoce a la niña Alba como hija suya y autoriza a que use su apellido a partir de aquella fecha. Entonces calculas que tú tenías unos catorce años.

En toda su vida solo había hecho una cosa bien, una cosa de padre «normal»: dejarte una casa, para ti, para tus hijos... Pero resulta que no, que al final eres igual que la otra hija, la otra hija a la que únicamente había visto dos o tres veces en su vida. La que no le sufrió, la que no le tuvo que aguantar, a la que no maltrató, la que ni siquiera supo cómo era él, a la que no quiso ver cuando se estaba muriendo. Pero, al fin y al cabo, su hija.

Sales de la notaría blasfemando, furiosa, sin entender nada, dando golpes a los contenedores. Le odias de muerto con la misma rabia que si estuviera vivo. No solo le ha dejado lo mismo que a ti, sino que, lo peor de todo, te obliga a buscar y a conocer a una hermana a la que ya no quieres ver, a la que ya has renunciado hace tiempo. Una hermana a la que ahora debes localizar a la fuerza para decirle que su padre ha muerto.

Sientes cierto alivio en ese odio póstumo. Al menos te libera momentáneamente de la tristeza y de la culpa.

«¿Lo ves? —le dices a tu padre muerto—. Si es que ni de muerto mereces que te quiera. Siempre armando entuertos. Ya me parecía a mí que tanta tristeza no era normal».

Quizás sucedió lo que piensa tu madre: hizo el testamento alcoholizado y luego se le olvidó. Pero no crees posible que uno pueda olvidarse de un testamento. Más bien crees que pensó que ya os apañaríais; total, él ya iba a estar muerto... Un testamento es lo único por lo que uno no tiene que rendir cuentas ni dar explicaciones. Y eso libera mucho.

O quizás lo hizo por despecho. Manuel te contó que cuando nació Alba, Mar, su madre, no quiso que él viera a la niña ni tampoco que llevase su apellido. Al salir del paritorio con la bebé en brazos, le dijo:

«Mírala bien porque no la vas a volver a ver en la vida».

Crees que tu padre, en aquel momento, quiso ser el padre de aquella niña por cojones, lo quisiera Mar o no. Por eso hizo aquel testamento, como una forma de reconocimiento.

Cuando días más tarde se te pasa la furia, comprendes que Alba se merece la casa tanto como tú. Tú la mereces por sufrirle y ella por no haber tenido nunca un padre.

Tú por exceso, ella por defecto.

27

Los últimos coletazos

Mi padre también tuvo un «amor de su vida» y, como suelen ser todos los grandes amores, fue conflictivo y pasional. Una vez, hablando de ella, de Mar, la madre de Alba, la mujer con la que engañó a mi madre cuando yo tenía cinco o seis años, me dijo:

«Acostarse con Mar era como acostarse con cuatro mujeres a la vez».

Yo era apenas una adolescente cuando me soltó aquello. No sabía muy bien de qué iba el sexo, pero sí imaginé a una mujer-pulpo, con decenas de tentáculos enredándose en él, engulléndolo. Quizás mi padre sintiera eso también.

Mar volvió loco a mi padre. Creo ahora, atando cabos, que en realidad Manuel debió descubrir con ella lo que era el sexo en toda su dimensión, y eso ata mucho. Uno puede llegar a desbaratar toda su vida por eso.

Para él, Mar fue una droga dura, una adicción como la que tenía con el alcohol o el tabaco; cuanto más le puteaba ella, más loco se volvía él. Aunque su relación transcurrió intermitente en el tiempo, y pasó por muchas fases y etapas, en total estuvieron juntos unos nueve años.

Se conocieron en AVIS, la compañía de alquiler de coches donde ambos trabajaban, y pronto empezaron a ser amantes. Por aquel entonces mi padre, mi madre y yo vivíamos en Madrid.

Mis padres ya estaban muy mal, si es que alguna vez estuvieron bien. Como él me maltrataba continuamente, mi madre decidió sacarme de allí. Se marchó conmigo a Marineda y nos

fuimos a vivir las dos a casa de mi abuela Concha.

Mi padre se quedó entonces a sus anchas en Madrid, follando con Mar, mientras mi madre me llevaba al psicólogo infantil en Marineda.

Manuel se mudó a vivir con su mejor amigo, Rafa, mientras la psicóloga le decía a mi madre que yo estaba deprimida porque «había sufrido mucho».

Después, mi padre se debió de sentir culpable, dejó Madrid y quiso ir a Marineda con nosotras, volver con mi madre y conmigo, pero ya siempre con Mar revoloteando. Al poco tiempo de llegar él allí, Mar le siguió y comenzaron a vivir juntos.

Era muy guapa y tenía un cuerpo increíble, parecía una gacela: alta pero no demasiado, delgada, de piernas largas y proporciones perfectas. Sobre todo, era muy simpática y pizpireta. Tenía un aura que manejaba a la perfección. Era irresistible y lo sabía, de esas personas que son absolutamente conscientes de su encanto y lo usan en su beneficio.

Mar, a pesar de que tenía una educación y unas maneras impecables, no era una mujer excesivamente culta ni leída y, para más inri, era bastante conservadora, pero le tenía embrujado, o más bien encoñado. Además de que debía ser el no va más en la cama, llamaba la atención allí por donde pasaba. A mi padre, que tenía ese machismo tan de antes de querer ser el gallo del corral, le encantaba salir con ella y advertir cómo los hombres y hasta las mujeres babeaban a su paso.

Mar y mi padre se instalaron en la casa vieja de mi abuela Ma y montaron juntos aquel quiosco de periódicos. En realidad, el que trabajaba era Manuel, ella hacía poco o nada, pero se gastaba todas las ganancias en zapatos y en botas. Y los dos se peleaban todo el rato. Y después follaban. Y luego salían para que Mar luciera todos aquellos zapatos y botas, y viajaban por toda España con todos los zapatos y las botas, y no importaba nada más. Ni siquiera yo importaba en aquella época.

Follaban a muerte y se peleaban a muerte. En eso consistieron sus nueve años juntos. Una vez, Mar, en una de aquellas broncas que tenían, le tiró una botella de Coca-Cola de cristal de dos litros

desde la ventana cuando él pasaba por debajo y no le dio de milagro. Era ese tipo de relación. De las que molan. De las que luego no se olvidan.

Precisamente, mi primera aproximación al sexo se produjo en aquella casa. Mi padre y Mar tenían un montón de revistas de porno duro que debían de gustarles o usarían para sus cosas. Estaban a la vista, en el revistero del salón. Cuando me dejaban allí sola les echaba un vistazo con mis ojos de niña pequeña.

Eran muy explícitas. Recuerdo que aparecían negros desnudos de pieles lustrosas y brillantes. Pero lo que más me desconcertaba era la leche que aparecía por todas partes. No entendía por qué toda aquella gente se hacía fotos con leche cayéndole por el cuerpo. Aquello no tenía ningún sentido.

Debe ser frecuente que los hijos encuentren o incluso busquen material pornográfico de sus padres, que se abran cajones en busca de vibradores, revistas, condones. En mi caso, simplemente encontré aquellas revistas y luego ya iba a buscarlas por curiosidad. Quería desentrañar el misterio de la leche.

A veces, después de alguna de aquellas broncas monumentales, Mar se refugiaba en casa de mi abuela, que vivía en la misma calle, un poco más arriba. Se pasaba allí los dos o tres días que estaban enfadados. Pero un día mi abuela la acusó de robarle cinco mil pesetas y entonces también la echó de su casa. Pobre Mar. Seguro que cogió aquel dinero para comprarse unos zapatos o unas botas. O a lo mejor no lo robó. A mi abuela le encantaba organizar entuertos y follones.

Mar me quería mucho, y no era algo impostado. Me quería de verdad. Me enseñaba canciones de Julio Iglesias y, sobre todo, de Concha Piquer, que era lo que a ella más le gustaba. Cantábamos de memoria una y otra vez todas aquellas coplas que aún no se me han olvidado ni creo que se me olviden jamás. Las canciones de Concha Piquer eran auténticos folletines que yo vivía como películas: «Tatuaje», «Ojos Verdes», «La otra», «Eugenia de Montijo»... Aquella fue la banda sonora de mi infancia.

Algunos años después de que se terminase su relación, y con ambos ya de vuelta en Madrid, Mar y mi padre continuaron

viéndose y acostándose de manera intermitente. Ella siempre revoloteaba por su vida. En alguno de esos reencuentros, Mar se quedó embarazada. Mi padre siempre creyó que aquello no había sido casualidad, que ella lo había buscado. Por aquel entonces yo tenía catorce años. Hacía cuatro que había nacido mi hermana Io, la hija de mi madre con Javier.

En cuatro años tuve a mis dos media hermanas.

Cuando Alba nació, Manuel y Mar casi no se hablaban. Su relación se había roto parecía que definitivamente.

Pero, una vez más, volvieron a estar juntos otra temporada, así que yo conocí brevemente a mi hermana Alba cuando era un bebé de unos seis meses. Después se separaron para siempre y Alba no volvió a ver a mi padre hasta su adolescencia.

Justo en aquel momento en el que Alba reaparecía en la vida de mi padre, yo retomaba el contacto con él después de nuestros años de silencio. Además de recuperar a mi padre, «conocí» también a mi hermana y me reencontré con Mar. Mi primer hijo acababa de nacer y recuerdo que le vinieron a ver todos juntos al hospital.

De repente, tenía una familia nueva.

La Alba adolescente se parecía alarmantemente a mi padre, era su vivo retrato. Mar seguía siendo tan guapa y encantadora como siempre. Tenía dos profesiones: trabajaba en una gran empresa de cosmética y parafarmacia por las mañanas, y por las tardes hacía de adivina echando las cartas del Tarot.

Tras aquellos encuentros, hace casi veinte años, no nos volvimos a ver. Madre e hija desaparecieron de repente, tal y como antes habían aparecido. O tal vez desaparecimos nosotros. Eso ya no importa.

Una vez, mucho tiempo atrás, mi padre me dijo:

«Yo sé de quién me acordaré cuando esté dando los últimos coletazos».

Sin embargo, cuando estaba precisamente dando los últimos coletazos, se me olvidó mencionársela. Hacía demasiado tiempo que Mar había desaparecido de su vida. En su lugar, creo que le hablé del Museo del Prado o del cielo de Madrid, o de cualquiera

de las cosas que decía que más le importaban en la vida.

Las cosas que más le importaban en la vida a mi padre eran todas objetos inanimados. Insistía mucho en hacernos saber a todos que ninguno éramos una de las cosas importantes de la vida para él. Que lo más importante para él eran, más que las personas, los libros, los cuadros de Velázquez, el color del cielo de Madrid.

Me gustaría saber si, como dijo, se acordó de Mar cuando dio sus últimos coletazos.

Ojalá nuestros últimos pensamientos quedaran escritos en la máquina esa que mide las constantes vitales. Quizás lo que arrojase no serían cosas tan profundas como pensamos.

Al fin y al cabo, Rosebud era un trineo.

Quizás el último pensamiento de mi padre fuera la botella de Coca-Cola de dos litros que le tiró Mar cayéndole en la cabeza.

La felicidad, los recuerdos y lo que piensas cuando te mueres, si es que puedes pensar algo, son cosas muy personales, como diría el otro.

Mi padre siempre decía eso, «como diría el otro».

Nunca supe quién era ese otro.

Puede que ese otro fuera su doble, como en los relatos de Borges.

28

JUSTO A TIEMPO

Madrid, otoño de 2019

Una semana después de tu encuentro con Alba, llegas al trabajo una mañana y tu becaria te dice que D. te está intentando localizar, pero que no coges el teléfono. Su padre, tu suegro, acaba de morir.

No lo coges porque tu teléfono está justamente junto a la cama de tu suegro, en la habitación del hospital donde él acaba de morir.

Apenas han pasado unos meses desde lo de Manuel y pierdes a otra persona querida. Al final sucede lo que auguraba Gael: tus hijos se quedan sin sus dos abuelos en apenas tres meses.

Y tenéis que vivir todo de nuevo.

La muerte os rodea este año maldito y no entendéis por qué. Quizás es porque empezasteis el 2019 en Oporto y no en Madrid, como siempre. A lo mejor eso os ha dado mala suerte. No volverás nunca más a Oporto. La culpa es claramente de Oporto. Con lo que te gustaba y, qué pena, ya no podrás volver porque, si lo haces, quizás pase otra desgracia. Mejor no tentar a la suerte.

A tu suegro vais a visitarle la noche anterior. Nunca te gustó llamarles exsuegros. Esos son los que tienes, los que siempre has tenido, da igual que ya no estés con D. o te vuelvas a casar, cosa que dudas. Uno solo tiene unos suegros, lo mismo que solo tiene un amor de su vida, por mucho que digan que se tienen varios. Pues a

ver dónde están esos amores de mi vida nuevos, piensas. Que ya tienes casi cincuenta. Igual están en un velatorio. Dicen que ahí se conoce a mucha gente, como en las bodas.

A tu suegro le acompañáis mientras toma su última cena, un yogur. Piensas días más tarde que la naturaleza, Dios o quien sea que gestione este tinglado, no debería permitir que la última cena de alguien sea un yogur natural o una galleta María.

D. y tú insistís en ponerle música, una canción de Enrique Morente, su gran amigo, al que adoraba. Él, bastante enfadado, comiendo aquel yogur, os mira muy serio y dice:

«Dejaos de canciones. Pero ¿vosotros no os dais cuenta del estado en el que estoy?».

Por algún motivo, esa noche te dejas el móvil olvidado en aquella habitación de hospital, con la canción no escuchada de Morente aún en tu Spotify.

Ahora te gusta pensar que lo hiciste a propósito.

Cuando recoges el móvil a la mañana siguiente, tu querido suegro yace en la cama tapado y amortajado, como una pequeña momia. Entras con D. en aquella habitación para que no le dé miedo despedirse de él; tú ya sabes cómo es, pero incluso así, también te da miedo. No es temor a la muerte, es el terror que da el ver a alguien querido que ya no conoces, que ya es otro siendo aún el mismo.

Lo que dura el estribillo de una canción, eso es más o menos lo que uno tarda en pasar de estar a ser una ausencia.

Recuerdas muchos momentos entrañables con él, muchísimos. Fue el mejor abuelo para sus nietos, nada que ver con tu padre. El día y la noche. Algunos de esos momentos son graciosos, como hace un par de años en la SGAE, en la presentación de un libro que él escribió sobre Enrique Morente. Allí estaba lo más granado del mundo del flamenco. Después de la presentación os fuisteis a tomar algo a un bar cercano. Tu suegro, que hablaba con Pepe Habichuela en un rincón, te agarró del brazo para presentártelo.

—Mira, Pepe, esta es Sibila, mi exnuera, que escribe novelas pornográficas.

—Anda, mira qué bien —respondió él.

Tu suegro, aunque no era perfecto, no hizo las cosas como tu padre. Él las hizo bien o las hizo distintas. Lo dejó todo explicado en una carta. Lo que quería que hicieran con él, con sus cenizas. En aquella carta también se despedía de su familia: decía que con sus hijos y sus nietos había pasado los momentos más felices de su vida y que les quería muchísimo a todos.

Sentiste envidia de aquella familia, de aquel padre. No pudiste evitar compararle con el tuyo. Eran ya dos muertos, pero uno se marchó bien, en paz, y el otro se fue como vivió, mirando para otro lado. Uno quiso decir las cosas a su familia, quiso hablar de sentimientos, quiso decirles qué hacer con sus cenizas..., y el otro se fue «a la francesa».

Tú no tuviste nada de eso. Tu padre se fue callado, sin dar las instrucciones precisas, dejándote un berenjenal, como siempre.

Pero, en cambio, Balbino, tu suegro, murió solo. Su familia estuvo todo el tiempo con él en el hospital, cuidándole por turnos, pero aquella noche decisiva, pese a que el final parecía bastante inminente, se quedó solo, únicamente acompañado por la señora que le cuidaba.

Pero tu padre no..., él tuvo más suerte. Tú acompañaste a morir a tu padre. Llegaste a tiempo. De hecho, crees que el momento más importante de vuestra relación fue ese: acompañarle en el momento de su muerte. Es tu *hit* como hija. A él, precisamente, que era la persona del mundo que más temía y se resistía a la muerte. Es algo ancestral que los hijos deben hacer por los padres. Vosotros, que nunca hicisteis nada juntos. Tú que, como mala hija que fuiste, nunca le acompañaste a nada, ni siquiera al médico, ni a hacer ningún trámite ni papel, al menos le acompañaste a morirse.

Fue como si toda tu misión como hija se limitara a ese preciso instante. Dieron igual el no perdón, el abandono y los resquemores. Todo cobró sentido y se volvió lógico en el mismo momento de su muerte. Tu padre, que nunca te quiso tener, ni antes de que nacieras ni después, te tuvo para que le acompañaras a morir. Y todos tenemos hijos por el mismo motivo, aunque aún no lo sepamos. Para no morirnos solos.

La muerte, tan temible, se volvió de repente inofensiva. Justo en ese instante en el que estando solo a un metro os separaba toda la distancia del mundo, fuiste por fin consciente del vínculo que os unía, sentiste al fin que era tu padre. Sucedió cuando se quedó quieto. Cuando ya no tuviste nada que temer ni quedaba nada por decir.

Entonces te diste cuenta de que realmente se puede sobrevivir a la muerte, que la eternidad no es perdurar en forma de alma voladora, sino ser capaz de transformarte en la mente de las personas que significaron algo en tu vida. Manuel se transformó por obra y gracia de la muerte en el padre querido que nunca fue.

E hiciste lo inenarrable, y aún no sabes cómo fuiste capaz, porque a ti también te aterra la muerte.

Te quedaste mucho rato despidiéndote de él allí, en aquella habitación de hospital, en una madrugada que no olvidarás, como tampoco la quietud de los pasillos, la tregua nocturna de los enfermos, los leves susurros de las enfermeras en el puesto de guardia, la noche en todo su esplendor, con todo su significado, sus ruidos y peligros.

Te sentiste atravesando el río tenebroso que aquellos dos niños surcan en su pequeña barca en la película *La noche del cazador*, solos en la oscuridad, a merced de los animales salvajes que les acechan, pero huyendo, al fin y al cabo, escapando de la muerte.

Mirabas y remirabas a tu padre muerto y te dio una cierta paz estar allí con él. Pudiste observar entonces por fin su cara detenidamente, esa que te daba cierta repulsión en movimiento. Pocos segundos después de dejar de respirar, le salió una bocanada de sangre por la boca, pero ni siquiera aquello te impresionó. Formaba parte del espectáculo. La muerte es gore. Es *jevi* metal. ¿Cómo va a ser?

Viste como su cara se iba poniendo grisácea y no te espantó. Al revés, te invadió una profunda sensación de amor. Sabías que era la última vez que estabais juntos, que tus ojos ya no le verían más. Te acercaste a él y ni siquiera olía mal, como uno podría esperar que olería la muerte, sino solo a medicamentos. Y no sabes

por qué, aún no te lo explicas, levantaste con temor un poco la sábana que le cubría el cuerpo, como esperando ver algo deforme y putrefacto, y reparaste en sus piernas blanquísimas y sin un solo pelo. Y te sorprendió. Porque a aquel carácter que tenía le pegaba tener pelos, ronchas, verrugas..., pero no. Tu padre muerto era un padre esculpido a cincel. Sus piernas parecían las de una escultura de mármol. Y permaneciste allí lo que te pareció mucho tiempo. Allí sentada, mirándole. Mirando sus manos, que eran tan bonitas, sus brazos, mirando sus pies, mirando su camisón de enfermo. Mirando a tu padre entero por última vez.

Míralo, míralo bien, Sibiloncia, porque ya no le verás más, pensaste. Síguelo mirando aún cuando estés saliendo de la habitación. Míralo aún un último segundo, aunque se te retuerza el cuello y las cervicales. No dejes de mirarlo, que lo van a meter en una caja y luego la caja ya no la puedes abrir. Sé consciente de que te estás despidiendo.

Vete ya, por Dios. Vete de una puta vez. No sufras. Aquí ya no hay nadie.

Hay veces que uno daría todo lo que tiene por volver a mirar una vez más.

«Es mejor que te vengas a casa a dormir —te dijo tu madre aquella tarde cuando llegaste a Marineda, al hospital—. Mañana te espera un día muy duro».

Pero, por fortuna, te quedaste. Porque un padre no se le muere a una todos los días. Sabías que, si te ibas, vuestra relación estaba perdida. Era lo único que te quedaba, como a Escarlata O'Hara la tierra roja de Tara.

Mucha gente duda de la importancia de acompañar a cruzar a ese otro lado. Dicen que los casi muertos ya no se enteran, que no escuchan esas últimas palabras... Que lo importante es lo de antes, lo que has cuidado a tu muerto antes. Tú, por el contrario, crees en la importancia de ese exacto instante; quizás porque compartiste tan pocos con tu padre que ese lo guardarás como un tesoro, aunque sea tan terrible.

Vuestro momento más íntimo fue uno y fue ese.

De nada vale haber cuidado a tu muerto hasta una hora antes si luego en el momento decisivo no estás. Si luego te vas a hablar por teléfono o a fumar un cigarrillo. Si luego te vas a tu casa a tomar una menta-poleo y a dormir.

Por eso, ahora que lo has vivido, ya lo sabes: siempre hay que quedarse a dormir con los enfermos cuando ya están muy malos. Porque la muerte suele llegar por las noches, cuando todo está tranquilo. Por muy agotado que esté uno, por mucho que uno no duerma, ese es el único esfuerzo que luego vale la pena. Piensas que un padre, una madre, un amigo no se le muere a uno todos los días. Y nosotros, los vivos, siempre podemos pasarnos tres días durmiendo después. Podemos dormir una semana si queremos, un mes, pero no en ese momento. Mejor dicho, en ese momento uno puede dormirse. Lo que no puede es irse. Y, sobre todo, no puede irse pensando que el moribundo va a esperar a que el que le cuida y vigila vuelva descansado, desayunado y cambiado de ropa para poder morirse.

Si algo tiene alguien que está viviendo sus últimos instantes, es la capacidad para decidir cuándo marcharse de este mundo. Y eso suele ser a una hora poco conveniente.

Hace algún tiempo conociste a un hombre cuyo padre se estaba muriendo en el hospital, ya en las últimas. Le habían puesto morfina, así que, previsiblemente, le quedaban pocas horas de vida. Sus allegados, mujer e hijos, le acompañaban día y noche en el hospital. Pero de repente les entró la urgencia por ir al banco a cambiar de nombre una cuenta para que luego así no hubiese que pagar impuestos o algo del estilo. Esas cosas en las que piensan algunos cuando alguien se está muriendo: en lo práctico, en el dinero. Se fueron todos a una oficina de Bankia y el padre murió mientras tanto.

Murió solo porque su familia estaba manejando su dinero ya antes de su muerte. Según aquel hombre te dijo, a nadie de su familia le pesó no haber estado en aquel momento, puesto que ya

le habían cuidado «antes». Mientras el padre daba su último suspiro, ellos estarían dando los DNI a la empleada de la sucursal bancaria o firmando algún impreso. Se perdieron la muerte del padre. Y una muerte no hay que perdérsela. Es quizás el mayor espectáculo del mundo junto con nuestro nacimiento.

Tú no te perdiste la función de la muerte de tu padre, te tocó en primera fila para verlo todo bien. Te faltaron las palomitas, te faltó la copa de champán en el entreacto. En lugar de eso te dieron una tila.

Las enfermeras te ayudaron a improvisar una cama a su lado desplegando un sillón. Te trajeron una almohada, algunas sábanas. ¿Por qué te trataban tan bien? ¿Por qué eran tan cariñosas? Debiste desconfiar. Quizás intuían que tu padre no pasaría de aquella noche y tú les diste pena, allí, tan solita.

Pusiste a cargar tu móvil encima de la cama de tu padre, en un enchufe que había. Estabas pendiente, además de él, que se estaba muriendo, aunque tú no lo sabías seguro, de que el novio que tenías en aquel tiempo te mandara algún mensaje de Whatsapp. Pero no. Te dejó sola cuando más le necesitabas, en un día terrible. Porque aquel había sido un día terrible por otros motivos que tenían que ver con tu trabajo y no con Manuel.

Habías tenido una bronca monumental con tu jefe aquella mañana. Sabiendo que tu padre estaba en las últimas, llevaba más de un mes haciéndote *mobbing*, sin apenas dirigirte la palabra, no sabías muy bien por qué. Pero justo aquella mañana decidió hablar y soltar todos sus sapos y culebras. Te dio una crisis de ansiedad horrible en plena redacción. Tan mal te pusiste que tuviste que llamar a tu exmarido, que trabajaba entonces a pocos metros, en la misma zona. Os sentasteis en un banco de la calle a hablar unos minutos; te tranquilizó. Volviste a la redacción, ya más entera, y fue entonces cuando tu madre te llamó para decirte que tu padre estaba muy mal, que tenías que ir a Marineda inmediatamente.

Aquel 1 de julio de 2019 lo recordarás como el peor día de tu vida, así que cuando tu madre se marchó y te quedaste sola con tu padre inconsciente en aquella habitación de hospital, caíste reventada en aquel sillón.

El móvil de Manuel sonó cuando estabas a punto de dormirte. Saliste al pasillo para contestar. Era Jordán, un antiguo amigo suyo, de los pocos que le quedaban. Estaba completamente borracho, apenas podía articular palabra, y era realmente difícil entenderle. Le dijiste que Manuel estaba muy mal y le colgaste. Lo último que te faltaba ya para terminar aquel día era hacer comprender a un borracho que tu padre se moría.

Volviste a la habitación y te dormiste enseguida, acunada por la respiración jadeante de tu padre y el gorgoteo de los sueros.

Pero, por alguna razón, despertaste antes de que se fuera para siempre. No después. Ni mucho antes. Sino en el exacto y justo momento. *Just on time*, que dirían los ingleses.

Aún no terminas de explicarte la razón de esa sincronización. Quizás por el hilo invisible que le ataba a la vida y que tú sostenías con la yema de un dedo esa noche en aquella habitación de hospital.

Ahora, con la muerte de tu suegro, otra vez te tienes que enfrentar a eso. Todo se repite, aunque tú ya no estás en la línea de fuego, sola con todo, como cuando murió Manuel. Ahora estás en la barrera. Ahora son otros los protagonistas de la muerte, tú vas de invitada. Ves cómo reaccionan aquellos a quienes quieres: tus hijos, tu exmarido..., y les observas con curiosidad, sin que se note. Crees que se puede ver cómo es una persona por cómo reacciona ante una pérdida: los que lloran, los que no, los falsos, los contenidos, los dramáticos, los desesperados, los indiferentes, los aliviados, los tristes, los codiciosos, los ruines...

Pero ellos ya se lo esperaban. La muerte de tu suegro fue anunciada; fue apagándose como una vela a lo largo de muchos meses, ya se sabía. Pero lo de tu padre en realidad sucedió en dos meses, acuérdate. En mayo dijeron que no le pasaba nada grave; en junio, que aún duraría unos meses. El 1 de julio ya estaba muerto.

El velatorio de tu suegro fue todo un éxito. La familia podía estar contenta, a pesar de la tristeza de la pérdida. Qué envidia de muerte, pensaste tú.

Desde que abrieron el velatorio, no paró de acudir gente, un goteo continuo, de la mañana a la noche: amigos de tu suegra, de D. y de su hermana, Berenice, compañeros de trabajo de ambos... Mandaron también muchas flores y coronas. Vino hasta Estrella Morente, gente del flamenco, y también tu madre, que viajó desde Marineda.

Fue una fiesta de despedida en toda regla. La familia de D. sacó fotos de las coronas, de los ramos... Incluso recuerdas que te pidieron que les hicieras una foto con el móvil a todos junto al ataúd, las flores y las coronas. Te pareció raro porque nadie hace fotos en un velatorio o en una cremación, pero ¿por qué no? ¿No son esos momentos para recordar incluso más que otros?

Pero lo peor no es morir solo. Lo peor, sin duda, debe ser morirse envenenado y revuelto, piensas. Eso pasa pocas veces, casi todo el mundo muere en paz, pero algunos y algunas no. Algunos mueren clavando el aguijón, como las avispas. Tu propia madre, María, sufrió la ira de una moribunda hace unos años y aquello la destrozó. Fue la única vez que la viste sufrir, sufrir de verdad, aunque ella ahora dice que «no se acuerda».

Llevaba años prácticamente sin hablarse con su única hermana, por temas de herencias y de dinero, como suele ser habitual. Nunca se llevaron bien ni se quisieron mucho. Por extensión, tu tía tampoco te hablaba a ti. Cuando enfermó de cáncer y ya estaba en las últimas, en el hospital, dejó dicho específicamente a sus hijos que, bajo ningún concepto tu madre, su hermana, podía ir a despedirse de ella. Pero no quedó ahí la cosa. También indicó que de ninguna manera quería que fuese a su entierro.

Tu madre estaba en tu casa de Madrid aquellos días, esperando a que su hermana la llamara, que pidiera verla, deseando, a pesar de todo, reconciliarse con ella antes de su muerte..., pero aquello no sucedió. El día del entierro de tu tía, tuvo que ver cómo hasta la portera y el último de los vecinos de su casa iban al funeral de su hermana. Todos menos ella.

A tu padre al menos no le pasó eso. Tu padre murió sin rabia, sin enemigos visibles. Su hermana, a pesar de lo mal que se

llevaban, también estuvo con él aquellos últimos días, acompañándole, pendiente de él, y lloró cuando le quemaron. Tú lo viste. El odio debería quedar fulminado por la muerte. La muerte lo gana y lo anula todo. Odiar a un muerto es lo más absurdo que uno puede hacer. Echar de menos a un muerto que odiaste es más frecuente, o eso piensas.

Cuando vuelves del velatorio de tu suegro no puedes evitar compararlo con el de tu padre, tan triste y solitario, tan desolado... Gris como el cielo de Marineda.

Fue injusto y doloroso para todos, pero sobre todo para ti. No debiste ver a tu padre así, tan abandonado también en su muerte.

29

La última fiesta

El velatorio es nuestra última fiesta, con la ventaja de que nosotros ya no nos podemos angustiar por los invitados que vienen o dejan de venir. Una fiesta obligatoria en la que falta el anfitrión. Pero el muerto está muy presente, tanto que de algún modo aún se le siente, como si supervisara su propia despedida, volando como una mosca entre los invitados, zumbándoles en los oídos, levitando en forma de espíritu sobre su propio ataúd.

Al velatorio de mi padre no vino casi nadie. La primera en llegar fui yo, estuve allí sola hasta que algunas horas más tarde aparecieron su hermana con su marido y mi madre. Mi exmarido llegó de Madrid horas más tarde con nuestro hijo pequeño y Eugenia. Después vinieron sus dos vecinos de abajo, dos viejecitos que le apreciaban mucho, y cuatro amigos míos. Aquello fue todo.

Recuerdo que todos los sándwiches y refrigerios que trajeron los de la empresa funeraria se quedaron allí, sin comer. Había incluso una caja de bombones, pero, por pudor, nadie cogía.

Un velatorio sin gente resulta obsceno y desgarrador. Tan desolador como un cumpleaños infantil en un parque de bolas en el que solo estuviera el niño que hace la fiesta, con la corona puesta y rodeado de todas las bolas de colores. Es algo insoportable. Y si se soporta, es porque el muerto ya no se entera. No puede ver la poca gente que le quería. Nunca podrá saber que no le importaba a casi nadie.

Pero para los vivos también es insoportable ver eso y ocasiona además una suerte de vergüenza. Puede decirse que mi padre me

avergonzó hasta el final.

Organicé una fiesta de despedida para él y me salió mal. No vino nadie. Quizás debí haber mandado invitaciones, haber ofrecido barra libre, proyectado una película. Quizás debí avanzar que se iba a morir para que la gente fuera reservando el hueco en sus agendas, haber mandado un «*save the date*» en un tarjetón plateado.

Con el muerto de al lado, sin embargo, sucedió lo contrario y no pude evitar odiarle un poco por ello. Había tanta gente que no cabía en la sala, y los familiares y amigos tenían que salir fuera. Ríos de gente.

Me imaginé qué tipo de muerto sería aquel. Uno popular. Sin duda, una buena persona. Pensé qué más le daría a alguno de aquellos invitados de ese velatorio tan concurrido pasarse al de mi padre, si total los muertos estaban ya muertos y donde mi padre iban a sobrar todos los sándwiches. Éramos los vivos como yo los que necesitábamos algún consuelo, alguna gente, alguna palabra. Más que ver el féretro donde sabía que estaba metido Manuel, aquel carrito de sándwiches sin comer me resultó una de las imágenes más desoladoras de su despedida.

Pero al igual que en las fiestas sin gente, en los velatorios también la familia espera la sorpresa de última hora. Que de repente aparezcan quince primos todos juntos, cinco antiguos alumnos, siete amantes... Hasta el último minuto siempre esperas algo más. Quizás llegue la gente luego, más tarde, seguro que sí. Es que aún es muy temprano. Es que aún no han salido de trabajar, es mala hora, con esta lluvia ya se sabe. Y, además, hoy, qué fatalidad, juega el Dépor.

Precisamente, cuando estaba yo allí sola delante del ataúd, esperando a que llegara alguien, una desconocida de mediana edad entró en la sala y yo, pensando que sería alguna amiga o quizás una alumna, me levanté muy contenta a recibirla. Por fin viene alguien, pensé, pero pronto se excusó azorada porque, al parecer, se había equivocado de sala y de muerto. Y a mí me dieron ganas de pedirle que se quedara a hacerme compañía, que, si era necesario, yo le explicaba la vida y milagros de mi padre.

Cuando salió de la sala, fantaseé con que era yo quien me equivocaba de muerto, que me metía en algún velatorio desierto y me colaba como en una boda a la que no me hubieran invitado. Me acercaba entonces a una hija, a una esposa que estaba allí sola como yo estaba entonces, y la abrazaba diciendo eso de «te acompaño en el sentimiento», esa frase antigua que huele a naftalina y a rosquillas de anís. Después añadía un repertorio selecto de palabras cariñosas:

—Tu marido, tu padre fue maravilloso, tuve la oportunidad de conocerle bien. Una persona excepcional. Excepcional de verdad. Le echaremos mucho en falta. No podía dejar de pasarme hoy por aquí. Cualquier cosa que necesites, ya sabes... Lo que sea. Por fulano, lo que sea. Mucho ánimo y con *calmiña*.

—Muchas gracias por venir —diría ella entonces en la sala desierta, un poco extrañada—, ¿cómo es que fulano nunca me habló de ti? ¿De qué os conocíais?

—Seguro que sí te habló, mujer, pero no lo recuerdas, y ahora menos, con el disgusto. A mí, en cambio, sí me hablaba a menudo de ti.

—Ah, ¿sí? Vaya por Dios, ¿y qué te decía?

—Cosas muy bonitas..., me da reparo decirlas ahora. Si quieres, en otro momento nos tomamos un café y te cuento con calma. Te quería muchísimo. Siempre estaba hablando de ti. Si me disculpas, me voy a acercar a despedirme de él.

Y pegaría la cara al cristal ese que separa a los vivos de los muertos y que en ocasiones tiene forma de ojo de buey, como los camarotes de los barcos, y me despediría entonces de ese muerto anónimo como si fuese mi buen amigo, sin duda esperando que alguien hiciese lo mismo por mí, o más bien por mi familia, cuando me llegue la hora, porque en realidad nunca llegaremos a saber quién llorará nuestra pérdida. Quizás no sean quienes esperamos. Depende de lo populares que seamos no ya en vida, sino en el momento de nuestra muerte. Siempre necesitamos popularidad, por unas cosas o por otras. Hasta para morirnos.

Luego causa perplejidad que la gente se emborrache en los bares de los tanatorios, que los familiares se forren a *gin tonics* con

sus amigos. Pero ¿cómo vas a soportar serena que en el velatorio de tu padre haya cuatro personas? ¿Qué tipo de colofón a una vida es ese? ¿Es lo que te mereces? ¿Mereces de verdad saber en un momento así que tu padre no le importaba a casi nadie?

Quien vive solo, muere solo. Creo que al final es tan sencillo como eso, no sería lógico que fuera de otra manera.

El tipo de despedida, como el tipo de vida, también se la busca uno.

Pero los que nos quedamos no tenemos la culpa. Alguien debería pensar en nosotros, los organizadores de la fiesta. Los seguros de deceso deberían incluir plañideras y extras que hagan de amigos en el *pack* de servicios. Y barra libre en los tanatorios.

La fiesta fue un fracaso, pero al menos no tuve que recoger. Por eso me llevé a casa aquella caja de bombones en la que solo faltaban dos, que, además, me había comido yo.

También me llevé una orquídea que habían puesto.

Me llevé todo lo que pude.

30

Los nombres perdidos

Cuando alguien a quien queremos muere perdemos seguramente un nombre, algún diminutivo cariñoso, un mote. Perdemos un amor, una casa, un lugar, y perdemos también un olor.

Cabría pensar que cuantas más personas perdemos más solos estamos, pero probablemente esos huecos, que son como agujeros de una huevera, se vayan llenando con nuevas personas que llegan a nuestra vida. Porque a nuestra vida siempre llegan y llegarán personas nuevas. Con lo cual, lo de los afectos tiene bastante de *refill*, siempre tiene uno maneras de volver a reponer los huevos.

Lo de los olores es más complicado. El olor de una persona querida es irrecuperable y puede ser fruto de una cosa o combinación de cosas: un suavizante de la ropa que intentamos encontrar infructuosamente en el supermercado, una mezcla de desodorante y olor corporal, el aroma de una casa que va impregnando a su dueño, la humedad de una ropa mal secada... Se trata de una alquimia difícilmente repetible.

Los nombres que nos dieron quienes ya no están también son irrepetibles. Yo nunca seré ya Sibiloncia y, seguramente, de todas mis personalidades, era una de las que más me gustaba. Era alguien que pudo ser y no fue, o lo fue a ratos, en algunos momentos.

Como alguien que has perdido te llamó, no puedes ser llamado otra vez. Ahí sí hay que respetar la memoria de los muertos.

Una vez tuve un novio que jamás me llamó por mi nombre.

Me llamaba siempre «amor». Cuando le pregunté cómo llamaba a sus anteriores parejas, me dijo que también las llamaba «amor». Todas éramos «amor», imagino que unas más que otras.

Tampoco seré nunca «chata» ni «fea», que era como me llamaba mi abuelo; ni seré «Sibiliña», «churra» o «churriña», como me llamaba mi abuela Ma; ni «Sibilita», que era como me llamaba mi abuela Concha; ni «Sibilocha», como me llamaba mi tío Chema, ni «Pitusa» o «Pitusina», como recordé hace poco que me llamaba mi bisabuela Esperanza, a quien yo llamaba «La Bisa».

Es asombrosa la cantidad de nombres que vamos atesorando a lo largo de nuestra vida. Pero lo bueno es que no desaparecen, sino que se van acumulando como sedimentos o capas de nuestra personalidad, y nosotros, en realidad, somos un compendio de todos esos nombres. Y también somos nuestros nombres no puestos, aquellos que nos iban a poner, pero que finalmente no llevamos por desacuerdos entre nuestros padres, porque no los admitieron en el registro civil..., por mil cosas. Cada uno tenemos seguramente un nombre que pudo haber sido y no fue, nuestro nombre-larva. Y muchas veces nos preguntamos, o yo al menos lo hago, cómo habríamos sido con otros nombres distintos.

Mi nombre no puesto fue Io, el que diez años después llevaría mi hermana. Cuando mi padre fue al registro civil a ponerme Io no le dejaron; eran los últimos coletazos del franquismo. Aquello ni era nombre ni era nada. Entonces, en ese mismo momento y sin consultarlo con mi madre, me puso Sibila, con un obligado María delante, claro está. Y no lo hizo porque fuera un fanático de la mitología griega, sino porque hacía poco había visto una película alemana y la protagonista se llamaba Sibila. Nunca vi esa película.

Más tarde, llegó al hospital donde mi madre estaba recién parida y le dijo: «Oye, que le he puesto a la niña —o a la cría, como decía él— Sibila».

Nunca le pregunté a mi madre si le gustó aquel nombre. A mí sí me gusta mucho, aunque es, y siempre será, un atributo complicado de llevar. Fue complicado llevarlo de niña y será otra vez complicado de vieja. No es lo mismo ser Sibila que Susana o Mónica. Sibila exige ser de una manera determinada. Requiere ser

especial, ser dificultosa, ser distinta. Uno ha de serle fiel a sus convicciones, a su ética, pero también ha de serle fiel a su nombre. Mi padre, poniéndome mi nombre, ya quiso complicarme la vida, aunque él no lo supiera, o quizás sí lo sabía y ya lo hizo a posta.

En ocasiones, cuando me preguntan mi apellido, me resisto a darlo y contesto: ¿para qué me preguntas el apellido?, ¿es que tienes a alguna Sibila más en la lista? Mi nombre es un universo completo, contiene ya nombre y apellidos. Contiene una personalidad. No hay que preguntar muchas cosas más.

Mi nombre, en realidad, es de lo mejor que mi padre hizo nunca por mí. Ahora lo sé y se lo agradezco, aunque ya no sirva para nada.

Pienso con alegría infantil en todos los nombres que aún me faltan por tener.

31

UNA HISTORIA VERDADERA

Bastantes años antes de que mi padre muriera quise escribir una historia sobre un padre y una hija arrojados a una especie de *road movie.* Todo sería muy extremo, con mucho odio, que era el que yo tenía entonces. Quería que fuese un relato de «arrastramiento» y venganza.

La acción sucede en alguna parte del medio oeste americano, aunque la protagonista es una española de mediana edad que ha acabado viviendo allí no importa por qué. Hay muchas cosas en las historias que ya las pensarás o solucionarás más tarde. Podría ser por algún viaje de estudios, porque se enamoró y se quedó embarazada, por escapar de su padre, por lo que sea. En la ficción tampoco hace falta explicarlo todo.

Mi heroína se llama Sheila: es una mujer que lo ha perdido todo. Arrastra problemas y traumas varios de su infancia, lo que hace que, años más tarde, vaya cayendo sin remedio en la bebida. Tiene un carácter irascible y violento, aunque no puede decirse que sea mala. Su alcoholismo, que cada vez va a más, hace que pierda a su marido y a sus dos hijos. Le retiran la custodia de los niños por las continuas palizas que les da cuando están con ella, al principio de su separación.

Solo su trabajo la ata a la realidad, es para lo único que se siente válida, y esas son las escasas horas en las que no se permite ni un solo trago. Trabaja como comercial vendiendo de casa en casa lociones crecepelo, libros, ollas de cocina o cosas por el estilo, depende de la temporada. Se pasa la jornada en su Buick

destartalado recorriendo las carreteras de Nebraska, Minnesota o algún sitio parecido.

Como única familia, además de su marido y sus dos hijos, sobre los que tiene una orden de alejamiento, está su padre, un anciano que vive en una remota aldea de Galicia. Sheila no habla con él desde hace años, incluso desde antes de que sus hijos de nombres americanos nacieran. Ellos ni siquiera aprendieron a hablar castellano, a su marido le molestaba, así que acabó por usar con ellos el inglés, un idioma que ella aún continúa hablando con un fuerte acento español.

Un día Sheila recibe un mensaje en uno de los moteles donde suele quedarse cuando tiene rutas largas por las carreteras de Arkansas o de Minnesota. Es de su exmarido. Hace mucho que no se comunica con ella, más desde lo de la orden de alejamiento.

Mitch, que así se llama, no sabe que al menos una vez al mes ella se acerca a la casa y les espía por la ventana, apostada a cierta distancia. Necesita ver a sus hijos, saber que están vivos. A través del cristal es imposible dañarles. Tiene miedo de sí misma, de lo que pueda llegar a hacerles.

Les ve a los tres desayunando. Mitch no ha rehecho su vida, como suele decirse, nada parece indicarlo. Les observa en la distancia comiendo los cereales del desayuno mientras hablan o se pelean, aún medio dormidos. El padre trajina con la leche, el zumo, el café, como se hace en las películas americanas a esa hora. Todos tienen buen aspecto. Su exmarido está cada vez más gordo y los chicos van creciendo semana a semana. Se pregunta si la echan de menos. No a la mujer violenta e irascible, sino a la madre normal que debió de ser algún día.

El marido le deja un recado. Debe ponerse en contacto urgentemente con su familia en Galicia. Le deja también un teléfono fijo de A Coruña.

Sheila duda en si llamar o no. Hace mucho que ya ha dejado atrás esa parte de su vida.

Deja pasar dos días, se resiste a llamar a España, pero al tercero lo hace. Una prima suya atiende el teléfono. Casi no la recuerda, no se ven desde que ambas eran pequeñas. Le dice que el

padre está muy malo, ingresado en el hospital central de la provincia. Tenían que avisarla por si acaso quería viajar desde Estados Unidos y hacerse cargo de él.

Sheila dice que no piensa hacer tal cosa. Hace más de quince años que no se habla con el padre y no tiene intención de cuidarle por muy enfermo que esté.

Continúa repartiendo ollas y cremas por los pueblos desiertos de Misuri, de Iowa durante el día y emborrachándose en moteles con *whisky* barato por la noche. Pero uno de esos días, uno en el que toca fondo y está muy borracha, se compra de repente por Internet un billete de avión a España invirtiendo para ello los pocos ahorros que tiene. Va a ver al padre. Eso si aún llega a tiempo.

Sale de Chicago y, tras hacer escala en Nueva York, aterriza en Madrid. De Madrid coge otro vuelo a A Coruña, donde en el aeropuerto la espera su prima. No la reconoce, pero ve una mujer sujetando un cartel con su nombre cuando desembarca del avión: Sheila Mantiñán.

En el coche casi no se hablan. Realmente no tienen nada que decirse. Ni se conocen ni a estas alturas quieren ya conocerse.

La prima la deja en las puertas del hospital Chuak de A Coruña. La arroja en la puerta de entrada dándole una única información: habitación 2011. Sheila verifica en la recepción que se trata de la planta de oncología.

Así que el padre tiene cáncer. Es eso. Debió suponerlo. Cuando uno no muere de viejo, de un ictus o del corazón, siempre tiene cáncer.

Sheila sube a la habitación donde se supone que está el padre. Apenas es un bulto pequeño en la cama.

Se acerca a él. Su cara arrugada es la que ella recuerda, aunque deformada e hinchada sin duda por los corticoides o lo que sea que le estén dando para el dolor.

Le saluda. El padre balbucea algo ininteligible, pero no parece reconocerla. Se diría que quiere hablarle, pero no le dice nada. Su mirada está vacía, como si no tuviera ojos.

Va a hablar con el médico. Efectivamente, el padre tiene

cáncer terminal. Más o menos me inventé cuatro o cinco años antes lo que luego sucedería en la vida real. Lo que después escuché yo misma decir a un joven médico de guardia.

—¿Cuánto le queda más o menos? —pregunta Sheila como pregunté yo misma después.

—Dos meses, quizás tres —dice él—. Nunca se sabe. No se puede saber con exactitud.

—¿Usted cree que está en condiciones de viajar? Yo vivo en el extranjero y aquí no tiene a nadie. Me lo llevaría conmigo a Estados Unidos.

—Debe tener en cuenta que estos tratamientos son allí muy costosos, la sanidad es privada, como usted debe saber, y todo el historial de su padre se encuentra aquí, en A Coruña.

—Si le quedan tres meses, tampoco creo que haya nada que hacer, ¿no? —pregunta Sheila.

—No, pero está el dolor. Hay que administrarle cuidados paliativos. Se trata de que su padre tenga el mejor final posible.

—Ya —dice Sheila—, por el dolor no se preocupe. Yo me encargo. Usted encárguese de darme todo el historial o los datos que necesite para continuar su tratamiento en América. No puedo perder mi trabajo.

—Como quiera, pero que sepa que, dadas las circunstancias del paciente, este hospital desaconseja su traslado. Y, además, piense cómo se va a solucionar en la novela todo esto de los trámites sanitarios. Los lectores saben más o menos cómo funciona el sistema de Salud de Estados Unidos. Nadie va a creerse que se puede trasladar a un paciente terminal de cáncer de España a Estados Unidos así como así.

—Ya da igual —dice Sheila—. Es indiferente lo que haga y dónde esté. En tres meses estará muerto.

—Puede que no —dice el joven médico.

—Apostaría a que sí —le contesta ella—, y en cuanto a lo de la novela, déjemelo a mí. Al lector no le importan tanto ese tipo de detalles. Hay otras formas de hacer una trama creíble.

—Si usted lo dice… —insiste él—. Yo, si encuentro este tipo de discordancias en una novela, desde luego no sigo leyendo.

—Ya habría comprado usted el libro, en cualquier caso. Pero, volviendo a mi padre, ¿cómo será la evolución de su enfermedad? ¿Necesitará una dieta o cuidados especiales cuando le den el alta?

—No, solo descanso y tranquilidad —dice el médico mirándola con desconfianza.

Durante los quince días que el padre permanece en el hospital, Sheila se las arregla para inhabilitarle legalmente y vender la casa de aldea que tiene en propiedad y algunas tierras. Saca algo más de cien mil euros. Lo suficiente para asegurarle al viejo un final decente.

Durante ese tiempo el padre recupera la conciencia, pero no parece querer hablar con la hija. Ella, sin embargo, le trata de usted, como siempre ha hecho.

—Los médicos le darán el alta voluntaria mañana y en unos días usted se viene a los Estados Unidos a vivir conmigo. Ya le estoy arreglando lo del pasaporte.

—Nunca fui en avión —dice él.

—Pues ahora va a ir usted —contesta Sheila.

—No me quiero morir fuera de mi tierra —protesta.

—Ya ve usted qué importa eso. Si cuando se muera usted no se va a enterar...

—¿Tú me vas a cuidar? —le pregunta con cara de extrañeza.

—Claro —dice ella—, ¿acaso no me cuidaron usted y madre cuando yo era pequeña? ¿Me toma por una desagradecida?

—¿Tú no tenías hijos? Me dijo la Lorenza que habías parido dos varones.

—Dos varones tengo. Ya los conocerá.

—Ya no quiero conocer a nadie, ¿no te das cuenta de que me voy a morir?

Padre e hija parten a Estados Unidos. El viejo sabe que nunca volverá a ver su tierra. Piensa en eso cuando mira el paisaje desde el avión, que a él le parece una maqueta de modelismo. Mira la recortada costa de A Coruña desde las nubes y se despide de todo. «Adiós ríos, adiós *fontes*...». Él también piensa en el poema de

Rosalía, pero con otras palabras.

Llegan a América. Fred Anthony, un tipo con el que Sheila se acuesta de vez en cuando, les ha ido a buscar al aeropuerto de Dallas. Ella le ha pedido el favor. Pasan la primera noche en un motel de carretera.

La hija vive en un remolque en un lugar perdido de Minesota. No le valía la pena comprar una casa. Siempre está en la carretera, casi siempre duerme en moteles. Si pudiera ver a sus hijos, se lo habría planteado, pero a ella sola le llega de sobra.

—¿Esta tartana es tu casa? —pregunta despectivamente el viejo al llegar.

—Yo no tengo casa, pero sí, puede decirse que lo es. Usted dormirá en mi cuarto y yo en el sofá.

—No te preocupes —dice el viejo—. No duraré mucho.

—Pues mientras dure —le contesta ella.

Después viene una parte en donde el viejo se queda solo en la caravana mientras Sheila se ausenta durante dos o tres días para echarse a la carretera. Le deja un par de lasañas congeladas, latas de *baked beans*, sopas y purés de sobre... No el tipo de dieta que un moribundo como él debería seguir.

—¿Por qué no me llevas contigo a ese trabajo que haces? Estaría mejor en la carretera que en esta chatarra comiendo porquería. Si no me muero yo solo, ya me vas a matar tú.

—Porque son muchas horas de coche y no quiero que le dé algo en el asiento de atrás. No sabría qué hacer con usted.

—Pues tirarme a la cuneta. ¿Qué se supone que habrías de hacer?

—En este país no se pueden hacer esas cosas, padre. Es ilegal.

—¿Por qué entonces no contratas a una persona que me cuide con el dinero que te has embolsado por la venta de la casa y las tierras?

—Porque se va usted a morir y es como una inversión que no vale para nada. Lo haría si fuese a vivir o si hubiera una duda. Pero sería como regar una planta que ya está muerta. Da igual los cuidados que le des. Ya está muerta.

El padre no se atreve a decir nada, pero a pensar sí se atreve,

y lo que piensa es en escapar o en que la muerte le venga a rescatar de esa hija cuanto antes. Esa hija cuyo aspecto le recuerda a aquellos yonquis de los ochenta que morían todos de sida. Un saco de huesos, arrugada como una vieja de ochenta años, con el pelo ralo sujeto en una coleta de rata y el gesto siempre torcido. No entiende cómo puede vender siquiera una de sus malditas ollas con esa pinta de drogadicta.

Finalmente, Sheila accede a llevarle consigo a un viaje de diez días recorriendo las polvorientas carreteras americanas. El viejo, de momento, no ha recaído ni ha necesitado ir a ningún hospital. Su estado es estable.

Sheila mete en el maletero su historial médico, que le han traducido al inglés en el propio hospital de A Coruña, y las innumerables medicinas que el padre debe tomar cada día. También varias botellas de *bourbon* y un cartón de Marlboro. Eso además de todos los juegos de ollas que tiene que vender.

Instala al padre en el asiento de atrás, entre almohadas y cojines.

Los primeros días, el moribundo soporta bien el viaje. Va alucinado contemplando el paisaje americano como si fuera un espejismo, tan distinto a su campo gallego que le parece encontrarse en otro planeta, en una película de esas del Oeste que a veces miraba en la tele.

—Pero ¿tú cómo es que acabaste aquí, *rapaza*? —le pregunta —. Esto está bien dejado de la mano de Dios.

—Para escapar de usted —le contesta la hija—. ¿O no se acuerda de lo que me hacía cuando madre se iba a trabajar a la fábrica, de lo que me estuvo años y años haciendo? Y de aquel niño que dieron en adopción usted y madre, ¿de eso sí se acuerda?

—¿De mí qué tienes tú que decir, embustera, que mientes más que hablas? No ofendas a Dios, que Dios te ha de castigar si le ofendes. Tienes la lengua muy larga tú, no respetas a tu padre. A tu padre enfermo.

—Ofendo a usted, a Dios y al lucero del alba. Y el respeto hay que ganárselo, padre. Usted también. Dé gracias que no le dejé tirado en la aldea muriendo solo o que no le maté yo misma hace

años, como hubiera merecido.

—Habría sido mejor que esto —responde él.

Todo el día va en el coche con la hija de un pueblo a otro, de una casa a otra vendiendo ollas de vapor. Cuando ella entra en las casas y permanece una hora o más, el viejo se queda solo en el coche. A veces dormita, otras sale a estirar las piernas. Algunos le saludan o le dedican un gesto amable, y él responde con una inclinación de cabeza o un ligero gruñido.

No sabe decir ni hola en ese idioma del demonio. Se siente más indefenso por el problema del idioma y por estar a merced de la hija que por el cáncer que le devora las entrañas.

Se pregunta si en su cuerpo quedará algo limpio, algún órgano que la enfermedad no haya tocado todavía. Le gustaría visualizar esa parte rosada de sus interiores, ver cuál es y sujetarla con las manos, pasársela de una mano a otra.

Al viejo le da para pensar esas cosas mientras su hija va de casa en casa, y eso que él no ha sido nunca muy de pensar.

Cuando ella vuelve al coche apenas le habla. No le pregunta cómo está ni cómo se encuentra. Sencillamente lo arrastra con ella de un sitio a otro, como si él mismo fuera una de esas ollas de acero inoxidable que lleva en el maletero. Lo único que hace por él es darle las medicinas a su hora, eso sí que lo respeta.

Dos noches después llegan a Oklahoma u a otro sitio que ya se decidirá más tarde. Paran en el motel de Moe, un viejo amigo con el que Sheila se solía acostar a veces. Ahora ya no.

Durante el viaje, padre e hija comparten habitación con dos camas gemelas, pero por su amistad con Moe esta vez tienen habitaciones separadas y contiguas en el motel.

—Ea, padre, póngase los zapatos que le voy a sacar a bailar —dice Sheila.

—Para bailes estoy yo —responde el viejo—, pero ¿tú no te das cuenta del estado en el que estoy?

—Eso da igual. Bailará usted, ya verá qué bien lo pasa. Vamos a ir a un bar de esos con música, como los que salen en las películas. Se llaman *honky tonk*, ya verá, todos van con sombreros tejanos y botas de *cowboy*. Alquilaremos todo en la entrada. He

convencido al bueno de Moe para que venga con nosotros.

El viejo suspira, pero no le queda otra que hacer lo que dice la hija. Al menos irá el tal Moe, que parece simpático, aunque no entiende nada de lo que dice. Así la hija estará distraída y le dejará en paz. Y luego empezarán con el bebercio.

Llegan al bar y, efectivamente, el lugar le parece al viejo como los que ha visto infinidad de veces en las películas. Es una especie de hangar con lo menos cinco filas de gente bailando; la hija le explica que eso es *line dance*. También hay otra zona exterior con una enorme parrilla en donde se asan hamburguesas, tiras de costillas y salchichas en medio de una enorme humareda.

Tal y como le ha anunciado, Sheila se empeña en alquilar botas y sombreros de *cowboy* para los tres. El viejo no se molesta en resistirse. Se calza unas botas camperas de punta del 42, que se pone por encima de sus pantalones marrones de pana, y un sombrero de vaquero de cuero marrón.

—Mírese, padre, mírese —le dice ella señalando su reflejo en un espejo de cuerpo entero—, si parece John Wayne.

El viejo no se reconoce, pero no acaba de disgustarle la imagen de tipo duro que le devuelve el espejo. Parece otro. No entiende cómo ha llegado hasta allí, hasta ese momento, pero ya le da un poco igual. Algunos se dejan morir en la cama de un hospital y él se va a morir dejando que esa hija del demonio le arrastre a donde quiera. Teme que le deje tirado en cualquier cuneta. Al terror que ya de por sí le da la muerte se añade el terror que le da el estar a merced de la hija.

El bar está hasta arriba. Entre la música y el jaleo que arma la gente, hay un ruido ensordecedor que aturde la cabeza del viejo.

Sheila pide una botella de Jack Daniels para ellos y una Pepsi para él.

—Yo también quiero *whisky* —dice—. ¿Cuándo me has visto a mí beber Coca-Cola?

—Usted qué va a querer... ¿Es que ha decidido morirse ya esta noche?

—Me da igual. Me gustaría poder decidir algo al menos. Hasta los que están en el corredor de la muerte pueden elegir la comida.

Sheila habla con Moe en inglés; ambos miran al viejo.

—*Let him drink* —le dice Moe poniéndole un vaso de *bourbon* lleno hasta los bordes.

—Bueno, pero solo uno —dice Sheila—, tiene el alcohol prohibido por su tratamiento.

Dejan al padre solo en la mesa con la botella de *bourbon* y ellos dos se ponen a bailar. Cuando regresan, una hora más tarde, el viejo no está. Se fijan en la botella que él ha debido de vaciar. No queda ni una gota.

—La madre que lo parió —dice Sheila en español—, este hijo de la gran puta se me va a morir por ahí borracho. Me va a joder hasta el final.

Le buscan por todas partes, dentro y fuera del bar, preguntan a los camareros, a la mujer del guardarropa, a la que han alquilado las botas, pero ni rastro del viejo. Inspeccionan los baños, miran por todos lados, incluso dentro del coche de Moe, por si ha tenido la idea de ponerse a dormir la mona o se ha sentido mal.

Van a la oficina del *sheriff* del condado a denunciar la desaparición. Sheila explica que el padre está enfermo de cáncer, que no tiene sus medicinas, que si no las toma, podría morir, que no habla ni entiende el inglés.

Pasan la noche entera barriendo las carreteras cercanas al bar por si el viejo, desorientado, anda vagando por alguna parte. Sheila teme que se haya tirado por un puente o incluso a los coches.

Van a los hospitales de la zona. Durante dos días le buscan sin descanso por moteles, carreteras y bares.

Sheila se da por vencida. No puede hacer más de lo que ya ha hecho. Al tercer día de búsqueda recibe en su móvil un mensaje de texto de Mitch, su exmarido.

«Tu padre está en el hospital del condado moribundo. Yo mismo le llevé ayer noche. Llegó a nuestra casa hace dos días en muy mal estado. Me pidió que no te avisara. No quiere verte, no quiere que vengas, pero pensé que, a pesar de todo, deberías saberlo».

Sheila no comprende nada. ¿Cómo ha llegado su padre a la casa de un hombre y unos niños que no conoce, que ni siquiera ha

visto una sola vez? Solo ha podido ser a través de la prima gallega. Ha debido ser ella quien, por teléfono o como sea, le ha dado las señas de Mitch, que al fin y al cabo son las de su antigua casa.

Tampoco sabe cómo el padre se las ha arreglado para llegar hasta allí, cómo se las ha apañado para recorrer las setecientas millas que le separaban de la casa de sus hijos. Piensa que debía tenerlo todo cuidadosamente organizado y solo estaba esperando el momento idóneo para escapar de ella.

Quizás fuera el mismo Mitch el que le ha ido a recoger a alguna parte acordada por ambos. A pesar de no haberle visto jamás, le conoce muy bien por todo lo que Sheila le ha contado de él durante los años de su matrimonio.

Sheila llama a Mitch, aunque lo tiene prohibido. No puede acercarse ni a él ni a sus hijos, o de lo contrario podría perder la custodia de los chavales de forma definitiva.

—Está en las últimas —le dice—, es cuestión de horas. Si te das prisa, puede que llegues a tiempo. Los chicos están ahora con él.

Sheila comprende que su padre se ha escapado de ella. Huyó de ella y fue buscando a los nietos, quizás sabiendo que le quedaba poco tiempo. Pide a Moe que la lleve rápido al hospital donde se encuentra el padre. Afortunadamente, el viejo llevaba encima parte de su historial médico y su exmarido se las arregló para pedir los datos que faltaban al hospital de A Coruña.

Tres horas más tarde, Sheila entra corriendo en el hospital. Nada más subir a la planta de cuidados paliativos se cruza con sus propios hijos en el pasillo. No puede acercarse a ellos, no puede decirles nada, pero lo hace. No es que les diga nada, es más bien una mirada suplicante.

—El abuelo acaba de morir hace cinco minutos —le dice Etham, el hijo mayor, antes de alejarse camino de los ascensores—. Dijo que no te acercases a él ni vivo ni muerto. Que nos encargáramos nosotros de todo.

Sheila se da cuenta de que es la primera vez que escucha a uno de sus hijos hablar español.

Al final, lo debieron de aprender a fuerza de oírselo a ella

tantas veces.

32

El último viaje

La habitación de hospital donde mi padre pasó sus últimos días parecía la de un hotel. Pese a estar en un hospital público, al principio tuvo el privilegio de estar solo. Tenía grandes ventanales que daban al mar, a la ría, aunque él minusvaloraba el mar. No le llamaba mucho la atención, lo cual es una pena, porque todo el mundo tira las cenizas de sus muertos al mar. Pero yo no puedo hacer eso con las suyas porque a él el mar le traía sin cuidado. Ni siquiera sabía nadar.

Decía que para la gente que había crecido en ciudades costeras, el mar era normal, que aquello de que fuera bonito era una chorrada de turistas, que en Marineda, cuando él era pequeño o joven, nadie miraba para él ni le hacía caso, que eso era una moda de ahora, que si no me fijara en los pueblos de Galicia, todos construidos de espaldas al mar.

Y creo que en eso no le faltaba razón, que al mar, sin el que todo el mundo afirma no poder vivir ahora, antes no se le hacía mucho caso, sobre todo los que vivían de él. Era medio de vida y, a veces, medio de jugarse la vida y hasta de perderla, pero no era imagen de recreo y ensoñación. El mar estaba ahí y punto.

Sucede lo mismo con los atardeceres, que también son muy de ahora, aunque haberlos siempre los hubo, pero nunca nadie les prestaba atención y ahora se celebran con aplausos y alboroto, sobre todo en verano, como si con cada atardecer se bajase el telón de un día y al siguiente tuviéramos otra nueva oportunidad. Quizás se les aplauda por ser la promesa de eso. Los atardeceres y el sueño

son las únicas cosas que nos transportan de un momento a otro distinto que parece nuevo. Lo único que, diariamente, nos da la oportunidad de renovarnos.

El último día que estuve con mi padre le saqué de su habitación a dar una vuelta hasta el vestíbulo de entrada del hospital, y le dio miedo. Le atemorizaba salir de su planta de oncología. La visión de la calle le dio terror, no sé si porque, al ver la puerta automática y el mundo exterior, intuyó que quizás ya no saldría de allí. Era la puerta de acceso a un territorio hostil y peligroso del que él ya no formaba parte. Me preguntó muchas veces si sabría cómo volver a su planta, si encontraríamos el camino de vuelta. Aquella habitación de hospital era, para él, como una especie de útero materno.

Quise llevarle a tomar algo. Pensé que podía coger a mi padre enfermo terminal de cáncer, bajarlo a la cafetería con el camisón azul de hospital abierto por detrás y sentarnos los dos tan tranquilamente a tomar algo, a tomar unas cañas y charlar de libros. Pero no nos dejaron pasar. Los enfermos no pueden ir a la cafetería, menos los que están a punto de palmarla.

Algo decepcionados, cogimos de nuevo el ascensor para volver a la habitación, y ahora pienso que aquella pequeña excursión de la tercera planta a la planta baja fue la última para él. Aquel bajar aterrorizado en el ascensor, aquel pasar por el quiosco de prensa a mirar de refilón los titulares de periódicos y revistas, acercarse con inquietud a la cafetería y ver a la gente normal, a los que no eran médicos y enfermeras, ver las puertas automáticas del hospital que se abrían amenazantes al exterior, al aire fresco, la calle, los taxis esperando fuera.

Aquel fin de semana mi padre me contó que se había ligado a la asistente social del hospital que le estaba gestionando el ingreso en una residencia de la Seguridad Social. Aún se creía seguro de sus encantos. Se creía un seductor. Necesitaba agarrarse a eso también para no morirse. Se suponía irresistible incluso cuando estaba a punto de cascarla, como decía él. Creyó que había ligado cuando estaba a las puertas de la muerte... Y coqueteaba también con las enfermeras. De hecho, era más agradable con las más

guapas y jóvenes.

Le hablé brevemente de mis vaivenes con mi novio de aquel entonces y me escuchó con interés. En toda mi vida creo que fue lo único que atañía a mi historia personal que le conté con algo de detalle. Cuando hablábamos casi nunca me preguntaba por mi vida o mis sentimientos, o por lo que me estaba pasando o dejando de pasar. Jamás me preguntó si estaba bien, si era feliz, ni siquiera cuando me separé de mi marido.

Nuestras conversaciones por teléfono eran casi siempre breves y cortantes. Duraban apenas unos pocos minutos, como si quisiéramos no estropearlas, para que no surgiera ningún reproche, ningún comentario molesto que pudiera romper nuestro delicado equilibrio. Mi padre, como hacía mi abuela Ma, terminaba las conversaciones telefónicas bruscamente. Cuando decía adiós casi ni le oías. Ya estaba colgando.

Aquel día en el hospital me dio por contarle la relación desastrosa en la que andaba metida y mi secreta esperanza de que aquello saliera bien.

«Se ve que lo has pasado fatal —me dijo—. Lo que quiero que hagas, lo más importante que tienes que hacer ahora es llevar a ese individuo a cenar a Edelweiss y ya verás como todo se arregla. Eso es lo más importante de tu vida ahora».

Quizás tenía razón y, si lo hubiese hecho, las cosas habrían sucedido de otra manera. Lo nuestro y lo mío con aquella persona.

Fui a Edelweiss tiempo después, pero con mis hijos. Comimos codillo y me acordé de mi padre y también de aquel individuo.

Pienso ahora en los destinos que mi padre habría escogido para hacer su último viaje de haber podido. Probablemente habría sido alguna de las ciudades de Centroeuropa que tanto le gustaban, como Budapest, Praga, Viena... O quizás algún lugar de Inglaterra, Gales o Escocia, o quién sabe si habría sido Madrid, dar un último paseo por su querido Madrid.

Pero cuando tu vida se maneja ya por el borde de un precipicio el mejor de los destinos es quedarte justo donde estás, aunque sea la habitación de un hospital y el peor, moverte a cualquier otra parte. Nunca gusta ir a lugares desconocidos en un

medio de transporte también desconocido. Ni aunque nos regalen el billete.

33

El cabezudo

Hace unos días soñé con mi padre. Que yo recuerde, pocas veces sueño con él, quizás haya sido la primera vez desde su muerte.

Estaba en mi consultorio de salud, en la calle Espronceda, y llevaba en brazos su cabeza. No era una cabeza que diera asco, al revés. Era una cabeza gigante y de cartón pintada en colores llamativos, como la de un cabezudo.

—Mire, perdone, ¿y con esta cabeza qué hago? —preguntaba yo a una enfermera—. ¿Cómo me tengo que organizar con ella?

—La tienes que meter en la bañera por si vomita, que muchas veces pasa, pero, quitando eso, no tiene por qué haber ningún problema.

—¿Cómo va a vomitar?... ¿No ve que es una cabeza? Mi padre está muerto. Una cabeza separada del cuerpo no puede hacer eso. No está conectada con el estómago.

—A veces vomitan —me respondió ella tajante.

Me fui con mi cabeza para casa muerta de miedo, pensando en que lo podría soportar todo en la vida menos que aquel cabezudo se pusiera a devolver en mi bañera.

34

Bonus Track

Por la manera en la que crecí, nunca creo ser merecedora de nada excesivamente bueno que venga de fuera. Vivo el amor y los golpes de la fortuna con cierto asombro, como si fuera un *bonus track,* un extra que no espero y me pilla por sorpresa. Algo que no me merezco ni he propiciado. Cuando alguien me presta demasiada atención no creo que sea por mí y miro para otro lado. Busco razones extrañas e intento explicarme el motivo oculto de ese interés.

Cuando me dejan, me lo merezco; cuando me echan de mis trabajos, me lo merezco también. Algo habré hecho o dejado de hacer.

A veces me maravillo del acontecimiento mismo de haber tenido dos hijos y me pregunto: ¿quién crio a estos niños? Yo no debí de ser. Es del todo imposible que yo haya sido capaz de cuidar a dos niños, de hacer bien algo tan importante. Todo lo debió de hacer mi exmarido o las cuidadoras. Debió de ser eso. No me veo ni responsable ni partícipe de nada de lo bueno que me ha dado la vida. Por el contrario, sí me veo culpable de lo poco malo que me ha traído.

Envidio a la gente segura de sí misma, que va por la vida pensando que es el no va más, la gente que cree que lo que tiene es ni más ni menos que lo que se merece, que ve el cariño, la atención, el reconocimiento como cosas naturales. Creo que es porque lo han tenido siempre. Si naces ya mamando champán, el champán se vuelve tan normal como la leche, supongo.

El amor es para mí como la canción inédita que te regalan al final del disco.

Como el premio en la tapa del yogur.

Como la sorpresa de un roscón de reyes.

Como un billete de cincuenta que encuentras tirado en la calle.

Pero a la gente le gustan los triunfadores, también en los afectos.

Los que no piden ni necesitan, a los que les sobran las cosas.

Pero esos tienen tanto que les da igual. Ya no distinguen ocho de ochenta.

En cambio, para las niñas como yo, *el bonus track* es un tesoro, aunque siempre sea la peor de todas las canciones.

35

NUEVE MESES EN LA VIDA DE UNA MUJER

Madrid, diciembre de 2019

Casi es Navidad. Hace poco que la redacción de la revista en la que trabajas se ha movido de sitio. De un polígono del pueblo de Fuencarral pasas a estar en un precioso edificio antiguo cerca de Cibeles, a pocos minutos de tu casa.

Tu novela va bien, en la recta final. Consigues sacar de donde puedes las horas para dedicarle y según avanzas las cosas van resultando más fáciles. Como te dijo Gael, todo era cuestión de ponerse a trabajar. Las historias de amor que te inventas en lugares de ensueño te hacen recuperar un poco la alegría después de todo lo que ha pasado y volver, aunque sea con la imaginación, a los sitios donde siempre querrías estar, como Santorini. Te inventas las cosas que te gustaría que te pasaran a ti y que nunca le pasan a nadie, como enamorarse de un *gigolo* e irse a vivir a una isla griega.

Acabas de volver de un viaje de prensa a Múnich para visitar los mercadillos navideños. Estás empezando a salir con un comandante de Iberia que dice que te va a meter en su «cartilla» para volar gratis por todo el mundo, aún no sabes a cambio de qué.

En el trabajo parece que las cosas se han tranquilizado un poco con tu jefe. Se va de viaje a Myanmar y, cuando regresa, te trae una pulsera amuleto contra la mala suerte. Te hace falta. Menos mal que este año de mierda ya se acaba, piensas.

Coges unos días de vacaciones y te vas a Egipto tú sola. Cuando estás más o menos sobrevolando la presa de Asuán, justo en ese preciso momento, te llaman de recursos humanos a tu puesto en la redacción. Tú no lo coges. No estás, claro. Te llaman aún un par de veces más, se ve que te andan buscando. Lo coge tu becaria y les dice que no estás, que te has ido a Egipto. Que vuelvan a llamar en otro momento.

Te dejan que pases feliz una semana recorriendo Egipto, y tú, a por uvas, como una vaca pastando en el prado tan campante sin saber que al día siguiente irá al matadero.

Regresas al trabajo justo el día despues de Navidad. Mientras le estás contando a tu jefe algo sobre tu visita a Abu Simbel, os interrumpe una llamada. Es la jefa suprema. Que bajes a verla. Coges la libreta y el boli para tomar notas. Cuando entras en el despacho lo primero que ves es a dos señores que no conoces, de traje y corbata, con papeles encima de la mesa. Tu jefa está al lado. Todos tienen cara de circunstancias. Entonces lo sabes. Ya sabes lo que te va a pasar. Te ha pasado otras dos veces antes. Sabes cómo va.

Cuando vuelves de tu «reunión» suceden dos cosas extraordinarias: tu jefe, que se muestra asombrado, «llora» y dice que no ha tenido nada que ver con lo que acaba de pasarte. Pero eso no es lo más increíble. Lo mejor es que durante los diez minutos en los que estabas en el despacho, mientras te despedían, alguien te ha enviado de regalo de Navidad una maleta pequeña con ruedas. Está junto a tu sitio. Piensas que la vida es absolutamente maravillosa, a pesar de todo.

Recoges tus cosas, las metes en la maleta, te despides de los cuatro gatos que hay en la redacción y te vas arrastrando tu *trolley* por la Castellana camino de tu casa. Decides dar un paseo. Hace una mañana preciosa.

Una mujer te ve muy pequeñita desde un avión que sobrevuela la Castellana. Vas arrastrando una maleta pequeña. Caminas despacio. Piensa que quizás te irás en un par de horas de viaje, como ella, a Egipto, pero nada más lejos de la realidad.

Unos minutos más tarde, recibes una llamada de Alba, o como

la llamas malignamente, «la hermanita». Aunque eres tú quien se está ocupando de todo el papeleo de los impuestos y de pagar los gastos de la casa de tu padre, no hace más que apremiarte. Tiene prisa en vender la casa. Lo quiere todo arreglado, pero sin hacer ella nada. Definitivamente, tiene actitud de guapa, pero de guapa *pre-me too*.

—Me pillas un poco mal ahora, Alba. Es que resulta que me acaban de despedir —le explicas.

—¿Y cuándo crees que puedes resolver lo que nos falta para presentar el impuesto? —te responde.

—Alba, yo no sé si no has entendido que me acaban de echar del trabajo hace media hora. No estoy para esto ahora. Un poco de empatía, por favor.

—Tampoco tú la tuviste cuando esperaste tres meses para decirme que Manuel había muerto —te dice.

—Mira, no me gusta nada tu actitud —le contestas—, tienes la misma obligación que yo de arreglar los papeles. Y lo único que haces es exigir y meter presión. Encima te digo que me acaban de despedir y tú a lo tuyo, ni te inmutas. Prefiero que a partir de ahora solo nos comuniquemos por escrito. No me vuelvas a llamar.

—Ni tú a mí tampoco —responde ella—. No te preocupes que no tengo la más mínima intención de hacerlo. A partir de ahora, todo por correo.

Quedan tres días para que acabe el peor año de tu vida, pero sin que tú lo sepas, el año o el destino o la señora del avión o tu jefe te han hecho un regalo de Navidad: ahora sí que vas a ser escritora a tiempo completo. Por cojones. Lo quieras o no.

Enero y febrero

Cuando vuelves a salir a la calle ya es 2020. Un nuevo año te espera, como una novela a punto de empezar. Te vas a Burdeos, a ver a tu hijo, y cuando estáis entregados al vino y a las ostras, paseando tan tranquilos, salta una noticia: justo allí, en Burdeos, en un hospital a apenas unos kilómetros de donde vive tu hijo, aparece el primer infectado de Covid de Europa. Entonces empieza

una pandemia mundial.

Te quitas la pulsera de la buena suerte que te trajo tu jefe de Myanmar y la tiras a la basura. Pero la vuelves a coger, por si acaso. Si 2019 te pareció el año más terrible de tu vida, este podría ser aún peor. En realidad, no tienes ni idea.

Marzo y abril

Durante la pandemia te acuerdas a menudo de Manuel. No hubiese sobrevivido. Hubiera muerto a las primeras de cambio, y además solo, como tantas otras miles de personas. Casi fue mejor así. Una vez más, podría haber sido peor, piensas.

Escribes un relato sobre eso en los meses de pandemia, sobre un viejecito, que es en realidad tu padre, que se muere solo en un hospital, no porque su familia no pueda acompañarle, sino más bien porque no tiene a nadie. Alguien anónimo le envía una carta de ánimo al hospital. Lo titulas *A un paciente sin seres queridos*. Lloras mucho cuando lo escribes porque es como matar a Manuel en la ficción. Debe ser a esto a lo que le llaman autoficción, piensas.

Mayo

Cumples cuarenta y ocho años corriendo varios kilómetros por las calles de Madrid. No has corrido en tu vida, pero es el primer día que dejan salir de ocho a once para hacer deporte. Así que corres. Corres como una liebre, y cuando llegas a Gran Vía y ves el edificio Metrópolis después de tanto tiempo, te parece ser feliz por un breve instante.

Como aún no se puede viajar, te inquieta pensar en las cenizas de tu padre solas en Marineda y tú tanto tiempo sin verlas. Te importa más dejar las cenizas solas que haber dejado a tu padre solo mientras estaba vivo. Necesitarías hacer un Zoom con las cenizas para ver si están bien. Hay una razón: ellas están bajo tu cuidado. Son tu responsabilidad hasta que las entierres, como una especie de hijas. Es absurdo, pero así lo sientes.

Después de vuestro desencuentro el día de tu despido, Alba desaparece literalmente del mapa durante los meses de encierro. No vuelve a dar señales de vida. Temes que quizás le haya pasado algo, pero tampoco le escribes. *No news, good news*, piensas.

Antes del verano te llama alguien que dice ser «portavoz» y «amigo» de la familia. Te dice que Alba necesita que le des unas llaves de la casa de Manuel. Deduces que es su nuevo novio.

La idea de que una extraña, Alba, pueda entrar en la casa de tu padre, que ahora tú has convertido en una especie de memorial, te resulta insoportable. Ya sabes que es su hija, pero te da igual: sigue siendo una extraña. No quieres que toque sus cosas ni las cosas de tu abuela. Que ni se le ocurra.

Hasta el momento, nadie ha entrado en la casa excepto Eugenia y tú, ni siquiera tu madre o Eva. Ni siquiera tus hijos. Que al menos te dejen vivir unos meses de intimidad con tu padre.

Hasta sacar las cenizas de allí no quieres que nadie vaya a la casa.

«Tiene el mismo derecho que tú y puede ir cuando quiera», te dice el portavoz.

Acabas cediendo porque es verdad. Tiene el mismo derecho. Le haces una copia y le dices al mensajero que Alba puede pasar a recoger las llaves.

Piensas que las pide para putearte. Sabes que no irá. No le interesa lo más mínimo lo que hay dentro de esa casa. No quiere nada, solo el dinero. No va a hacer lo que tú pensabas que haría: visitar la casa contigo, descubrir a Manuel a través de sus objetos, mirar sus fotos de niño, mirar sus libros y sus cenizas, buscar sus fotos de pequeña, preguntarte cosas sobre él... No, Alba no es sentimental. Lo notaste a la legua en vuestro primer y único encuentro. Solo quiere acabar de una vez con todo esto. Que vendáis la casa, le des su dinero y no volver a saber de ti ni acordarse de Manuel.

¿Qué te creías, que os iríais a tomar tortitas con nata al VIPS con vuestros hijos?

Junio

Cuando algunas semanas después terminas por fin *Una casa en Santorini*, te quedas de repente sin nada, sin ningún proyecto que te ilusione. Echas de menos a Maxi y a Raquel, tus personajes. Echas de menos Santorini. Nadie habla nunca de lo duro que es acabar un libro, piensas, de lo solo y vacío que se queda uno después.

No quieres buscar trabajo en ninguna otra redacción y aún te quedan algunos meses de paro. Con tres despidos a las espaldas y casi cincuenta años te parece más que suficiente para dar por zanjada tu carrera. Es hora de hacer otras cosas. Cuando no sabes qué hacer siempre viajas, y entonces encuentras «el camino». Pero es que aún no se puede. Ni siquiera tienes eso.

Te planteas dedicarte a escribir y quizás montar otro negocio. De momento, no quieres ponerte con otra novela erótica. Necesitas un descanso. Durante la pandemia escribiste un libro de relatos que después te autopublicaste en Amazon, pero ¿sabes qué?, hasta el panadero de tu barrio escribió un libro de relatos sobre la pandemia. De hecho, durante el confinamiento todos fueron o escritores o panaderos o alcohólicos, algunos, como tú, las tres cosas juntas.

Dedicas parte del tiempo a revisar y corregir otro libro de relatos que ya tenías escritos desde hace tiempo. Empiezas a enviarlos a las editoriales. Pero sucede lo que ya sabías de antemano: que las editoriales no quieren relatos. En España no se leen relatos. Nadie invierte más de quince euros en algo que va a durar diez minutos a no ser que sea un *gin tonic*.

—¿Por qué en España no gustan los relatos? —le preguntas por teléfono a una agente literaria.

—Porque la gente quiere historias en las que quedarse a vivir un rato.

Nada más que añadir. Te vas con tus cuentos a otra parte.

Intentas enviar a las editoriales tus relatos de la cuarentena, pero también sin mucho éxito.

«No publicamos cosas que tienen que ver con momentos concretos», te dice una editora.

Intentas después que alguna agencia literaria te represente,

pero, a pesar de tener ya varios libros publicados, ninguna acepta manuscritos no solicitados.

«No aceptamos manuscritos no solicitados». Piensas en lo absurdo de esa frase. Pero ¿desde cuándo las agencias escriben a los escritores para solicitarles manuscritos?

No quieres ya buscar trabajo en ninguna redacción, pero tu carrera como escritora tampoco parece que vaya directa al estrellato.

Te preguntas por qué nadie cuenta en ningún libro lo jodido que es ser escritor, que te hagan caso. Por qué todos los autores de prestigio parece que han llegado hasta donde están como dando una vuelta. Por qué nadie cuenta el trayecto, a veces pisando pinchos, que hay que hacer para subir desde el sótano hasta el tercer piso, con suerte.

Quizás si te convirtieras en *influencer* de alguna cosa, podrías ser escritora de éxito. Pero ¿*influencer* de qué?

Julio y agosto

Es el primer aniversario de la muerte de Manuel y te parece que todo ha sucedido hace dos días. Lo pasas en Budapest, como sin duda le habría gustado hacer a él si uno celebrase sus cumpleaños de muerto como los de vivo. Igual se celebran, vete tú a saber: menos uno, menos dos..., así sucesivamente, y sin tope.

Piensas en él cuando estás en tu apartamento del barrio judío, cuando vas a cenar y un violinista húngaro te toca una canción en la mesa, cuando paseas por las orillas desiertas del Danubio y te paras en los bares a beber vino de Tokay.

Estás celebrando. Celebras estar viva y atreverte a pasear por Budapest sin turistas, mientras el mundo aún se muere de miedo por la pandemia. ¿No tienes miedo de viajar ahora?, te preguntan. Y tú piensas en una de las frases míticas de tu madre: «No hay que tener miedo al miedo».

Después te vas a Bretaña, con tu exmarido y tus hijos. Hace más de diez años que no vas, desde que D. y tú os separasteis. Es un viaje muy emocionante, de reencuentro con los lugares tantas

veces visitados. Bretaña siempre te pareció Galicia, desde la primera vez te sentiste en casa: mismo paisaje, mismo mar, misma comida... Dos esquinas del Atlántico. Todos celtas.

Vais a casa de la bisabuela de tus hijos, que va ya para cien años. Come ostras, bebe vino, come frutas escarchadas, cultiva un huerto... Así se llega a vieja, pensando que una se va a morir cada día siguiente. Desde que la conociste, hace veinticinco años, cada vez que ibais la madre de D. os decía: «Despedíos de la abuelita, que esta será probablemente la última vez que la veáis», pero la abuela continúa viva y sigue comiendo ostras, y no las va a coger al mar de milagro.

Vais a Pont-Aven, el pueblo donde vivió Gauguin, a la salvaje y maravillosa isla de Groix, uno de los pocos lugares de Europa que tiene una playa convexa, a la elegante isla de Ré, a la isla de Oleron. Coméis mejillones cocinados sobre agujas de pino, ostras de seis tamaños distintos, brioches esponjosos como nubes, crepes con caramelo a la mantequilla salada. Vais a playas salvajes. Te agarras al placer después de todas las muertes, después del despido, después de la pandemia. Te entregas al sol, a la comida, a la familia, a los lugares por conocer, a las cosas por las que merece la pena vivir, como dice Woody Allen en *Manhattan*. Uno debería tener su propia lista de las cosas por las que merece la pena vivir. Las tuyas las tienes claras: amor, viajes y aventuras. Todo va englobado en alguna de esas categorías.

No las inventaste tú. Un día, al comienzo de vuestra relación, D. te regaló un pequeño cuaderno forrado de raso rojo, cansado de verte escribir y destrozar guías de viaje anotando cosas. Pensó que sería buena idea que llevaras un diario de tus viajes.

«Este es el libro que más nos gustará leer. Estará lleno de amor, viajes, dibujos y aventuras», puso en la dedicatoria. Ya vas por el cuarto cuaderno, y es verdad: los lees continuamente, a menudo en los aviones. Es como si llevaras siempre tu vida y tus recuerdos a cuestas. Al contrario que tu madre, tú sí quieres acordarte de todo, para algo te lo estás currando.

A la vuelta de Francia, empiezas a pensar en lo que te dijo Eva hace un año en O Remo. Quizás no sea tan descabellado escribir algo sobre tu familia, sobre tu padre, sobre tu vida... Tras la muerte de Manuel sientes una extraña necesidad de conocer más cosas sobre tu pasado, pero se te hace tan imposible como armar un puzle de cinco mil piezas. Los escritores dicen a menudo que los libros autobiográficos les sirven para hacer ajustes de cuentas. A ti también te gustaría hacer ajustes de cuentas, o simplemente, ajustes.

No sabes por dónde empezar el puzle, ni siquiera sabes de dónde sacar las piezas. Te parece buena idea comenzar a ir a terapia, que además está tan de moda. Antes era de desquiciados, pero ahora a nadie se le ocurre llamar loco a alguien que va al psicólogo. La gente se quita de los gimnasios para poder ir a terapia porque lo más importante es la salud mental, al menos en las redes sociales. Ya podemos tener el cuerpo hecho una mierda, que ahora lo importante es la cabeza.

Para empezar por algo más exprés y entretenido, decides ir antes a una echadora de cartas por Aluche, a la que acudes en momentos críticos de tu vida. Le cuentas que todo te va fatal: tu padre ha muerto, tu suegro ha muerto, te han echado del trabajo, profesionalmente no sabes para dónde tirar.

—¿Cómo ves mi futuro? —le preguntas-

—Lo primero es quitarte esa cara de culo. Pero ¿tú te has visto? Con esa cara que llevas no me extraña que todo te vaya mal. Lo que no entiendo es cómo no te ha ido aún peor. Te está salvando que alguien te cuida desde el cielo, creo que tu abuelo.

Al final, tú y tu cara de culo sois más de la opinión de tu madre: todo el mundo está loco, con terapia o sin ella.

36

Los locos de mi familia

Cada familia tiene sus locos. Me pregunto si esta frase será real o me la llevo años creyendo para justificar que lo mío no es tan raro. Cada familia tiene sus locos, pero la mía tiene bastantes, un porcentaje alarmante. Pobres chalados. Pertenecen a un grupo aparte. Están los niños, los viejos, los enfermos y los locos. Y luego estamos los demás. Los que creemos ser normales, pero en realidad también estaremos locos según los ojos que nos miren.

La mayoría de los locos de mi familia vienen de la rama materna.

A los locos nadie les entiende, porque la mente es una cosa misteriosa en la que no se puede meter la mano y apretar o rascar o sacar una muestra a ver qué hay; es una incógnita dentro de nuestras cabezas. Y las cabezas dan mucho respeto, creo que por lo blandas y frágiles que son. Si alguno quiere entender los misterios de la mente, lo mejor que se puede hacer es ir a una casquería.

Mi loca favorita de mi familia, por ser la más graciosa y entrañable, fue una tía abuela a quienes todos llamaban la tía Piluchi, hermana de mi abuela Concha. La recuerdo con sesenta años y su aire infantil, vestida de niña, hablándole al transistor con amor, como si fuera su bebé. Su única locura era esa: hablarle a la radio. La llamaba «chicharrita». Cuando salía del manicomio de Leganés donde vivía e iba de visita a casa de mi abuela, yo la escuchaba tras la puerta murmurándole al transistor: «Hola, chicharrita bonita. Ya estamos aquí. Nos han dejado salir, mira qué bien vamos a estar».

Una loca bastante más dramática fue mi prima Esperancita, que era farmacéutica y en una de sus crisis se tiró desde el tercero de su casa y se mató. Tenía esquizofrenia. La recuerdo también en mi infancia, apacible y vestida de antigua, pero con los ojos ya de chalada, la mirada un poco perdida, como fuera de órbita, y una sonrisa beatífica permanentemente colgada de la boca.

Para entender su esquizofrenia quizás habría que haber visitado la casa familiar donde Esperancita vivió toda su vida. Un lóbrego piso de trescientos metros cuadrados en la calle Magdalena de Madrid, con oscuros pasillos de kilómetros, que más parecía un museo. Su padre era coleccionista y los corredores de aquella casa estaban repletos de vitrinas con minerales, conchas, ostras con perlas, soldaditos de plomo..., todo tipo de objetos más bien siniestros. El padre de Esperancita era médico y la madre, profesora de Ciencias Naturales. Su hermano se llamaba Ricardito. Quizás por eso tenían una casa tan extraña. Demasiada ciencia en un piso tan grande. Demasiados diminutivos.

Mi bisabuelo también se suicidó, aunque por una grieta. Es uno de los personajes más enigmáticos de mi familia. Mi abuelo, su hijo, nunca quiso hablar de un episodio que, sin duda, debió marcar su vida. Lo eludía siempre.

Su muerte salió en los periódicos de la época bajo titulares como «Muerte de un propietario», u otro que me gusta aún más: «Los desesperados de la vida».

La nota del periódico es del 12 de abril de 1930 y dice así:

LOS DESESPERADOS DE LA VIDA

Se pega un tiro porque su finca amenaza ruina. Y parece que había invertido en ella todo el capital que le quedaba.

Anoche puso fin a su vida disparándose un tiro en la cabeza en su domicilio de Modesto Lafuente 1 el propietario de la finca, don Francisco Fernández-Cabrera, de cuarenta y seis años. El juzgado de guardia que lo era del distrito de La Latina se personó en el lugar del suceso acompañado del médico forense, Dr. Palacios. Se realizaron el reconocimiento del cadáver y demás diligencias correspondientes.

Por los trabajos hechos por el juzgado se pudo saber que el señor

Fernández-Cabrera hace tiempo que liquidó bienes que tenía fuera de Madrid y que con ellos levantó la finca que habitaba y cuyos demás pisos dedicaba al arriendo. Parece que el señor Fernández-Cabrera padecía una grave enfermedad nerviosa y que, al parecer, esta se agudizó al saber que la finca en la que había invertido todos sus bienes se encontraba mal construida y amenazaba, según se decía, ruina por algunos puntos.

Muchos de los inquilinos de la finca, al saber anoche lo que pasaba, abandonaron la casa. Según sabemos, solo quedó un inquilino. Seguramente se ordenará a los arquitectos municipales que realicen un rápido examen de la casa para conocer sus condiciones de seguridad.

Hoy practicó la autopsia al cadáver el médico forense correspondiente y se enviaron las actuaciones al juzgado de guardia del juez competente.

Mi bisabuelo no era ni mucho menos un desesperado de la vida como lo podríamos entender ahora, sino un inversor inmobiliario que, venido de una familia de terratenientes de Mora, en Toledo, se dedicó a construir alguno de los mejores edificios de Madrid. Era amigo de Valle-Inclán y de Unamuno, con los que, al parecer, se reunía a menudo en el Ateneo.

El bisabuelo, que por aquel entonces estaba casado con mi bisabuela Esperanza y tenía dos hijos adolescentes, se pegó efectivamente un tiro en la que hoy es mi casa, aunque creo que no en mi piso. Mis hijos siempre han pensado que vivimos en una casa encantada y que el espíritu del bisabuelo es el responsable de los extraños ruidos y arrastramientos de muebles que suceden en el piso de arriba.

Al igual que el bisabuelo nunca pudo imaginar que su bisnieta acabaría viviendo en la casa que él creía ruinosa ochenta años después, yo tampoco conoceré nunca a mis futuros tataranietos. Seré solo una foto ajada dentro de algún cajón o, mejor aún, engrosaré la lista de locas de mi familia.

Me consuela saber que, en todas las familias, siempre suele haber alguien que se dedica a investigar la genealogía y seguir el rastro de los muertos y los locos. Bendita sea esa futura persona misteriosa, quizás no nacida aún, que será la encargada de revivirme dentro de cien años.

De la familia de mi padre apenas tengo datos, porque ni él ni mi abuela me contaron nunca nada, o muy pocas cosas. No eran tan cultivados como la familia de mi madre, que fueron muchos artistas o intelectuales. Más bien eran militares, carniceros, gente que hizo dinero.

Parece ser que la abuela de mi padre también estaba loca. Cuando alguna vez pregunté por qué, lo único que me respondieron es que se bañaba desnuda en la playa del Matadero. La locura es una cosa que depende de las épocas, no tanto de las personas.

Me siento orgullosa de mis antepasados, aunque parte estuvieran chalados. Una de las cosas de mi familia de las que más presumo es de que mi bisabuelo materno tomara café con Unamuno y Valle-Inclán. Su suicidio, en efecto, fue muy novelesco. Muy acorde con sus amistades y la época que le tocó vivir. Creo que también era aficionado al juego. Lo tenía todo, el pobre: dinero, depresión y vicios.

Más de cien años después, la bisnieta de Unamuno viviría también en uno de los pisos de la misma casa que se iba a derrumbar.

No sé si es verdad lo de los siete grados de separación, pero sí lo de los movimientos circulares.

37

Mora, Toledo

Debería ser obligatorio buscar nuestros orígenes, averiguar de dónde venimos y pisar esa tierra, aunque sea solo una vez. Estamos tan preocupados por saber hacia dónde nos dirigimos que, a menudo, no damos importancia a conocer de qué pueblo, ciudad, madriguera o camino somos. Y venimos casi siempre de un lugar o lugares que muchas veces ni nos molestamos en conocer, que nunca hemos visto, que jamás enseñaremos a nuestros hijos. Y esos lugares también nos han modelado, aunque ni siquiera lo sepamos. Una persona que conoce sus lugares de origen está como más sujeta al mundo, como mejor plantada.

En mi caso, por parte de madre, vengo de un pueblo de Toledo, unas tierras amarillentas surcadas de olivos, de suaves y ondulantes colinas que reconocí al momento, aunque no las hubiera visto nunca. No sé si porque las quise reconocer como algo mío o porque en realidad sucedió así. A veces otorgamos a las cosas un tinte místico o trascendental que en realidad no tienen. Siempre debemos adornarlo todo con una cierta dimensión espiritual o mágica.

La familia de mi padre viene toda de Marineda, aunque a él nunca le interesó contarme quiénes fueron, lo que hacían. Algunos meses antes de morir, paseando por el centro, me dijo: «Mira, aquí estaba la carnicería de mi abuelo».

Creo que eso fue lo único que me contó referente a sus antepasados. Para mi padre, como tantas veces me había dicho, su familia eran su madre y su hermana. A los otros, a los de antes,

nunca les prestó demasiada atención.

De los orígenes de mi madre tampoco sé mucho. Jamás me contó nada, ni siquiera sobre sus padres o abuelos.

«Una vez le pedí a mi padre dinero para unos zapatos. Me miró los pies y me dijo: "Ya tienes unos"».

Esa frase que le dijo una vez mi abuelo Paco a mi madre es lo único que ella me ha contado sobre su familia.

Parece que tanto mi padre como mi madre hubieran sido arrojados al mundo a los veinte años desde una suerte de platillo volante. Jamás conocí a dos personas más desligadas de sus lazos familiares y sus lugares de origen. Creo que esto también forma parte de una época. Los progres de los setenta despreciaban su herencia familiar, no fuese a ser que descubrieran demasiados familiares reaccionarios por el camino. O quizás no creían en el peso de la herencia genética, en la influencia de los lugares en los que vivieron los que fueron antes que nosotros.

Mis lugares son dos, Marineda y, sobre todo, Madrid.

Madrid es para mí como un soporte, algo que me sujeta, un organismo vivo, una especie de serpiente gigante que se despliega ante mí por arte de magia cuando salgo del portal, como el escenario de un teatro o de una caja de música. Allí se localiza la representación, el teatrillo de mi vida. Sin ese escenario nada sería igual, ni siquiera yo misma.

El cielo azul de Madrid conforma personalidades vitales y luminosas, te regala gratis una manera de ser. En Madrid no hay forma de estar triste o deprimido. Tiene demasiada energía para que algo tan sutil como la tristeza dure demasiado. La atropella algún autobús o algún escandaloso camión de la basura. Alguien le echa un escupitajo encima. Queda ahogada en una caña. Hay, también, demasiada luz, tanta que a veces sobra un poco. Madrid es siempre deslumbrante. Se exhibe como una alfombra florida ante todos los que la pisan. Por eso la gente que llega nunca se acaba de ir o siempre quiere volver. Queda atrapada.

Marineda es algo distinto, un lugar al que pertenezco, pero que, de alguna forma siento ajeno y en ocasiones, hostil. Sin embargo, estoy aprendiendo a quererla y ahora, precisamente

después de la muerte de mi padre, necesito ir con cierta frecuencia. Con la edad se reconocen los lugares a donde uno pertenece. Mi padre me dijo que Marineda le gustó de niño y le había vuelto a gustar de viejo, y que a mí me pasaría lo mismo. Yo me debo de estar haciendo vieja, porque siento una rara alegría cada vez que me envuelve su humedad, cada vez que vuelvo a pasar por los lugares donde crecí. Aunque no fuera feliz, sí fui pequeña.

«Se es de donde se pace, no de donde se nace», decía siempre mi abuela, y yo realmente no puedo decir de dónde soy. Soy mitad de un lugar y mitad de otro, supongo.

En Marineda siempre tengo frío, la humedad me cala hasta los huesos. Todo me parece tan distante, gris y húmedo como le debió de resultar a mi padre cuando llegó después de pasar treinta y tantos años de su vida en Madrid. Se sintió como un exiliado. Lo único que le gustaba era el clima. Ese clima que hace salir moho de todas partes, que hace que la cama se sienta húmeda cuando te metes en ella, ese aire espeso que trae olor a sal desde cualquier lugar, y ese ruido agudo de gaviota. Marineda es un mar furioso y gris domado por una ciudad tranquila. Una ciudad donde, dicen que nadie es forastero a los pies de un faro milenario.

Cuando mi padre me contaba la historia de El Horla, de Maupassant, siempre me imaginaba que sucedía allí. Mi hijo Gael me dijo hace muy poco que, cuando yo le contaba la historia de El Horla, siempre se imaginaba que sucedía allí.

Al margen de Marineda y Madrid, yo siempre quise tener un pueblo. Creo que bastantes de los que no tenemos pueblo añoramos uno. Ir al pueblo es, para muchos, sinónimo de infancia feliz, y no sé por qué, dado que algunos son bastante siniestros y no están faltos de desgracias, pero uno nunca piensa que en un pueblo pueda suceder nada malo. Un pueblo son abuelos bondadosos, vecinas al fresco, ríos y niños en bicicleta sorteando piedras.

Un sábado de julio fui al fin a visitar mi pueblo. Se llama Mora y está en Toledo. Llevaba toda la vida oyendo hablar a mi abuelo de él, pero nunca había ido. Tras la muerte de mi padre tengo necesidad de saberlo todo sobre mi familia, no solo sobre la

suya, también sobre la de mi madre.

D. se ofreció a llevarnos a todos, no solo por mí, también para que nuestros hijos lo conocieran y vieran de dónde venían.

Fue un viaje muy especial. Yo, que he ido a tantos lugares despampanantes, recordaré seguramente siempre nuestra modesta excursión a Mora aquel sábado pospandemia de principios de verano.

La familia de mi madre eran los latifundistas de Mora. Tenían muchas tierras que dedicaban al cultivo de la aceituna. Debían de dar trabajo o explotar a bastante gente a principios de siglo.

Visitamos la casa familiar, una especie de palacete ajado pero majestuoso, en el centro, haciendo esquina. Tenía lo menos quince habitaciones, vidrieras de colores en las ventanas, grandes y señoriales puertas con escudos. Me pregunté a quién pertenecería ahora. Pensé en la posibilidad de hacer un Airbnb en aquella casa. Me sentí orgullosa delante de mi exmarido y mis hijos, como diciéndoles: os creíais que vuestra madre era cualquier cosa, pero ya veis, en ese palacio abandonado vivió la familia de vuestra madre. Hubo un día en que la familia de vuestra madre fue alguien en este lugar.

Mucha de la gente que andaba por la calle era, seguramente, familiar mío, o había tenido algo que ver con mi familia o trabajado para ella. Me crucé en los restaurantes y los bares con gente que llevaba gotas de mi sangre, rastro de mis genes.

Una de las paradas que hicimos fue en el cementerio, en busca de las tumbas de mis antepasados. Encontramos la de mis tatarabuelos y también la del niño Vidalito. Vidalito fue el hermano de mi abuelo y tuvo una vida brevísima. Murió a los siete años al disparársele una escopeta de caza mientras jugaba. Mi abuelo nunca hablaba de ello.

A mi bisabuela primero se le murió un hijo de un disparo y luego se le disparó el marido.

Mi madre alguna vez me dijo que era una mujer de «armas tomar», y ahora no me extraña.

Antes de irnos de Mora, paramos a comprar aceite en una venta.

—¿Usted no conocerá a mi familia, por casualidad, a los Fernández-Cabrera? —le pregunté a un señor que andaba por ahí comprando algo también.

—A ver si me entiende... —me contestó—, conocer no les conocíamos. Trabajábamos para ellos. Eran los terratenientes del pueblo. No le quiero faltar al respeto, pero era así. Así que conocer en persona, nunca les llegamos a conocer.

Pensé en mi bisabuelo el terrateniente, que salió de aquel pueblo para no volver, que salió de aquel pueblo para tomar café con Unamuno y Valle-Inclán y para suicidarse.

Cuando una descubre que tiene un pueblo a los cuarenta y muchos y, además, que su familia era la importante de aquel pueblo, creo que no es lo mismo. Yo no me refería a ese tipo de pueblo cuando decía que quería un pueblo.

De los campos de Mora debí yo sacar, además de lo que mucho que me gustan las aceitunas, los aires de princesa que me gasto a veces.

38

El artista

Madrid, verano de 2020

La excursión a Mora te hace echar de menos a tu abuelo, algo que te sucede a menudo. Te hubiese gustado ir allí con él. Que hubiera sido él quien te hubiera enseñado la casa familiar, el cementerio, la venta, los campos de olivos...

Poco después de ir a su pueblo, del que él siempre estaba hablando, no puedes dejar de ir a verle, o mejor dicho, de ir a visitar su tumba al cementerio de la Almudena. No es que lo hagas muy a menudo desde que murió, hace ya quince años, pero sí de vez en cuando, cada tres o cuatro. El recuerdo no es tanto para los muertos, piensas, es para que los vivos no olvidemos, una dosis de recuerdo.

Vas otra mañana de sábado, poco tiempo después de vuestra visita a Mora, y te llevas a tus hijos. Ellos nunca han estado allí y quieres que vean el cementerio. La zona en la que está la tumba de tu familia es además la más bonita y antigua de la Almudena.

A tus hijos les hablas a menudo de tu abuelo porque si hubo alguien que te quiso, y te quiso bien, fue él. En él no hubo sombras ni manchas oscuras como en el resto de personajes de tu familia. Fue todo luz, al menos así lo recuerdas.

Tu abuelo era muy tacaño, de dinero y de afectos, pero tú fuiste, precisamente, una de las personas a las que más quiso y te lo demostró de sobra mientras vivió y también en su muerte.

Es la única persona de tu familia de la que te sientes orgullosa, a la que sí llevas como una bandera.

Te acuerdas bien de aquel 18 de mayo de 2001. La habitación en penumbra, las persianas casi bajadas del todo a pesar de que son las nueve de la mañana. Y tú, adormilada en la cama. Acabas de dar a luz después de doce horas de parto. A tu lado, en una pequeña cuna transparente, duerme tu bebé recién nacido.

Despiertas de pronto y no sabes muy bien dónde estás, qué ha pasado. Miras al bebé y te sitúas. Notas la presencia de alguien más contigo en la habitación. Lo primero que adviertes son unos pies de gruesos tobillos con unos zapatos acordonados y el final de un bastón que termina en un tope de goma. Sigues subiendo la vista y distingues la pesada silueta de tu abuelo, que está sentado en una silla a tu lado, en silencio, también medio adormecido, como para acoplarse a la estampa. No sabes cuánto tiempo lleva ahí. Es la primera persona que ha llegado para conocer al bebé. Su primer bisnieto. Cuando se da cuenta de que has despertado, te dice:

«Qué bonito es, hija mía, pero qué bonito es».

También te hizo de padrino en tu boda, porque claro, no tenías padre, tu padre no te hablaba cuando te casaste. También te ayudó cuando no tenías dinero, te pagó un piso, te dejó la casa donde ahora vives.

Pero no es solo por cosas como esas por lo que le recuerdas. Tu abuelo fue una de las pocas personas que te salvó la infancia, y lo consiguió haciendo sobre todo una cosa: enseñándote a comer. Porque a tu abuelo Paco, don Francisco para los demás, si había algo que le gustaba en la vida era comer.

«Hija mía —te dijo una vez—, comer es, vestidos, el mejor placer que hay. Ya lo verás».

Por eso te parecen extrañas las personas a las que no les interesa la comida, que ven el hecho de comer como una mera ingestión de nutrientes. Pero es que hay gente a la que el placer no le interesa mucho. O quizás a quienes nos faltaron cosas encontramos refugio fácil en el placer.

Tu padre se refugiaba de su infancia perdida en el placer de leer y de beber, tú de la tuya en el placer que te daba el cine, y

luego de adulta en el vino, en el sexo, en la comida... Siempre hay placeres a los que engancharse gustosamente. Igual que te enganchas al dolor te enganchas al placer. Eres de ese tipo de gente a la que le gusta viajar, comer, beber..., no para nada útil, ni siquiera para aprender nada. Por el simple acto sensual de disfrutar. También te gusta sufrir por el simple acto sensual de sufrir.

Tu abuelo fue muchas cosas en su vida, pero no crees que ninguna de ellas fuera elegida. Se dejó arrastrar por una corriente invisible y siempre estuvo dominado por su madre, tu bisabuela Esperanza, que vivió hasta casi los cien años.

Llegó a viejo y murió de la peor de las maneras: siendo consciente de que la vida se le había ido en un pestañeo y no había hecho con ella nada de lo que hubiese querido, a pesar de haber tenido dinero y posibilidades. Tenía muchos sueños, pero nunca se atrevió a cumplirlos. Fue una persona fundamentalmente cobarde. Nunca se habla de la cobardía de vivir, que es la más frecuente. Porque si hay algo que da miedo, es vivir, en el sentido amplio de la palabra. Atreverse a vivir.

Tu abuelo arrastró siempre esa carga pesada, la de no haber vivido. Sin embargo, jamás conociste a nadie con más clase y mejor sentido del humor. No del que provocaba la risa, sino del otro, del ácido y amargo.

Era pintor, como lo había sido su madre, la esposa de tu bisabuelo suicida. Pintor y catedrático de Dibujo. Cuando sacó las oposiciones pudo elegir entre dos ciudades, Málaga y Marineda. Eligió la segunda. Piensas a veces en la malagueña que habrías podido ser. Habrías salido más salada, menos ceniza.

Su madre, tu bisabuela, también era pintora, o más bien quiso serlo. De muy joven, iba a copiar cuadros al Museo del Prado acompañada de su aya. Copió un montón de cuadros de Zurbarán y Ribera. Son exactos, de un tamaño enorme, es realmente difícil distinguirlos de los originales. Pero ser una mujer pintora en 1925 era algo que no encajaba en la época. Cuando se casó con tu bisabuelo, él la obligó a dejarlo. No quieres ni pensar a lo que habría llegado de haber seguido adelante. Tu bisabuelo quizás sí lo

pensó. Por eso mismo no le permitió seguir.

Tu abuelo heredó ese talento, aunque en menor grado. Nunca pintó igual de bien que su madre. En Marineda ganó cinco cátedras de Dibujo. Y luego se especializó en los retratos de la buena sociedad. Todas las señoras bien de la ciudad tenían, en aquella época, grandes óleos suyos presidiendo sus salones. A la que más pintó fue, cómo no, a tu abuela Concha. La retrató a lo largo de todas sus edades en dibujos, en acuarelas, en óleos inmensos que aún cuelgan en las paredes de la casa de tu madre. Tu abuela de muy joven con su perrita Dunia y una mano reposando graciosamente en un libro; tu abuela vestida con traje de noche recortada sobre las rocas de Marineda; tu abuela en actitud pensativa...

A ti también te retrató muchas veces. De pequeña, adolescente y también de adulta. Te gustaba mucho posar para él, aunque lo malo era que había que permanecer muy quieta. Nunca dejó de pintar ni de dibujar. Lo hizo hasta el final, aunque ya con mano temblorosa. En tu habitación tienes una de las últimas acuarelas que hizo, un jarrón con unos claveles completamente torcido.

De mayor, además de en la comida, se refugió en la lectura, los wésterns y la música clásica.

El abuelo se murió sin conocer Italia, sin ver la capilla Sixtina ni la Galería de los Uffizi. Siempre se quejaba de no haber viajado, de no haber visto mundo, de no haber podido admirar las grandes obras de arte en directo. Sin embargo, nunca fuiste con él a ningún museo. Lo que tu abuelo y tú hicisteis, fundamentalmente, fue comer.

Él te hizo descubrir el placer que se escondía detrás de la comida y lo hizo desde que eras bien pequeña, como un maestro que enseñara la piedra de la sabiduría a su joven pupila.

A lo largo de toda tu infancia y adolescencia pasaste cada sábado a mediodía con él. Quedabais en el Casino de Marineda a las dos menos cuarto. Ni antes ni después. Toda la vida os citasteis a esa misma hora tan rara. Cuando llegabas a buscarle lo encontrabas solo o con otros viejos, a menudo charlando, jugando

al dominó o leyendo el periódico. Entonces os ibais a comer. Y comer significaba una fiesta, significaba ir a alguno de los mejores restaurantes de Marineda, significaba que alguien te esperaba en algún sitio al menos una vez a la semana para hacer algo contigo. Tu abuelo te hacía sentir especial al regalarte todos aquellos festines gastronómicos.

A veces tocaba el Yéboles, ahí ibais a comer cigalas, centollos, ostras, percebes, nécoras... Os traían un centollo vivo de dos kilos directamente a la mesa para que él le diera el visto bueno, luego lo cocían y os lo comíais entre los dos.

«Lo más rico es la caca, hija mía», te decía hundiendo el esponjoso pan de bolla gallego en las entrañas del bicho.

De Casa Naveiro, otro de los mejores restaurantes de la ciudad, recuerdas las angulas. Tú ya te ponías ciega a angulas con nueve o diez años; no debían de ser tan caras en aquella época. Las traían en aquellos platillos de barro con el tenedor de madera, aderezadas con ajo y guindilla. El abuelo te dejaba pedir lo que quisieras, pero siempre te orientaba. Te explicaba la comida como tu padre te explicaba el cine, con la pasión contagiosa de algo que te gusta mucho, casi obscenamente.

«Hija mía —decía—, lo único que se puede comer con las manos sin ser de mala educación es el marisco y los espárragos».

En Casa Naveiro también hacían dos postres famosos en toda la ciudad: las cañas rellenas de crema y las filloas también rellenas de crema, enrolladas y pasadas por la plancha, y con azúcar glasé por encima. Lo recuerdas como una de las cosas más deliciosas que has comido en tu vida.

Sin embargo, tu abuelo nunca pedía ninguno de esos postres. Invariablemente terminaba con una tarta helada al *whisky* regada con *whisky* por encima. Jamás le viste pedir otra cosa.

El restaurante al que ibais con más frecuencia se llamaba La Marina. Ya no existe. Hoy es un lugar extrañamente abandonado. Por aquel entonces era un espectáculo. Se entraba por la cocina, donde cinco o seis cocineras siempre gordas, ya entradas en años y con el pelo cubierto con un gorro como de quirófano, se hundían trajinando entre ollas y sartenes en medio de una deliciosa

humareda. Lo famoso de allí eran cuatro cosas: las milanesas con patatas fritas, la sopa de pescado, las almejas a la marinera y, sobre todo, la tarta de manzana. Nunca has vuelto a probar una igual. El sabor y el olor del caramelo quemado, aquel suave y dulce sabor de la manzana reineta...

Pero al abuelo también le gustaban las cosas peculiares. De vez en cuando ibais a un bar cercano a su estudio en Marineda a comer patitas de cordero. No volviste a verlas en ningún lado.

Con él continuaste yendo a comer hasta que se murió, aunque, por la edad, en los últimos años de su vida no podía hacerlo tanto y tan bien, pero lo disfrutasteis hasta el final. Ibais siempre a Los Arcos, un restaurante de la calle Ponzano, en Madrid, al que jamás has querido volver.

Recuerdas allí a tu hijo Gael, atornillado a la mesa en una especie de trona, comiendo morcilla de arroz y cordero asado con apenas tres años. Durante los últimos años de su vida tu abuelo se volcó en ese niño, que, curiosamente, también ha heredado su desmedida afición por la comida.

En Los Arcos, tu abuelo pedía frecuentemente cabeza de cordero. Le traían la cabeza del pobre animal tajada en dos mitades, con sus vísceras en los compartimentos correspondientes. Se entretenía extrayendo las viscerillas de cada hueco. Después, pedía su tarta helada al *whisky* y hacía que se la regaran con J&B. Luego, cuando pedía la cuenta nos decía:

«Mirad a ver si está todo bien».

Y le daba al camarero su tarjeta para pagar diciendo siempre la exacta e idéntica frase:

«Mire a ver si queda algo de dinero ahí para pagar esto».

Tenía mucho dinero, pero aquel era su sentido del humor.

Tu abuelo era de ese tipo de gente que se bebía un *whisky* con hielo antes de comer, como aperitivo, que vivía en hoteles y comía *marrons glacés*. Era un abuelo elegante, de otro tiempo. Recuerdas el olor a pipa que le envolvía siempre y el menos agradable de los puros. No se separaba nunca de tres cosas: su boina, su bastón y un anillo de platino con un solitario de brillante en el centro.

A veces, después de vuestras comilonas en Marineda, el

abuelo sacaba su coche a pasear. Tenía un coche precioso, un Ford Cortina rojo con la capota negra; nadie en la ciudad tenía un coche igual. Ya no lo usaba y lo tenía guardado en un garaje, pero algunos de aquellos sábados «sacaba el coche a pasear», como decía él. Dabais una breve vuelta por el centro y lo volvía a meter en el garaje.

En su casa de Madrid tenía también una caja fuerte, algo que a ti te resultaba fascinante. Cada vez que te daba dinero o te hacía un cheque, porque era de esas personas que también daban cheques, descolgaba un cuadro con un bodegón que escondía la caja fuerte. Metía la combinación, abría la caja, sacaba el billete y volvía a colgar el cuadro.

Viajaba a menudo de Madrid a Marineda, pero siempre hacía el viaje en dos etapas. Decía que era porque le resultaba muy pesado, aunque en realidad era porque quería comerse el congrio al ajoarriero que daban en La Peseta, el hotel de Astorga donde siempre se quedaba a pasar la noche.

Cuando tenías diecinueve años y tu padre te echó de su casa, te marchaste a vivir con tu abuelo, que por aquel entonces pasaba ya de los ochenta. No tenías ni dinero ni sitio a dónde ir. Era la única solución.

Pronto la relación se hizo insostenible, no porque os llevarais mal, sino por la diferencia de edad tan abismal. Él no entendía nada de lo que tú hacías, y viceversa.

A los seis o siete meses de vivir con él, el abuelo también te echó de su casa, pero de una manera más conveniente que tu padre:

«Hija mía —te dijo—, búscate un piso que yo te lo pago».

Recuerdas muy bien aquella frase.

Entonces te buscaste el piso más pequeño y barato que pudiste encontrar, concretamente, un piso de trece metros cuadrados en el barrio de Estrecho que él te pagó durante un par de años.

Poco antes de casarte con D., te anunció que ya no te daría más dinero para el piso:

«Hija mía, ahora que te mantenga tu marido».

Siempre pensó que de sus dos hijas, tu madre y su hermana, una era la verdadera y otra era falsa. Toda su vida tuvo ese convencimiento. Pensó o supo que tu abuela le había engañado con otro hombre, lo cual no habría sido descabellado. A los hijos de tu tía, sus nietos, nunca les quiso.

«A saber de dónde vienen esos pobres niños», decía siempre.

Nunca quiso con locura a sus hijas y sus hijas nunca le quisieron mucho a él.

Tampoco tuvo eso. Lo que siempre tuvo, e hizo que todo el mundo bailase a su alrededor, era dinero. Le encantaba jugar a la Bolsa, como él mismo decía, e hizo bastante dinero así.

Como tenía muchos pisos que dedicaba al alquiler, porque finalmente la casa que construyó su padre no se derrumbó, siempre le preguntabas:

—Abuelo, ¿cuándo me vas a dejar un piso de los tuyos para vivir?

Él siempre respondía lo mismo:

—Ya vivirás aquí cuando yo me muera.

Recuerdas también aquella vez, embarazada de ocho meses, casi a punto de parir tu primer hijo. Estabas comiendo en casa del abuelo y, de repente, se cayó desplomado sin conocimiento sobre el plato. Y tú asustadísima, gritando por las escaleras, pidiendo ayuda. Al poco rato vino una ambulancia que os trasladó a un hospital cercano. Tu abuelo recobró un momento la conciencia antes de entrar en urgencias.

—Abuelo —le dijiste—, no te mueras que tienes que ver al niño.

—Ya lo veré desde el cielo —contestó él medio gagá.

No entiendes por qué dijo aquello; él nunca creyó en Dios. Hay también una cierta elegancia en ese gesto, en que las personas que jamás creyeron en Dios se vuelvan de pronto creyentes en ciertas ocasiones o momentos. Implica algo así como pertenecer a una clase social, a una época.

El abuelo se fue como vivió, con estilo. No murió en casa ni en un hospital. Murió en el hotel España de Marineda. No hay nada más cinematográfico que morir solo en un hotel.

Él es la única persona a la que vas a ver con cierta frecuencia al cementerio. Le pones siempre claveles, que, como tu padre, eran las flores que él prefería. Pasas los dedos por el contorno de las letras de su nombre, como si, haciendo eso, le estuvieras acariciando esa papada que tenía y que tanto te gustaba.

No recuerdas una persona que te haya olido mejor que él. Ese olor, mezcla de *after shave* y suavizante, no lo volverás a encontrar en nadie. Tampoco querrías encontrarlo. Era solo suyo. Todavía pervive en una pequeña mantita que se ponía sobre las rodillas para ver la tele y que jamás has podido lavar.

Hay gente a la que se la quiere más incluso cuando ha muerto que de viva. El recuerdo las amplifica en vez de desdibujarlas o condenarlas al olvido. Tu abuelo es una de ellas.

Su recuerdo no solo permanece vivo en tu memoria, sino que florece y echa hojas nuevas cada primavera.

Qué pena la muerte, piensas. Que él no pueda saber ya todo eso.

39

Ma

Para entenderme a mí misma y a mi padre, para entender lo que nos pasó, para comprender por qué la relación de mi padre con su hermana siempre fue tan complicada, hace falta acudir a Ma, su madre, mi abuela.

Ma fue la estrella principal de la película. En torno a ella orbitaba nuestra familia. Fue, hasta su muerte, un personaje principal en mi vida y en la de mi padre. Un personaje lleno de aristas y contradicciones, de luces y sombras.

Yo la quise muchísimo hasta que se murió. Pero después algo sacudió mi vida de pronto, un recuerdo escondido. Primero apareció como una leve chispa, y luego resultó ser un cortocircuito que empañó por completo su imagen en mi memoria.

Ahora sé que quise a Ma y eso no cambia. Lo que no sé es cómo me quiso ella a mí o, más bien, cómo quiso a todo el mundo. Porque Ma dañaba con su forma de querer. Ma quería como odiaba, sin importarle lo que se llevara por delante.

Creo que mi padre tuvo un pasado oscuro con su madre del que jamás me quiso hablar. Cosas que no sé, pero que puedo adivinar y que nadie podrá confirmarme. La relación entre los dos nunca estuvo clara para mí. Era extraña, de amor y odio, de dependencia extrema. Fue una relación tóxica, y lo fue cuando aún no se llamaban así. Debió de serlo tanto que mi tía María José se casó a los dieciséis años para salir de aquella casa.

«Hay que dejar a los muertos en paz», me dijo Manuel en el hospital, una de las últimas veces que le vi consciente, hablando de

su madre.

Y sí, hay que dejar a los muertos en paz, pero no tanto, no tanto si en nuestra cabeza el recuerdo de esos muertos no está en paz. Los muertos tienen que ganarse también su paz. Las cosas están mal para todos.

Mi abuela Ma hacía colchas de ganchillo y croquetas de bacalao, pero también le gustaba follar. Le gustó toda su vida. De hecho, sé ahora que si no estaba obsesionada, le faltó muy poco. Gran parte de su vida giró en torno al sexo.

Ma frecuentaba el Rex, el único cine porno que había en Marineda y que estaba muy cerca de su casa. Ella misma me lo contó hace muchos años. Me dijo que había ido «una vez», pero eso era que había ido más veces, sabe Dios cuántas más. Era una mujer decidida, con carácter, guapa, bien plantada y de armas tomar, pero se me hace difícil imaginarla en esa tesitura a los más de setenta años que tenía por aquel entonces.

Me contó que había entrado sola en aquel cine cuando la proyección estaba empezada y que la sala, como no podía ser de otra manera, «estaba llena de hombres». Me dijo también que se había sentado a ver la película y no entró en más detalles.

Pero yo me imagino ahora esos detalles. Visualizo la estampa turbadora de aquellos hombres masturbándose en el cine Rex mientras mi abuela, colorada y sofocada por la excitación, los miraba disimuladamente. O quizás estaba concentrada en la pantalla, mirando con ojos lascivos las escenas que ella nunca, o pocas veces, había visto en una película. O puede que acudiera frecuentemente a aquel cine para tener encuentros sexuales furtivos con desconocidos.

Lo más probable es que alguno de esos hombres se acabara acercando a mi abuela, que sin duda llamaría la atención al ser una mujer mayor, y que ella terminara masturbando a alguno, mientras se excitaba con los jadeos que provenían de la pantalla, envuelta en aquel ambiente sórdido cargado de sexo y testosterona.

Me es fácil imaginar a mi abuela en el cine Rex. No cuando me lo contaba, siendo apenas yo una niña, pero ahora sí. Ahora, sabiendo lo que sé, podría imaginarla haciendo cualquier cosa,

sobrepasando todos los límites.

A Ma le gustaba demasiado el sexo para una mujer de aquella generación. Ella misma me contaba sus escarceos cuando yo aún era una niña de ocho o nueve años, cuando todavía no sabía muy bien de qué iba todo aquello. No entiendo por qué lo hacía. Creo que para ver el efecto que causaban aquellas aventuras en mi mente infantil.

Me contaba cosas para desahogarse, y luego decía: «No es verdad, mujer... Me lo he inventado, ¿cómo voy a hacer yo eso?». Pero hacía «eso» y mucho más.

No sé si mi padre y su hermana conocían ese lado secreto de mi abuela. Hay cosas que nadie puede entender y que se refieren a las pulsiones más íntimas del ser humano. Pero seres humanos resulta que son también aquellos que nos rodean, nuestras familias. Y esos seres humanos también pueden ser seres oscuros, incomprendidos, o nacer en la época equivocada.

A lo largo de mi infancia y adolescencia, mi abuela también me habló muchas veces de sus amantes. Tuvo varios a lo largo de su vida, y ahora presupongo que, además de amantes fijos, debió de tener innumerables aventuras. El más importante llegó bastante después de morir su marido. Le llamaba «el Enano», sobra explicar las razones. Estaba profundamente enamorado de ella, pero Ma, según ella decía, le utilizaba. Primero para sacarle dinero cuando lo necesitaba, después imagino que por el sexo, para pedirle favores o por las tres cosas.

Estuvieron liados mucho tiempo y creo que sus hijos supieron de aquella historia. En una ocasión, Ma intentó dejar al Enano. Pero él se resistió. Condujo su coche hasta un acantilado cercano a Marineda y poniéndolo en el borde le dijo:

«Si me dejas, estrello el coche ahora mismo».

Solo dejaron de verse a la muerte del Enano, y creo que mi abuela, en el fondo, siempre le echó de menos. Hay personas que necesitan lacayos, adláteres, gente que les adore o se enganche a ellos. Hay personas que necesitan ser droga para otros.

Ma se gustaba mucho y cuidaba mucho su aspecto con miles de cremas y potingues. Consideraba que tenía un «tipazo», así lo

decía ella misma mirándose en el espejo de tres cuerpos de su habitación mientras se admiraba de un lado y del otro embutida en su faja color carne y su sostén a juego, con todas sus medallas de oro balanceándose sobre su generoso canalillo.

«Mirad qué piel tengo, tocad, tocad. Mirad qué escote más bien puesto, niñas —nos decía a Eva y a mí cuando estábamos en su casa—. ¿Habéis visto qué suave? ¿Quién tiene una piel así a mi edad?».

Después del Enano tuvo muchos años un amante furtivo del que también me contaba cosas. Las contaba y después pretendía hacerme creer que eran mentira, que las estaba inventando.

Estuvo bastantes años liada con un constructor, que además vivía un par de pisos más abajo con su mujer e hijos, por aquel entonces adolescentes.

Recibía frecuentes visitas suyas, imagino que cuando él podía escaparse de su casa, pero hubo un episodio que realmente me turbó y que define perfectamente cómo era de aventurera mi abuela.

Ma tenía que ir a hacer algo a casa de su hija, María José, que vivía a unos quince minutos andando de la suya. Mi tía no estaba; había ido a alguna otra parte. A medio camino, se dio cuenta de que alguien la seguía y, cuando miró hacia atrás, vio que era su amante. Le guio hacia la casa de su propia hija sin decirle una palabra. Ella iba unos metros por delante con su caminar incitante. Abrió el portal de la casa y lo dejó abierto tras de sí. El señor la siguió hasta arriba. Follaron en el suelo del salón, en la moqueta.

Cuando me lo contó, yo tenía como doce o trece años y recuerdo que me quedé con la boca abierta.

«Es mentira, mujer, ¿cómo voy a hacer yo eso? Me lo he inventado para ver qué te parecía», decía ella arrepentida ya de contármelo.

Esta imagen de mi abuela follando en la moqueta del salón de la casa de su hija a medio desvestir siempre me ha perseguido. Imagino que descuadró mi estampa de lo que debía ser una abuela normal. Una abuela normal de aquella época no hacía más que punto y croquetas.

Estoy casi segura de que mi abuela, a sus más de setenta años, se veía con más hombres e iba a buscar sexo a otros lugares. Recuerdo otro episodio, más o menos a la misma edad. Yo estaba en su casa, como tantas otras veces. Alguien llamó a la puerta. Escuché una voz masculina hablando en voz baja y a mi abuela diciendo a través de la puerta entornada:

«Vete. Ahora no puedo».

He oído también otras historias de Ma buscando sexo en los aparcamientos de Marineda, cosas que ya no sé si son fantasía o realidad, pero que ahora, después de intentar encajar las piezas del puzle, sí me resultan creíbles.

Le tiraba lo sórdido, el lumpen, gastar dinero y armar líos... Pero también era una señora extremadamente culta para aquella generación: le encantaban los gatos, la música, el cine, los pasteles, la ginebra. Llegó a tener cinco o seis gatos al mismo tiempo y todos se le caían invariablemente por la ventana de su cocina sin que les llegase a suceder nada.

Odiaba cocinar y el trabajo de la casa, menos planchar, que le encantaba. En su cocina había siempre pilas y pilas de platos sucios y desorden por todas partes. Nunca recogía después de las comidas o las cenas, almacenaba todo hasta que no le quedaba nada limpio y entonces, encontrándose ya en un callejón sin salida, limpiaba de golpe y lo dejaba todo hecho una patena hasta que el círculo vicioso empezaba de nuevo.

Era una mujer de extremos a quien, por algún motivo, le encantaba intrigar. Hablaba mal de todo el mundo a sus espaldas, incluso de las personas a quienes más quería.

Durante un tiempo fue amiga de una mujer de su barrio que se dedicaba a la prostitución, y me lo contó también. De paso me explicó qué significaba ser una puta, a lo que se dedicaban. Aquella mujer, de la que no recuerdo el nombre, tenía un trabajo corriente por las mañanas y luego se dedicaba a la prostitución por las tardes. Compaginaba las dos cosas. Entonces yo, con mi curiosidad e inocencia infantiles, le dije un día:

—A lo mejor mi madre también es puta y se dedica a eso por las tardes, como tu amiga.

Y ella me contestó:

—Puede que sí... Puede ser. A lo mejor. Tú mira a ver. Vigila lo que hace por las tardes.

Pasé varios meses pensando que mi madre, probablemente, también fuese puta.

Ma fue la primera persona que me dijo que en realidad mi madre nunca había querido tenerme, que se quedó embarazada de mí por accidente.

A menudo me hablaba mal de ella: «Tu madre es muy guapa, sí, pero es paticorta y culibaja», me decía. Nunca he vuelto a escuchar esos adjetivos en ninguna parte.

Imagino que mi abuela debía odiar a mi madre por algún motivo y, por supuesto, mi madre tampoco la podía ver.

Fue una persona que me quiso y me cuidó muchísimo. Cuando me faltaba todo, ella fue mi salvación: me compraba la ropa y las cosas que mis padres no me compraban, era ella quien me daba la paga cada semana, pasé con ella cada fin de semana de muchos, muchísimos años de mi vida. Nos queríamos y nos necesitábamos, yo a ella más que ella a mí.

Pero el recuerdo más antiguo que tengo de Ma es anterior a todo eso. Es de cuando yo era muy muy pequeña. Era de noche y estábamos en casa de la hermana de mi padre, de mi tía María José. Había una gran tormenta, de esas con un montón de truenos y relámpagos. Ma me explicó que los rayos suponían un gran peligro. Si un rayo te caía encima, te quedabas chamuscada y pequeña, muy negra, hasta que desaparecías.

—Pero, entonces, ¿eso nos puede pasar ahora? —pregunté yo —. ¿Puede caernos un rayo y pasarnos eso?

—Podría ser —contestó ella—, hay pararrayos, pero no están en todos los sitios. En algunos sitios no hay.

—¿Y aquí hay? —pregunté yo, aterrada, mientras escuchaba cada vez más cerca el ruido de la tormenta.

—No lo sé, en las ciudades suele haberlos. Lo mejor es protegerse metiéndose debajo de la cama.

Corrí enseguida a esconderme debajo de la cama de mi tía hasta que pasó aquella tormenta.

Desde entonces, aún de mayor, he tenido pavor a las tormentas, más aún cuando estoy en el campo o apartada de la civilización. Siempre miro si hay pararrayos, o lo pregunto. Cada vez que veo un rayo me lo imagino cayendo sobre mí. El rayo me hace pequeña y me chamusca hasta que desaparezco.

Aunque al principio Ma, mi padre y mi tía pasaron muchas penurias económicas, cuando su padre murió mi abuela recibió una cuantiosa herencia en terrenos y propiedades que se fue gastando en vida.

La principal afición de Ma era gastarse el dinero en las más variadas cosas y pedir prestado cuando se le acababa, no solo a la gente cercana, sino a todo el mundo, al que pillase por banda.

«Tuve que pedir prestado a la del queso en la plaza para darte la paga este fin de semana», me dijo una vez.

Mi madre siempre me cuenta que mi abuela le pidió el dinero que su padre, el abuelo Paco, le regaló cuando se casó con mi padre. Otra vez, muchos años más tarde, llegó incluso a ir al Casino a pedirle dinero a mi abuelo. No sé si cuando pedía era porque lo necesitaba o pedía por el gusto de hacerlo. Creo que era por ambas cosas o para comprarse algo que quizás se le había antojado.

Es la persona que más disfrutaba gastando que he conocido nunca. A mí me estuvo toda la vida comprando ropa. Me compraba ropa carísima, a veces de diseñadores, cuando solo era una cría. No reparaba en gastos. Por eso quizás no recuerdo a mi madre comprándome nunca nada. Todo me lo compraba mi abuela, hasta las bragas.

Mi padre siempre la utilizaba de excusa para no darle ni un duro a mi madre. Como Ma me compraba tantas cosas creía que su parte ya estaba resuelta con eso.

Les compraba ropa y regalos a sus dos hijos continuamente. Les compró casas. Mantuvo durante años a mis padres. Siempre que vendía alguno de los terrenos o propiedades que había heredado de su padre, repartía el dinero con sus hijos.

Compraba cosas necesarias y también inútiles. Hizo lo que la mayoría no se atreve: gastárselo y darlo todo en vida. No le

interesaba dejar nada a nadie. Prefería disfrutarlo ella y con los demás. Y lo hizo a lo grande.

Pero cometió un error. Lo dilapidó todo y más tarde, vieja y enferma, ya no le quedó nada. Ni siquiera para asegurarse un final medianamente normal.

Mi abuela les dio la herencia a sus hijos en vida y con ello perdió parte de su valor y parte de su poder también. Como es sabido, siempre hay que guardarse algo para seguir siendo interesante para el resto, para seguir siendo atendido por tus seres queridos.

Ma enfermó, le empezaron a dar ictus cada vez más frecuentes y sus hijos decidieron trasladarla a una residencia de la Seguridad Social a cien kilómetros de su casa, en Lugo, donde murió sola a las pocas semanas de ingresar. Recuerdo interminables discusiones entre mi tía y mi padre para ver quién cargaba con ese muerto. Nadie quería llevarla a su casa y cuidarla, eso sería demasiado; demasiadas molestias, demasiado caro, demasiado todo. Les recuerdo discutiendo sobre quién pagaría los pañales que necesitaba mi abuela.

Ella, que les dio tanto a sus hijos, a sus nietos, y no solo dinero, al final acabó de la peor de las maneras, como nadie querría acabar. Murió sola, lejos de su familia, de su casa y de sus gatos.

No sé qué hubiera sido de mí sin Ma, sin todo lo que me dio, sin ese claroscuro permanente. Era un torrente de energía, a veces buena y otras terrible, pero no dejaba a nadie indiferente. Creo que solo la entendían bien sus gatos. Cuando se le moría uno, lo reponía enseguida con otro nuevo.

Cuando a los veinte años quise irme una temporada a Australia de *au pair* y mis padres se opusieron, fue ella la que me dio el dinero para comprar aquel carísimo billete de avión. Amaba la aventura y tenía unas ganas irrefrenables de vivir, de vivir ella misma y también a través de los demás.

«Yo lo que quiero es solo una cosa: que seas feliz», me decía

siempre.

Tampoco era una abuela cocinera, como se les presupone a todas. Sabía hacer seis cosas: sopa, tortilla de patatas, albóndigas, croquetas de bacalao, flanes y arroz con leche. Cuando hacía croquetas en realidad nunca las terminaba, porque no podía evitar comerse la masa aún caliente.

Era la persona más golosa que he conocido jamás, la recuerdo incluso comiendo el azúcar a cucharadas. Le encantaban los pasteles, sobre todo los merengues, las milhojas, los piononos y los *petit fours*, que ella llamaba «petisús», pero nunca los compraba para llevar a casa: se los comía en la misma confitería de su barrio, uno tras otro, con los codos apoyados en el mostrador y el culo hacia afuera, mientras charlaba con la dependienta de turno.

Una vez que esperaba unas pruebas para ver si era diabética, antes de ir al médico, fue a una pastelería cercana y se metió para el cuerpo una docena de pasteles grandes. Así era Ma...

La recuerdo también el día de mi boda. Se puso a ligar con el abuelo de mi marido, que solo hablaba en francés e iba acompañado de su mujer. A Ma aquello le dio igual. Se sentó a su lado y se dedicó a hablarle a gritos o muy despacio, pensando que él así entendería el castellano. Luego me dijo que el abuelo de D. era guapísimo.

Cuando meses más tarde fuimos a Bretaña a visitar a los abuelos de D., el abuelo Yves me apareció con uno de esos desplegables que unen diez o quince postales a la vez. Eran todas de Marineda. Se las había mandado Ma por correo.

Una de las cosas que siempre me fascinó de mi abuela era que sabía escribir con varios tipos de letra: inglesa, gótica y helvética, y era verdad que las tres letras no se parecían en nada.

Además de los pasteles, gastar dinero y el sexo, su otro gran vicio era hablar por teléfono. Cada mes gastaba fortunas en la factura. Podía pasar horas y horas hablando con cualquiera. También se enfadaba frecuentemente. Era muy intrigante y le encantaba conspirar, provocar broncas, organizar líos y enemistar a unos con otros, incluso a sus propios hijos, con los que discutía a menudo y con los que podía pasar semanas o incluso meses sin

hablar.

Cuando yo o mi primo Gregorio nos enfadábamos con ella, siempre decía la misma frase:

«Ya se te pasará cuando mees».

Y cuando era ella quien se enfadaba con alguien organizaba unos dramas horrorosos. Se tomaba varias pastillas para dormir y se pasaba tres días en cama llorando.

Por eso, era muy normal llegar a casa de Ma y que ella estuviera en cama, no importaba mucho la hora que fuera.

Era muy melómana, compraba discos continuamente y escuchaba todo tipo de música, desde ópera o clásica hasta cosas más modernas, como las que compraba para mi primo o para Eva y para mí. Tenía una colección de discos impresionante y un tocadiscos carísimo que cuidaba como oro en paño. Tal y como mi padre hacía con los libros, Ma firmaba todos sus discos y ponía la fecha en la que los había comprado.

Cada jueves compraba todas las revistas del corazón. No una. Todas. Dedicaba un día entero a leerlas. Y cuando no le apetecía ir a comprar, podía estar días alimentándose de pan mojado en leche caliente. Le encantaba el té, las tostadas de bar con mantequilla y mermelada, y en casa bebía frecuentemente ginebra porque «le dolía la barriga».

De ella sí tengo foto en mi casa. Estamos las dos sentadas en su cocina, que aparece ordenada. Yo estoy muy morena y soy muy joven. Mi abuela sostiene a un cachorrito de siamés. Cuando la miro en esa foto, Ma me parece alguien que nunca existió, un personaje de alguna película o una novela. Alguien que me he inventado.

Me he dado cuenta de que quizás he heredado de ella una cierta afición por el drama y el exceso. Tras su muerte, siento que faltan en mi vida personalidades tan arrolladoras como la de Ma. Echo de menos ese torbellino que era y que nos arrastraba a todos.

Hace un tiempo, encontré esta carta haciendo limpieza en mis cajones. Refleja perfectamente su personalidad.

Querida Sibila:

Ayer recibí tu carta. No puedes imaginar la alegría que me dio. Ya quisiera tener dinero para ayudarte. De sobra sabes que lo haría, pero hoy mis circunstancias son muy diferentes a las de antes.

No lamento nada. Ni nada me pesa. Llevo veinte años viviendo como una reina y ayudando lo que he podido a los míos. Hoy haría lo mismo porque es mi forma de ser y eso no se puede cambiar.

Respecto a ti, el cambiarte de casa es importante porque la que tienes vale poco, pero mira, ya lo harás más adelante. Hay temporadas que las cosas no salen como uno quiere, pero eso no quiere decir que tengan que estar siempre así.

Mira, yo estoy bien, muy guapa y tal, ¿se puede estar guapa a mi edad? Me lo dicen. Procuro andar limpia y algo a la moda. Lo demás tampoco me preocupa.

He visto esta mañana a tu amiga Paula. La verdad, poco me gusta como está. Ya no es aquella niña tan guapa que fue. Como suele decirse, «xa lle pasou o sol pola porta».

Sara es un encanto. No te puedes imaginar la compañía que me hace. No como los otros imbéciles que tengo. Ella, siempre a mi lado. [Se refería a sus gatos].

La televisión se me estropeó. Me cobraron diez mil pesetas por arreglármela y se estropeó otra vez. Puedo comprar otra por cinco mil pesetas al mes y sin entrada, pero tengo el dinero muy justo. Por otra parte, el que no se consuela es porque no quiere: poco me gusta la televisión. Ya veremos más adelante si puedo comprar una... La lotería, la Primitiva, etc., etc.

Me alegro de que todo te vaya bien. Solo se vive una vez. Eso dicen las Azúcar Moreno y es verdad. Pásatelo lo mejor que puedas, vive cada minuto, cada día...

Un abrazo para D. y para ti todo mi cariño y muchos besos.

Ma

Una de las cosas más extraordinarias que le sucedieron a Ma no tuvo nada que ver con su explosivo carácter y nos dejó a toda la familia en *shock*. No sé por qué se fue a hacer un día una resonancia magnética o una radiografía, y allí, en pleno tórax, hallaron flotando, suspendida, una aguja de coser bastante grande.

«Tiene usted una aguja al lado del corazón —le dijo aquella vez don Carlos, su médico—. Está recubierta de una película de grasa y eso ha impedido que se le haya clavado en el corazón. Probablemente lleve muchos años ahí».

Mi abuela se dedicó durante meses a enseñarnos la radiografía a todos. Mostraba la sombra de su corazón, las costillas y allí, flotando ingrávida, aquella enorme aguja en la que se distinguía a la perfección el agujerito para enhebrar el hilo.

Nadie supo nunca, ni siquiera mi abuela, cómo aquella aguja había llegado hasta ahí, pero aunque nos pareció raro, tratándose de Ma todos lo tomamos por un episodio hasta cierto punto normal.

Quizás la aguja aún permanezca entre el polvo.

40

Postales plastificadas y apellidos olvidados

Cuando quiero recordar o hacer más vívida la imagen que conservo de mi padre, casi siempre encuentro la respuesta en las postales. Su rastro está en mi casa, no en fotos que jamás tuve, sino en sus libros y, sobre todo, en las postales que me fue mandando a lo largo de los años.

Ahora me producen una sensación extraña. De vez en cuando cojo y releo alguna sin saber lo que pone de antemano y me parece recuperarle por unos breves segundos. Es algo que hago a menudo, desde su muerte. Me gusta que su huella esté así, dispersa y desordenada por mi casa.

Manuel enviaba frecuentemente postales que hacía él mismo a medida. Se las mandaba a todos los que le importaban; eran casi su única manera de demostrar afecto.

Su elaboración suponía todo un proceso artesanal que debía de llevarle no poco tiempo. Primero localizaba una imagen que le gustaba y la fotocopiaba. Podía ser un chiste de Forges, un grabado antiguo, un dibujo, un fotograma de una película o incluso una vieja foto. La hacía imprimir en una cartulina, luego escribía el texto por detrás y finalmente la plastificaba.

Escudriñando los cajones de su casa de Marineda, ya después de muerto, también encontré muchos recortes y fotos con los que sin duda planeaba fabricar sus postales venideras. Siempre andaba con eso.

En cuanto a los textos, eran breves, secos, sin concesión a los afectos o al sentimentalismo. Por ejemplo, cuando aún estaba

casada con D., recibimos una tarjeta de un demonio tumbado que ponía: «Feliz año a los cuatro. Manuel».

Otras veces, quizás escribía un poema o copiaba un texto que le gustaba. La más valiosa que tengo es una con una foto de un faro en medio de las olas y la tempestad que recibí hace siete u ocho años. En ella escribió, con su letra terrible, mi poema favorito desde entonces: «Los justos», de Borges.

También le encantaban las fotocopias. Nunca conocí a nadie que hiciera tantas fotocopias por placer. Mandaba capítulos enteros de libros fotocopiados, artículos de alguna revista o periódico, trozos de cómics. Lo fotocopiaba todo. Imagino que pensaba que así le salía más barato, pero debió de gastarse un dineral en fotocopias.

Cuando mandaba postales o fotocopias a mis hijos siempre les ponía mal el nombre. Mi padre se pasó hasta el fin de sus días nombrando a mis hijos por un apellido equivocado. Se lo cambió durante más de quince años: en vez de Gutiérrez les llamaba Gómez. Se convirtió en algo tan normal que ya dejé de corregirle.

Al principio se lo decía siempre:

—Te has equivocado de apellido. Los niños no se llaman Gómez, se llaman Gutiérrez.

—Ah —contestaba, que era como decir «me importa una mierda, qué más da. Esos apellidos son tan comunes..., visto uno, vistos todos».

Y en la siguiente carta volvía a llamarles Gómez.

En mi último viaje a Marineda, antes de la pandemia, también encontré sus libretitas, que me traje a Madrid, de recuerdo o por si podían servirme para algo.

Son pequeños blocs de notas con listados de películas y otras cosas indescifrables. Probablemente se hacía listas con las películas que quería ver para tenerlas ordenadas y no olvidarlas; algunas aparecen tachadas, quizás señalando que ya las había visto. Hay un pequeño cuaderno íntegramente dedicado al cine japonés, por ejemplo, organizado por directores con sus películas.

Mi padre no veía las películas aleatoriamente, sino que se hacía ciclos intensivos de directores, géneros o países. Podía

pasarse un mes viendo todas las películas de Bergman y después dedicarse el siguiente a ver únicamente cine negro americano o lo que tocara, pero siempre de manera programada y ordenada, porque le gustaba prepararlo.

Me duele ver ahora a la persona tan interesante y minuciosa que había tras el padre. Durante toda mi vida pensé que era una pose, pero las cosas que le hacían tener esa pose le interesaban de verdad, y era cuidadoso y exhaustivo con ellas. Lo que sucedía era que fue una persona carente de pasión para expresar cualquier emoción, y yo no sé entender nada sin el exceso o la expresividad, ni el amor ni las aficiones ni las necesidades ni nada.

Duele que mi padre me esté empezando a provocar curiosidad cuando ya no existe, como un novio que mientras te anda detrás no le haces caso y luego te das cuenta de sus cualidades, después de que se haya ido. Creo que hasta he empezado a comprenderle un poco, a descifrar rincones secretos de su personalidad a través de sus objetos, de sus cosas, de sus libros, de sus radiocasetes y discos, de sus postales, de sus libretitas.

Me gustaría hablar con él ahora que le comprendo un poco, aunque fuese solo un día, unas horas. Me gustaría decirle: me interesas, eres una persona interesante de la que se puede aprender, a la que pegarse, aunque fueras un padre de mierda.

Pero yo no veía a la persona, veía solo al padre, que era apenas un diez por ciento, o menos, de su personalidad. El resto, que era Manuel, se me escapó.

Echo de menos todas las conversaciones que no tuvimos, no como padre, sino como Manuel, todo aquello de lo que hablaríamos ahora y no hablamos. Lo que pudimos aprender el uno del otro y no aprendimos. No porque no tuviéramos nada que aprender, sino por orgullo, por cabezonería, por estupidez.

Me faltarán ya siempre todos los besos y los abrazos no dados, la proximidad física, tan importante para mí y que con él tanto evitaba. Recuerdo que su cercanía me incomodaba, no me gustaba que me tocara, sentía una suerte de rechazo.

En otra libretita encontrada hay anotados con letra enorme una serie de teléfonos de emergencia. Yo aparezco la última de la

lista. No hay que preguntarse por qué. Él ya lo sabía. Sabía que se podía contar conmigo en última instancia, si no había más remedio, si todos los demás fallaban. Aparezco después de su pareja, de su hermana, hasta detrás de mi madre, de la que se separó hace más de cuarenta años.

Mirando los nombres escritos en mayúsculas y con rotulador rojo, para leerlos bien, intuyo lo solo y desvalido que debía sentirse.

Manuel dejó en otro de sus blocs una lista de películas que le definen absolutamente. Ahora pienso que quizá fueran las películas que él habría elegido ver antes de morir si se lo hubieran preguntado. Quién sabe si en realidad lo fueron, si hizo esa lista cuando notó que la muerte le rondaba.

Los 400 golpes
El séptimo sello
Manhattan
El padrino
La diligencia
Vértigo
To be or not to be
El vampiro de Düsseldorf
El nacimiento de una nación
Ordet
Cantando bajo la lluvia
El hombre que mató a Liberty Valance
Cuentos de Tokio
El acorazado Potemkin
El tercer hombre
La quimera del oro
Centauros del desierto
El espíritu de la colmena
El ladrón de bicicletas
Roma, ciudad abierta
Ciudadano Kane
La gran ilusión

La mayoría de esas películas las vimos juntos en una u otra ocasión. Esas y muchas otras, porque lo único que mi padre y yo compartimos, lo único de lo que de verdad disfrutamos juntos, fue del cine.

41

Blanco y negro

No recuerdo muchas cosas de mi niñez, pero sí algunas, y las más valiosas son en blanco y negro. Lo único que tú y yo hicimos juntos fue ir al cine. Esa fue mi bicicleta.

Recuerdo estar contigo y tus amigos, Miguel y Ana, en la Chopera del Retiro. Por aquel entonces había allí un cine de verano al que íbamos muchas noches a ver películas clásicas. Tu preparabas para llevar allí bocadillos de tortilla francesa con rodajas de tomate, que hacían que el pan se reblandeciera. Los envolvías en papel de periódico y recuerdo, como si estuviera allí ahora, ver *La fiera de mi niña*, y cómo nos reíamos todos, tú, yo, tus amigos y todo el mundo. Aquellas noches cálidas de verano descubriendo a Howard Hawks, descubriendo el cine.

Alguien me preguntó hace poco qué era la magdalena de Proust. Se lo expliqué como pude: la magdalena de Proust es, más o menos, que el olor de la tortilla francesa me transporte a las noches estrelladas de verano viendo por primera vez las películas de Howard Hawks.

Me gusta recordarme contigo por la Gran Vía, apurados entre la gente, tú arrastrándome de la mano, porque no llegábamos a ver *El puente sobre el río Kwai*, que ponían en los cines Callao. Salir del cine de ver *La ventana indiscreta*, de ver *Vértigo*, salir de ver *El hombre que sabía demasiado*. Ver contigo todo un ciclo de películas de Lubitsch, y tú, antes de entrar, explicándome las cosas: que en las películas de Lubitsch no hacían más que abrir y cerrar puertas, que había una cosa que se llamaba «el toque Lubistch». También

que en las películas de Mankiewicz no paraban de hablar ni un segundo, o que en las de Hawks las mujeres siempre montaban los líos y con ellas empezaban los problemas.

A veces eras muy pesado, te ponías demasiado intenso y me hablabas en el cine, durante la proyección, explicándome: «Mira, un plano secuencia, un *travelling*»; «fíjate en una cosa: cuando en un plano la acción se sitúa en el lado izquierdo, en el plano siguiente se va al derecho».

Si podíamos siempre nos sentábamos en la fila siete, una manía que se me ha quedado un poco. Decías que era la fila perfecta para ver cine porque era exactamente la diagonal de la pantalla.

Recuerdo ir a la Filmoteca y ver *La gran ilusión*, de Renoir, y *El ángel azul*, películas ambas bastante oscuras, pero que me dejaron maravillada, casi tanto como observar la cara de la gente mirando la pantalla, como si se les estuviera apareciendo Dios. Los cinéfilos.

También aquella oscura estación de tren y las pasiones desatadas, pero contenidas, de *Breve encuentro*; mis lágrimas al ver cómo maltrataban a aquel pobre John Merrick en *El hombre elefante*; ver embobada a Marilyn cantando, contoneándose y tocando el ukelele en el tren de *Con faldas y a lo loco*, o con aquel vestido rosa y cubierta de diamantes en *Los caballeros las prefieren rubias*; los bailes y la melena de Rita Hayworth en *Gilda*; a Jack Lemmon escurriendo los espaguetis con la raqueta de tenis en *El Apartamento,* los melodramas de Douglas Sirk, como *Imitación a la vida*; el final apoteósico de *Centauros del desierto*; la Audrey Hepburn con pamela de *My fair lady*; la azucarada y maravillosa familia Trapp de *Sonrisas y lágrimas*; el niño Antoine Doinel corriendo hacia el mar por primera vez en *Los 400 golpes*; lo tontos e insulsos que nos parecían Melania y Ashley en *Lo que el viento se llevó*... Pero también películas más de mi época, como *Annie*, *E.T.*, *Indiana Jones*, *La guerra de las galaxias*...

Una vez fuimos al cine-estudio Griffith, que ahora son los cines Ideal, a ver un maratón de películas de miedo. Duraba todo el día, de la mañana a la madrugada. Recuerdo a todo el mundo

dentro fumando y comiendo pipas, el olor a porro.

No sé qué harían otras niñas con su padre. Yo, contigo, hacía eso.

Cuando llegaba a Madrid a pasar contigo las vacaciones ya tenía los programas de los cine-estudios de Madrid clavados con chinchetas en mi habitación, como el avance del verano que me esperaba. Un verano yendo al cine casi a diario.

Y me recuerdo sola por los cines de Madrid, con once o doce años, viendo las películas de los hermanos Marx, viendo *Casablanca*, viendo *El halcón maltés*, *El tercer hombre*, viendo *Laura, Eva al desnudo*... Cine-estudio Bogart, cine-estudio Fantasio, cine-estudio Regio, cine-estudio Griffith. La niña, que se movía ya con soltura en el metro, entraba sola en la sala a las cuatro de la tarde y salía a las ocho con todo aquel cine en la cabeza, con todas aquellas historias que estaban vedadas al resto de las niñas, de las que solo yo tenía la oportunidad de disfrutar.

Solo una vez tuve un incidente, en el cine Aragón, en tu barrio, viendo *Indiana Jones y el templo maldito*, cuando un señor mayor se sentó a mi lado y empezó a decirme guarradas al oído. Salí escopetada de la sala en la mejor escena, la del sorbete de sesos de mono.

«*La guerra de las galaxias*, en realidad, es una película de vaqueros», me decías.

«Todas las películas de Bergman parecen dramas pero son comedias».

«A Cary Grant, no le gustan las mujeres; es gay».

Y yo pensaba que estabas loco.

Me gustaba que me llamaras Sibiloncia

Me gustaba que me llamaras monísima.

Me gustaba que cogieras el teléfono y dijeras «¿diga?» con tu tono habitual, seco y cortante, y que al darte cuenta de que era yo, el timbre de tu voz, sin que tú lo quisieras, se hiciera de repente alegre.

42

Clases particulares

Mi padre nunca tuvo una profesión al uso de las de nómina y oficina. Cuando se marchó a Inglaterra con mi madre trabajó en una residencia de ancianos; luego, ya en Madrid, en AVIS, la empresa de alquiler de coches. En Marineda primero fue quiosquero y después profesor de inglés, y continuó siéndolo en Madrid, pero no de colegio ni de academia: pasó toda su vida dando clases particulares en su propia casa. En contadas ocasiones, cuando pagaban bien, era él quien se desplazaba a las casas de los alumnos.

No estudió ninguna carrera universitaria. Como esperaba vivir del dinero de su madre para siempre, debió pensar que no le haría falta. Empezó a dar clases con el inglés que aprendió durante los cuatro años que estuvo en Londres jugando a ser inmigrante con mi madre.

Tenía muchos alumnos y alumnas de todas las edades que pasaban incesantemente por su casa de Madrid, en el barrio de Quintana. Era la época en la que empezaba en España la fiebre del inglés, de saber inglés como garantía de encontrar un buen trabajo o de crecer en el que se tuviera. Recuerdo que muchas veces se le acumulaban. Cuando no había terminado con uno llegaba el siguiente, y a veces tenía que meterlos en mi propia habitación, que hacía de sala de espera.

Siempre le fue bien aquella vida tan aparentemente inestable. Sus alumnos le duraban años y los antiguos traían otros nuevos, y así, en sus buenos tiempos, podía tener nueve o diez horas de

clases cada día. De gente entrando y saliendo de nuestra casa.

Por supuesto, siempre trabajó en negro. Jamás pagó un solo impuesto. Siendo él tan progre y tan de izquierdas, caía en contradicciones tan tremendas como esa. Al final fue ese Estado al que nunca contribuyó el que le acabó pagando la pensión de la que vivió más tarde y sus tratamientos contra el cáncer. Tampoco parecía sentirse muy culpable por ello.

Mi abuela Ma le tuvo consentido toda la vida. Aun de mayor, pasados los cuarenta, le seguía comprando la ropa, hasta los calzoncillos y los calcetines. Le mandaba a Madrid cajas enormes con ropa. Más adelante, cuando faltó su madre, mi padre nunca tuvo necesidad de comprarse nada más gracias a aquel «ajuar» que fue acumulando a lo largo de los años.

Los viernes era el día en que sus alumnos le pagaban, siempre en metálico. Si le fallaba alguno, aquello desbarataba toda la economía familiar.

Con muchos de aquellos alumnos hacía amistad, e incluso tuvo una relación de casi diez años con una alumna suya, Isa. Cuando la conoció ella aún era menor de edad.

Al llegar a Madrid para estudiar Periodismo y vivir en casa de mi padre, yo tenía diecisiete años e Isa, que ya vivía con él, tenía veintiuno. Solo nos llevábamos cuatro años. Recuerdo perfectamente lo joven e inocente que me pareció el día que la vi por primera vez, en la terraza del Café de Oriente, con sus pecas, su pelo pelirrojo natural y sus zapatos negros de charol y tacón alto.

Isa venía de una familia trabajadora del barrio de Lucero y Manuel hizo de Pigmalión. La «educó» como había hecho primero conmigo, le descubrió un montón de cosas que ella absorbió encantada, como una esponja. Mientras vivía con él, estudió la carrera de Estadística y luego se dedicó a dar clases particulares como hacía Manuel, pero de matemáticas.

Nueve años después Isa lo sabía todo sobre John Ford, Galdós y Dickens, había viajado por toda Europa y vivido más que cualquier chica de su edad, pero seguía teniendo treinta años. Cuando se dio cuenta de lo que se estaba perdiendo, dejó a mi

padre y comenzó a hacer la vida que le tocaba: la de una mujer joven. Se marchó de Madrid, se emparejó con alguien de su edad, imagino que más normal, aprobó unas oposiciones, tuvo una hija...

Sin embargo, durante aquellos nueve años de convivencia, los dos se quisieron mucho, viajaron un montón y creo que tuvieron una buena vida. Ahora, visto con perspectiva, no entiendo cómo una chica tan joven y alegre como Isa pudo vivir todo aquel tiempo con mi padre, ni cómo pudo soportar el convivir conmigo, la hija adolescente; y con nuestros conflictos y broncas durante tanto tiempo.

Los fines de semana me recuerdo con ella viendo películas clásicas sin parar, bebiendo Cola-Cao frío y comiendo pipas y bocadillos de salchichas. Es curioso por lo que se recuerda a las personas: a Isa la recuerdo por todo eso, porque le encantaban los grumos del Cola-Cao, era adicta a la Coca-Cola, no se cansaba nunca de ver *El hombre tranquilo* y porque ambas compartíamos adoración por *Fortunata y Jacinta* y por Galdós.

Alguna vez también salíamos de copas juntas, al fin y al cabo, teníamos casi la misma edad. Dentro de lo que fue la complicada relación con mi padre, aquella fue una buena época gracias a Isa, que, como decía mi abuela Ma, era alegre como un cascabel y actuaba como una especie de bálsamo entre mi padre y yo. No quiero saber qué hubiese sido de mí en aquella casa sin ella.

Ella mediaba en muchas de nuestras broncas y creo, pensándolo ahora, que a veces lo debía pasar muy mal viendo cómo me trataba mi padre.

Isa y Manuel, a pesar de lo mucho que se quisieron, perdieron el contacto al poco de separarse. En los años sucesivos, mi padre jamás volvió a preguntar por ella. Nunca quiso saber qué había sido de su vida. Por eso justamente sé que debió sufrir mucho su pérdida, aunque, por supuesto, jamás lo reconoció. Cuando alguna vez intentaba hablarle de ella, me cortaba y cambiaba de tema.

Yo sí la volví a ver una única vez. No recuerdo quién llamó a quién o por qué, pero quedamos hace cosa de diez años en la plaza de Oriente, en Madrid, y nos pusimos al día. Luego, durante estos últimos años, hemos mantenido contacto a través de Facebook, y

cuando murió Manuel fue una de las primeras personas a las que llamé.

Tras la marcha de Isa, Manuel no volvió a convivir con nadie. Continuó dando clases de inglés en los años sucesivos, pero cada vez tenía menos. Entre sus achaques de salud y las crisis económicas, los alumnos le empezaron a fallar. Llegó un momento en que no pudo pagar el alquiler de su casa de Madrid y, muy a su pesar, tuvo que marcharse a Marineda, a la única casa que tenía en propiedad.

Intentó hacerse con una clientela para continuar allí con sus clases, pero al partir de cero y no conocer a nadie, resultaba muy complicado. Repartía papelitos para anunciarse que él mismo hacía, fotocopiaba y pegaba por todas partes. Los pegaba en los semáforos de su barrio, en los supermercados…

«Clases de Inglés. Todos los niveles. Profesor diplomado y titulado», algo así decía.

Nadie o casi nadie llamaba. Dio clases a una prostituta, a un taxista. Tenía pocos alumnos, pero los que tenía también se convertían en amigos. De hecho, Jose, el taxista, uno de sus últimos alumnos, fue una de las pocas personas que había en el tanatorio el día de su velatorio. Tenía también otro alumno amigo, Paco *el Tunecino*… Todos tenían sus motes y todos acababan haciéndose amigos suyos porque le conocían poco o superficialmente, y porque en Marineda mi padre era un personaje extremadamente bizarro.

No sé de qué pensaba vivir de viejo, cómo imaginó que sería su vejez, sin tener ningún plan de pensiones y prácticamente sin ingresos. Quizás creyó que siempre habría alguien que le solucionaría la papeleta: su madre primero, sus parejas o yo después… Vivía, desde luego, sin miedo al futuro. «Dios proveerá», solía decir.

Siempre me pareció que un tipo tan culto como él debió haber sido otra cosa, haber tenido otro tipo de profesión, pero no se lo critico. Fue un pionero en eso de vivir al día y de lo que le gustaba.

Cuando no estaba trabajando leía, iba al cine o veía películas

en casa, visitaba museos, fumaba y bebía cerveza.

Despreció siempre su tierra y sus orígenes. Su historia familiar le traía sin cuidado. No le importaba de dónde venía y a veces hasta parecía avergonzarse de su familia, en parte porque todos o casi todos eran humildes, poco leídos y de derechas, cosas que él despreciaba profundamente, sobre todo las dos últimas.

No quería saber nada del pasado. Ni del de sus antepasados ni del suyo propio. Puede que pensara como yo, que la familia no vale para nada. Parecía que iba soltando lastre. Cuando terminaba una relación, jamás volvía a hablar de aquellas mujeres que le habían acompañado tantos años. Como no podía aceptar que le hubieran dejado, sencillamente, las borraba del mapa. Pasaban a no existir. Él era, y lo fue hasta que murió, la medida de todas las cosas.

Ni siquiera se trataba con su hermana, que, como todos, acabó harta de su carácter y sus malos modos. En realidad, siempre se llevaron mal. Mi abuela, con su favoritismo hacia mi padre, fomentó toda su vida las diferencias entre los dos hermanos. Más tarde, y para más inri, mi padre odió y despreció toda la vida al marido de mi tía, a su cuñado, lo que hizo que se enemistaran aún más. A mi primo Gregorio, el único sobrino que tuvo, jamás le hizo tampoco el menor caso. Con el paso de los años, mi padre fue desprendiéndose de todo el mundo.

Con Galicia, su tierra, tenía una relación de amor-odio. La veía como un país conformista. Despreciaba sobre todo el carácter gallego, el «malo será», el servilismo, la falta de todo lo que a él le gustaba. Se veía como un príncipe ilustrado, incomprendido y en tierra extraña.

Nunca se sintió de Marineda y, sin embargo, a menudo me decía una cosa que contradecía todos sus argumentos y desprecios:

«¿Sabes cómo se sabe de dónde es uno, Sibiloncia? Uno es de donde le han dado el primer beso».

43

Entrevista a una madre

Marineda, verano de 2020

El verano ya se acaba. Estás en el tren, camino de Marineda. Vas por primera vez después de la pandemia. Tu última visita fue poco antes de que te despidieran, hace ya más de siete meses. Normalmente no hubieras dejado pasar tanto tiempo, pero se juntó el encierro con que luego tuviste la necesidad de marcharte por ahí, como siempre.

Aunque llevas bastante sin ver a tu madre y a tu hermana, nunca os echáis de menos por la relación tan despegada que tenéis, en plan americano. Están ahí si pasa algo importante y viceversa; lo sabes y ellas también lo saben.

Estos meses en los que te has empezado a interesar por tu historia familiar, te das cuenta de que apenas tienes información sobre tu vida de bebé y, especialmente, sobre la relación de tus dos padres y su época de inmigrantes en Londres.

Aunque tu madre te ha ido contando algunas cosas sueltas a lo largo de los años, es necesario extraer los datos con algo de método. Normalmente, cuando habláis de cosas que tienen que ver con esa época, acabáis peleándoos: ella se siente agredida, culpabilizada. Decides vendérselo como una entrevista para que no se lo tome como algo tan personal.

—Mamá, ¿qué te parece si hacemos una especie de entrevista más o menos ordenada sobre tu vida y la de mi padre cuando yo

era bebé? Me faltan muchas cosas por saber, tengo muchas lagunas... —le dices por teléfono desde el tren.

—Me parece genial lo de la entrevista, pero te advierto que no me acuerdo de casi nada —responde—. Tendré que llamar esta tarde a Yaye, que él sí que se acordará.

—¿Me estás diciendo que tienes que llamar a un amigo para que te cuente tu vida, nuestra vida?

—Hija mía, con más de setenta años que tengo y lo que he pasado, ¿cómo quieres que me acuerde? Tú tampoco te acuerdas.

—A lo mejor porque tenía tres años, mamá.

Quedáis para hablar al día siguiente por la mañana.

Llegas por fin a Marineda, a casa de Manuel. Cuando justo estás subiendo los cuatro pisos, te encuentras a los vecinos de abajo, los que fueron al tanatorio, Paca y Paco. Les preguntas si han oído ruidos arriba, en casa de tu padre. Temes que Alba haya ido estos meses sin avisarte usando sus llaves, que haya desmantelado la casa...

Siempre son muy cariñosos contigo. Te dicen cosas que a ti te parecen raras: que tu padre te quería mucho, que siempre andaba hablando de ti. También les decía que tenías muy mal carácter, que te enfadabas siempre mucho por todo.

Cuando entras parece que en la casa todo está en orden, con el mismo olor de siempre.

Lo primero que haces es ir a ver sus cenizas, a ver cómo están después de tantos meses solas. Abres el armarito. El bote morado está dentro de la bolsa, sigue allí. «Hola, Manuel», dices. Pero no te quedas ahí; quieres ir más allá. Han pasado muchas cosas desde la última vez. Las cenizas están dentro de una especie de saco de tela y, por primera vez, te atreves a palpar por encima de la tela. Sientes un tacto rugoso, parecido al carbón de los Reyes Magos cuando se hace pedazos. Retiras la mano al momento, algo impresionada.

No sabes si las cenizas se han apelmazado con la maldita humedad de Marineda o es tu padre, que ya anda haciendo de las

suyas. Tú pensabas en cenizas como de cigarrillo, no en esto. Esto no parecen cenizas, parecen otra cosa, piensas.

A la mañana siguiente vas a casa de tu madre. Hace más de seis meses que no os veis y cuando te abre la puerta notas una vez más lo que le cuesta la cercanía física contigo.

Se acerca brevemente a ti, te da un beso rápido y se aparta haciendo una especie de cobra. Parece como si temiese sufrir un cortocircuito. Te exaspera su falta de afecto.

Recuerdas la maldad que hiciste antes de la pandemia, cuando ella fue a Madrid. Al llegar a tu casa, la abrazaste a posta exageradamente, la apretujaste hasta hacerle daño, pero no con amor, más bien con rabia. Fue una especie de maltrato disfrazado de abrazo, como cuando los hermanos pequeños se hacen un «cariño» en la cara y retuercen con saña el moflete del otro hasta hacerle llorar, diciendo luego a la madre: «Si solo le estaba acariciando».

Cuando entras en su casa te encuentras el caos habitual en el salón. Cada vez es un caos distinto, nunca se sabe. En esta ocasión todos los muebles de las generaciones anteriores están colocados aquí y allá sin orden ni concierto. Casi no se puede pasar. Los cachivaches y cajas con trastos viejos impiden el acceso a los ventanales, que tienen vistas espectaculares del mar. Las mesas, llenas de papeles y cartas del banco apiladas. Una casa maravillosa echada a perder, eso piensas cada vez que vas. También piensas: si yo tuviera una casa así, con estas vistas, la tendría de película.

Pero no es tuya. Fue toda la vida la casa de tus abuelos. Luego de tu abuela sola. Ahora de tu madre.

Continúan donde siempre estuvieron las cosas del pasado de tus abuelos: los óleos enormes que tu abuelo pintó de tu abuela, las acuarelas, los bodegones, algunas fotos de los dos. También la tele de los años cincuenta que dejó de funcionar en los sesenta, las revistas *Letras* de tu abuela encuadernadas en tomos, los libros de la colección Austral del abuelo... Abres el mueble bar, donde antes había mezcladores y copas de Martini, y te lo encuentras lleno de

cajas de Gelocatil vacías y rollos de esparadrapo.

Cuando desaparecen ciertos objetos y muebles del salón siempre intuyes que ella, tu madre, los ha puesto en otra parte. A veces los disgrega por alguna de las otras dos habitaciones, o bien los almacena de pronto todos juntos en el cuarto de servicio que hay en la cocina, en el que directamente no se puede entrar bajo riesgo de quedar sepultado.

En ocasiones piensas que el caos mental de tu madre es precisamente reflejo del caos en el que vive. En este caso no sabes qué va primero, si el huevo o la gallina.

—Mamá —le preguntas—, ¿no dijiste que ibas a tirar cosas? Yo lo que veo es que, en vez de tirar, lo que haces es cambiarlo todo de habitación.

—Uy, qué va. He tirado muchísimo ya. No sabes qué trabajo. Llevo en ello desde Navidad, como era lo único que se podía hacer cuando estábamos confinados... No te preocupes que cuando muera no tendréis que ordenar nada.

Cree que te tranquiliza, pero no. Sabes que cuando muera habrá exactamente lo mismo. Al menos no trae más cosas. Podría ser peor.

Otra característica bastante peculiar de tu madre es que no hay día en que no mencione su propia muerte de una manera u otra, diciendo cosas como «no, si yo me voy a morir muy pronto», «yo sé perfectamente de qué voy a morir», «no os preocupéis que muy pronto dejaré de daros la lata», «hasta mañana, si vivo», «el próximo verano, si no me he muerto, quiero ir a Roma», «estoy ya muy cansada y la muerte es descanso», y cosas así. No solo fabula con su propia muerte, sino con su posible suicidio, sabiendo perfectamente que nunca se va a suicidar, según ella misma dice, «porque no me atrevo. Soy una cobarde, como mi padre».

—Qué sucios están los cristales, mamá, con estas vistas que tienes —le dices—. ¿No me has dicho que pasas el día limpiando? Pues ya podías pasarles un trapo...

—No los limpio por si me tiro.

Antes, cuando te decía estas cosas, te enfadabas muchísimo y quizás dejabas de hablarle unos días. Ahora sencillamente le dices

que vale, que muy bien, que tiene razón. Para qué hacer nada si total vamos a morir.

—Pero, aunque te tires, supongo que hoy no va a ser, ¿no? Deberías pasarles un trapo.

Sin embargo, tu madre es grandiosa en sus respuestas y su sinceridad a granel le hace a menudo soltar frases de antología. Es muy ingeniosa y divertida. A veces os reís mucho juntas y entonces te dice cosas como:

«Qué simpática estás. Nunca te he visto tan simpática. Me estás cayendo muy bien».

Cuando ve a tus hijos también te dice cosas como: «Son majísimos tus hijos... Unos chicos muy simpáticos, y qué educados», como si no les conociera de nada. Y a veces te parece que, efectivamente, no les conoce de nada. A tu madre nunca le gustaron los niños, no sabe qué hacer con ellos. Le dan cierto miedo. Jamás hizo planes con tus hijos ni les llevó a ninguna parte. Antes, cuando no tenías hijos, os llevabais mejor. Crees que vuestra relación se ha deteriorado por eso mismo, porque a tus hijos, a sus nietos, nunca les hizo mucho caso.

—¿Qué tal estás, chiquitina? —te dice cuando entras—. ¿Qué piensas hacer este fin de semana que hace tan bueno?

—Pues iré a San Andrés de Teixido mañana, con Eva y Aldán.

—Anda, qué bien, y ¿por qué no tiras eso que tienes en los acantilados de San Andrés? Es un buen sitio.

—¿Qué es eso? ¿A qué te refieres?

—Pues eso que tienes guardado... Las cenizas de tu padre.

—¿En serio estás llamando a mi padre ESO?

—Cómo te pones, hija mía... Perdona, perdona. Ya no te hablo de tu padre más... Bueno, ya he apuntado todo lo que recuerdo y además he llamado a Yaye anoche, ¿comenzamos? —te dice sentándose en el sofá, impaciente por empezar la entrevista.

Abres la ventana y ves la playa de Riazor abajo llena de gente. A pesar de que es un sábado de mediados de septiembre, hace un día espectacular.

—¿Qué te parece si vamos a la playa y lo hablamos ahí? Hace tan bueno... Además, creo que nunca hemos ido las dos juntas a la

playa —le dices.

—¿Tú crees?

—Yo no lo recuerdo.

Y es cierto. Nunca es tarde para ir con tu madre a la playa, aunque tengas cuarenta y ocho años. Te sorprende las pocas cosas juntas que habéis hecho a lo largo de vuestra vida solo por el placer de compartir momentos, de estar las dos haciendo algo agradable.

Recuerdas tres cosas concretas, quizás hayan sido las únicas: una mañana en el Museo del Prado, hace como seis o siete años, viendo una exposición de Van der Weyden, que te explicó muy bien; una noche en la ópera viendo *Norma*, de Bellini, que además fue tu primera vez en la ópera, y un viaje a la India que fue complicadísimo. No recuerdas haber hecho mucho más con ella las dos solas, pero al menos todas son cosas muy especiales. Valen más esas que cien mañanas en un Carrefour, piensas.

De cualquier forma, crees que «hacer cosas con los hijos» también es muy de ahora.

Os ponéis las dos el bañador. Tu madre va cargando con una silla de playa plegable; no sabías que tuviera cosas tan prácticas como sillas de playa. Apenas tenéis que cruzar la calle y ya estáis en la arena. Buscáis entre el gentío un sitio conveniente para instalaros.

—¿Por qué te enamoraste de mi padre?

—¿Cómo me puedes preguntar eso? Yo nunca me enamoré de él. Me quedé embarazada, que es distinto. Mi novio de toda la vida, Jun, acababa de morir en un accidente de coche. Necesitaba agarrarme a algo. Tu padre me invitó a ir a París con su hermana y allí yo me puse enfermísima, casi me quitan un riñón. Tu tía me trajo de vuelta medio muerta. Después, Manuel empezó a visitarme en esta casa, cuando estaba convaleciente, y así empezó todo.

—¿Qué es lo que te gustaba de él?

—Nada..., o, bueno, sí, era un tío interesante y culto.

—¿Dónde os conocisteis?

—En un bar al que íbamos todos por aquella época, yo con mi pandilla y él con la suya.

—¿Cómo era él en realidad?

—Como tú le conociste luego: insoportable, machacón, exasperante, dominante... Habrá cosas que nunca jamás te contaré. Cosas que jamás sabrás de él.

—¿Son cosas que tienen relación conmigo?

—No. Son cosas que se refieren a mí.

—¿De qué tipo?

—Te he dicho que jamás te lo voy a contar.

—Creo que ya me lo contaste, pero se te olvidó. Lo de que no se le levantaba, ¿no?

—¿Te lo conté?

—Sí, pero obviamente ya no te acuerdas... Da igual. ¿Por qué decidisteis casaros y tenerme?

—No quise abortar. Nos casamos porque me quedé embarazada.

—¿Por qué te casaste de negro?

—¿Me casé de negro? No me acuerdo...

—Sí, y con el pelo rapado...

—De eso del pelo sí me acuerdo. También de que tu abuela Ma me pidió el dinero que me dio mi padre por la boda y nunca me lo devolvió.

—¿Qué es lo que más recuerdas de mi nacimiento?

—El ruido que hacían las palomas en la plaza de San Agustín. Me durmieron entera. Cuando me desperté ya habías nacido. No me enteré de nada.

—¿Por qué os fuisteis a Londres y me dejasteis con mi abuela nada más nacer?

—Porque él se empeñó en que había que ir. Quería ahorrar cien mil pesetas, no recuerdo para qué. No teníamos carreras y aquí no había trabajo en aquella época.

—¿Me echabais de menos? ¿Te pareció normal dejar a una hija bebé abandonada y volver al cabo de tres años?

—Lo hacía todo el mundo en aquella época. Creo que no fueron tres años, que volvimos a verte en algún momento.

—¿Alguna vez fuiste feliz con mi padre?

—No. Nunca. ¿Cómo puedes preguntarme eso?

—¿No había una sola cosa que te gustase de él?

—No me acuerdo. Quizás sí al principio. Ahora se me ha olvidado. No sabría decirte.

—¿Por qué se acabó vuestro matrimonio?

—Porque él se lio con Mar.

—¿Vivimos alguna vez como una familia? ¿Nunca fuimos felices?

—Nunca.

—¿Te arrepientes de haber estado con él?

—Sí, claro que me arrepiento. Qué cosas se te ocurren. Fue horrible, horrible.

—¿Por qué siempre te portaste bien con él luego? ¿Por qué te preocupaste de él hasta su muerte?

—Lo hice por ti. Ahora me acuerdo de él con ternura, no te creas...

—¿Por mí?

—Sí, porque era tu padre.

—¿Por qué nunca luchaste por tener una pensión, y que se ocupase económicamente de mí?

—Eran otros tiempos. Ahora lo pienso muchas veces, debí de haberlo hecho.

—Y luego, ¿por qué tú nunca me cuidaste como es debido?

—No sé muy bien a qué te refieres... No tenía dinero, ¿no te acuerdas?

—¿De Javier sí te enamoraste?

—Me parece que tampoco del todo. Creo que solo me he enamorado de dos personas en toda mi vida. De Jun, mi primer novio, y de César.

—Pero estuvisteis quince años juntos, tuvisteis una hija... Yo creo que no te acuerdas, ¿por qué estuvisteis todos aquellos años juntos entonces?

En ese punto de la conversación ella te mira con ira o con incomprensión, o con ambas cosas, y te dice:

—Las cosas no son blancas ni negras. Parece mentira que seas escritora.

—Una última cosa, madre. Me he dado cuenta de que en

realidad no sé nada de ti. Nunca me has contado nada de lo que yo no haya sido testigo. No sé cómo fue tu infancia, tu juventud, cómo eran tus padres...

—Ah, ¿no sabes nada? Pues no sé... Pregúntame lo que quieras. Me está pareciendo muy interesante esta conversación, pero me tengo que bañar, chiquitina, que tengo muchísimo calor. Me están dando unos calambres terribles en la cabeza.

Os vais a la orilla. El agua, como siempre, está gélida. Tu madre afirma no saber nadar, dice que se le ha olvidado, que está fatal, que tú no te das cuenta de cómo tiene la cabeza. Se va metiendo torpemente en el mar y te produce cierta ternura verla ya en el agua, dando sus breves brazadas de viejecita en la orilla, feliz como una niña.

Es raro que tu madre te produzca un sentimiento de ternura y te gusta cuando sucede, te hace pensar que quizás no todo esté perdido.

No sabes si la quieres o no, y tampoco si ella te quiere a ti. La debes de querer, son muchos años ya, pero supones que te darás cuenta cuando ya no esté, como sucedió con tu padre. A ver si aprendes que para echar de menos a alguien no se tiene que morir.

Solo sabes que la mayoría del tiempo sencillamente os limitáis a soportaros, como un matrimonio viejo en lucha constante. No hay tregua. No tienes muy claro si eso es querer: el soportar, el sobrellevar, el aguantarse con lo que uno tiene porque es lo que hay.

Sabes que todo es en parte por culpa tuya; sigues esperando que tarde o temprano se comporte como una madre normal, algo que jamás sucederá. Sigues reclamando su afecto y su atención, y ella continúa sin darlo, no sabes si involuntariamente o a posta, para seguir con la dinámica, con el juego de fuerzas.

Hace poco te dio por pensar si nos quedaríamos con nuestros padres si nos dieran otros mejores, si hubiera la posibilidad de cambiarlos por otros. Al menos cuando uno no es feliz con su pareja siempre puede dejarla en busca de otra distinta. Pero

cuando no hay más que una opción, como en el caso de la familia, se reducen todas las posibilidades.

Los padres son como la vida y la muerte. No hay más que esos. Si no te gustan o no te valen, se siente.

Cuando salís del agua aún continuáis un rato hablando. Inevitablemente sale el episodio de la mañana de Reyes, algo que siempre le echas en cara. Su momento estelar como mala madre.

Ella se echa a llorar en su silla plegable en un arrebato de sentimentalismo. La gente ni siquiera os mira. Están todos despatarrados tomando el sol.

—Perdóname, perdóname —dice.

Cuando tu madre se arrepiente o llora, sabes que casi nunca lo hace de verdad. Son lágrimas de cocodrilo. Tu madre solo llora por ella, para llamar la atención de los demás, como una niña pequeña, o para hacerse la víctima cuando quiere algo. Nunca la has visto pedir perdón de corazón por nada.

—No te preocupes, ya he superado lo de haber tenido unos padres así —mientes.

Después os abrazáis, esta vez con un poco más de sentimiento, os hacéis unos selfis para recordar vuestro primer día de playa y os vais a comer unas tapas de ensaladilla a un bar cercano.

44

Noche de Reyes

Cada vez que le menciono lo de aquella noche Reyes, mi madre hace que llora y se arrepiente de la madre que fue, pero no sé si se acuerda muy bien de lo que sucedió. Yo lo recuerdo perfectamente, como si hubiera pasado este año.

Me gusta regodearme en los recuerdos malos de mi infancia, como otros se agarran a los felices. No por sufrir, sino porque son los que tengo. Ahora, con la distancia que da el tiempo, cada vez los veo menos dramáticos y más graciosos, hasta pintorescos.

Mis padres tuvieron una casa en Marineda en donde se suponía que íbamos a vivir los tres. Nunca llegamos a hacerlo del todo, o si vivimos todos juntos, fueron unos pocos meses. Era algo así como un piso franco. Mi padre ya estaba con su amante, Mar, e iba y venía a la casa de manera puntual. Y al poco tiempo, mi madre empezó a salir también con Javier, quien también venía a menudo por la casa.

Era un piso bonito, un ático con una gran terraza en la zona de la playa del Orzán. Allí es donde justamente estaba la bici que nunca aprendí a usar, tapada con un plástico y oxidándose en la terraza. Los recuerdos más vivos de Juan Canalejo, que así se llama la calle, son los de mi padre contándome las historias de terror en el Cuarto de los Libros y el día en que dejé de creer en los Reyes Magos.

Era la víspera de Reyes. Mi madre quería salir de juerga con sus amigas, así que aquella noche mi abuela Ma vino a la casa para dormir allí y cuidarme mientras ella salía.

Yo, que tendría entonces unos ocho años, dejé mis zapatos en el salón para que los Reyes me pusieran los regalos, también galletas y agua para los camellos. A la mañana siguiente, nada más saltar de la cama, abrí la puerta del salón para ver qué me habían dejado. La habitación estaba en penumbra. Encontré mis zapatos vacíos y a mi madre durmiendo en el sofá. Su amiga dormía también sobre unos cojines dispuestos en el suelo.

Recuerdo despertar a mi madre, zarandearla llorando, diciéndole que los Reyes no me habían dejado nada. No me hizo mucho caso. Me pidió que la dejara dormir, que estaba muy cansada. Dijo que ya lo solucionaríamos más tarde.

Salí de la habitación llorando a moco tendido y fui a donde estaba mi abuela.

«Este año he debido ser mala porque los Reyes no me han traído nada», le dije.

Mi abuela, tan intrigante como siempre, se encerró en la habitación e hizo una llamada telefónica.

Al poco rato mi padre irrumpió en la casa. Venía furioso. Entró directamente en el salón, donde mi madre y su amiga dormían. A partir de ahí, todo lo que se oyeron fueron gritos y ruidos de cosas golpeando contra el suelo.

Mi abuela y yo esperábamos fuera, al otro lado de la puerta, cogidas de la mano. Yo estaba un poco asustada. Ya no quería ni regalos. Solo deseaba que todo aquello parase.

Entonces, mi padre salió de la habitación cerrando la puerta tras de sí y, muy tranquilamente, me dijo:

—Sibiloncia, este año los Reyes no han dejado los regalos en los zapatos como siempre. Este año hay que buscarlos por la casa.

Yo le miré con cara de perplejidad.

—Venga, ¿a qué esperas? Ponte a buscarlos. ¡Vamos! —ordenó.

Y yo empecé entonces la búsqueda del tesoro en pijama, como un pequeño fantasma, abriendo puertas de armarios y cajones hasta que al fin encontré mis regalos perdidos.

Jamás le perdoné a mi madre una entrada tan abrupta en el mundo de los mayores.

45

Ronda de Outeiro

Marineda, verano de 2020

El día después de la «entrevista» continúa haciendo sol y hasta calor, que en Marineda ya se siente con apenas veintipocos grados. En esta ciudad no se desperdicia ni un día bueno, justamente porque no hay tantos, a pesar de que muchos *marinedeños* piensen que los del tiempo del Telediario tienen una conspiración contra Galicia.

El tiempo de cada día se podría resumir en un «bueno, mujer, tampoco está tan malo». Alguien de Marineda no siente que hace malo hasta que no tiene encima los cuatro elementos todos juntos: frío, niebla, viento y lluvia.

Vas con Eva, su hijo, Aldán, y su hijo postizo, Roi, de excursión a San Andrés de Teixido. Antes de salir de la ciudad, pasáis por Ronda de Outeiro.

—Mira —le dices a Eva—, la que fue mi casa.

—Es verdad... Casi no me acordaba —dice ella—. Vine poquísimas veces. Como siempre estábamos en casa de Ma y esto quedaba tan lejos... ¿Cuánto tiempo viviste aquí?

—Unos ocho años. Cuando vinimos empecé a ir al colegio aquel tan cutre, Colegio Academia Los Castros. Aún no nos conocíamos tú y yo.

Cada vez que pasas por allí, que es muy raramente, te gusta advertir los cambios en la fachada. Antes tenía una franja verde en todo lo alto, ahora ya no. Miras hacia la ventana del décimo piso, donde vivíais. Te encantaba estar en un piso tan alto, las vistas que alcanzaban el puerto, los minutos en aquel destartalado ascensor que se movía bastante hasta llegar arriba...

La cabina de abajo, desde donde solías llamar a Eva y a tu abuela Ma, aún sigue ahí, con el teléfono arrancado y llena de pintadas.

—¿Cómo fue que os vinisteis a vivir aquí, tan lejos? —pregunta Eva.

—El padre de Javi les regaló la casa cuando mi madre se quedó embarazada de Io. Mi padre ya se había largado a Madrid y había vendido la casa de Juan Canalejo —respondes—. No guardo mal recuerdo de mis años ahí, no te creas. Fue una vida rara, pero lo más cercano que tuve a una vida familiar. Estaba aquí con ellos durante la semana y me iba a casa de Ma a pasar los fines de semana. Luego ya viniste tú conmigo.

—¿Y con Javi qué tal te llevabas entonces? No recuerdo que me hablaras mucho de él cuando nos conocimos.

—Porque en aquella época no hablábamos de esas cosas. No nos contábamos nada de lo que sucedía en casa, ni en la mía ni en la tuya, ¿recuerdas? —respondes—. Solo hablábamos de ropa, de chicos, de salir...

—Es verdad. Íbamos a casa de Ma y aquello era como una isla, nos olvidábamos de todo lo de nuestras casas, y menos mal —te responde Eva.

—Oye, y ahora que lo pienso, ¿por qué Javi ya no se llama Javi?

Javi, que estuvo quince años viviendo con tu madre, aunque nunca se casaron, se llamó toda la vida Javi hasta que hace un par de años decidió cambiarse el nombre y pasó a llamarse Tono. Quiso recuperar el apodo por el que le llamaba su familia cuando era pequeño. Lo comunicó a través de Facebook, que a partir de ese momento ya no era Javi, sino Tono, que por favor le llamaran por su nuevo nombre. A veces se te escapa llamarle Javi y crees

que a él le molesta un poco, o que ya no se reconoce en su antiguo nombre. Cada uno tiene sus métodos para tratar de volver a los tiempos y los espacios donde todo estaba bien, donde fue feliz. Piensas que quizás cambiar de nombre y retomar nuestro apodo infantil sea la solución para ser otra versión de nosotros, una más sencilla y genuina. Quizás cuando tengas setenta años tú también pidas ser llamada Sibiloncia.

Cuando os fuisteis los tres a vivir a Ronda de Outeiro, tu padre ya había dejado Marineda para marcharse a vivir Madrid. No le importó mucho que os separaran seiscientos kilómetros y solo pudiera verte durante las vacaciones. Esas son cosas que nunca te preguntaste de niña, pero sí te preguntas ahora.

Al poco de mudaros allí nació tu hermana Io. Recuerdas muy bien aquella noche. Tu madre y Javi despertándote en medio de la madrugada y ella diciéndote: «Nos vamos a tener a la niña». Tú te quedaste allí sola, esperando. Horas más tarde llegó Javi a decirte que ya había nacido Io. Después de casi cuarenta años, recuerdas cómo la describió. Dijo que era «una *berberechiña galega*».

La casa de Ronda de Outeiro era el último piso. Había unas vistas increíbles. La mejor habitación, y la más grande, el salón, era el estudio de pintor de Javi/Tono, que se mantenía completamente diáfano a excepción de una mesa con todos los útiles de pintura, los cuadros por el suelo y los lienzos en las paredes. La vida familiar se hacía en un pequeño cuartito de estar contiguo bastante más pequeño.

Javi pintaba cuadros de cuatro por cuatro, fumaba porros y escuchaba a los Rolling Stones, a los Doors y a Chuck Berry en un viejo radiocasete. Vestía un mono blanco de obrero lleno de pintura. Le recuerdas cantando y bailando «*Satisfaction*» mientras fumaba y pintaba subido a veces a una escalera. Y también aquel parqué destrozado, todo tan lleno de manchurrones de pintura que casi no se veía la madera, y un olor tremendo a aguarrás y a esencia de trementina que flotaba como una nube por toda la casa.

Antes de nacer Io, recuerdas a tu madre desnuda y embarazadísima posando encima del váter mientras él hacía bocetos. Pintó a tu madre embarazada en una serie de lienzos

enormes que llamó *Las preñadas*. Después la pintó dándole de mamar a tu hermana Io en otros lienzos enormes. Tu madre iba envuelta en colores, con las faldas *hippies* y largas que solía llevar. La serie se llamó *Las maternidades*. Uno de esos cuadros cuelga hoy en el hospital materno-infantil de Marineda.

Tono pintaba hasta tarde, muchas veces salía de copas con tu madre o con otros amigos artistas hasta las tantas y luego, al día siguiente, mientras ella trabajaba, él se levantaba a las tres del mediodía. Era un artista. La vida de artista era así, una vida bohemia y alcohólica en una Marineda que despertaba a la modernidad, una ciudad llena de movimientos culturales y de bares donde se reunían los artistas y los intelectuales, como el Patacón o el Filloa.

Javi se levantaba tan tarde que en vez de «Javier, despierta que es tarde», tu madre, mientras hacía la comida, entraba en el cuarto donde él dormía y le decía directamente: «Javier, pon la mesa».

Como tu madre hacía unas comidas más bien escasas y poco elaboradas, tipo merluza cocida y cosas así, de vez en cuando él, mirando el plato, perplejo, le decía: «Pero ¿tú te crees que esto es comida para un hombre?».

A ti de niña, Javi siempre te pareció que estaba un poco chalado y que era muy divertido. No era una persona al uso, sobre todo cuando lo comparabas con la rigidez y seriedad de tu padre, que era todo lo contrario. En aquellos días, y aún ahora, Tono era un *hippie*, un alma libre. Fue en él donde pudiste ver primero la diferencia entre una personalidad creativa y las demás. Esa locura buena que da el ser artista y, sobre todo, el creerse artista.

No sabes si fue un amigo, un padrastro..., pero sí sabes que te tuvo que aguantar muchas tonterías porque tú, que en aquella época eras una adolescente imbécil, como todas, le decías a menudo las típicas cosas de «tú cállate que no eres mi padre».

Con el paso del tiempo, se hizo un artista muy conocido en Galicia. De hecho, el símbolo de la ciudad, *A rosa dos ventos*, junto a la Torre de Hércules, es obra suya. Pero en aquel entonces su carrera aún estaba despegando y, aunque vendía obras de vez en

cuando o le encargaban proyectos, era tu madre la que llevaba el peso de aquella casa. Ella tenía muchos trabajos, pero ninguno estable. Durante algunos años tuvo una tienda de ropa, El Columpio, en la calle del Orzán, en la que vendía las prendas que compraba en Londres; también tuvo otra en el mercado de la plaza de Lugo. Después de nacer tu hermana, se puso a estudiar Historia del Arte en Santiago, además de todo lo que ya hacía. Consiguió acabarla, aunque después vivió muchos años de su trabajo más duradero: guía turística.

Tu madre, en aquella época, era como una leona que salía a cazar gacelas de Thomson para todos. Así no se puede ser buena madre, o quizás eso fue precisamente ser buena madre. Todo hay que mirarlo en las circunstancias en las que se produce. Tú abres la nevera de tu casa y suele haber comida. En Ronda de Outeiro eso no sucedía del todo así. Había que salir a ganársela cada día.

Había una conversación que siempre se repetía:

—Mamá, ¿qué hay de merendar? —preguntabais—. No hay nada en la nevera.

Y tu madre decía:

—¿Cómo que no hay nada? Hay de todo: hay pan, hay leche y hay fruta.

Y tu hermana y tú os comíais un currusco de pan, un vaso de leche y una manzana en lugar de los Bollicaos y bocatas de Nocilla que comían las otras niñas del colegio.

Había de todo, era cierto: había pan, había leche, había fruta. Era una dieta al estilo Viejo Testamento. No se estaba para hostias.

Durante aquel tiempo, tu madre te encargaba el cuidado de tu hermana pequeña. Así que cuando tenías trece o catorce años eras la que iba a por la niña, que entonces tenía cuatro, a la parada del autobús escolar, quien le daba la merienda, la que hacía los deberes con ella...

Más tarde llegó tu abuela Concha a vivir con vosotros para ayudar a tu madre con la niña. Dormíais todas juntas. Tu abuela y tu hermanita en una cama y tú en la otra.

En la casa de Ronda de Outeiro tampoco había teléfono. Había que bajar a la cabina que estaba justo al lado del portal a

llamar. Te acuerdas de cientos de conversaciones en aquella cabina. Llamar a tu abuela Ma desde allí para informarle, por ejemplo, que por fin te había venido la regla. La de cosas importantes que dijiste desde aquel teléfono.

También recuerdas la expectación cuando llegaba el barco.

«Esta noche viene el barco», decía tu madre.

El padre de Tono era armador de barcos que faenaban en Gran Sol. Cada quince o veinte días llegaban cargados de pescado al puerto de Marineda. Por la noche, cuando atracaban, a menudo a altas horas, los familiares de la tripulación y, desde luego, los del propietario, tenían permiso para ir a coger todo el pescado que quisieran.

Tu madre y Tono volvían del puerto cargados con bolsas repletas de pescado: rapes, merluzas, gallos gigantescos, pero sobre todo cigalas, montones y montones de cigalas. Vosotros no teníais una nevera grande, y mucho menos un congelador donde conservar todo aquello, así que lo teníais que comer inmediatamente. Durante un tiempo llegaste a aborrecer el pescado de tanto que lo comías. Así que, en el fondo, en aquella casa que a tu madre le costaba tanto mantener comíais como si fuerais ricos.

Tanto tu madre como tú, pero sobre todo ella, seguís teniendo una relación cercana con Tono. Tu madre dice que realmente no cree haber estado enamorada de él, pero piensas que es porque no se acuerda. Tú sí recuerdas los morreos impresionantes que se daban en la cocina y que a ti te dejaban con la boca abierta.

Estuvieron juntos quince años, hasta que tu hermana tuvo once o doce. Cuando te marchaste a Madrid a vivir con tu padre estaban ya en las últimas.

Siempre pensaste que hacían muy buena pareja por sus personalidades, que encajaban muy bien, y por las pintas de ambos. Tono, siempre *hippie* con sus pelos largos y rizados, su barba y sus fulares al cuello, y tu madre envuelta en sus faldas largas de colores, gorros de lana y luciendo siempre miles de collares, anillos y pulseras.

Tras hora y media de trayecto bordeando la costa y atravesando praderas con bueyes y caballos salvajes, llegáis por fin a San Andrés de Teixido, uno de los lugares más espectaculares y especiales de Galicia. Ya lo dice el refrán: «*San Andrés de Teixido. Vai de morto quen no vai de vivo*».

Los turistas vienen a San Andrés atraídos por su vertiente mágica, el panorama salvaje de la costa y los percebes, pero esta vez no hay mucho trasiego, se nota que el verano está ya llegando a su fin. Los acantilados y el mar batiendo contra las rocas ofrecen, como siempre, un espectáculo impresionante.

Entráis en la pequeña ermita, vais a las tres fuentes donde la tradición dice que hay que mojarse, compráis las típicas figuritas de pan, las *herbas de namorar* y, finalmente, os sentáis los cuatro a tomar algo en una pequeña terraza.

—Ayer mi madre me propuso tirar las cenizas de Manuel aquí, y la verdad es que podía haberlo hecho —le digo a Eva—. Un año y pico después aún siguen ahí, en la casa... Me está dando ya mal rollo. Te juro que no sé qué hacer con ellas. Es como si nadie pudiera venir a la casa hasta que las cenizas no salgan de ahí.

—Pues el otro día me acordé de ti porque leí en algún sitio que Keith Richards, el de los Rolling, se había esnifado al padre —te dice Eva riéndose.

—¿Cómo hizo eso? —preguntas.

—Pues se hizo unas rayas con las cenizas... y se lo esnifó. *Muller*, a una parte del padre, no todo. Imagina las rayas que te tienes que meter para esnifarte al padre entero.

—Eso es un poco bestia, Eva —dice Roi—. Pero ahora hay mogollón de cosas que puedes hacer con las cenizas.

—¿Como por ejemplo? —preguntó Eva.

—Pues puedes hacerte un colgante —dice mientras te tiende en el teléfono la página web de la empresa que se encarga del proceso.

—Pero ¿eso cómo va a ser?

—Es algo con el carbono de las cenizas, que es parecido al carbono de los diamantes. Mandas las cenizas, o parte de ellas, y de ahí te sacan un diamante con el que te puedes hacer un anillo o

un colgante. Hay de muchos precios.

—No estoy segura de querer llevar a mi padre siempre colgado del cuello. Además, si se me pierde, ¿qué? Yo lo pierdo todo...

—Puedes hacer otras cosas, creo, como por ejemplo un tatuaje o un cuadro —continúa.

Buscáis información en Internet. Todo es verdad. Y hay algunas posibilidades más, como mezclarlas con barro y hacer una escultura, guardar una muestra en el interior de una joya o fundirlas con cristal para hacer un jarrón. También existe la opción de enviarlas a la estratosfera en un globo sonda y ver el recorrido en *streaming* desde el mismo móvil.

No imaginas a tu padre convertido en colgante ni en jarrón ni en cuadro ni en tatuaje ni mucho menos en cohete.

Les cuentas la escena de una película que viste hace unos años, *Capitán Fantastic*, en donde un padre *hippie*, que interpreta Viggo Mortensen, y sus hijos tiran las cenizas de la madre muerta al váter de un aeropuerto cumpliendo así su última voluntad. La penúltima escena de la película es esa: todos mirando cómo desaparecen las cenizas de la madre en el momento de tirar de la cisterna. Pero de nuevo, tus ritos y costumbres te impiden hacer algo así.

—Debí haberme deshecho de las cenizas en el momento de recibirlas. Debí de haberlas tirado a la ría cercana al tanatorio cuando me las dieron sin pensármelo dos veces. Debí haber hecho tantas cosas... —les dices.

—Bueno, mujer —dice Eva—. Ya encontrarás un lugar. De momento están bien ahí, en su casa. Marchar, digo yo que no se va a marchar. ¿Qué prisa tienes?

—No es exactamente prisa —respondes—, para mí es como cerrar definitivamente el capítulo de su muerte. Solo cuando lo haga me voy a quedar en paz. Hasta entonces me parece que está como en tránsito, esperando en una especie de limbo. Es más por mí que por él. Necesito zanjar ya el tema.

—Quizás lo hagas todo al mismo tiempo —te dice Eva—, escribir un libro sobre él y enterrar sus cenizas, ¿no? Así sería

como cerrar el círculo.

Recuerdas cuando fuiste a recoger las dichosas cenizas al tanatorio un par de días después de su muerte. Te acompañaba tu hermana Io, que no había acudido ni al velatorio ni a la cremación de tu padre.

Nada más llegar, entregasteis los papeles en la recepción y fuisteis conducidas a una sala de espera muy aséptica e impersonal en la que te pareció que hacía un frío glacial. Os pidieron que esperaseis un momentito. Tú tenías el estómago encogido. En la sala, sobre una mesa, había una orquídea muy vistosa que te pareció que iba a decir: «Yo aún estoy viva. No todo es muerte y fuego en este lugar». Te dieron ganas de escapar corriendo, de dejar las cenizas de tu padre allí para siempre, como quien deja los zapatos a arreglar al zapatero o una alfombra en la tintorería y jamás vuelve a por ellos.

A los pocos minutos llegó una señorita enfundada en un ajustado traje de chaqueta y con tacones. Parecía la abogada sexi de alguna serie. Llevaba una chapa con su nombre prendida en la solapa: señorita Silvia.

Señorita Silvia llegó sujetando una bolsa de tela que dejó ceremoniosamente encima de la mesa, junto a la orquídea. Quiso decir: «Aquí tienes a tu padre», pero en realidad dijo: «Cuidado cuando la coja que pesa bastante». Y era verdad. Pesaba muchísimo. Te fuiste cargando aquella bolsa en brazos, como si fuera un bebé. Era de tela, bastante discreta. No ponía «tanatorio» ni «cenizas de Manuel» ni nada.

Te quedaste con ganas de preguntarle:

«Pero, oiga, señorita, ¿esto por qué pesa tanto? ¿No eran solo cenizas?».

Imaginaste la posible respuesta:

«Sí, pero son una gran cantidad de cenizas. Una cosa es la ceniza como concepto aéreo y ligero, y otra muy distinta dos kilos de cenizas, señora».

Eso no lo diría la señorita. No le pagan para eso a la señorita.

Nadie le va a preguntar en cuántos kilos de cenizas se viene quedando una persona. Esas cosas es que no se le ocurren a nadie. Uno se pregunta esas cosas solo cuando va al súper. Cuántas naranjas hacen un litro de zumo y todo eso.

Subiste a la furgoneta de tu hermana y llevaste todo el trayecto la urna-jarrón en el regazo, apretada contra el pecho, clavándotela contra el estómago. La apretabas tanto que te dolían los brazos. Tenías miedo de que se te fuese a volcar con los vaivenes del coche. Llorabas débilmente. Son los padres los que nos cogen en brazos, pensaste. Uno no debería llevar nunca a su padre en el regazo. Un padre no debería ser nunca algo tan pequeño.

—Eso ya no es tu padre —te dijo tu hermana al verte llorar.

—Y entonces, ¿qué es? —preguntaste.

—No sé. Pero tu padre ya no.

Se te ocurrió que quizás teníais que volver para que señorita Silvia te diera a tu padre transformado en alguna otra cosa más conveniente, en una que no fueran cenizas: en un papel, en una foto, en un clavel, en un libro, en algo que significara algo de lo que tu padre había sido. Porque, pensándolo bien, todas las cenizas son iguales y lo mismo eran las de Manuel o lo mismo no, ¿cómo lo ibais a saber?

Llegasteis por fin a su casa, en donde se suponía que debías dejar las cenizas escondidas para que no las viera Eugenia cuando llegase allí unos días después. Te había dicho que le daría mucha impresión verlas y que trataras de esconderlas por ahí. Tú regresabas a Madrid aquella misma noche.

Tu hermana no encontraba aparcamiento para su furgoneta, que más bien parece un autobús o un camión de mudanzas.

—Sube a dejar las cenizas que yo te espero aquí en doble fila —dijo.

Así que subiste los cuatro pisos con la bolsa que contenía la urna que contenía a tu padre y le llevaste de vuelta a su casa, a donde él tanto ansiaba volver cuando estaba en el hospital. Allí se produjo el reencuentro de Manuel con su gata Lluvia, que merodeaba alrededor de la bolsa. Debieron de comunicarse de

alguna manera.

Tuviste que decidir en pocos minutos dónde dejar las cenizas. Empezaste a abrir armarios y muebles para ver dónde podías colocar la urna, pero ningún hueco parecía ser el adecuado. Todos estaban repletos de ropa y objetos. De repente, encontraste la solución en un armario del salón que contenía decenas de sus antiguas películas de VHS. Cogiste unas cuantas de aquellas cintas y las arrojaste apresuradamente a un cesto de mimbre destinado a la ropa sucia. Una vez despejado el espacio, dejaste a tu padre allí, entre sus películas. Te despediste. Le dijiste algo así como «bueno, pues aquí te dejo, Manuel», y cuando ya casi te ibas, te asaltó la duda de qué películas tendría alrededor. De si le gustarían o no. Fuiste a mirar y eran unas que no conocías, pero no te daba tiempo a seleccionar otras, tu hermana esperaba abajo. Cerraste de nuevo el armarito y colocaste un gallo de cerámica encabritado que le guarda y le vigila desde entonces.

Cuando Eugenia llegó a la casa no hizo por buscar el escondite, pero una mañana quiso encontrar una bolsa adecuada para ir a la compra y encontró la bolsa de las cenizas. Entonces pensó: «Qué bolsa más buena para ir al súper».

Miró qué había dentro y, del susto, la urna se le cayó al suelo y se rompió la tapadera.

46

Don Quijote

«A tu padre le llamábamos don Quijote porque siempre andaba con sus libros».

Eso fue lo que me dijeron las enfermeras de la planta de oncología a los pocos minutos de morir. Aquellas fueron sus palabras de consuelo. Pensé que a él, que siempre estaba leyendo *El Quijote*, nada le hubiera gustado más que ese comentario. O quizás hubiese preferido: «Tu padre era el enfermo más sexi e interesante de la planta de oncología», ese le hubiera agradado aún más.

Por aquel comentario de las enfermeras fui consciente de que mi padre era ya el sujeto de otro tiempo verbal. El cambio de presente a pasado es automático, no cuesta trabajo. La muerte empieza por cambiar la conjugación de los verbos de manera casi mágica. De «es» a «era» en unos segundos. Quizás cuando sabemos que alguien va a morir ya le colocamos inconscientemente en algún lugar del pasado, como para ir acostumbrándonos. De igual forma, muchas veces traemos a nuestros muertos al presente, confundidos. Porque una persona pertenece y ha pertenecido siempre al presente. Lo de su mudanza al pasado es un verdadero *shock*. En realidad, no cuesta acostumbrarse a la muerte, que no es nada, es una ausencia, un agujero negro. A lo que cuesta hacerse es a la novedad de no volver a ver a esa persona nunca más. Da igual que la persona esté muerta o se haya ido a Lima para siempre. El resultado es el mismo para nosotros.

Después de que mi padre se trasladara oficialmente al pasado

simple, llegó la médica de guardia y me dijo:

«Bueno, como ya sabes, tu padre ha muerto a causa de la enfermedad...».

Ni incluso cuando tu padre acaba de morir se puede pronunciar en alto la palabra fatídica: cáncer. Cáncer es «la enfermedad», la suprema enfermedad, la larga y penosa enfermedad, como dicen los periódicos.

La muerte necesita expresarse siempre con eufemismos. Incluso ella misma tiene uno de los más utilizados. Decir «fulano ha muerto» parece poco respetuoso. Se prefiere la manera eufemística de decirlo: «Falleció fulano». Con las bragas pasa lo mismo. Las bragas no existen. Son un espejismo. Únicamente existen las braguitas.

El día que oiga la palabra braga comenzaré a creer que la muerte, en realidad, existe.

Volviendo a lo de *El Quijote*, recuerdo hace ya bastantes años, una de las pocas veces que le hablé a mi padre de un novio que tenía en aquella época. Después de escucharme me dijo:

—Pregúntale de mi parte si ha leído la segunda parte de *El Quijote*, y si te dice que sí, entonces le doy mi visto bueno.

—Mi padre quiere saber si te has leído la segunda parte de *El Quijote* —pregunté a mi novio aquella misma tarde. Y él contestó:

—No sabía que *El Quijote* tuviera una segunda parte. ¿Cuándo salió?

—Sí, una que se llama *Don Quijote cabalga de nuevo*. La han sacado este año.

Manuel no era ni malo ni bueno, pero a veces provocaba una enorme ternura de lo peculiar que se empeñaba en ser. Era desastroso en todo, con un carácter voluble y endemoniado, pero, a la vez, capaz de conmoverse acariciando un animal, con un libro, con un fragmento de un concierto o con cualquier detalle insignificante. Estaba atento y era sensible a la belleza. Era absolutamente insoportable, es cierto, y, sin embargo, aunque no nos soportáramos, compartíamos una misma sensibilidad.

Me llaman la atención las frases o los actos que nos conmueven de las personas, aquello por lo que las queremos o admiramos. Por ejemplo, recuerdo un momento con mi exmarido, cuando ya llevábamos muchos años separados. Fuimos al colegio para algo de nuestros hijos, que tendrían quizás diez y catorce años. Decenas de críos pequeños saltaban y brincaban correteando a nuestro alrededor en uno de los patios. Había un griterío insoportable. Él les miró sonriendo y, lejos de parecer molesto por los gritos, me dijo:

«Se le alegra a uno el corazón, ¿verdad?».

Y yo supe que con eso, tan solo con aquellas palabras, ya era suficiente para todo. Para haberle conocido, para ser el padre de mis hijos, para quererle. Ya estaba. Es un recuerdo insignificante, pero muy nítido. Pocas personas he conocido con mi misma sensibilidad. Mi padre era una y D. es otra. De alguna forma, a los dos les he perdido.

Y sí, cuando se murió mi padre, con su cuerpo aún caliente, tendido en aquella cama, tuve que recoger sus libros, lo que andaba leyendo en el hospital aquellos últimos días. Tenía mi tercera novela, *Un chico cualquiera*, que le había llevado pocos días antes; otra novela de Philip Roth, *Patrimonio*, que hablaba precisamente de la muerte de un padre y que yo leí poco después; *La uruguaya*, de Pedro Mairal, que también le había dejado yo; una *Breve historia de España*, de no recuerdo quién, y, metidas en un cajón, unas novelillas de esas de vaqueros de Marcial Lafuente Estefanía.

Siempre decía que los libros le habían salvado la vida, pero nunca me paré a pensar qué significaba realmente aquella frase tan lapidaria. Quizás mi padre pasó demasiado tiempo de su vida leyendo y vivió más a través de sus libros que en la vida real. Los libros le sirvieron primero de escape de su infancia infeliz y le salvaron de la soledad después. Cuando hace unos años tuvo una mácula en los ojos y no pudo leer durante un tiempo, estaba realmente angustiado. Quedarse sin vista era lo peor que le podía

pasar, no por no ver a la gente, que eso creo que no le hubiera importado mucho, sino por no poder leer. Aunque le gustaba mucho el cine, creo que lo percibía como un entretenimiento, pero la literatura significaba para él la misma vida. La vida que había elegido. Lo único que parecía cumplir sus expectativas.

Me he preguntado a menudo, yo que también paso bastante rato con las películas y con los libros, si leer o el cine no es, al fin y al cabo, otra forma de vivir distinta, la de la imaginación. Hay personas que consideran que vivir a través de las ficciones es dejar de vivir un poco. Sobre esto, encontré no hace mucho un comentario de Borges, precisamente en un libro de entrevistas con el que tropecé en la biblioteca de mi padre. Viene a decir que la experiencia que se vive leyendo un libro puede ser tan intensa o incluso más que las que se viven en la realidad, como por ejemplo, estar enamorado o viajar. Para él, era posible estar en Londres sin siquiera pisarlo, tan solo leyendo a Dickens, Chesterton o Stevenson. Borges pensaba que la gente que solo tenía en cuenta la «vida real» se perdía la otra dimensión, la de la fantasía. Para él, tanto lo real como lo imaginado, es un continuo, no hay distinción, todo forma parte de la vida y todo es igual de «auténtico».

Veo también ahora a mi madre entrando en la vejez agarrada a los libros con verdadera compulsión. Lleva una temporada en la que solo le interesa leer. Quiere que la dejen en paz para leer. Ella, que antes no aguantaba una novela, ha encontrado también en los libros el mismo consuelo. Cuando la llamo por teléfono, en vez de preguntar por sus nietos, me habla de Thomas Mann o de Philip Roth. Parece ser que cuando todo empieza a fallar, cuando ya no queda mucho que hacer o faltan las ganas y las energías para hacer cosas en la vida real, aún tenemos ganas de vivirlas en los libros. Los libros nos regalan maneras de vivir cómodamente cosas que, en realidad, cuestan bastante trabajo.

A mi padre los libros no le salvaron la vida porque se murió igual. Sus libros están aún en su casa, esperando su vuelta.

Leer nos ayuda a soportar la idea de la muerte, o más bien nos ayuda a reconocer que, en el fondo, la vida real merece la pena. No nos salvan la vida. Nos regalan mil vidas más. Nos salvan

del horror mientras estamos vivos.

47

La Nancy

Es la hora de la siesta o cualquier otra, porque ella, la abuela, se mete a menudo en la cama no a las horas establecidas, sino en cualquier momento.

La niña entra en la habitación para despertarla, aburrida ya de estar sola. En el ambiente flota el olor a persona mayor dormida, a aliento estancado, al pis del orinal que la abuela guarda siempre bajo la cama.

La cría lleva largo rato jugando con su Nancy, vistiéndola y desvistiéndola. Tiene un cajón lleno de vestidos para la muñeca que su abuela le ha ido comprando. Sus conjuntos favoritos son dos: el de lluvia, con gabardina beis, gorrito y botas de agua a juego, y otro de noche, que consiste en un mono de lamé plateado con escote *halter* combinado con una estola de piel blanca a juego. Pero tiene muchos más, todo tipo de modelos.

Al entrar, la habitación de la abuela está en penumbra. La niña se tiende en la cama junto a ella.

Cuando se queda en su casa siempre duermen juntas. La abuela a veces hace que la niña, al dormirse, la agarre por la cintura.

—Cógeme así —le explica—, así es como me cogía mi marido para dormir.

Y la niña pasa la mano por esa gran cintura de carne blanda y mórbida, y muchas veces se queda así dormida, agarrada al camisón de la abuela. Pero aquella tarde es distinto.

—Vamos a jugar a una cosa —le dice la abuela—. En este

juego una de las dos es un chico y la otra es una chica. Tú vas a hacer hoy de chico.

—¿Y qué hay que hacer? —pregunta la niña.

—Trae la mano que te lo voy a explicar. No tengas miedo, mujer. Es algo natural. Estoy muy limpia, me lavo todos los días. Ponme la mano aquí, aquí abajo, en el *comino* tienes que encontrar como una lentejita que hay... ahora mueve la mano... Así.

«El próximo día yo haré de chico», le dice la abuela tras terminar el juego. Después, se levantan y se arreglan para salir a la calle. La cría lleva un vestido rosa, como de mexicana, con goma y volantes en el escote, muy estiloso para aquella época y aquella ciudad. Su madre se lo ha traído de un viaje a Londres, alguien se lo ha regalado para ella.

Nieta y abuela bajan la avenida de Finisterre cogidas del brazo. Puede que vayan a comprar cualquier cosa, quizás un modelo nuevo para la Nancy. Después, seguramente, tomarán algo. La abuela prefiere pasteles o una copa de helado, pero a la niña le gusta más ir a la cafetería El Linar a merendar tortitas con nata. Le encanta la jarrita de metal que le traen llena de caramelo hasta los bordes para echarles por encima.

48

El día de las hamburguesas

Yo no sé si todos los padres de aquella época pegaban a sus hijos. El pegar a los niños, que ahora resulta tan escandaloso, fue bastante corriente para los críos de mi generación. Dar un cachete, una torta bien dada cuando un niño se portaba mal, no era para nada raro. Recuerdo que mi exmarido les daba a nuestros hijos en el culo con una zapatilla de andar por casa como castigo. Aquello era como un pegar de mentira. Los niños no podían evitar reírse.

Pero mi padre a mí me pegaba de verdad. Tampoco estaba continuamente haciéndolo. Su especialidad era más el maltrato psicológico, pero digamos que, cuando lo hacía, se lo tomaba en serio.

Yo tenía diecisiete años cuando me dio la última paliza. Me acorraló en una esquina de la cama, como el día del Cinexin, y empezó a darme una bofetada tras otra hasta que ya no pudo más. Dar palizas exige también cierto esfuerzo físico para el que mi padre, que no hacía nada de deporte, tampoco estaba entrenado.

Aquella vez me partió el labio de los golpes, se me quedó toda la boca deformada. Entendí entonces la expresión aquella de «te voy a partir la boca». Es curioso cómo a todas las frases hechas se les acaba encontrando el sentido literal.

Recuerdo después ir a la nevera a beber agua de una botella y cómo el agua se me escurría por las comisuras; lo difícil que me era beber con aquel labio partido, con toda la boca hinchada y amoratada.

Me pregunto ahora qué pensaría él cuando ese día, o al

siguiente, sentados a la mesa, me veía comer con mi cara deformada. ¿Me miraría? ¿Lo podría soportar? ¿Pensaría que yo me lo había buscado? Tampoco supe nunca qué pensaba Isa de todo aquello, si después hablaba con él, si sentía ganas de abandonarle...

En otra ocasión, años antes, la paliza me la dio en una pensión de Lisboa, una vez que fuimos de viaje. Fue a causa de algo que no había estudiado. Tenía que saberme la anatomía de la araña para un examen de Ciencias Naturales, y cuando empezó a preguntarme las partes de las que se componía una araña y yo no tenía ni puñetera idea, entonces me pegó. Pegar a una niña en una pensión de Lisboa es algo que no entra en la cabeza de nadie. Si al menos fuese en un hotel de alguna otra ciudad... Escribí un cuento sobre ello, sobre un niño pequeño maltratado. Lo llamé *Anatomía de la araña*.

Siempre quise preguntarle por qué me hacía esas cosas, pedirle explicaciones. Y una vez hice el amago. Fue el día que se ha quedado en mi memoria como «el día de las hamburguesas». Sucedió unos cuatro años antes de su muerte.

El día de las hamburguesas yo andaba apurada. Eran cerca de las tres, los niños no habían comido aún y tenía que llevar a mi hijo pequeño a un cumpleaños a primera hora de la tarde. Estaba haciendo hamburguesas. De repente, llamó mi padre; hablábamos más o menos cada tres semanas. No recuerdo bien qué me dijo, pero soltó alguna frase hiriente y despreciativa típica de las suyas, una pulla de esas que yo normalmente hubiera dejado pasar poniendo los ojos en blanco y resoplando mientras tapaba el auricular del teléfono. Pero no lo hice. Por alguna razón, algo hizo clic y no lo hice. Entonces salté. Por primera vez en cuarenta cinco años, salté. Comencé a chillarle mientras daba la vuelta a aquellas hamburguesas de las que salía humo en cantidades alarmantes. Se me estaban quemando.

Y lo solté todo, como un huracán. De forma completamente imprevista. Lo vomité todo. Él, al otro lado de la línea, balbuceaba,

tartamudeaba, no entendía por qué me ponía así, no comprendía el motivo de mi estallido. Me salieron cuarenta años de rabia mientras freía aquellas hamburguesas; me salió por la boca una manada de rinocerontes.

Mis hijos entraban en la cocina asustados, preguntando qué pasaba; las hamburguesas ya estaban chamuscadas. Mi padre seguía al otro lado, y yo repetía, o más bien gritaba:

—Cállate. Te he dicho que te calles. Estoy hablando yo y tú te callas y me escuchas. Te-ca-llas. ¿Has entendido? Te callas por primera vez en tu puta vida...

Fui valiente y fui cruel. Lo hice: le perdí el respeto. Hay algunos que nunca lo hacen, que nunca se atreven, a quienes los rinocerontes se les quedan dentro clavándoles los cuernos en el estómago.

—Cállate, padre de mierda. Que has sido un padre de mierda y nunca me has pedido perdón. ¿Te crees que me he olvidado? Me acuerdo de todo. De-to-do —decía yo completamente enajenada, gritando cada vez más.

Y él balbuceaba angustiado, acorralado al otro lado de la línea.

—¿Por qué te pones así? —preguntaba—. Pero ¿qué te ha pasado?

Creyó quizás que nunca rendiría cuentas, pero siempre o casi siempre hay que rendirlas.

Yo, mientras tanto, seguía regodeándome en mi furia, como un huracán.

—No te perdono, ¿me oyes? No te perdono.

Aquello fue un cataclismo para mí y seguramente para él. Los papeles se invirtieron. El día de las hamburguesas fui cruel, fui despiadada, fui todo lo que no soy, lo que no querría ser o no creo ser, pero que a la vez me era tan familiar. Aquella tarde fui él.

Le dije que no le quería ver más, que se olvidase de mí para siempre. Después le colgué el teléfono.

Llamé a mis hijos a la cocina y les expliqué lo que había pasado. Lloraba mucho y ellos intentaban consolarme. Mis hijos siempre han sabido de dónde vengo. Es absurdo ocultarles las

cosas. Saben que he tenido unos malos padres, lo que explica en cierta forma por qué han sido también unos abuelos raros. Me pasma eso de que a los niños no se les pueda contar nada, de que los niños no deben saber las oscuridades de su familia, el otro lado de las personas a las que quieren. Los niños son niños, pero no son gilipollas.

Siempre les he contado a mis hijos, un poco edulcorado, cómo fueron mis padres conmigo, pero con un fin completamente interesado: que me perdonen a mí, que me comprendan.

Si mi padre me hubiera contado su infancia, quizás yo le habría perdonado, o al menos le podría haber entendido. Pero tampoco lo hizo.

Dos semanas más tarde del cataclismo de las hamburguesas, él apareció en la presentación de mi segundo libro en Marineda, sentado entre el público, como si nada hubiera pasado. Tenía la cabeza un poco gacha, en un pretendido gesto de humildad.

Nunca más volvimos a hablar de aquella conversación telefónica. Hicimos como que no había sucedido.

Jamás llegué a saber por qué Manuel me maltrató tanto en mi infancia y adolescencia, pero ahora creo que fue por asuntos que nada tenían que ver conmigo, como el alcohol. Las cosas, a veces, sencillamente se hacen porque no hay más remedio.

De pequeña, era mi padre aquella sombra temible que me hacía sufrir «por mi bien», y ya en mi vida adulta se convirtió en una presencia oscura, molesta, pero a la vez necesaria, como un influjo de luna maligno, una fuerza que repele y atrae a partes iguales.

Cuando le llamaba por teléfono y no me lo cogía, temía que hubiera muerto. Siempre fantaseé con su muerte. Me lo imaginaba solo en casa, muerto, rodeado por sus animales, su perra y su gata. Esa gente que la policía descubre días después en estado de putrefacción, alertada por los vecinos.

En general, siempre que no localizo a alguien pienso que ha muerto o le ha pasado algo grave. Debe de ser por mi terror al abandono. Cuando me casé con mi exmarido aún no había móviles. Cualquier retraso en su llegada a casa me hacía angustiarme, me

daba de cabezazos contra las paredes. Llegaba incluso a salir a la calle a esperarle y cuando le veía por fin enfilar la esquina, me echaba en sus brazos con desesperación diciendo: «Creía que te había pasado algo. Creía que habías muerto».

En aquella época yo tenía la absoluta certeza de que si a D. le pasaba algo, yo me mataría. Me asombra ahora, con el paso de los años, ese pensamiento. Me asombra y me enternece al tiempo. Cuando no te quiso nadie y encuentras alguien que al fin te quiere, si te quitan eso, te matas.

No era el amor lo que me llevaba a eso, era precisamente la falta de amor.

Sin embargo, nunca sentí lo mismo con mis hijos. No me alimento de ellos ni de lo que me dan como en aquella época hacía con su padre. A su padre le extraía el amor, como una vampira sedienta de sangre. Así hasta que le dejé sin nada.

Mi padre nunca pidió perdón por el tipo de padre que fue, o más bien que no fue. Mi madre tampoco. Lo asombroso de mis padres es que fueron malos padres en mi infancia y continuaron siéndolo después. Lo suyo no fue producto de una época ni de unas circunstancias, más bien fue y es producto de unas personalidades, de unas formas de ser.

Mi madre, de alguna forma, ha sabido reconducir con el paso de los años la débil y defectuosa relación que tenemos. Al menos lo intenta. Yo tampoco soy capaz de ser la hija que a ella le gustaría. Soy una hija de mierda. Aunque su frase favorita sea «qué feliz soy con vosotros», cuando está con nosotros, con su familia, pocas veces la veo feliz como dice, más bien todo lo contrario, siempre se quiere marchar o parece a disgusto. Siempre anda en busca de amarguras y sufrimientos, de enfermedades inexistentes, excepto con sus amigos y conocidos, con los que es encantadora, pero supongo que esto mismo es lo que pensamos todos los hijos de nuestros padres.

Lo cierto es que no tengo ni idea de lo que hace feliz a mi madre, si es que hay algo. Tampoco sé si fue feliz en algún

momento de su vida. Debió serlo, pero se le olvidó, como todo, o la felicidad le pasó por encima o por debajo.

Mi padre, al contrario que ella, no quiso reconducir nada. Cambiar o pedir perdón debía de resultarle tan imposible como morirse. Simplemente, no le entraba en la cabeza.

No supo o no quiso cambiar nada. En realidad, nunca cambiamos. Más bien buscamos amoldarnos a quien nos pueda soportar en los distintos momentos de nuestra de vida. No cambiamos nosotros, cambian nuestros afectos, nuestros deseos, cambiamos a las personas como fichas de ajedrez. Encojemos y ensanchamos. Recolocamos buscando constantemente el molde que nos albergue unos minutos, unos años, toda la vida.

Si un amor, si un hijo no nos soporta, buscamos otro amor, apartamos un poco al hijo, y al final, hartos de hacer cambios, paramos para encontrar el descanso definitivo en algún molde, nos pasamos al mundo de los seres inanimados: los animales, las plantas, la carpintería, los viajes, la alfarería, los libros, la meditación...

Y así, en el silencio de las cosas inanimadas que nos acogen y no nos juzgan, encontramos al final la paz y dejamos de buscar.

Algo así le pasó a mi padre. Dejó de buscar a quien le soportara, claudicó y se refugió en sus libros y en sus animales.

Pedir perdón no borra el pasado, pero ayuda a aligerarlo un poco. Por eso mi deseo siempre fue hablar con él, sentarnos frente a frente y preguntarle: ¿qué se te pasaba por la cabeza cuando me tratabas así, cuando me pegabas? Yo era solo una cría, ¿no te diste cuenta de que lo único que tenías que hacer era cuidarme? ¿No caíste en que ahora puedo llegar a ser como tú? ¿No sabes ya que arruinaste tu vida y causaste un daño irreparable a la mía?

Hacer memoria. Claudicar. Pedir perdón. Responsabilizarnos de los daños causados.

En el fondo, el no pedir perdón no fue para él una cuestión de orgullo, sino de dejadez.

Creo que mi padre no amaba la vida. Le daba un poco lo mismo. Se agarraba a ella como una garrapata. Se prendía en ella como podía, como una polilla se prende en un visillo.

49

El chef

Todas las culturas tienen sus propios ritos funerarios, pero, la verdad, a mí no me convence ninguno. Si acaso el de los faraones, que al menos ha quedado para la posteridad. Eso sí es morirse y lo demás son tonterías. Pero, como diría el otro, qué más da si no nos vamos a enterar. Imagino que algo hay que hacer con nosotros.

De momento no nos pueden meter en distintos contenedores. Las buenas personas podrían ir al contenedor naranja, las malas al amarillo y los que no se sabe al de residuos orgánicos o al de cartón. Cuando alguien se muere pasa de la categoría persona a la categoría restos mortales. Menos mal que todavía cabe diferenciar un resto mortal de la basura y esa diferencia la otorga la supuesta alma, que no sabemos en qué contenedor podríamos meterla. Quizás en el contenedor del vidrio.

Me llamó la atención una cosa que nos contó un guía a D. y a mí en un campamento de Tanzania, hace ya bastantes años. Escribí de ello en mi cuaderno de viajes. Nos explicó cómo eran originariamente las tradiciones mortuorias de los masáis y de los pueblos nómadas de esa región en general. Cuando un anciano o alguien de la tribu moría, lo amortajaban y lo dejaban en el poblado, en su choza, a merced de los animales salvajes. Después, la familia se marchaba a otro lugar en busca de otras tierras. El muerto quedaba allí abandonado a su suerte, esperando que los animales carroñeros dieran buena cuenta de él.

No es ni más ni menos salvaje que echar tierra encima de los difuntos. Solo cambia el tipo de animal que se te va a comer. Los

de los masáis son, imagino, leones, buitres, hienas o sabe Dios qué, y en nuestro caso son bastante menos dignos, ya que en la escala animal los pobres gusanos ocupan el último escalafón.

Te puede comer un león, un gusano o un pez. Al final pasamos a entrar dentro de la cadena alimentaria de alguna cosa.

Pero hay algo brutal en las cremaciones. Y ese algo es el final exprés. El final sin tonterías. De persona a cenizas en media hora. Eso es muy tremendo porque, sencillamente, no da tiempo a asimilarlo. Los hindús, al menos, lo hacen más despacio, con sus piras, más ceremonioso, pero nosotros lo hacemos en hornos que parecen hechos para cocinar mil *pizzas* a la vez. Esa es la diferencia. La asepsia. La falta absoluta de ritual. La muerte al microondas.

«Al final sí vamos a poder meter los claveles en el horno», me dijo la señorita poco antes de empezar la cremación de mi padre.

Claveles en el horno: recordar este concepto, apunto en mi cuaderno de notas.

Cuando cremaron a mi abuelo, hace ya mucho tiempo, me di cuenta de una cosa. Al finalizar la ceremonia, todos los asistentes nos quedamos charlando un rato fuera. De repente empecé a ver un humo negro que salía de la chimenea de aquel moderno edificio. Ese humo era mi abuelo, que emergía como una especie de Aladino.

En nuestro imaginario los muertos se convierten en esqueletos, pero precisamente la cremación quita a los muertos el derecho de ser esqueletos, que es lo que siempre ha sido un muerto. Un esqueleto es algo entrañable, algo a lo que se le tiene miedo, pero en el fondo da risa.

Un tarro de cenizas no es absolutamente nada. Soplas y desaparece.

La cremación de mi padre fue, en cierta manera, cómica. Imagino que a él no le habría disgustado. Le habría recordado a alguna película de Berlanga, como *El Verdugo*.

La mañana en que iba a suceder yo no sabía muy bien cómo sería el proceso, pero de pronto, al despertar, se me ocurrió que por mucha cremación que fuera, habría que decir unas palabras,

leerle algo.

Intenté pensar en algún poema que le gustara y se me ocurrieron dos, aunque a él no le gustaba mucho la poesía. Uno de Kavafis, «Ítaca», y otro, de Borges, «Los justos». Yago, mi hijo, que tenía entonces catorce años, debía leer el de Kavafis y yo el de Borges. Se lo hice ensayar varias veces hasta que casi se lo supo de memoria.

Éramos muy pocos. La familia más próxima, cinco o seis. Nos hicieron pasar a una sala en la que había dos espacios separados por una mampara de cristal. Detrás de la mampara estaba el ataúd y lo que parecía ser una moderna cocina de Ikea, pero a lo bestia. Entendí que era el horno. Todo era de acero inoxidable y relucía como los chorros del oro. Un empleado, vestido con traje negro, escoltaba el ataúd con los brazos cruzados. Era el que, digamos, hacía las veces de pinche de cocina. Nos observaba a todos desde el otro lado de la mampara, con la mirada perdida y a la vez respetuosa. Me pregunté qué pondría ese señor cómo ocupación en su perfil de Tinder. Cocinero. Chef. Ayudante de cocina. Domador de dragones.

Nos dijeron que alguien de la familia tenía que reconocer al fallecido antes de proceder a la cremación. Como si el muerto se pudiera haber escapado de la caja. O por si acaso se habían confundido y nos habían puesto al de la sala de al lado, a aquel tan popular. Había que destapar el ataúd, mirar a tu muerto y decir: «Sí, es él», como hacen en las películas cuando van a los depósitos de cadáveres. «Sí, es él. Es mi padre. Adelante. Que empiece el fuego. Que empiece la fiesta. Acabemos ya con todo esto».

Y yo, que había pasado un rato larguísimo con mi padre recién muerto en el hospital, sencillamente no pude hacerlo. Porque ese muerto, el muerto de la caja, el muerto embalsamado y maquillado, me daba miedo. No miedo, me daba pavor. Preferí quedarme con la imagen de mi padre como dormido, recién entregado al otro lado, pero aún en camisón, todavía caliente y en una cama de hospital. Esa imagen pertenece aún al mundo de los vivos. La caja de conde Drácula forrada de raso blanco, como imaginé que sería, eso ya es el territorio de la muerte. Es ficción.

Mi tía, su hermana, fue la que le identificó. Y cómo me habría gustado que hubiera dicho: «Pues no está», o «qué escándalo, aquí hay una señora rubia», o «¿qué hace aquí un acordeón?». Pero no. Resultó que era él. El que fue y ya no era no se había marchado a ninguna parte.

Una vez comprobado que la persona que ocupaba el ataúd era quien debía ser, nos dieron permiso para leer nuestros poemas. Mi hijo empezó con el de Kavafis, pero todas las hermosas palabras rebotaban contra el cristal y, más concretamente, contra la mirada impasible del ayudante de cocina. Seguramente, ni siquiera podía oírnos. No sabía si estábamos recitando un poema o cantando una ranchera. No sabía nada ni falta que le hacía.

Cuando me tocó leer a mí, le di la espalda.

Leídos los poemas, la señorita hizo un gesto al aprendiz de chef y, de repente, la mampara se volvió opaca con un mecanismo automático como de nave espacial. La habitación, súbitamente, quedó transformada en una salita de espera como las que hay en los dentistas.

¿Qué es mejor, eso o que te coma un león en medio de la sabana?

O como diría mi padre: ¿qué prefieres, un horno o una hiena?

50

La muerte no existe

Cuando salimos de la cremación era cerca del mediodía y todos los que estábamos nos fuimos a tomar el aperitivo a una terraza de Santa Cristina, un pueblo costero cercano a Marineda.

Después de quemar a alguien conviene ir a tomar algo para introducirse de nuevo en el mundo de los vivos, en el ajetreo, en las Coca-Colas. En un momento en que todos estaban entretenidos charlando, mi hijo Yago me dijo:

«Lo bueno es que el abuelo Manuel no se enteró cuando se murió. Aunque esté muerto ahora, la muerte no existió para él. Tú me lo dijiste un día, ¿te acuerdas? De un griego o no sé qué».

Y entonces me acordé. Le dije aquella frase al niño, que tenía entonces nueve o diez años, una tarde de verano cuando estábamos los dos mojándonos los pies en el bordillo de la piscina del Canal.

—Si me caigo en lo hondo, ¿me podría morir? —me había preguntado.

—Pues si no supieras nadar y nadie te salvara, sí —respondí yo.

—¿Y qué pasa cuando uno se muere? ¿A dónde va?

—A ningún lado, pero no hay que pensar en eso.

—¿Por qué?

—Porque cuando pase tú no te vas a enterar.

—¿Y si sí que me entero?

—No. No te vas a enterar. Cuando te dé miedo morirte tienes que pensar en una frase en la que siempre pienso yo, la dijo un filósofo griego, Epicuro: «La muerte no existe. Porque cuando ella

está tú no estás, y cuando tú estás, ella no está».

—Qué guay, pero bueno, igual da miedo morirse. Me da lo mismo lo que digan.

A mi hijo, cuando era pequeño, le aterrorizaba la muerte. Temía, sobre todo, la desaparición de las personas que le cuidaban, su padre y yo; el abandono, el quedarse solo. Por eso salía histéricamente al balcón cada vez que nos íbamos de casa y nos decía adiós hasta que desaparecíamos de su vista, y por eso, de pequeñito, jamás se dormía hasta que llegábamos por la noche, por muy tarde que fuera. Temía cada día que sus padres murieran.

Una vez, como a la edad de seis o siete años, volvía en la ruta escolar con su hermano mayor y le preguntó:

—Entonces, ¿es cierto? Además de mamá y papá, ¿yo también me voy a morir algún día?

—Pues claro —le dijo el otro—, ¿qué te pensabas?

Parece ser que se quedó en *shock* tras esa revelación. Es completamente absurdo que un niño que entiende ya lo que es la muerte pueda, por ejemplo, creer en los Reyes Magos. La infancia es algo absolutamente mágico. Cuánta razón tenía Serrat al llamar a los niños «esos locos bajitos».

Como le dije a Yago aquella tarde de verano, el único pensamiento sobre la muerte que me consuela algo sigue siendo el de Epicuro. Usando un razonamiento bastante convincente, la muerte no existe, porque cuando tú estás ella no está, y cuando ella está, tú no estás. Luego, la muerte no existe. Si no nos vamos a enterar de la muerte puesto que no la viviremos, es absurdo angustiarnos durante su espera. Mientras estemos vivos no vale la pena preocuparse por algo que, al fin y al cabo, no vamos a «vivir».

Y, según dice Cicerón en su *Sobre el desprecio de la muerte*: «Tras la muerte nada puede concernir a nadie, porque con la vida se pierde justamente la capacidad de sentir, y al que ya no siente no tiene nada que temer ni que sufrir. ¿Puede el que no existe verse privado de algo?».

Además, tal y como explica, la muerte nos atormenta porque

nos separa de nuestros bienes, de lo que tenemos y hemos conseguido, pero también nos aleja de nuestros males, aquello terrible que nos podría pasar. Con la muerte uno se libra, sobre todo, de las cosas malas que pueden llegar a suceder.

Y como dice también Borges, si no nos preocupamos ni angustiamos por lo que hubo antes que nosotros, ¿por qué hacerlo tanto por saber qué viene después?

Todos estos pensadores y escritores hablan de la propia muerte, pero no del duelo, no del dolor que representa el hecho de no ver más a un ser querido, de perderlo para siempre. A menudo nos dicen esa frase tan manida de «uno no muere mientras otro lo recuerde». No consuela lo más mínimo. No queremos el recuerdo. El recuerdo es como las cenizas. Soplas y desaparece.

Por eso mismo, el duelo es peor que la propia muerte, porque nosotros, precisamente, esa muerte sí tenemos que vivirla. Y si la nuestra es incomprensible para nosotros, quizás sea aún más inexplicable y aterrador perder a aquellos a quienes queremos. Una, porque les queremos, y otra, y no menos importante, porque nos dejan de querer a nosotros.

Por mi parte, aunque desde pequeña me aterra la muerte y me agarro como una lapa a las palabras de Epicuro y Cicerón, más bien suscribo las de Woody Allen: «No me importa morir, solo que no quiero estar presente cuando eso pase»; necesito, sin embargo, contar la muerte como cuento el sexo en mis novelas, sin pelos en la lengua. He visto cómo llega, en silencio, de noche, sigilosamente, sin avisar... La he vivido de la única forma que puede ser vivida. Desde fuera. De cerca. He perdido a algunas de las personas a las que más he querido y no deseo olvidarme de esos momentos; al revés, quiero recordar sus muertes. Las vidas que viví con ellos, pero también sus muertes.

La muerte está al acecho. Nos espera a la vuelta de la esquina y, sin embargo, no existe porque de lo que no se habla, no existe. Y el hecho de morir raras veces es tema de conversación. Nadie quiere saber qué es lo que pasa... o lo que no pasa.

Abundan, sin embargo, los relatos de las crudezas de la vida. Hablamos de partos, de asesinatos sangrientos, de tratamientos

médicos agresivos, de la vida íntima y las miserias de quienes no conocemos.

Miramos fascinados en las series más aplaudidas cómo los psicópatas guardan cabezas humanas en la nevera después de haber descuartizado un cadáver. Vemos *realities* en donde se nos enseña en directo a gente engañando a sus parejas, a gente follando a hurtadillas bajo edredones o dentro de *jacuzzis*. Y, sin embargo, no soportamos saber cómo deja este mundo una persona. Qué es lo que pasa. Cómo sucede ese momento. Ese instante no existe. El momento más importante de nuestra vida, junto con el nacimiento, sencillamente no existe, como decía Epicuro. Lo que no queremos saber, no sucede, como muy bien practicaba mi padre.

Y si la vivimos, si hemos tenido la oportunidad de acompañar a algún ser querido en ese trance, es algo que guardamos para nosotros. No se comparte.

La muerte es como un polvo. Uno la cuenta en general, sin dar demasiados detalles.

«No sufrió». «Estaba muy tranquilo». «No se enteró». «Por fin descansa en paz».

La vida se vive mal que bien, sin embargo, la muerte se liquida.

Aunque teorice al respecto, solo hay dos cosas en la vida que consiguen estremecerme: una es el sexo y otra es el pensamiento de la muerte.

Tras la muerte de mi padre, el hecho de pensar en ello provocaba y aún provoca que mi cuerpo experimente una sacudida, algo parecido a un orgasmo en intensidad, pero mucho más breve y eléctrico, más angustioso, como un vértigo.

Hoy por hoy, no puedo pensar en nada que me haya afectado con esa intensidad. Ni siquiera el nacimiento de mis hijos me ha marcado de tal manera. Sí sus consecuencias, pero no el hecho en sí.

Así, existen dos personas en mí, un antes y un después. No sé

cómo era ni el antes ni el después, únicamente reconozco la sacudida. Es como si me hubiera electrocutado y alguien en una bañera, y con mucho cuidado, me hubiera quitado las pieles chamuscadas, jirón a jirón. Yo sigo ahí debajo, mi epidermis se va regenerando poco a poco, pero me electrocuté. Metí las entrañas en el enchufe y ya nunca volveré a ser la misma.

Vi a mi padre muerto, vi su cara poniéndose gris, y cada vez que pienso en ese instante creo que podría llegar al techo de la sacudida y aterrizar en la cama diez segundos más tarde.

Es mi montaña rusa particular.

Así que lo siento, Epicuro, la muerte sí existe para los que nos quedamos aquí. Y da mucho miedo porque nosotros sí la hemos vivido.

Ya sabemos lo que les espera a quienes nos quieren.

51

DIME ALGO BONITO

Cuando Manuel murió yo no tenía pareja, pero sí una especie de relación con alguien a quien conocía desde hacía muchos años. En aquel tiempo nos estábamos dando una segunda oportunidad. Durante esa etapa él había dejado muy claro que no me quería, aunque lo intentaba, pero no le salía, y que no me iba a querer nunca, que no deseaba nada serio conmigo y yo podía hacer lo que me diera la gana, entendiéndose por esto relacionarme con más personas. Pero, incluso así, teníamos una suerte de relación.

Pocas horas después de la muerte de Manuel le llamé para decírselo. Luego, él esperó dos días para volver a dar señales. Velé a mi padre, lo incineré, al día siguiente publiqué mi tercera novela y creo que fue ahí cuando me llamó, solo después de un mensaje mío extrañada de que no lo hiciera.

Imagino que tenía que dejar muy claro que no me quería. Esas cosas siempre conviene reafirmarlas, no sea que uno se confunda.

Recuerdo cuando regresé a Madrid desde Marineda después de todo aquello. Ir por la calle Eloy Gonzalo arrastrándome, no caminando, más bien flotando, mareada, con el estómago encogido. Ir al Carrefour de la Glorieta de Quevedo y pensar, mientras cogía los plátanos y los pomelos, que ya no tenía padre, que yo ya era otra. Estaba en Madrid, en casa, pero algo había cambiado en mí. Era como si me hubieran mutilado y, sin esperar a

juntar los pedazos, me hubiesen lanzado a la calle en carne viva a comprar pomelos.

Pero la gente no quiere oír hablar de muertes. Ya me pasó con mi gata. No quiere que estés dando la murga todo el rato con la muerte, con tu duelo, con tu carita de pena. Basta ya, ¿no? Tu padre murió hace dos semanas ya, ¿no? Para ya, ¿no?

Recuerdo también las conversaciones con mi madre por teléfono, cuando nos llamábamos aquellas semanas:

—¿Cómo estás?

—Mal, triste, angustiada, sin dormir.

—¿Y eso? ¿Qué te ha pasado?

—Que murió mi padre, ¿no te acuerdas?

—Ah, ¿es por eso? Como ya pasó un mes...

—Sí, es por eso. Mi padre murió hace un mes, pero sigue muerto ahora.

Cuando me arrastraba por las calles de Madrid y todo era tristeza porque mi padre acababa de morir, una noche me quedé a dormir en casa de esta persona de la que hablo y viví uno de los episodios más tristes de mi vida adulta, al menos en lo que al terreno sentimental se refiere. No fue excesivamente grave. Lo grave era mi momento.

Le dije a esa persona, en la cama, al despertar:

—Dime algo bonito.

Y se hizo un silencio pesado y terrible que rodeó toda la cama y la habitación entera. Creyendo que él no me había oído, lo volví a repetir:

—Dime algo bonito.

Pero se sucedió el mismo silencio, aunque más espeso aún, amplificado, más maligno si cabe.

—Ya te he oído —dijo únicamente él, y volvió a reinar el silencio.

No sé si me levanté y me fui enseguida o esperé aún unos minutos. Fue la última vez que nos vimos.

Esa persona, aquella vez que me llamó dos días después de la

muerte de mi padre, me invitó a pasar un par de semanas en su casa del sur de Francia para que así me recuperara un poco del mazazo. Pero después, tras el episodio de la cama, me dijo que las cosas se habían puesto bastante mal entre nosotros y que casi mejor no fuera. Lo había pensado dos veces y no creía que fuera buena idea.

Y yo me quedé arrastrándome un poco más por las calles abrasadoras de Madrid.

Aquella persona tenía veinte mil libros en casa; su padre había sido un crítico literario muy importante. La primera vez que me llevó a verlos, cuando empezaba nuestra relación, me dijo:

«En esta casa Proust es Dios».

Luego lo entendí todo. Todo tuvo su lógica.

Hay que saber elegir a las personas que nos acompañan en los duelos porque también nos van a modelar. Sobre esa carne viva en la que uno se queda prende con rapidez cualquier mecha, mala o buena. El cariño y el consuelo se agradecen dócilmente, pero aquellos que causan dolor en esos momentos arrasan con todo.

He comprendido que en los instantes cruciales de nuestra vida siempre estamos solos, simplemente porque nos replegamos como un girasol buscando nuestros entresijos, escudriñando a ver qué tenemos dentro que nos pueda proteger. Todo lo que nos dicen los demás, el consuelo de los otros, aun de los más cercanos, rebota en nosotros. Lo sentimos como lluvia fina en una tarde calurosa, lluvia que cae y nos moja unos instantes. Nos alivia un momento. Después nos quedamos solos.

Siempre pensaba esto: «Cuando mi padre se muera no lloraré, no me importará». Pero lloré, ya lo creo que lo hice. Y sigo haciéndolo a menudo. La gente de mi entorno nunca lo entendió. «Pero si no teníais casi relación». «Pero si no le querías». «Pero si os llevasteis fatal toda su vida». «Pero si siempre estabas hablando pestes de él».

Ya, pero por eso mismo le quería tanto y le echo tanto de menos. ¿Tan difícil es de entender? Porque siempre me faltó, porque nunca le tuve y ya nunca le tendré.

Tengo saudade de él. Una vez le pregunté justamente a él qué

era la saudade, esa cosa tan portuguesa.

«Echar de menos lo que nunca has tenido», me dijo.

Después de incinerar a Manuel, mi hijo pequeño y yo hicimos una caminata de varios kilómetros por el paseo marítimo de Marineda. Caminamos hasta caer rendidos. Andar sin rumbo es de las pocas cosas que me consuelan cuando estoy mal. En un momento que paramos a descansar en un banco, recuerdo que le dije:

—Mira en lo que nos quedamos, ¿has visto la mierda que es todo? Dime algo bonito, hijo mío.

Y él me miró y, con su aire despreocupado y despistado de siempre, me dijo algo bonito:

—No pienses eso, mamá. Piensa en la suerte de estar aquí, de haber nacido. De todas las personas que podían haber nacido, has aparecido tú aquí en el mundo. ¿Es que no te das cuenta de la suerte que es eso, todas las coincidencias cósmicas que tienen que producirse para que eso pase?

Y no, creo que nunca me había dado cuenta del milagro que es eso. A lo que nos es dado de serie no le damos valor. Yo ya estoy aquí. He venido. Nunca pienso en la suerte que es estar aquí. Pero quizás sí deberíamos ir pensando en la fortuna de las cosas que nos son dadas o que nosotros mismos provocamos: estar aquí, sana; abrir un grifo y que salga agua, que alguien nos diga «tengo ganas de verte» al otro lado del teléfono, sobrevolar un país, ver crecer a unos hijos, los rayos de sol en la cara, coger la mano de alguien que se va, oler una mandarina... Nada ha caído del cielo. O más bien, todo ha caído del cielo.

Y entonces, en ese momento, en aquel banco, fui consciente de que, a pesar de lo desastrosa que fue la relación con mi padre y de lo poco y mal que nos quisimos, yo le tenía que estar agradecida por una cosa, por la máxima y única cosa: haber nacido. Estar en el mundo. Haber podido sufrirle y poder llorarle.

Mejor es vivirlo todo que poco o nada en absoluto.

Mejor es querer de más que de menos, aunque quieras mal y te quieran peor.

52

Cafetería Hilton

Cada vez que voy a Marineda y bajo por la avenida de Finisterre paso con frecuencia por lo que fue en su día la cafetería Hilton.

El Hilton me hace pensar que fui una niña con mundo. Una niña a la que se le obligaba a hacer cosas de adultos no para que aprendiera nada de la vida, sino más bien para posibilitar a los adultos que me cuidaban el librarse de mí.

Ahora me sorprende cuando una mujer adulta, por ejemplo, me dice que nunca ha ido a comer o cenar sola a un restaurante, o al cine, porque yo esas cosas ya las hacía desde muy pequeña. Por eso quizás nunca me importó viajar sola, andar sola por ahí. Quiero pensar que forma ya parte de mí.

No sé muy bien dónde viví de los cuatro a los ocho años porque me recuerdo en muchas casas distintas, sobre todo en casa de mis abuelas, y poco o nada con mis padres. Por ejemplo, recuerdo que mi madre se fue durante uno o dos meses a recorrer México con Tono, entonces Javi, y lo cierto es que no sé dónde me dejó; en casa de alguien, supongo, o al cuidado de mi padre. El mismo Tono, hace poco, me dijo algo que indica mucho cómo la gente de aquella generación concebía la paternidad. Fue algo así como: «Tu madre fue una madre estupenda porque, cuando estábamos allí en México, me salió un proyecto interesante, tuvimos la posibilidad de quedarnos y ella volvió por ti». Nota mental: recordar agradecerle a mi madre que no me hubiese abandonado para largarse a vivir al Yucatán. Podría haber sido peor, efectivamente.

En aquella época mi madre me dejaba frecuentemente a dormir de prestado en casa de una amiga suya, Rosa, que tenía dos hijastros adolescentes americanos que se llamaban Dell y Donovan. Debía de ser al principio de su relación con Javi, cuando yo también estorbaba. Aquella familia de niños americanos hacía una cosa inédita: ponían la mesa del desayuno ya por la noche, antes de acostarse, para que todo estuviese listo al despertar, y comían tostadas con mantequilla y fideos de chocolate.

Puede decirse que no tengo muchos recuerdos de mi infancia, pero sí algunos, por ejemplo, mis cenas en la cafetería Hilton con apenas siete u ocho años.

Cuando mis padres me dejaban con mi abuela Ma y a ella no le apetecía hacerme la cena, lo que sucedía bastante a menudo, me daba cien pesetas para que fuera al Hilton a tomar un sándwich mixto.

El Hilton era una cafetería cercana a la avenida Finisterre, la calle donde vivía mi abuela. Para llegar había que caminar unos cinco minutos; bajar una cuesta y torcer a la izquierda, y allí estaba, con su letrero granate y el nombre Hilton enmarcado en una especie de escudo heráldico.

Dentro estaba bastante oscuro. Pretendía ser lujosa, con sillas y mesitas bajas, suelo enmoquetado y camareros de uniforme granate.

Entonces, la niña se acercaba a la barra e imagino que, poniéndose de puntillas, le decía al camarero:

—Hola, por favor, quería un sándwich mixto y un vaso de agua.

Y el camarero, que ya la conocía de otras veces, contestaba:

—Siéntate ahí, donde la tele, *guapiña*, que ya te lo hago.

Y la niña se sentaba delante de la tele en una pequeña mesita, hacía barquitos con las servilletas de papel, doblaba y desdoblaba nerviosa el mantel de tela y miraba de soslayo el Telediario mientras le hacían el sándwich. Cuando se lo traían, lo comía en silencio y con hambre. Le gustaba comerlo con cuchillo y tenedor y no con la mano. No era consciente de si la miraban o no. Lo que sí recuerda es cierta sensación de pudor, la de hacer algo que no era

malo, pero que tampoco era normal.

Una de aquellas veces que la niña bajaba al Hilton a cenar se encontró con sus padres por el camino. Dio la casualidad de que iban a verla a casa de la abuela.

—¿Dónde vas a estas horas tú sola? —preguntó alguno de los dos.

—A cenar un sándwich mixto al Hilton —respondió ella.

Aquella noche no la dejaron ir al Hilton, o quizás la acompañaron a la cafetería a comerse el sándwich.

Al día siguiente sus padres volvieron a verla a casa de la abuela con un regalo: un álbum de Tom Sawyer y un montón de cromos adhesivos. Eran los más caros y codiciados. Los que la niña siempre pedía, pero nunca le compraban.

53

SALVADAS

Muchas veces he pensado que, de no ser porque Eva y yo nos hicimos inseparables desde los once años, yo habría podido acabar bastante mal. En esa edad tan maleable que es la adolescencia, andar «asalvajadas», medio alcohólicas, desatendidas y libres por la vida como estábamos nosotras no presagiaba nada bueno. Se puede decir que nos descarriamos totalmente, pero después también nos encarrilamos juntas en el momento preciso. En el fondo, éramos buenas chicas. No queríamos ni drogarnos ni dejar de estudiar ni nada. Solo necesitábamos que alguien, quien fuera, nos prestara un poco de atención.

Los padres de Eva también estaban separados y su madre, que tenía la custodia, se había quedado bastante tocada de la cabeza después de un gravísimo accidente de coche. El caso es que tampoco se ocupaba mucho de Eva ni de su hermano, que crecían a salto de mata, bastante abandonados. El padre era el único que les cuidaba, pero murió de un ataque al corazón fulminante con solo cincuenta años.

Eva y yo nos conocimos cuando teníamos once años en unas barracas de feria en la plaza de Portugal, en Marineda. No se cómo ni por qué mi abuela Ma conocía a su madre, Menza. Nos hicimos amigas al instante.

Durante muchísimos años pasamos los fines de semana juntas en casa de Ma. Estábamos allí las dos de viernes noche a lunes por la mañana. Ma adoptó durante aquellos años a Eva como si fuera su nieta, y la familia de Eva hizo lo mismo conmigo.

A veces, cuando algún fin de semana queríamos salir por la noche, no íbamos a dormir a casa de Ma, porque nos hacía volver a las diez. Íbamos a casa de Eva para poder escaparnos. La madre de Eva, que casi siempre estaba a por uvas, era una presa fácil de engañar. Nuestro *modus operandi* era siempre el mismo: llegábamos a casa de Eva a nuestra hora, las diez o las once, cenábamos y veíamos un poco la tele con Menza, la madre.

«Bueno, mamá, nosotras nos acostamos ya», decía Eva.

Entonces nos íbamos a su habitación y allí empezábamos los preparativos para escaparnos. Poníamos varias almohadas, primero en la cama de Eva y después en la que dormía yo. Colocábamos los bultos para que parecieran nuestros cuerpos y los tapábamos bien con las mantas. Teníamos dos pelucas que poníamos en unos soportes, un poco ladeadas, también medio tapadas. Nos entreteníamos haciendo peinados a las pelucas. Yo siempre le hacía coleta a la mía. Al acabar, parecían nosotras dos durmiendo apaciblemente. Si la madre entraba antes de acostarse, nos vería allí como dos angelitos.

Cuando teníamos el atrezo listo, venía lo más arriesgado: salir sin que Menza lo advirtiera. Nos quitábamos los zapatos y, con ellos en la mano, sigilosamente, empezábamos nuestra huida hacia la puerta. Normalmente estaba viendo la tele y era relativamente fácil largarse, pero a veces se levantaba a buscar algo en la cocina y la situación se complicaba. Una vez nos quedamos escondidas como dos postes, debajo del perchero de la entrada, sepultadas bajo un montón de abrigos, mientras la madre no paraba de pasar por delante.

Cuando conseguíamos salir, a veces era la una de la mañana o más tarde. Nos íbamos a los bares de copas sin dinero.

Solíamos ir al Olas, un bar muy cutre que estaba frente a la playa de Riazor. Solo había viejos, que muchos sábados ya nos esperaban. Éramos la atracción del lugar. Jugábamos a los dados con aquellos viejos y si ganábamos, que muchas veces lo hacíamos, nos daban las tapas que habían sobrado del día, ya frías, y *whiskys* por el morro. Nuestra amiga Sandra les cantaba canciones de Isabel Pantoja, como «Marinero de luces», y ellos la jaleaban a rabiar, nos

pagaban otra ronda y nos daban más bacaladitos fríos. Cuando nos aburríamos de los viejos, nos íbamos a los bares donde estaban los chicos de nuestra edad a seguir gorroneando lo que fuera.

Una vez llegamos con Sandra a casa de Eva para escaparnos las tres. La escondimos debajo de la cama para que Menza no la viera. Nos pusimos a cenar y a ver la tele como de costumbre. Después preparamos el tinglado y nos largamos dejándonos olvidada a Sandra, que se había quedado dormida debajo de la cama y tuvo que permanecer allí escondida hasta que regresamos.

Solíamos volver a las seis o siete de la mañana. Entrábamos completamente borrachas por la puerta de servicio que daba a la cocina, cogíamos algo de comida y nos metíamos en el cuarto de Eva con cierta expectación, siempre temiendo que la madre hubiera descubierto nuestra mascarada. Pero nunca lo hizo. Y nosotras estuvimos años escapándonos.

Tras el desmadre del fin de semana, Eva y yo volvíamos cada una a nuestra casa y nos veíamos en el instituto. Casi nunca íbamos a clase. Suspendíamos todo, excepto Ética y Gimnasia, y a veces también esas. Nos pasábamos las horas de pellas, fumando, bebiendo, persiguiendo chicos y comiendo bocadillos de tortilla en los bares cercanos. Cuando nos daban las notas y llegábamos a casa con ocho o nueve suspensos, nadie nos decía nada. El mundo era nuestro.

Nos encantaba el grupo Spandau Ballet. Se convirtió en una especie de fijación para nosotras, sobre todo porque estábamos obsesionadas con el bajista, Martin Kemp. Cuando se es adolescente, una tiene la sensación de que, efectivamente, todo puede pasar, como que Martin Kemp se enamorara de Eva o de mí, no se sabía muy bien cómo. Cada semana nos comprábamos la *Súper Pop* y nos repartíamos los pósteres. Una vez venía uno gigante de Michael Jackson, era la época de *Thriller*, y como las dos lo queríamos lo cortamos en ocho trozos y nos repartimos los pedazos.

También nos recuerdo sentadas en casa de Ma las mañanas enteras de los sábados delante de la tele viendo la *Bola de Cristal*, *La familia Monster*, *Alf*... O cuando empezamos a fumar, que nos

repartíamos la cajetilla de cigarrillos y nos sentábamos a fumarlos uno tras otro sin tragar el humo hasta que los acabábamos todos.

A Eva le encantaba la gimnasia. Tenía la manía de estar todo el día haciendo el pino; se pasaba el rato cabeza abajo. Muchas veces, cuando estábamos en casa de Ma, quitaba los adornos de la pared y la recuerdo hablándonos a Ma y a mí cabeza abajo. Era capaz de pasarse mucho tiempo así.

Otra cosa que hacíamos con frecuencia era bailar para Ma. Mi abuela se sentaba en su sillón orejero y nos daba cien pesetas a cada una por bailar, y nosotras lo dábamos todo bailando Mecano, Alaska, Madonna, Miguel Bosé..., todos los discos que ella nos compraba. Ma nos ponía nota y nos decía nuestros fallos.

Mi abuela nos planchaba el pelo en la mesa del cuarto de estar con la plancha de la ropa y papel de periódico encima, y nos obligaba a acortarnos las minifaldas. Al contrario que otras abuelas, siempre quería que enseñáramos cuanto más, mejor. «Más cortas, niñas. Hay que enseñar piernas, que bien bonitas las tenéis las dos. Luego todo se lo comen los gusanos. No seáis recomidas». «Eva tiene tetas de manzana y tú, de pera», nos decía.

A los catorce años fuimos sin permiso y sin que nadie lo supiera a Green, nuestra primera discoteca, que estaba cerca de la playa de Riazor. Nos pedimos un vodka con limón a medias. Yo me emborraché muchísimo, me caí al suelo mientras bailaba y me rompí una pierna. El guardia de seguridad del garito tuvo que llevarme en brazos a casa de mi abuela, que nos echó una bronca tremenda.

Ma siempre nos advertía de que no podíamos llegar más tarde de las diez y que si lo hacíamos, nos quedaríamos fuera. No nos abriría la puerta. Un viernes o sábado que Eva y yo nos habíamos separado, ella llegó a la hora y yo debí aparecer algo más tarde. Ma no me abrió. Tal y como siempre anunciaba, me dejó toda la noche en la calle. A las ocho de la mañana pude por fin entrar y nos dio de desayunar a las dos, como si nada. Yo estaba cabreadísima.

«Ya se te pasará cuando mees», me dijo, como siempre hacía. «Esta es mi casa y en esta casa las normas las pongo yo, y si no

queréis, ya sabéis dónde está la puerta. He dicho».

Eva y yo siempre estábamos borrachas como cubas. Bebíamos como cosacas y todo mezclado. Calimocho, aguardiente, cerveza, vodka, caipiriñas, ginebra a pelo, Pipermint..., lo que fuera. Nos encantaba una cosa que se llamaba Tumba Dios, que daban en una tasca cerca de la plaza de María Pita, subiendo a la Ciudad Vieja: era un chupito de aguardiente y vino dulce. Cumplía lo que prometía, desde luego. Otra temporada nos dio por la absenta. Íbamos a un bar de la calle del Orzán a beber absenta en vaso de tubo. También emulábamos a James Bond pidiendo en las discotecas vodka Martini *on the rocks*. Pasamos nuestra juventud medio inconscientes en discotecas como el Playa Club, parte del tiempo bailando a Hombres G y Los Ramones y persiguiendo chicos, y la otra vomitando y llorando en el baño. Antes se hacía eso: vomitar la borrachera y llorar porque el chico que te gustaba no te hacía caso o se estaba morreando con otra. Las buenas amigas en aquella época eran las que te sujetaban la cabeza mientras vomitabas.

Algunas veces, ya algo más mayores, íbamos a robar al recién inaugurado Corte Inglés de Marineda. Llevábamos una bolsa del propio Corte Inglés y metíamos de todo al trantrán: colonias, comida, medias, ropa, pilas... Daba igual. Robar era divertido, el qué era lo de menos. Nuestras madres lo sabían y no nos decían nada, lo cual siempre era un alivio, por si nos pillaban. También lo hacíamos en el Zara de la plaza de Vigo, cuando Zara no era ni mucho menos lo que es ahora y las prendas no tenían alarma. Nos metíamos en los probadores, cogíamos lo que fuera, nos poníamos nuestra ropa encima y salíamos tan anchas.

«Robadme algo a mí, niñas», recuerdo que nos dijo una vez mi madre antes de salir.

Eva y yo lo compartíamos todo: los novios, los Tampax, las resacas, la ropa... Un día en casa de Ma hasta nos pusimos enfermas al mismo tiempo y pasamos cinco días en cama con placas en la garganta jugando al Simón. Éramos como hermanas siamesas, unidas por un extraño cordón umbilical: el del desamparo. Claro que eso no lo sabíamos en aquel tiempo. O sí lo

sabíamos, pero no hablábamos de ello.

Siempre había una especie de rivalidad buena respecto a quién de las dos le pasarían antes las cosas supuestamente importantes de la vida.

Un día odié mucho a Eva. Las dos estábamos ansiosas porque nos viniera la regla, y a ella le vino antes. La estoy viendo aquel viernes entrando en casa de Ma, con aire altivo, como de diva, con su melena rubia ideal, ya con su regla, con su compresa puesta. Y yo toda celosa de aquella codiciada sangre.

Cuando más adelante empezamos a salir con chicos y Eva se acostaba con alguien, como siempre íbamos juntas, a mí me tocaba esperar a que terminase. Rara vez nos separábamos.

Recuerdo también mi primera vez con un chico. Fue precisamente en casa de Eva. Ella estaba con su novio, Moncho; ellos se fueron a la cama y me dejaron a mí en el salón con el primo de Moncho, al que había conocido ese día. Me acabé yendo a la cama con él. Ni siquiera sabía muy bien qué estaba haciendo. Cuando me di cuenta de lo que había pasado, entré llorando en la habitación de Eva, que dormía.

—Tía, que lo he hecho, que lo he hecho y ni me he dado cuenta —gimoteaba yo—. No sé cómo ha pasado. Ay, Dios; ay, Dios...

Ella se meaba de la risa desde la cama.

—No pasa nada, *muller*.

Otra vez, mi abuela Ma nos llevó a las dos a la peluquería más cara de Marineda a cortarnos el pelo. Las peluqueras descubrieron que las dos teníamos la cabeza llena de piojos. Mientras yo me puse a llorar avergonzadísima, Eva se partía de risa.

Esa frase, «no pasa nada, *muller*», refleja perfectamente su personalidad. La sigue diciendo hoy en día, continuamente. «No pasa nada», «*flow*, *flow*», o cosas del estilo. Pero la personalidad de Eva es esa: «Tranquilidad. Es lo que hay. No le des vueltas. Lo que pasó ya no tiene arreglo».

Precisamente por ser ella como es y ser yo como soy nuestra amistad dura ya toda la vida. A mis dramas e intensidades siempre les vino bien la ligereza de Eva, ese ir por la vida como flotando,

por encima del bien y del mal.

Soy incapaz de pensar nada malo de Eva; es más fuerte que yo, como mi gata: por mucho que le haga, es incapaz de morderme. Cuando quiero pensar algo malo de ella, mi mente se va automáticamente a otra parte.

Una vez, hace ya muchos años, estando yo en el trabajo, me di cuenta de que nunca le había dicho a Eva que la quería. Nosotras nunca nos decimos nada.

Marqué el número y cuando ella descolgó le solté:

—Nada, que solo llamaba para decirte que te quiero.

Esperaba que ella se descojonase al otro lado del hilo, pero respondió como si nada, como es ella.

—Ah, guay, porque yo también te quiero a ti.

Y colgamos.

Eva y yo siempre estamos a punto de decirnos mucho y nunca nos decimos demasiado. Tenemos una especie de comunicación subliminal, un pasado común, como un matrimonio largo.

Por eso, cuando mi padre murió y yo me culpabilicé por las cosas que no había hecho por él, Eva, que vivió de cerca cómo fue nuestra relación, se indignó mucho.

«Pero, tía, ¿tú no te acuerdas de lo que te hacía sufrir tu padre? Porque yo sí me acuerdo. ¿Has perdido la memoria o qué te pasa?».

Y sí, me gustaría perder la memoria. A veces la pierdo un poco, pero luego siempre la encuentro, todavía fresca. La memoria es una cosa que se conserva bien envasada al vacío si uno quiere. Basta con abrir el sobre para que todo vuelva a empezar. Es como una serpiente que aparece y desaparece. Y es, además, astuta: sabe muy bien lo que se hace y cuándo debe mostrarse.

54

AGARRADO A LAS PALABRAS

Aquella última noche de mi padre en el hospital desperté en medio de la madrugada y advertí que casi no respiraba. Me había quedado dormida junto a él, escuchando su respiración jadeante y los gorgoteos del suero, pero cuando desperté ya no se oía nada. Me acerqué a él y le vi demasiado inmóvil, con una quietud que asustaba. Llamé corriendo a la enfermera.

—¿Qué le pasa? —pregunté asustada cuando llegó—. Creo que respira muy débil. No se le oye.

Ella le tomó el pulso, miró sus constantes y no dijo nada. Solo me miró con unos ojos que lo decían todo.

—¿Se muere? —pregunté—. ¿Se está muriendo?

Asintió bajando la cabeza en un gesto que no supe si era de lástima o de respeto. Agradecí que, por una vez, me dijeran la verdad.

—¿Y qué hago? ¿Qué tengo que hacer? —volví a preguntar aterrada.

—No tienes que hacer nada. Solo acompañarle. Estar con él. Te dejo sola, voy a dejar la puerta medio abierta y si necesitas algo, me llamas. Te voy a hacer una tila —recuerdo que dijo.

Entonces, muy delicadamente, abandonó la habitación.

Yo me acerqué a mi padre. Me pegué mucho a él. Sabía que eran nuestros últimos momentos, pero los sentía como plomo encima de mí. Sabía que aquel era el tiempo que nos quedaba. Un tiempo que pasaba rápido y a la vez muy lento.

Le cogí la mano inerte, pero aún templada, llena de vías. No

se me ocurría qué decirle, con qué palabras despedirle. Estaba muy nerviosa. Era urgente que se me ocurriera algo, pero no sucedió así. No recordaba nada con él, ningún momento feliz. Intenté buscar alguna imagen a la que agarrarme, pero no me venía ninguna a la mente. Era como si mi cabeza se hubiera vaciado de repente. Después supe que no, que no se había vaciado, sencillamente no había suficientes recuerdos de los que tirar.

Entonces, desde aquel callejón sin salida, empecé a enumerarle las cosas que sabía que a él más le gustaban. Comencé mi letanía.

«Piensa en los libros, en *El Quijote*, que te gusta tanto. En las películas de John Ford. Piensa en el Museo del Prado. Piensa en el cielo de Madrid. En la perrita Lúa, en tu gata, Lluvia. En tus nietos. En Eugenia, que te quiere tanto...».

Entró de nuevo la enfermera con la tila en la mano. Me apartó de él con delicadeza y me dijo:

—Deja... Ya no le hables más, que si les hablas, se agarran a las palabras y entonces no se van.

Creo que nunca, mientras viva, podré olvidar esa frase.

Fue lo último que él debió de escuchar, aquella frase tan tremenda digna de un cuento de Kafka. Me alegro de que así fuera.

Espero que mi padre se agarrara a las palabras con unos hilos muy largos y las fuese soltando una a una, como globos que se le fueran escapando...

Cielo de Madrid

Museo del Prado

Don Quijote

Palabras

Marchar

55

TODO SOBRE MI PADRE

Nunca supe demasiado de mi padre. No me molesté en conocerle. A un padre no se le conoce, más que nada porque no se le tiene que conocer. Se exhibe y desparrama en todo su esplendor. Un padre no es una persona. Es una presencia constante, como un aparador o una mesa camilla que viene de familia, que hemos heredado generación tras generación. A un padre no se le preguntan cuáles son sus anhelos e ilusiones, qué extraña o qué le sobra, qué le parece su familia, sus hijos, si está contento con su vida, si teme a la muerte, qué sintió cuando le fallaron sus amigos...

Sé las siguientes cosas de mi padre:

Le aterraba la muerte.
No podía vivir sin libros.
Le gustaban las mujeres y el vino, como diría Julio Iglesias.
Adoraba Madrid, los gatos y los perros.
Se sabía feo, pero se creía irresistible y atractivo.
Le gustaba la música, el cine, la ópera, la zarzuela, las fotos.
También la lluvia y el tiempo gris y desapacible.
El lumpen, los ambientes sórdidos.
El color rojo, el comunismo, la política.
El programa de radio de Angels Barceló.
El periódico *El País*.
Las críticas de cine de Ángel Fernández-Santos.
La revista *Claves de razón práctica*.

Sus palabras favoritas eran «celosía» y «abedul».

Le gustaba el programa *La clave*.

Los dibujos de Castelao.

Inglaterra.

Mozart.

Las *baked beans*.

Hablar con los viejos.

Las mujeres rubias y frías.

Portugal.

«La bien pagá».

La cerámica.

Budapest.

El pan con queso del país.

Las ensaladas con montones de cosas que no pegaban entre sí.

Las alitas de pollo.

Los pantalones de pana.

El Museo del Prado.

Las filloas.

El cielo de Madrid y Fernando Fernán Gómez.

Kafka y Cicerón. Borges y Stevenson, Chesterton y Dickens.

Pegar cosas con pegamento, arreglar figuritas.

La cerveza.

Los muñecos de peluche.

Maria Callas.

Las mujeres con las bocas grandes.

Los aeropuertos.

Las mujeres bien arregladas, de aspecto sofisticado.

Escribir con pluma.

Meter los pies en los charcos.

Greta Garbo y Bertrand Russell.

Hacer fotocopias.

Las Vírgenes antiguas, los crucifijos y las pilas de agua bendita.

Alicia en el país de las maravillas y Lewis Carroll.

Los chistes de Forges.

Los cigarrillos Fortuna.

Los bocatas de tortilla francesa.
El invierno.
Ana Belén.
Los claveles rojos.

56

Secretos

Nunca supe mucho de mi padre, pero él tampoco supo demasiado de mí. Y hay cosas que me alegro que jamás supiera, que conseguí mantener en secreto o que enterré en algún compartimento de mi cabeza para no pensarlas nunca más. Me pregunto si habrá más cosas que no sé de mi vida simplemente porque las he guardado en lo más profundo de mí, si, como sucedió con el episodio de mi abuela, aún quedarán cosas por emerger.

Todos los amigos que tuvo Manuel le abandonaron o traicionaron antes o después. No sé si merecida o inmerecidamente. Nunca me explicó cómo, uno por uno, los fue perdiendo a todos. Como ya era habitual, miró para otro lado. Le echó la culpa al cáncer.

Hay además algo raro en la gente que tiene cáncer: los amigos de toda la vida te dejan abandonado, no te llaman, escapan de ti como de la peste. Parece inexplicable. Es como si el cáncer fuera una enfermedad infecciosa que se les fuera a pegar. No conozco solo el caso de mi padre, sé de algunos más. La gente no quiere enfermos graves alrededor. No quiere cerca a ningún moribundo por si se les pega eso de la muerte también a ellos.

Nadie sabe muy bien cómo reaccionar ante el dolor de los otros, qué hay que hacer. Así que lo único que se les ocurre a muchos es lo más sencillo y a la vez lo más difícil: desaparecer.

Cuando Manuel murió, puede decirse que no le quedaba casi nadie. Solo su pareja, Eugenia, y quizás un par de amigos. Todos nos preguntábamos y aún nos preguntamos cómo ella le pudo

aguantar durante tantísimos años, y quizás el secreto fuera que se veían únicamente dos o tres veces al año, ya que Eugenia vive en Velilla de San Antonio, en Madrid, y él vivía en Marineda. Siempre pensé que mi padre, al menos en público, la trataba bastante mal, justo como hacía con todas las personas a quienes quería: la hacía de menos. Siempre tenía que despreciar o quedar por encima de los demás. Pero se entendían muy bien, puede que los dos tuvieran su mecanismo único de funcionamiento, ese lenguaje secreto de las parejas que nadie más que ellos puede entender.

Un día yo me acosté con el mejor amigo de mi padre. Tenía diecisiete o dieciocho años, no recuerdo la edad exacta. Ya no era tan pequeña, en cualquier caso. Pero creo que no fui yo la única. Ese amigo se debió de dedicar a follarse a todas las mujeres que a mi padre le importaban. Debió de marcarse ese objetivo. Esto último no lo sé, no tengo ni idea de si pasó o no, pero lo puedo imaginar. Cuando mi padre e Isa discutían, ya al final de su relación, ella se iba a menudo a refugiar a casa de este señor, que vivía a la vuelta de la esquina.

Lo mío sucedió una noche en la que yo había bebido, volvía de salir y estaba sola en casa porque mi padre debía de estar de viaje con Isa en alguna parte. Todavía no me había marchado de su casa, o debía de estar a punto de hacerlo.

Aquella persona, que me conocía desde pequeña, vino como una alimaña a saltar sobre una presa fácil, eso fue lo que hizo. No diré que me negué ni que fue a la fuerza. Sería mentira.

En aquel momento no me sentí culpable. Y creo que ahora, mirándolo con perspectiva, quizás dejé que sucediera para vengarme de mi padre, de todos sus maltratos, aunque lo hiciera de forma inconsciente. Acostarte con el mejor amigo de tu padre, que te conoce desde niña, es también muy de película. Creo que el cine, inevitablemente, también ha marcado el guion de mi propia vida.

El amigo traidor resultó, además, ser la expareja de Eugenia, con la que luego mi padre pasó veinte años de su vida.

Precisamente, ambos se conocieron gracias a él. Merienda de negros, creo que les llaman a estas cosas.

No tuvo importancia, no fue especialmente relevante para mí, o quizás sí lo fue. Vi de lo que iba una amistad de más de veinte años. Intuí lo que significaba la traición. La traición debía ser algo parecido a eso: follarte a la hija adolescente y borracha de tu mejor amigo. Y luego seguir como siempre, como si nada, yendo a tomar las cañas con él.

Después de ese episodio, que además fue realmente penoso desde el punto de vista sexual, no volví a ver jamás a esa persona. Menciono lo de penoso porque era el típico macho alfa que siempre andaba alardeando de sus aptitudes sexuales que a mí, que casi no tenía experiencia, me parecieron más bien inexistentes.

Me lo crucé una vez, años después, en el metro de Avenida de América, pero hice porque no me viera.

Mi padre y Rafa, que así se llamaba, también se dejaron de hablar en un momento dado. Nunca supe por qué y jamás se lo pregunté. Quizás el amigo traidor le contó a Manuel lo de aquella noche para hacerle daño: «Tú mucho hablas, pero yo me follé a tu hija». Pero lo dudo. Habría sido demasiado cruel. Tampoco sé lo que habría hecho mi padre de haberlo sabido. Probablemente, nada. Mirar para otro lado, como siempre hacía.

Poco después de aquel episodio dejé la casa de mi padre. Decidí irme y él me dejó ir. La situación entre nosotros se hizo insostenible. El único lugar que tenía donde caerme muerta era la casa de mi abuelo materno, que por aquel entonces tenía ochenta y tantos años y vivía solo en el piso donde yo vivo ahora.

Me mudé con él. Me daba casa y yo me pagaba mis gastos dando clases particulares de inglés por todo Madrid. Había aprendido inglés bastante bien, ya que me fui algunos veranos de *au pair* a Inglaterra y pasé seis meses haciendo lo mismo en Australia.

El abuelo tenía desde hacía muchos años una especie de ama de llaves mala que me odiaba con todas sus fuerzas. Se trataba de la portera del edificio, Mari, que se encargaba de atenderle y hacerle comidas, cenas y demás. Él le tenía un miedo horrible

porque dependía de sus cuidados, así que todo lo que Mari decía o hacía iba a misa.

Mari le preparaba cada día la comida y la cena al abuelo, pero a mí no. Yo tenía que comprarme mi propia comida. Cuando llegaba a casa derrengada por las noches, después de pasar la mañana en la facultad y las tardes dando clases particulares de inglés por todo Madrid, aún tenía que soportar ver a mi abuelo cenando opíparamente mientras yo me tenía que hacer una sopa de sobre o cualquier porquería del estilo. Mi abuelo tenía miedo hasta de darme las sobras. Yo era, en aquella casa, como la Cenicienta.

Solo había un día en el que Mari me ponía de comer y eran los sábados, en los que se comían langostinos y un pollo asado de esos de bar con patatas.

Fue en esa época justamente, en cuarto de carrera, cuando D. y yo nos encontramos en la Facultad de Telecomunicaciones una tarde de otoño. Empezamos a salir, nos enamoramos y pronto la situación con el abuelo se hizo insostenible, en parte por culpa de Mari.

Al final, él también acabó echándome de su casa diciéndome aquella frase que, no sé por qué, se ha quedado grabada en mi memoria:

«Hija mía, búscate un piso que yo te lo pago».

57

Tener voz

Marineda, diciembre de 2020

Llegas a Marineda poco antes de Navidad para pasar unos días con tu familia y, sobre todo, para sacar de allí definitivamente las cenizas de Manuel y llevártelas a Madrid.

«Podemos enterrarlas en primavera o en verano aquí, debajo de la higuera —te propone Eugenia un día por teléfono—, al menos yo le haré compañía. A él le gustaba mucho esta casa».

Estos meses en los que has estado dándole vueltas a todo y has tenido varias conversaciones con ella piensas que, una vez allí, hay dos destinos posibles: o dejarlas en tu casa y hacer la famosa instalación que propone tu madre, o enterrarlas en el jardín de casa de Eugenia, en Velilla de San Antonio.

A lo largo de estos casi dos años, has tenido solo una preocupación: que las cenizas no estuvieran solas, que tu padre no estuviera solo como lo estuvo toda su vida y al final, en su despedida.

Cabe la posibilidad de que con tu continua indecisión cambies de opinión. Quizás cuando tengas las cenizas en Madrid quieras llevarlas de nuevo a Marineda. Sabes que eso también podría pasar. Te imaginas como a una Sísifa moderna, trasladando la urna morada eternamente, de Marineda a Madrid, de Madrid a Marineda..., hasta el fin de los tiempos.

—¿Se pueden meter las cenizas de un fallecido en un avión?

—preguntas al personal de seguridad cuando llegas al aeropuerto de Marineda.

—Sí, claro, con los papeles correspondientes —contestan.

«Gracias a Dios, no he perdido los papeles correspondientes —piensas—, eso es ya todo un milagro».

Quizás, en caso de no tener los papeles correspondientes, te las podrían requisar como hacen con las colonias y las botellas de agua, y entonces a ver... Claro que tampoco las dejarías allí junto a las cremas y los champús. Perderías el avión llegado el caso.

Tal vez el policía revise los papeles, abra la tapa de la urna, mire dentro y diga: «Son estas. Adelante, caballero».

Nunca se te había ocurrido pensar que las cenizas también tienen una identidad que hay que comprobar.

Piensas además que no todo el mundo tiene la posibilidad de viajar en avión. Imaginas dónde las pondrías en el caso de viajar en tren, si arriba, en los compartimentos encima de las cabezas, o debajo del asiento, y qué harías con ellas si quisieras ir al vagón bar.

«Perdona, ¿me puedes echar un ojo aquí a mi padre? —preguntarías a tu compañero de asiento—. Voy a tomar un café».

O, en el caso de ir en Blablacar, como haces habitualmente, si las llevarías en una bolsa encima de tu regazo o en el maletero con el resto de maletas de la gente. Crees que uno no puede ir en Blablacar con un bote de cenizas y decirlo, porque ese coche se estrella seguro.

Además, piensas en los aspectos prácticos del traslado, en cómo lo vas hacer. Por ejemplo, antes de ir al aeropuerto será necesario sacar la urna de la bolsa de la funeraria y meterla en una bolsa de Zara, Mercadona o en una de deporte, de esa forma nadie sospechará nada.

Sabe Dios las cosas que lleva la gente en las bolsas. No hay que pensar que llevan lo que parece. Hay que pensar que llevan lo que jamás te esperarías.

Te imaginas entonces un mundo donde la gente lleva cosas siniestras en las bolsas de plástico y en donde los ataúdes están llenos de mariposas. Siempre te gustaron los mundos al revés. Los

buenos que en realidad son malos. Los malos que son en verdad buenos. Las tartas de chocolate envenenadas, las viejecitas crueles, los bebés feos...

Tu canción favorita de la infancia, la que después tantas veces cantaste a tus hijos, hablaba precisamente de lo engañoso de las apariencias, de un lobito encantador maltratado por unos feroces corderos, de una bruja guapa, un honrado pirata, un príncipe malvado...

También te da miedo trasladar a tu padre porque temes dejarlo olvidado en alguna parte, en un asiento de la T4 mientras te atas la zapatilla, olvidártelo en el metro, que te asalten, que la urna se caiga y todas las cenizas se queden esparcidas por el suelo, que te atropelle un autobús con tu padre en la bolsa...

Estos días que estás en Marineda aprovechas para estar con tu madre y tu hermana, ya que ellas nunca pasan con vosotros las Navidades. Nunca lo habéis hecho. Ni siquiera en esas «fechas entrañables» pretendéis ser una familia normal. Tu madre siempre dice que no las celebra, que le dan igual, pero no es del todo cierto. Las celebra de mala gana con tu hermana, con Tono y ahora también con Eire, tu sobrina de cuatro años. Si tú y tus hijos queréis ir a Marineda, sois bienvenidos. Si no, ajo y agua.

Si por tu madre fuera, nunca celebraría nada, ni cumpleaños ni Navidades. Festejar algo es para ella un lío, un incordio, una molestia... Además, hay que gastar dinero y hacer cosas que ya se le han olvidado, como cocinar.

La alegría requiere de cierta actitud y para disfrutarla hay que hacerle hueco, piensas. Tu madre no tiene la más mínima intención de cambiar de estado de ánimo. Prefiere mantenerse estable.

Fueron muchos años los que le pediste, y casi rogaste, que fuera a Madrid a pasar una Nochebuena, unos Reyes, sobre todo cuando tus hijos eran pequeños... Muchos años intentando que al menos en Navidad fuese una madre normal, una abuela normal. Al final te agotaste, te diste por vencida.

A veces conseguiste que fuera a Madrid algún Fin de año ya completamente obligada, cuando la ponías en una encrucijada con el tema de los niños; ahora ya la has dejado en paz.

—Voy a ir a Marineda a pasar unos días —le dices poco antes de tu viaje.

—Haz lo que quieras, pero va a hacer malísimo. Si puedes ir a cualquier otro lado, mucho mejor. Yo que tú no vendría —te dice.

La tarde antes de volver a Madrid vas a dar un paseo con ella, tu hermana y tu sobrina. Descubres una librería muy bonita en el centro que no lleva mucho tiempo abierta. Entras un momento a echar un vistazo mientras ellas te esperan fuera.

Es una de esas librerías que abundan ahora en Madrid, pero no tanto en Marineda, lo que definirías como librería *cool* queriendo serlo. Una librería en la que importan más las personas que van que los libros que se venden.

Nada más entrar ves que es un éxito y entiendes el porqué: un local espectacular con decoración rústico-chic, una gran mesa con todas las novedades editoriales, mucha literatura en gallego, gente joven y estilosa..., y por supuesto, *jazz* como música de fondo. Si tú tuvieras una librería que molase, como esa, piensas que jamás pondrías *jazz*. Pondrías a Los Ramones, a Concha Piquer o a Julio Iglesias.

A pesar de los prejuicios que se ve que tienes, tras echar un rápido vistazo reconoces que la selección de libros es exquisita. No falta nada. Están todos los títulos que llevas ya semanas viendo en Instagram y también los que aparecen en las críticas literarias de los principales periódicos.

Le preguntas algo a una de las libreras, algún dato sobre uno de los libros que estás ojeando. En realidad, no sabes si es una empleada o una de las dueñas.

—Yo también escribo —le dices—. Pero no sé si aquí tendréis mis libros.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué escribes?

—Por el momento tengo cuatro novelas eróticas publicadas.

—Ah, es que aquí no tenemos ese tipo de libros. Solo si nos los encargan. Tenemos cosas de erótica, pero muy escogidas, como Anaïs Nin.

—Ya... A mí me queda un ratito para ser Anaïs Nin —respondes—. Pero la literatura romántica y erótica se lee mucho, deberíais planteároslo. De todas formas, ahora estoy pensando en hacer algo autobiográfico, aprovechando el *boom* este que hay con la autoficción.

—¿Autobiográfico? Pues no sé qué decirte... Todo el mundo quiere contar su vida ahora. Me temo que no le interesará a ningún editor a no ser que tengas una voz muy personal —te contesta la librera.

—Bueno, pues si tengo esa voz y algún día consigo escribirla y publicarla, espero poder presentarla aquí —le dices—, en esta librería tan bonita. Por cierto, ¿tienes *Del asesinato considerado como una de las bellas artes*, de Thomas de Quincey?

—Espera un momentito que te lo voy a mirar —te responde. Vuelve al rato—. No lo tengo, pero te lo puedo pedir.

—Vaya, qué pena. Pensé que tendríais a los clásicos en una librería así. Pero, bueno, en un negocio que empieza es normal tener lagunas, pasa en todos. Dame entonces el *Libro tibetano de la vida y la muerte*.

—Creo que tampoco lo tenemos... Lo siento. Autoayuda tampoco trabajamos.

—Bueno —le dices—, yo no lo calificaría de autoayuda. Va de muerte; ya no hay ayuda que valga... Está visto que no tengo suerte. ¿*Las tentaciones de San Antonio*, de Flaubert? Ese sí lo tendréis, ¿no?

—Déjame ver —dice consultando el ordenador—. De Flaubert ahora mismo solo tenemos *Madame Bovary*.

—Ya, obvio... Tendré que pedirlos por Amazon. Mira, vamos a hacer una cosa. ¿Me puedes encargar mis cuatro novelas? Es que se las quiero regalar a mi madre. Viene ella a por los libros cuando estén. Te digo cuáles son... O mejor ocho. Así se los regalo a las dos, a mi madre y a mi hermana...

Antes de marcharte, te dan ganas de robarles algún libro de moda, pero no lo haces. Si te pillan, tu carrera literaria en Marineda estaría finiquitada.

Sales hecha polvo de la librería, pensando si tú tendrás esa

dichosa voz que menciona la librera, preguntándote qué será exactamente tener voz. Al salir del local, visualizas a los miles de personas que en ese momento estarán escribiendo, intentando contar sus vidas con sus voces, todas distintas y todas únicas. Solo unas pocas se darán a conocer. Tu voz es un granito de arena en el desierto, Sibiloncia.

—¿Vosotras creéis que yo tengo voz? —les preguntas a tu madre y a tu hermana, que están esperándote fuera, en la puerta—. Es que una librera imbécil ahí dentro me ha dicho que, si escribo algo autobiográfico no va a interesar a nadie porque todo el mundo escribe lo mismo ahora. Todos queremos contar nuestra vida, por lo que parece.

—Yo sí creo que tienes voz, Sibi, aunque nunca te leí, pero me da que sí —dice tu hermana.

—Seguro que sí tienes voz, chiquitina —contesta tu madre—, lo que pasa es que es verdad que todo el mundo quiere contar su vida. Todas las vidas son iguales en el fondo. ¿No puedes escribir otra cosa?

—Sí, bueno..., tengo la historia de la guerra civil que me contó Tono.

—Uy, qué va, qué va. Entre la guerra civil y tu vida, mejor tu vida. Dónde va a parar. La guerra sí que está más vista que el tebeo. Mira, tú ponte a escribirla y luego ya verás si tienes o no voz. Esas son unas tontas. Yo ahí no compro nunca. Mucho mejor ir a la biblioteca.

Pero tú te quedas pensando en lo de la voz.

Tener o no tener voz, esa debe ser la cuestión para un escritor, además de la suerte.

En tu imaginación os ves a ti y a tu voz en «Babelia», en el suplemento literario de *El País*: «Sibiloncia: familia y muerte». Finalmente has conseguido aparecer ahí, como sin duda le hubiese gustado a tu padre. Qué lástima que no pueda verte ahora. Has escrito un libro de los que venden en las librerías de autor, como esa a la que has ido, un libro de esos que reseñan en las secciones de cultura de los diarios. Hasta tu madre te ha leído esta vez, presionada por los comentarios elogiosos de sus amigas.

Llevas el pelo más corto, como corresponde a una mujer casi ya en la cincuentena, una camisa blanca y grandes pendientes. Tienes el aspecto que te juraste que nunca tendrías: el de una mujer madura que sabe lo que quiere. En la foto, parece que estás en un parque, el fondo se ve algo desdibujado; quizás sea la Feria del Libro de Madrid.

—¿Qué es para usted la escritura ahora que ha ganado el premio Chanzal?

—Nada en concreto. Escribo porque se me da bien, pero podría haber hecho cualquier otra cosa.

—¿Afirma usted que escribir un libro es algo normal?

—Sí, tan normal o difícil como hacer una lasaña. Los trabajos creativos están bastante mitificados.

—La literatura para usted es...

—Leer.

—¿Cómo se pasa de hacer literatura romántica a este libro inclasificable que se ha traducido ya a veinte idiomas?

—Sustituyendo el sexo y el amor por la muerte y una familia desestructurada. Lo demás es todo igual. La clave, para mí, siempre es la trama. No aburrir.

—¿Pensó que llegaría hasta aquí?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque como de niña no me quisieron, en algún lado tenía que tener la recompensa. Lo que la vida te quita de un lado, te lo da por otro, digo yo.

—¿No es la escritura una manera de enfrentarse a sus demonios, de ordenar el mundo?

—No. Es más, cuando escribo todo se vuelve más confuso, más irreal y difuso. Escribir es estar solo ante un precipicio altísimo. Y nunca tienes la garantía de que saldrá bien. Dependes, además, del criterio de otros. La lasaña da más seguridad. Si mantienes los ingredientes y cantidades, siempre sale igual. Todos se la van a comer.

—¿Cuál es el motor de su vida?

—Vivir, sencillamente. Intentar no morir hoy. Ni mañana. Ni

pasado.

—En su libro el amor está muy presente. ¿Cuál es el sentido del amor, Sibiloncia, díganos?

—Que nos quieran a nosotros. Lo de que hay gente que prefiere querer a ser querido es mentira.

—¿Nos salvarán nuestros hijos, como sucede en su novela?

—No. Nos abandonarán. Pero volverán para cuidarnos cuando seamos viejos. Nos acompañarán a morir.

—Pero ¿y qué pasa cuando no nos quieren?

—Nada. Se hace todo un poco más complicado, sobre todo si no tienes dinero.

—¿Qué es para usted el sentido del humor, que tanto reivindica en sus novelas?

—El motor de mi vida.

—Y, sin embargo, antes ha dicho usted que era vivir, sencillamente...

—Entonces el motor de mi vida es vivir con sentido del humor.

—¿Qué prefiere, un perro o una vela?

—Una vela.

—¿Se considera usted feliz?

—Sí, pero más de noche que de día.

—¿Por qué?

—No le sabría decir. Es complicado. Es como todo, ya sabe.

—¿Qué hará con el dinero del premio?

—Gastármelo en champán, viajes y amantes.

—Deduzco por sus palabras que tiene entonces varios amantes.

—Espero tenerlos ahora gracias al dinero del premio.

—¿Teme a la muerte?

—No sé a lo que temo hasta que me lo encuentro de frente. No temo por anticipado. Igual está bien y no lo sabemos.

—¿Usted cree?

—Todo es posible. La mala fama está ahí, pero también es cierto que vivimos llenos de prejuicios.

58

PERVERSIONES

Te gusta estar de noche en casa de tu padre, cuando todo está tranquilo, rodeada de todas sus cosas y con sus cenizas dentro del armario. Te parece que, de alguna forma, él te acompaña. Crees que sus cenizas son aún él en esta casa, pero que cuando dentro de un par de días las saques de aquí, las lleves a donde las lleves, ya no serán él, serán simplemente sus cenizas.

Hace un rato te dio por hacer una tontería: llamaste a su teléfono. Nunca conseguiste borrarlo de la agenda del móvil. Lo hiciste como en un arrebato, sin pensarlo mucho: «El teléfono al que llama no se encuentra disponible en este momento», dijo la señorita. Lo que no dijo fue «inténtelo de nuevo más tarde». Si te lo hubiera dicho, tú lo habrías intentado.

Efectivamente, no hay nadie menos disponible que un muerto, piensas.

En cualquier caso, te gustó que no le hubieran dado su teléfono a otro vivo. Pensaste que las compañías telefónicas aún conservaban algo de delicadeza.

Esta tarde, cuando ibas con tu madre y tu hermana paseando por Marineda pensabas en lo mucho que le echabas de menos, aunque haya pasado más de un año y medio desde su muerte. No a él exactamente, que era bastante insoportable, sino más bien a hablar con él, a su visión de las cosas, que correspondía bastante con la tuya, quizás porque la heredaste de él..., bueno, quizás no, seguro. Al menos era una persona con la que se podía conversar y discutir, que tenía cierto criterio, cosas que no son tan normales

incluso dentro de la propia familia.

Una vez, cuando eras tú bastante pequeña, Manuel y tú estuvisteis una hora discutiendo sobre algo aparentemente absurdo, pero que nunca has olvidado. Salíais del cine. Tú dijiste que hacía frío y él te respondió que aquello no era frío, que como mucho sería fresco. Nadie daba su brazo a torcer. Estuvisteis todo el camino de vuelta a casa discutiendo sobre el frío y el fresco. Crees que ganó él.

A veces aún piensas: le tengo que decir a mi padre eso y lo otro, o le tengo que recomendar tal o cual libro, y luego te das cuenta de que no, de que ya no puedes, de que se lo tienes que decir al aire.

Hay personas que son insustituibles. Conversaciones que ya no se producirán, no por el tema, sino por la réplica.

Anoche ojeando en la casa un libro suyo de Borges, te diste cuenta de cuánto de Borges había en él. Crees que todo lo copiaba de él, de las cosas que leyó sobre él: sus gustos literarios, sus opiniones sobre la vida... Te parece que a tu padre le hubiese encantado ser una mezcla de Borges, Woody Allen, Bertrand Russell y Forges. La verdad es que a ti también te gustaría ser eso. A quién no.

Después de haber venido ya varias veces, examinando los objetos que hay en su casa adviertes algunas cosas que rayan en la perversión, incluso para ti, que llevas toda la vida viéndolas. Las siniestras Vírgenes antiguas con mantos de terciopelo, los Cristos sangrantes crucificados y las imágenes religiosas son una constante en esta y en todas sus casas. Nunca entendiste por qué tenía tantos símbolos religiosos siendo él tan ateo y presumiendo además de serlo.

«Ya lo entenderás cuando seas mayor», te respondía cuando le preguntabas.

Pero cuando fuiste mayor continuaste sin entenderlo. Es más, todavía no lo has comprendido. ¿Era un símbolo de irreverencia el hecho de colocar, por ejemplo, un demonio de cerámica al lado de una Virgen de los Dolores? ¿O haría esas extravagancias simplemente para llamar la atención?

Piensas que si algún día te diera por traer a alguien a dormir aquí, tendrías que esconder la mitad de las cosas porque para alguien ajeno a Manuel, que no le hubiera conocido, este piso podría dar bastante miedo, resultar siniestro. Piensas eso mientras te fijas en una lúgubre figura de santa Teresa de Jesús que está justo encima de su cama. No te hace falta esperar a que venga nadie. La metes en un cajón. Hasta a ti te da mal rollo.

Alicia y Lewis Carroll también fueron otra de sus obsesiones. A Lewis Carroll le admiraba mucho, pero no sabes si era por lo que escribía o por el hecho de que le gustasen las niñas. Y crees que quizás a tu padre también le gustaban un poco las niñas, que tenía cierta inclinación a ello.

Sobre esto, recuerdas un episodio que te resultó muy embarazoso. Un Fin de Año, en el que estabais toda la familia en casa de tu abuela Ma, Eva trajo de visita a su prima Raquel después de las uvas. Tu padre estaba también en la casa.

Raquel era por aquel entonces una niña preciosa de once o doce años. Venía vestida como de la época victoriana inglesa, con un vaporoso vestido lleno de lazos y encajes. El pelo rubio cuajado de bucles, los ojos grandes y azules... Tu padre se quedó anonadado y, lejos de disimularlo, montó un vergonzoso espectáculo con aquella niña, que le miraba violenta. No paraba de adularla, de tocarle la cara y el pelo y de decirle lo guapísima que era. Los que estabais en la habitación os mirabais incómodos unos a otros. Él, en cambio, solo tenía ojos para la dulce Raquel, que crees que habría salido despavorida de haber podido.

En esta casa hay fotos muy raras que desde luego no son las que hay en las casas «normales»: una foto de Grace Kelly rezando vestida de novia, de cuando se casó con Rainiero; otra de Catherine Deneuve en *Belle de jour* en ropa interior y atada a un árbol; en su habitación, frente a la cama, una de Claudia Schiffer vestida de dominatriz; también hay muchas de Greta Garbo, de Gene Tierney... En su antigua casa de Madrid recuerdas que, pegada al espejo del baño, tenía otra de Nastassja Kinski desnuda con una serpiente enorme enrollada. También tenía fotos de la niña Alicia, de la verdadera Alicia Liddell, de la que, dicen, estaba enamorado

Lewis Carrol.

Te preguntas ahora por qué le gustaba tanto el lado más oscuro de la naturaleza humana. Si le daba envidia no ser así o si es que en realidad era así.

Antes de que existiera Instagram, crees que tu padre ya inventó eso de la pose.

59

VUELTA A CASA

Entras en el avión con las cenizas en brazos. Afortunadamente te toca ventanilla. Te abrochas el cinturón y colocas la urna en el regazo por si acaso se te sienta alguien al lado.

Efectivamente, a los pocos minutos llega una señora de mediana edad muy tiesa y recauchutada. Tras ponerse el cinturón, empieza a revolverse inquieta mirándote de reojo, o más bien mirando tu bolsa. Parece bastante agobiada.

—Disculpa que te pregunte. Eso que llevas ahí no será una urna con restos de un fallecido, ¿verdad? Es que te he visto antes, pasando el control.

—Pues sí —le dices—, son las cenizas de mi padre.

—Pues, cielo, espero que no te moleste, pero voy a llamar a la azafata para que me cambie de sitio. No te ofendes, ¿verdad? No querría parecer insensible o desconsiderada, pero es que yo soy muy de energías y me sería imposible hacer un vuelo con unos restos mortales al lado.

—Bueno, a su lado estoy yo, que estoy viva, señora.

—Bueno, bonita, tú ya me entiendes... Ya sé que estás viva, tampoco es necesario ponerse así.

—Señora, quédese tranquila que las cenizas de mi padre no van a hacer que se caiga el avión.

—Si ya lo sé, cariño. Si son manías mías. Tú no te preocupes.

Llama a la azafata, que aparece un minuto después.

—Señorita, es que esta chica lleva las cenizas de su padre en esa bolsa y a mí me da impresión hacer el vuelo en estas

condiciones. ¿No habría otro asiento disponible?

De pronto te encuentras bajo la mirada cotilla de veinte o treinta pares de ojos que provienen de las filas contiguas.

—Me temo que no hay ninguno libre, señora. El avión va lleno.

—Entonces, ¿qué hacemos? —insiste ella—. Yo con un muerto al lado no vuelo.

—Señora, relájese, que estas son solo unas cenizas —dices tú —. Aquí no hay ningún muerto.

—Yo sé lo que me digo. Los muertos son muertos, da igual en qué fase estén. Déjenme entonces apearme del avión. Yo así no vuelo.

—Me temo que ya no se puede bajar —dice la azafata—, estamos a punto de despegar. Lo único que podemos hacer, si a la señorita le parece bien —dice mirándote a ti—, es llevarnos la bolsa con las cenizas a la parte delantera del avión y guardarlas allí hasta que aterricemos. Son solo cincuenta minutos de vuelo.

—No, no —dices tú—, de ninguna manera. Las cenizas van conmigo. Yo no me separo de ellas. Faltaría más. Estoy en mi derecho de llevarlas conmigo en el avión.

—Pues entonces tenemos un problema —dice la señora—. Yo entiendo que esta señorita quiera ir con sus restos mortales, pero entiéndame a mí también.

—Déjenme hablar con el comandante a ver qué solución le damos.

La azafata sale en dirección a la cabina y tú, para joder a la señora, sacas la urna morada de la bolsa y te la pones directamente en el regazo.

—Es que quiero que mi padre vea su tierra por última vez —le dices—, no le importa, ¿verdad?

A los pocos minutos regresa la azafata.

—El comandante ha dicho que la señorita puede hacer el trayecto con la urna en la cabina siempre que ella esté de acuerdo.

—¿Y no puedo ser yo la que vaya a la cabina?

—Señora —dice la azafata—, esto no es un parque de atracciones. Usted es la que está poniendo el problema.

—Vale, por mí no hay inconveniente —dices—. Siempre quise ir en la cabina de un avión. No hay mal que por bien no venga.

Te levantas con la urna ya metida en la bolsa y le dices a la señora:

—Que sepa que en el avión va un muerto más. ¿Qué se cree, que los muertos no viajan? Yo misma he visto meter el ataúd en la bodega cuando estaban cargando los equipajes, ¿a que es verdad, señorita? —preguntas a la azafata.

—Lamentablemente sí. Llevamos a un fallecido en el vuelo de esta noche —confirma ella—, bueno, con su padre de usted, dos.

—¿Lo ve? No sirve de nada que nos vayamos. Yo le recomiendo que rece si es usted católica. Esto tiene toda la pinta de estrellarse. Con dos muertos a bordo ya me dirá... A mí me da igual. Soy budista. Voy a vivir más vidas.

—Si no les importa, les pediría zanjar el tema. Además de alarmar al resto del pasaje llevamos ya quince minutos de retraso —dice la azafata.

Y de repente te ves metida en la cabina de ese avión. Vas detrás del comandante en una silla supletoria, con tu urna en el regazo. Ya ha caído la noche y eso hace que los cientos de luces del cuadro de mandos destaquen aún más en la oscuridad del cubículo. Te parece estar en una nave espacial.

«Se acabó, Manuel. Despídete de tu tierra. Ahora sí que no volverás», dices a las cenizas de tu padre cuando, pocos minutos después de despegar, ves la península de Marineda abajo, a lo lejos, como una maqueta brillante.

El viaje surrealista que estás teniendo ya apuntaba maneras desde el principio. Eva te vino a buscar a casa de tu padre para llevarte al aeropuerto demasiado tarde, y antes de salir aún parasteis para tomar una caña y despediros. Fuisteis al bar que está frente a la casa, una tasca de esas de barriles enormes y viejos tomando clarete de la mañana a la noche: Cacabelos en León. Siempre quisiste entrar, pero nunca lo hiciste, lo tenías reservado para este momento «último bar». Te imaginaste a tu padre corpóreo en aquel bar. En realidad, estuvo allí con vosotras. O estuvo su energía, esa que dicen.

El trayecto hacia el aeropuerto fue de pesadilla. Tú, nerviosísima porque ibas a perder el avión, y Aldán, el hijo de Eva, escuchando en bucle una machacona canción de *anime* japonés que te estaba poniendo al borde de la histeria. La noche cayendo. Tu padre ahí en su urna, en tu regazo, callado, como siempre.

Casi no te despediste de ellos. Saliste disparada con tu maleta y la urna con las cenizas. Cuando llegaste al control, a pesar de que faltaban pocos minutos para que saliera el avión, querían que pusieras la urna en una bandeja para pasar los rayos X.

—Es que son las cenizas de mi padre. Se van a volcar, la tapa está suelta —les explicaste poniendo cara de desesperación—. De verdad, voy a perder el avión.

—Bueno, está bien. Puede pasarlas por aquí, pero sáquelas de la bolsa y muéstreme la documentación.

Lo hiciste con bastante cuidado y de repente te convertiste en el centro de atención de aquella cola.

Pobrecilla, debieron pensar, lleva a un muerto, y justo antes de Navidad.

La verdad es que con todos los viajes que has hecho jamás viste a nadie llevando una urna con cenizas en un transporte público. Todo el mundo debe hacerlo en coches particulares, porque si no, no te lo explicas.

Piensas que un posible negocio emergente sería un sistema de transporte discreto y seguro de cenizas, tanto local como nacional e internacional.

Durante el vuelo, una vez que se te pasa la emoción de ir en la cabina y tras hablar brevemente con el comandante y el copiloto, comienzas a dar vueltas a otros posibles destinos en Madrid para las cenizas que no sean la casa de Eugenia, como el jardín delantero de la Biblioteca Nacional, la entrada del Museo del Prado... Piensas también en el Teleférico, que a él le gustaba mucho, pero luego caes en que no tiene ventanas. Quizás la terraza del Círculo de Bellas Artes... Cuando te quieres dar cuenta ya has llegado.

Tu hijo Gael te espera en el aeropuerto. Le has pedido que vaya a buscarte para ayudarte con las cenizas.

—No sabes lo que me ha pasado —le dices—, la señora que tenía al lado no quería volar con la urna y he acabado haciendo el vuelo en la cabina del avión. Menudo número. Yo es que no puedo hacer nada normal, hijo mío.

Cuando le estás contando esto, te interrumpe precisamente la horrible señora agarrándote del brazo.

—Perdóname, eh, cielo. Estoy muy apurada y creo que te debo unas disculpas. Me está dando muy mal karma. Lo de la muerte me pone enferma, no lo puedo evitar. Deja que te diga..., tengo un centro de estética en Madrid bastante conocido. Pasa a hacerte lo que quieras por las molestias, para al menos compensarte un poco. Estás invitada: un diseño de cejas, unas mechas... ¿Este es tu hijo? Qué divino...

—No se preocupe, señora —le dices—, son cosas que pasan, es normal. Déjeme la tarjeta del centro y paso sin falta.

—Claro que sí, bonita. Hazte lo que quieras, como si quieres ponerte un poquito de bótox para quitarte ese ceño. Mi nombre es Purita Seoane. Te dejo mi tarjeta y, sobre todo, te acompaño en el sentimiento.

—No se preocupe, señora. Si yo odiaba a mi padre...

Al acabar la pantomima, os encamináis al metro. Tú llevas la maleta y Gael va con las pobres y vapuleadas cenizas.

—Desde que se ha muerto, tu abuelo parece Phileas Fogg, hijo mío —le dices a Gael en el vagón de metro—. A ver. Vamos a pensar en todos los sitios por donde ha pasado. Le he paseado bastante. No se puede quejar: tanatorio, furgoneta de Io, casa de Marineda, bar, coche, avión, metro...

—Ha cogido casi todos los transportes, menos el barco —dice Gael.

—Nunca le gustó el mar. Todo pasa por algo —respondes.

Cuando llegáis a casa no tienes ninguna duda sobre dónde colocar la urna. Haces hueco y la pones en la biblioteca del salón, donde tienes los libros de literatura inglesa, los tuyos y también los suyos, los que cogiste de su casa. Debajo están también casi todos sus discos.

—Mira qué curioso —le dices a Gael—, en su primer traslado

tu abuelo se reencontró con Lluvia, su gata, y en este vuelve a estar con sus libros y sus discos.

Tenía razón. Al final, no le han abandonado.

Esa noche, con las cenizas de tu padre ya en casa, duermes del tirón.

60

Un domingo de Rastro

Con la pandemia, no haber podido ir al Rastro es una de las cosas que más he echado de menos. Por fin, un soleado y precioso domingo de mediados de enero se reabre tras casi un año de parón.

Media hora antes de salir, hacemos el trasvase de las cenizas. Discuto con mis hijos sobre cuál de los jarrones de Talavera que tengo en casa escoger. Son muy valiosos. Pertenecieron a mi bisabuela, de ella pasaron a mi abuelo y de él, a mí. Seguramente vienen de la casa familiar de Mora de Toledo.

Elegimos el más pequeño y chato de los cuatro; tiene una delicada decoración floral en tonos ocres y anaranjados. A mí me da grima hacer la operación. Le pido a mi hijo Gael que lo haga en mi lugar. Entonces, cogemos de la librería la urna morada que contiene las cenizas de mi padre. Es hora de darle su destino final, el destino que he decidido que debe tener. No el que él quiso, que no lo sabré nunca. El que yo quiero.

Gael extrae el saco de tela con las cenizas de la urna morada y con cuidado las va pasando al jarrón de Talavera. No le produce especial impresión, quizás porque él no vio el proceso que transformó a mi padre de señor a cenizas. Estaba en medio de un InterRail cuando murió su abuelo.

—¿Las echo todas? —pregunta.

Dudo un momento. Hay gente que divide sus cenizas para poner un montón allí, otro allá..., y al final el pobre muerto acaba disgregado por toda la geografía como un alma en pena. Es una especie de descuartizamiento que no me acaba de convencer.

—Sí, mejor todas —contesto—. Ya ha sido complicado decidir el lugar como para encima tener que pensar en más.

—¿Y con la urna qué hacemos?

—No sé. Podemos guardarla para cuando yo me muera, así no la tenéis que pagar.

—Eso es como cuando llevas un táper a un restaurante para que te pongan las sobras, mamá —dice mi otro hijo—. No se hace. Nos dará vergüenza. Es la típica cosa que sale en el programa de «Tacaños extremos».

—Bueno, pues no sé. Ya se verá...

—¿Por qué le has cambiado al jarrón?

—Ya lo verás —contesto.

—¿A dónde llevamos las cenizas del abuelo? ¿Al Rastro?

—No hagas tantas preguntas. Ya lo vas a ver.

Buscamos una bolsa adecuada para llevar el jarrón con las cenizas dentro. Finalmente optamos por una bolsa grande del Mercadona, de esas que se usan para meter la compra.

—Me parece que ya sé lo que quieres hacer —dice Yago—. Es lo que dijiste que quieres que nosotros hagamos contigo cuando te mueras.

—Exacto —contesto—. Solo que ahora voy a tener que pensar en otra cosa para mí porque eso ya lo vamos a hacer con el abuelo Manuel.

—¿Estás segura, mamá? Yo lo veo una «sibilada» de las tuyas.

—A mí me gusta. Me parece muy bonito.

—Pues no sé... Muy bonito será, pero al final no sabemos dónde acabará el pobre abuelo.

—Sí que lo vamos a saber, ya lo verás —digo a mis hijos, que se encogen de hombros queriendo decir algo así como «ah, vale».

El Rastro está hasta los topes, como no podía ser menos después de tanto tiempo sin celebrarse. Hileras de gente bajan como serpientes multicolores por Ribera de Curtidores. Huele a navajas a la plancha y a sardinas. Los cafés de modernos con sus *lattes macchiatos,* sus *brunches*, sus sillas oxidadas y lámparas de paja todavía no han ganado a los bares con los zarajos y los caracoles en el escaparate. A nosotros, Ribera de Curtidores, la

arteria principal del Rastro, no nos gusta especialmente. Preferimos la plaza de Vara del Rey y las calles adyacentes, como Mira el Río Baja, pero, sobre todo, la plaza. Nos gusta el griterío de las gitanas: «Al euro, bonitas. Vamos, chicas, al euro»; los empujones de la gente esforzándose por hacerse un hueco para revolver; las señoras tirando del mismo jersey, cada una de una manga; las montañas de bolsos y zapatos desparejados; los cinturones enredados en una maraña informe; las chicas modernas en busca de gangas que cada vez escasean más; los mangantes esperando meter disimuladamente la mano en el bolso de alguna turista despistada; los personajes extraños con pinta de «trapicheadores» que no se sabe muy bien a qué se dedican apostados en cualquier esquina; los puestos de medias con sus piernas de plástico y las bragas gigantes; los falsos oros, la plata «de la que cagó la gata»...

Hay dos puestos a los que llevo yendo toda la vida. El puesto de Carmen, una señora que además es de Marineda, y al chiringuito de un señor que siempre insulta cuando encuentras en su montón algo que te gusta y le preguntas el precio. Primero, se resiste a decirte lo que vale la cosa en cuestión y cuando consigues que lo haga a regañadientes, te insulta si le dices cuestiones de precio y empiezas a regatear. Entonces te lo arranca de las manos.

«¿No lo quieres? Pues, hale, dámelo... Que me lo des, te digo. Será rata, la tía, que quiere comprar una falda de marca por un euro... Esto vale cien en El Corte Inglés, chata. Hale, dámelo. No lo quieres tú, ya otra lo querrá. No te jode la tía rata».

Al final, cuando termina con la retahíla de insultos y a pesar de ellos, te acabas llevando la prenda sin discutir el precio. Forma parte del juego.

Cuando este mediodía llegamos a la plaza, todo bulle como de costumbre. Es como un domingo cualquiera, solo que ahora nos acompañan las cenizas de mi padre. Creo que con él, curiosamente, nunca fui al Rastro.

—Lo que vamos a hacer —les anuncio a mis hijos— es dejar el jarrón con las cenizas del abuelo en uno de los puestos de antigüedades y que sea la suerte o el destino el que decida dónde debe acabar. El jarrón lo van a comprar tarde o temprano. Es

bonito y valioso, y como el vendedor no lo tendrá controlado, le pondrá un precio bajo.

—Mamá, de verdad —protesta mi hijo mayor—, se van a dar cuenta. El señor del puesto se va a dar cuenta de que no es suyo tan pronto como dejes el jarrón en el suelo.

—No se dará cuenta. Tiene demasiadas cosas. Lo dejaremos en un segundo cuando esté despistado atendiendo a algún cliente. O, mejor aún, le despistaremos nosotros.

—Pero, mamá, no —protesta mi otro hijo—. No podemos dejar las cenizas del abuelo aquí tiradas en el suelo sin saber dónde va a acabar. Cualquiera podría llevárselo.

—De eso se trata, mi amor, de que se lo lleve cualquiera, pero será el cualquiera adecuado, estoy segura.

—Se encontrarán las cenizas dentro y el abuelo acabará en la basura.

—No lo creo —respondo yo—. Nadie como es debido lava un jarrón. No somos suecos. Lo pondrán en una estantería y punto. Además, esperaremos a que alguien lo compre. No nos moveremos de aquí hasta que alguien se lo lleve, y si nadie lo hace, lo compraremos nosotros. Lo mejor es que lo hagas tú —le digo a Yago—. Mientras tu hermano y yo distraemos al señor, tú dejas nuestro jarrón al lado de esos otros que tiene, como quien no quiere la cosa, y, sobre todo, tienes que hacerlo rápido.

—¿Y no nos despedimos del abuelo?

—Creo que llevamos año y medio despidiéndonos de él. Ahora se trata de dejarle ir a donde debe estar. Debió decidirlo él, y como él no quiso, dejémoselo a la casualidad.

Nos acercamos al puesto en cuestión. Montones de cachivaches reposan en el suelo sin orden ni concierto, o respondiendo a una lógica estética extraña. Hay lámparas de pie y de mesa, jarrones chinos gigantes, un perro de esos de porcelana, relojes de pie, sillas, lámparas de araña, candelabros dorados como para una cena del siglo XIX...

—Oye, chico.

—Dime, bonita.

—Ese reloj grande de ahí, ¿a cuánto lo tienes?

—A cuatrocientos para ti, y porque ya queda poco para irse.

—Estarás de coña, ¿no? Si veo que tiene ahí dañada la madera...

—¿Lo qué?

—Te lo enseño, mira...

Mientras le entretengo mostrándole el supuesto desperfecto, veo por el rabillo del ojo cómo Yago ha dejado ya en el suelo el jarrón de Talavera.

—Eso no está dañado ni nada. Le pones ahí un poco de barniz y como nuevo lo tienes. Venga, trescientos te lo dejo, porque hoy no he vendido nada, hija mía.

—Bueno —respondo—, me lo voy a pensar un rato y a dar una vuelta, a ver qué veo.

—Este es el precio de ahora. No de dentro de una hora. Dentro de una hora son los cuatrocientos.

—Ya veremos —digo yo.

Nos alejamos del puesto. Veo nuestro jarrón colocado junto al otro jarrón chino gigante. Todo ha salido bien.

Buscamos un banco desde donde controlar el chiringuito y establecemos turnos de vigilancia, aunque, a decir verdad, el puesto no parece estar muy concurrido. Nadie o poca gente se acerca a mirar.

Leo el periódico, contesto los *whatsapps*, llamo por teléfono... Mientras tanto, mis hijos continúan la guardia.

—Mamá, mamá, mira —exclama Yago.

Un hombre con barba de unos cincuenta años está agachado junto a nuestro jarrón de Talavera y lo examina. Habla con el vendedor. Deben estar discutiendo el precio.

El chico lo recoge del suelo, se lo acerca más para ver las decoraciones. Afortunadamente, no tiene ni la menor intención de mirar dentro.

—Mamá, noooo —dice mi hijo mayor—, tienes que pararlo. Si no lo paras tú, lo haré yo.

Y de repente, efectivamente, me da pánico dejar las cenizas de mi padre sin rumbo en casa de cualquier desconocido. Pero ¿qué he hecho? Dios mío, ¿qué he hecho? Aún estás a tiempo, aún

estás a tiempo, dice una voz en mi cabeza.

Los dos hombres siguen hablando, aunque el de la barba tiene bien sujeto el jarrón, como si se lo fuera a llevar.

—Lo siento, pero quiero ese jarrón —digo yo irrumpiendo en la charla como un elefante en una cacharrería.

—Pues me parece que al final me lo voy a quedar —dice el desconocido de la barba.

Está de muy buen ver, exactamente mi tipo.

—Es que en realidad este jarrón es mío.

—Sí, claro, bonita —exclama el chico del puesto—, lo que me faltaba ya por oír. Pero, escucha, ¿tú no eres la que me preguntó por un reloj hace un rato?

—¿A cuánto se lo estás vendiendo? —le pregunto.

—A sesenta euros nada más. Una ganga.

—¿Es de Talavera?

—O de Cuenca —contesta él—, ¿cómo crees que lo voy a saber, preciosa? Tengo mucho aquí como para saber de dónde ha salido todo. Preguntáis cada cosa...

—Te doy cien —digo yo con resolución.

—La verdad, *arreglarse* entre ustedes. Yo no me meto. El señor lo vio primero, pero si llega a un acuerdo con él, por mí no hay problema ninguno.

El desconocido continúa sujetando el jarrón con cara de desconcierto. Realmente es muy guapo. Alto, la cara llena de pecas, barba entre rubia y castaño clara y ojos azules, pequeños y achinados.

—Es un jarrón muy bonito —dice él—, pero ¿realmente por qué te interesa tanto?

—Por motivos, digamos, personales —contesto.

—Vas a tener que entrar en detalles si quieres que te lo ceda —responde con un leve acento extranjero—. Adelante. Tengo tiempo, te escucho.

—Las cenizas de mi padre están en ese jarrón —digo yo a bocajarro—. Yo misma y mis hijos —señalo hacia ellos, que me miran con impaciencia y haciendo gestos— las hemos puesto ahí hace un rato.

—No doy crédito —responde él—. No entiendo nada. Soy guionista y estoy acostumbrado a inventar situaciones surrealistas, pero esto supera cualquier ficción.

—Pues ya ves —contesto—. No sabíamos qué hacer con ellas y, como me gusta mucho el Rastro, decidí dejar el jarrón con sus cenizas en manos de la casualidad. A él le hubiera dado igual. No creía en la muerte.

—En ese caso, no puedo decir mucho más. El jarrón es tuyo, claro. Te lo puedes quedar... A propósito, ¿puedo saber cómo te llamas?

—Sibiloncia, me llamo Sibiloncia —digo recogiendo nuevamente el jarrón con las cenizas y pagando al vendedor los sesenta euros.

—¿Qué tipo de nombre es ese? Nunca lo había oído.

—No sé, uno que me puso mi padre.

—Yo me llamo Manuel, encantado. Oye, me ha parecido una historieta de lo más curiosa esta de tu padre. Me interesaría que me la contaras con más calma. Daría para un corto. ¿Tienes tiempo para un café?

—Es que estoy con mis dos hijos —digo señalando a los críos —, y café a esta hora ya no tomo.

—Vamos, eso no es excusa. Son ya bastante mayores, por lo que veo. Dales treinta euros y que se vayan a comer por ahí, ¿qué me dices?

Le miro con curiosidad mientras abrazo las cenizas de mi padre nuevamente. Otra vez han vuelto a mí y ha sido gracias a este desconocido, que además se llama como él.

—¿Y qué hago con el jarrón mientras tanto? Pesa mucho.

—Vivo aquí al lado, a un par calles. Dejemos a tu padre en mi casa mientras tú y yo nos tomamos un vino y me cuentas tu historia. Hay cosas que no se pueden dejar pasar, ¿no te parece? — dice mirándome con una sonrisa.

No me cuesta mucho decir que sí. Despacho a los chicos, que se quedan con cara de desconcierto sin atreverse a protestar, y mi desconocido y yo vamos callejeando casi sin decirnos nada hasta llegar a la calle de Mira el Sol, donde vive.

Cuando entro en su piso, que es tipo *loft*, de un solo espacio, lo primero que veo es una gran estantería de pladur repleta de viejas cintas de VHS.

Instintivamente, me dirijo hacia ellas mirando con curiosidad los títulos.

—Es mi colección de cine clásico —explica Manuel— Sé que los VHS ya no valen para nada, pero me resisto a tirarlas. Eran de mi madre.

—¿Te importa que deje el jarrón con mi padre ahí, junto a las películas?

—Déjalo donde quieras —responde— Estás en tu casa, Sibiloncia.

—Mamá, mamá... Pero, Dios mío, ¿te quieres levantar de una puñetera vez? Llevo media hora intentando despertarte. No llego al partido. Dentro de cuarenta minutos tenemos que estar en Sanchinarro. O te levantas y me llevas o dame pasta para un taxi —te dice tu hijo Yago zarandeándote.

—Pero ¿las cenizas dónde están? —le preguntas aún medio dormida— ¿En el Rastro o en la casa?

—Pero ¿qué dices del Rastro, mujer? Están donde las dejasteis anoche. En la librería del salón. Estás fatal, eh, mamá. Te estás pareciendo cada vez más a la abuela María.

61

Mi Nochebuena soñada

La vida a veces parece querer arreglar de alguna forma lo que la muerte ha destrozado. Yo, que jamás pasaba la Navidad ni el Fin de Año con mi padre, seguramente este año sí los pasaré, aunque sea con él convertido en cenizas. Al final, se hacen las cosas. Tarde, pero se hacen.

Dicen que la Navidad es la época de acordarse de los que ya no están. Eso tiene hasta un nombre, síndrome de la silla vacía, pero es que a veces de los que ya no están no nos acordábamos nunca, ni cuando estaban ni en Navidad ni en ninguna otra fecha.

Mi familia nunca festejó en exceso las Navidades, así que para mí están inevitablemente asociadas algunas cosas como las peleas familiares, la lotería y la tristeza. Pocas sensaciones me resultan tan deprimentes como un día de Navidad a eso de las seis o siete de la tarde. La melancolía de los paquetes y las bolsas apilados en los contenedores, las calles vacías, el frío helador, las barrigas llenas, la resaca...

Hace unos diez años mi madre y yo pasamos una Navidad en la India, en el Rajastán. Escapábamos de ella, pero la encontrábamos en cada esquina, en todos los hoteles, en todos los restaurantes, en las iluminaciones de cada pueblo y ciudad.

El día de Nochebuena nos obligaron a acudir a la cena especial que hacían en el hotel de Jaipur. Mi madre se negó, no quería soltar los cincuenta o sesenta euros que costaba, pero los del hotel amenazaron con que o celebrábamos la Nochebuena o nos teníamos que ir de allí. Mi madre dijo que nosotras eramos judías.

Dio igual. Dijo finalmente que no creíamos en Dios, pero también dio igual. Al final tuvimos que bajar a celebrar la Nochebuena hindú por narices. Después nos peleamos, como para seguir la tradición, y lloramos un montón. Fue una auténtica celebración navideña. Las tradiciones siempre nos persiguen, vayamos donde vayamos.

Tras la muerte de mi abuela Ma, mi padre pasaba las Navidades casi siempre solo. Por el tipo de relación que teníamos, jamás se me ocurrió ir a Marineda a celebrar esas fechas con él. Nunca se me pasó siquiera por la cabeza.

Al principio, su hermana le invitaba a ir con ella, pero luego dejó de hacerlo.

Él decía que no le importaba. Se quedaba leyendo o escuchando la radio, como cualquier otro día. Eso decía, y yo le creía. Era más cómodo creerle. Es mejor no pensar en lo que a uno le puede incomodar.

Tenemos la manía de creer que pasar una Nochebuena solo es lo peor que le puede suceder a alguien. Escuchar cómo las familias van llegando a las casas de los vecinos, los ruidos de cacharros y platos en las cocinas, que se oyen amortiguados a través de los patios de luces, la gente apurada en la calle comprando las últimas cosas para la cena, los supermercados a punto de cerrar, con las cajeras deseándose feliz noche, las calles que se van vaciando, todas las luces de las ventanas encendidas y las iluminaciones parpadeantes de los árboles navideños. Y la soledad como el supremo adorno dentro de muchas casas.

Entonces se produce la llamada de la familia a esa persona sola, desde otras casas bulliciosas: «Te dejo, que empezamos a cenar y aquí hay mucho lío. Ya hablaremos. Feliz Nochebuena. ¿Tú qué vas a cenar? ¿Cómo que nada? ¿Nada de nada? Ya será menos, hombre». Se pasa el teléfono de una mano a otra para desear no se sabe muy bien qué. Que seas feliz esta noche tú solo, mientras yo estoy con mi familia postiza porque no pude tener una familia normal. Que lo pases muy bien. Todos te mandamos muchos besos, pero ninguno nos acordamos verdaderamente de ti, de cómo estás. Nos da un poco igual. Ahora, en cuanto colguemos, nos

olvidaremos de ti con el primer langostino. Porque una persona como tú se merece pasar la Navidad solo. No es que se lo merezca, es que es lo normal. Va de suyo. ¿Qué esperabas, que encima viniera Papá Noel?

Quizás invité alguna vez a mi padre a venir a Madrid a pasar la Navidad con nosotros y él dijo que no. Probablemente lo hice algún año.

Desde antes de casarme con D. casi siempre he pasado las Navidades con su familia, y aún ahora continúo haciéndolo. Me encantaba ir a Bretaña con mis hijos pequeños. Sus abuelos ponían un abeto gigantesco, que casi llegaba hasta el techo. La mañana de Navidad todos los regalos esperaban en el árbol. Bajar en pijama. Abrir los paquetes con mis hijos gateando por ahí. Y luego la gran comilona de Navidad a la francesa: las ostras, el pavo, el Burdeos, la *bûche de Noël*...

La Nochebuena más feliz que recuerdo la pasamos D. y yo en casa de sus padres, en Madrid, al poquísimo tiempo de conocernos. Ellos se debían de haber ido a Francia y nos quedamos los dos cenando solos, mirándonos con ojos de cordero. D. me hizo unos primeros regalos surrealistas: unas bolas chinas, de esas que das vueltas en las manos para relajarte, y un coche de cerámica. Yo cociné unos pimientos rellenos de bacalao, pero se me olvidó pelarlos. Estaban asquerosos, no hacíamos más que sacarnos pieles de la boca. El día de Navidad no salimos de la cama. A la mañana siguiente nos dimos cuenta de que nos habían tocado cien euros en la lotería. Imagino que eso es el amor. Debía serlo.

Ahora, mi Nochebuena soñada es una en la que únicamente estamos tú y yo. Y tú no estás en el vientre de una vasija de barro, como dice la canción esa que tanto te gustaba. Eres aún persona. Eres el personaje que recuerdo. Mi padre.

Son las siete de la tarde y estás en tu casa, leyendo a Ovidio o algo así, dispuesto a pasar una Nochebuena más solo que una rata, comiendo un trozo de queso con pan y con tu jarra de cerveza.

De repente llaman a la puerta. Soy yo, una «yo buena», que

ha venido por sorpresa desde Madrid. Aparezco además con tu perra Lúa atada con una correa. Al principio te quedas estupefacto, no reaccionas.

—Pero, hombre, di algo.

—Qué alegría. Menuda sorpresa. Aún no puedo creerlo —me dices tartamudeando un poco—. ¿Qué haces tú aquí? ¿Y esta perra?

—¿Cómo que «esta perra»...? —exclamo—. Pero ¿no ves que es Lúa?

—Lúa murió hace cinco años.

—No, hombre, no, qué va a morir. ¿No ves que está aquí? Llámala. Ya verás como te atiende.

—No sé. ¿No será un sueño todo esto? Es algo raro...

—Pues ya ves que no —respondo—. Voy a hacer la cena, que casi no tengo tiempo. No conseguí plaza para llegar antes. Todos los trenes iban completos; me he dejado una pasta en el avión. He traído la cena. Tú no te preocupes por nada.

Y me voy a la cocina con un maletín como el de Mary Poppins y empiezo a sacar de todo: ostras, percebes, un centollo, un cochinillo entero asado que viene con una manzana en la boca, varias botellas de champán y vino, y un enorme pastel.

—Pero ¿y todo esto? —preguntas asombrado.

—Para una Navidad que pasamos juntos...

Comienzo a prepararlo todo y de fondo, desde la cocina, se escuchan los villancicos antiguos que has puesto en el tocadiscos, creo que es Frank Sinatra o Nat King Cole, algo así.

Mientras tanto, el fantasma de Lúa y tu gata se pelean y montan bastante follón.

—Es que Lluvia ya no reconoce a la perra, como murió hace ya tiempo, a pesar de lo que dices...

—Bueno —digo yo—, déjala que se acostumbre.

Y llamas por teléfono a Eugenia y le cuentas la sorpresa que te he dado, lo contento que estás, y que «fíjate tú que ha venido desde Madrid y ha dejado a sus hijos en Nochebuena para pasar la noche conmigo, conmigo», repite. «No me lo esperaba para nada. Para nada. Y para más inri, ha aparecido con Lúa. No me preguntes

cómo, pero aquí está. Preciosa. Sí, ya sé que está muerta, pero es ella y ahora está vivísima. No doy crédito, Uge...».

Yo estoy en la cocina y te siento merodear por la casa, oigo tus pasos inquietos por el pasillo.

—¿Hago algo? ¿De verdad que no quieres que haga nada? —preguntas.

—No, de verdad. Ya está todo encarrilado. Cenamos en media hora. Ve abriendo el vino. O mejor aún, el champán, ¿no? ¿A ti te gusta durante o después de la comida? Yo lo prefiero antes o con la comida. Podemos dejar el vino para luego, para el queso y la tarta.

Y te quedas parado mirándome con los ojos un poco empañados.

—Es que aún no me creo que estés aquí, Sibiloncia, y encima con Lúa. Te juro que no doy crédito. Ya lo dice el refrán: «Dios aprieta, pero no ahoga».

Tú no decías eso. Tú decías: «Dios aprieta, pero no suelta».

—Anda, anda, que me estás distrayendo, y a este paso no cenamos. Ve a poner la mesa. ¿Tienes algún mantel decente?

Y antes de cenar llamamos a los niños, que te desean feliz Navidad también. «Vaya sorpresa, ¿eh?», te dicen. «Y tanto —respondes tú—, ¿sabéis que además me ha traído a la perra? ¿Vosotros sabéis de dónde la ha sacado? —preguntas en voz baja —. La perra murió. No sé de dónde habrá sacado la bruja de vuestra madre a esta perra».

Y llega la hora de cenar y nos lo vamos comiendo todo, sin prisa pero sin pausa.

—Nos estamos poniendo ciegos, Sibiloncia.

—Como debe ser —responde la «yo buena»—. ¿Qué te parece si abrimos otra botella de champán? Por cierto..., una cosa que te voy a preguntar. Es algo que nunca te he preguntado. Cuando mueras, ¿qué quieres que haga con tus cenizas?

—No me pienso morir por ahora. ¿Por qué me preguntas eso? Manda cojones, y en Nochebuena...

—Pues por si acaso.

—Me trae sin cuidado —respondes—. Donde te venga bien y te dé la gana. Por mí como si se operan... las cenizas.

—¿Podrías ser más concreto?

—Pues la verdad es que no sé qué decirte, Sibiloncia.

—¿Querrías estar con tu madre en el cementerio de San Amaro?

—No, no allí no. Qué espanto. No sé, tírame por ahí, donde te parezca a ti bien. Al mar no.

—¿Y con tus libros qué quieres hacer?

—¿Cómo que qué quiero hacer? Los libros vienen conmigo, solo jodería...

—Eso no puede ser —respondes.

—Apáñatelas como puedas, tú que eres mujer de infinitas habilidades.

—Si te empeñas..., pero no sé cómo lo voy a hacer.

—Dios proveerá —dices.

Seguimos cenando. Hablamos como siempre de libros, de lo que yo estoy leyendo, de lo que lees tú, de películas, de política, de lo que estoy escribiendo, del viaje que hice a Egipto, de la gente que pasa sola la Nochebuena. Recuerdas la película *Plácido*, de Berlanga, donde cada familia invita a un pobre a la cena de Navidad. Nos reímos.

—¿Puedo pedirte una cosa? —pregunto—. ¿Me podrías contar el cuento de *El Horla* como hacías cuando era pequeña?

—No sé si me voy a acordar de cómo lo hacía entonces, pero lo intentaré. ¿Y eso?

—No sé..., por nada. Me apetece —contesto.

De pronto, cuando acabas de contar el cuento, que es como lo recordaba, te sientes cansado.

—Tengo «el muñeco» fatal con tantas emociones —dices.

—No te preocupes, descansa, que yo recojo.

Al rato regreso de la cocina y te encuentro casi dormido en el sofá. Lúa descansa tranquila hecha un ovillo a tus pies.

—¿Te estás durmiendo?

—Estoy pensando un momentito. O ponemos la tele un rato o me temo que me voy a tener que ir al tálamo.

Entonces encendemos la tele. Justo acaba de empezar *Qué bello es vivir*.

—¿La vemos? La hemos visto ya tantas veces... —digo yo.

—Si quieres —respondes—, desde luego es muy bonita, muy propia para la Nochebuena.

A los pocos minutos llaman al timbre. Voy a abrir.

—Manuel —le dices—. Han llegado las alumnas. Te las he pasado a la habitación. Tú da la clase tranquilo que yo me quedo aquí viendo la peli.

—Pero ¿de qué alumnas me hablas? Ya casi no tengo clases, es Nochebuena y son las dos de la mañana...

—Pues de tus alumnas: Claudia Schiffer y Ana Belén. Han llegado las dos juntas. Vienen muy guapas, vestidas de fiesta. Ya verás cuando las veas. Han dicho que te esperan en el cuarto..., que vienen a satisfacer tus deseos animales. También han traído champán, ¿os llevo una cubitera?

—Pero ¿esto qué es?

—Pues, chico, qué quieres que te diga. Ya quisieran muchos, y más a tu edad.

—No, no, desde luego. Tienes más razón que una santa. Pues voy a entrar con estas dos señoras y luego vemos lo que hacemos, si sigo vivo, claro. ¿Tú crees que podría fumar un pitillo? Lo dejé hace veinte años, pero es que estoy algo nervioso.

—Fuma, hombre, fuma. Fuma lo que te dé la gana.

Pasas dos horas en tu habitación con Ana Belén y Claudia, hasta que de nuevo llaman al timbre. Voy de nuevo a abrir. Alguien que viene embozado me entrega en mano un sobre con tu nombre pulcramente caligrafiado: «Manuel».

—Esto es para Manuel —dice—. Perdonen las horas, me han dicho que es urgente.

—Manuel. —Te toco en la puerta—. Ve despidiendo a las chicas que han traído una carta y parece importante. Sospecho que la noche aún no ha terminado.

Efectivamente, despides a Ana Belén y Claudia, que se van bajando los cuatro pisos bastante trabajosamente con los tacones.

—*Thanks a lot, ladies. It was a lovely evening* —les dices en inglés.

Pareces ya muy cansado. Te tiendo el sobre.

«Soy Borges. Te espero en el bar Enrique para hablar de espejos, de laberintos, de la pesadilla y del sueño, de poesía y literatura. Ven con mis libros».

Me miras con horror.

—Francamente, después de haber cumplido con estas dos señoras, de haberlas conocido en el término bíblico de la palabra, yo creo que no puedo con Borges, Sibiloncia. Ahora ponerme a hablar de esto..., pues no. ¿Por quién me tomas?

—Yo pensaba que le admirabas muchísimo. Que te encantaría conocerle.

—Me encanta leerle, no sé si conocerle... Pero ir ahora hasta el Enrique, que por cierto ya no existe, a ponerme a hablar de laberintos y espejos..., francamente... ¿Y cómo es que ha venido Borges, que además murió hace años, desde Buenos Aires?

—Le ha traído su mujer, María Kodama.

—Ah, pero ¿seguirá ciego? ¿O también ve?

—Creo que sigue ciego. Eso no lo pude arreglar.

—Por cierto, me podrías haber traído a Stevenson o Dickens, que no son de tanta enjundia...

—Es que de otros siglos salía mucho más caro y me acaban de despedir. Por cierto, Manuel, cambiando de tema. Mientras estabas con las chicas me he estado haciendo la cama en la habitación pequeña para quedarme a dormir aquí. No sabía que tuvieras tanto dinero escondido debajo del colchón.

—¿De qué dinero me hablas?

—No te hagas el loco, que tienes lo menos un millón de euros ahí. Invítate a algo, ¿no? ¿De dónde has sacado todo eso?

—No sé. Lo he debido de robar por ahí —dices ya desconcertado—. Coge lo que quieras. Por cierto, Sibiloncia, ¿es que voy a palmarla? ¿Por eso me has preparado todo esto?

—Un poco sí. Creo que sí. Pero hoy no. Nos han dicho que te quedan cuarenta días. Casi siempre aciertan.

—Obviamente, siempre aciertan. Pues con esta Nochebuena que me has preparado vamos a ver si llego a mañana.

—Es mi regalo de Navidad. Como no nos regalamos nunca nada he decidido tirar la casa por la ventana con esto de la muerte

—te digo—. ¿Tú tienes algo para mí?

—Tengo, tengo. Pero no puedes abrirlo hasta mañana.

Entonces sacas de un cajón un pequeño bloc de notas como los que usabas para anotar las películas. En la cubierta pone: «Lo que sé de Sibiloncia».

—Joder, yo me curro todo esto, ¿y tú solo tienes un bloc de notas? Vaya cutrez de regalo. Visto lo visto, sí, me parece que voy a coger algún dinero del colchón... Dame el bloc. Quiero leer ahora lo que has puesto.

—Ahora no. Te he dicho que cuando me muera, Sibila. Ahora me da vergüenza.

—Pero si iba a ser el regalo de Navidad...

—Ya, pero como me has dicho que voy a caer en breve en manos de la parca, me viene mejor así. Ya mato dos pájaros de un tiro.

—Bueno, ya no hay tiempo de dormir, se nos ha ido un poco el santo al cielo. Yo me voy a duchar —te digo—. A las siete nos sale el avión y quedan solo un par de horas.

—¿El avión a dónde? —preguntas asustado—. ¿Nos vamos a Madrid?

—No, a Madrid, no. Vas a conocer Nueva York, es la última parte del regalo. He planificado un montón de actividades. Luego te cuento en el taxi... Hay una parte que será como la peli de Scorsese, como *Jo, ¡qué noche!*, una aventura nocturna por el Soho. Luego he reservado un coche de caballos al amanecer en Central Park, como en *Manhattan*. Por la tarde iremos al Metropolitan a ver *Las bodas de Fígaro*... Te va a encantar todo. ¿Tienes zapatillas de deporte?

—No, no, yo no voy a Nueva York, vive Dios que no voy. Estoy muy cansado, monísima. Quiero irme ya a la cama. ¿No te das cuenta del estado en el que estoy? Y, por cierto, ¿de qué se supone que voy a palmar?

—No nos lo comentaron, siempre dejan algo al azar.

—Ah, sí, claro..., el azar. Es dificilísimo escapar del azar.

Me meto en la ducha haciendo oídos sordos a tu negativa de seguir con nuestra Navidad soñada. Cuando salgo del cuarto de

baño, ya no estás. Te has esfumado. Has escapado de mí. Te busco por la casa, pero no te encuentro por ningún lado. La perra tampoco está. Igual es que ya te has muerto y has desaparecido..., pero ¿tan rápido? Me dijeron cuarenta días...

Los restos de nuestra comilona y los platos sucios aún reposan en la cocina. Tu cama, en la que te has acostado con Claudia Schiffer y Ana Belén, continúa aún revuelta. La botella de champán, vacía en la mesilla, con las tres copas.

«Lo que sé de Sibiloncia», la libretita que me has dejado de regalo, está sobre la mesa del salón. La abro y está en blanco. No hay nada escrito en ella.

También hay una carta...

62

Querida Sibiloncia, nunca te envié esta carta, pero tú la encontrarás cuando ya no esté

Querida Sibiloncia:

Cuando leas esta carta supongo que ya estarás de vuelta de un maravilloso viaje. Seguro que lo ha sido. No conozco a nadie que haya estado en Sicilia. No tengo referencias cercanas. Lo que se me vino a la cabeza fue la segunda parte de El Padrino. *En fin, ya me contarás. Además, como diría Barbara Cartland a su nieta Lady Di, lo importante no es el lugar, sino con quién se comparte.*

Y una vez dicha la gilipollez de rigor, sigo con la cartita esperando, si no despertar tu interés, al menos no aburrirte.

Me he alegrado mucho cuando dijiste que iban a venir los niños. Hace muchos meses que no los veo y ya va faltando poco para que sus viajes a Marineda sean con sus novias. Si vienen.

La última vez que vinieron nos movimos mucho y lo pasamos muy bien, sobre todo en el Marineda City, un centro comercial enorme que hay a las afueras de la ciudad.

Esos días vi por primera vez en mi vida, a mis sesenta y cuatro años de edad, o sea, en el inicio de mi decrepitud, un partido de fútbol de principio a fin. Y con pasmo vi a Yago subido a una silla gritando «vendido» al árbitro. Cuando se los devolví a tu madre creo que estaba en estado de shock, *aunque fue muy divertido. Me quedó muy buen sabor de boca y cierta nostalgia cuando se fueron.*

Paso al asunto que me ha llevado a coger el recado de escribir y ponerme a ello.

En estos últimos años mi vida de casi misántropo (sobre todo ahora que casi no tengo trabajo) ha hecho que mi capacidad, digamos, lingüística esté bastante mermada. Ya sabes: órgano que no se utiliza, se atrofia. Y me pareció, o más bien intuí, que cuando mencioné el asunto del dinero relacionado con los niños no supe hacerme entender del todo.

Cuando estuvieron aquí la penúltima vez pagaron las cosas de su bolsillo. Me sentí muy mal. Muy avergonzado. Me pareció impúdico que se dieran cuenta de la situación en la que estaba. Los mantuve Marineda para arriba Marineda para abajo. Se aburrieron a más no poder. La última vez me las arreglé para proceder de forma distinta. No quería que se me cayese la cara de vergüenza por pobre. Yo creo que estuvieron muy bien e incluso se divirtieron.

Te ruego que intentes entender (no compartir) lo que digo. Podría, desde luego, explicarte mi aparentemente extraña razón para, por el momento, no ir a Madrid. Pero, como dice el chiste, ahora estamos a setas, no a Rolex.

Además, como estás viendo, cuando me pongo a escribir sufro cierta incontinencia.

A mediados de julio presentaré los papeles para la pensión. A pesar de lo que me dice mi asistente social, según se acerca la fecha me voy poniendo más y más nervioso. Espero que todo salga bien. Quién me iba a decir que iba a estar deseando cumplir sesenta y cinco años.

De nuevo te doy las gracias por tu ayuda, que para mí es vital, con ese dinero pago los recibos y con las poquísimas clases que tengo como y compro las medicinas. Por supuesto, sin permitirme el más mínimo lujo, como por ejemplo comprarme el periódico.

Nada más. Ya te he robado mucho tiempo. Pasado mañana es tu cumpleaños. Seguro que lo pasas muy bien. Dentro de unos días llamaré a tu madre para organizarnos con los niños.

Procura hacer todo lo que esté en tu mano para que Esperanza Aguirre no consiga la mayoría absoluta.

Muchos besos.

Manuel

Marineda, 31 de abril de 2015

63

La sal

El último fin de semana que vi a mi padre con vida él andaba ya medio ido, quizás porque el cáncer le estaba afectando a la cabeza, o puede también que a causa de las medicinas cada vez más fuertes que le daban. Nadie nos explicaba demasiado, así que era un poco difícil conocer su estado real. Le dolía mucho la espalda y le estaban poniendo morfina.

«El cáncer ya me ha tocado el hueso», recuerdo que decía.

Manuel esperaba aquel viernes mi llegada de Madrid con angustia, como si no fuera a aparecer nunca, como si no acabara de creerse que iría a verle. Cuando le llamé desde casa de mi madre para decirle que ya estaba en Marineda, le encontré muy alterado. Parecía obsesionado con conseguir sal. Me insistió mucho en que al día siguiente le llevara el periódico al hospital, pero sobre todo sal.

Le pregunté para qué la quería y me dijo que la comida de allí estaba siempre sosa, que por eso necesitaba la sal. Que era muy importante.

Cuando al día siguiente llegué a verle, no tardó ni dos minutos en preguntarme:

—¿Me has traído la sal? ¿Y la sal?

Y yo le tendí un sobre que mi madre me había dado con un poco de sal. Lo miró decepcionado.

—¿Solo esto? ¿Esto es todo lo que me has traído?

—No te preocupes, que mañana te traeré más.

Al día siguiente le volví a llevar otro sobre de sal, que él

guardó cuidadosamente doblado en uno de los cajones de su habitación.

Al tercero se me olvidó llevarle más y luego ya me fui. Regresé a casa, a Madrid.

La noche en la que murió, diez días después, tuve que recoger sus cosas precipitadamente. Aunque su cuerpo seguía en la cama y nadie había venido aún a buscarle, las enfermeras me pidieron que fuera recogiéndolo todo. La habitación tenía que quedar libre inmediatamente para el siguiente enfermo.

Hay algo sobrecogedor en ponerse en movimiento cuando tu padre acaba de morir y estás sola en una habitación de hospital en medio de la madrugada. Después de vivir algo así no se pueden hacer cosas normales. Uno debería quedarse sencillamente en una especie de meditación, digiriendo la tragedia. El rastro de la muerte aún estaba en aquella habitación, su estela era tan pesada como un gas que te dejara petrificado.

Sentía como si me hubiera comido una boa constrictor y la boa me estuviera royendo las entrañas. No me podía mover. Desde luego, no era momento para andar haciendo maletas.

Manipular las cosas que fueron tan suyas y que, de repente, ya no eran de nadie y por lo tanto ya nada significaban, fue como una cuchillada. Cosas que habían dejado de tener dueño y estaban ahí, rodeando a un muerto que ya nada sabía de ellas ni le importaban. Se convirtieron en objetos vacíos y flotantes.

Pero no había más remedio. En la penumbra de la habitación empecé entonces a recogerlo todo: la bata, las zapatillas, la radio, sus gafas, los seis o siete libros que andaban desperdigados por ahí, su cartera... Una de las enfermeras me ayudaba para que fuera más rápido, para que vaciara cajones y armarios cuanto antes y me largara de allí con todo.

El enfermo que compartía habitación con mi padre y que se quejaba tanto apenas unas horas antes no emitía ni un sonido. Debió de pensar que no estaba el horno para bollos y permanecía callado entre todo aquel trajín, seguramente despierto, escuchando

tras la cortina echada cómo era aquello de la muerte, quizás pensando en que él sería el siguiente. Eso me trajo a la memoria cuando tuve a mi primer hijo, que, en medio de la larguísima espera, dilatando de madrugada en el paritorio, escuchaba, sola y muerta de miedo, cómo nacían otros niños en los otros paritorios, les oía llorar. La siguiente soy yo, pensaba, ahora me tocará a mí, el próximo llanto será el de mi niño al nacer.

Algo así pudo pensar él también: «Así pasa la muerte. El siguiente seré yo».

Cuando ya estaba a punto de marcharme con las cosas, la enfermera abrió el último cajón que quedaba por revisar y de pronto vi que sostenía en las manos algo pequeño. Era un salero.

—Y con esta sal, ¿qué hacemos? —me preguntó—. ¿La quieres llevar o la tiramos?

EPÍLOGO

UN PADRE ES UN ÁRBOL

Finalmente te dejamos al pie de una higuera, bajo el sol abrasador de comienzos de julio. De todos los lugares en los que habías estado, de todos los recorridos, de todos los que para ti significaron algo, el jardín asilvestrado en el que por fin reposas sería, seguramente, el último sitio en el que se te hubiera ocurrido quedarte. Ni Gales ni Inglaterra ni Budapest ni Marineda ni Madrid...Velilla de San Antonio. Esa es tu morada final, como tú hubieras dicho, la que jamás hubieras imaginado.

«Se es de donde a uno le han dado el primer beso», decías.

¿Y de dónde se es cuando ya no eres?

Se es de donde nunca se ha estado, eso seguro.

Previsiblemente tendrás una vida vegetal. Tus cenizas se convertirán en abono para la higuera y de ella brotarán higos que a veces se comerán y otras serán picoteados por los pájaros antes de pudrirse en el suelo. Esos pájaros se posarán de vez en cuando sobre las ramas y piarán. Sonará a algo parecido a lo que en su día fue la música para ti. La lluvia fresca te mojará cuando caiga de tanto en tanto, cada vez con menos frecuencia. Empapará la tierra con la que ya te mezclas. Eso es lo único que sé con certeza, que te vas a mojar. Que la tierra olerá a mojado. Que tú serás tierra mojada.

Pero antes de que eso pase aún quedan cosas que hacer. Nada es tan sencillo. Si ya es complicado pasar de persona a cenizas, no lo

es menos pasar de cenizas a árbol.

Tus nietos cavan un hoyo con ayuda de una pala que les han dejado los vecinos del chalé de al lado. Mientras les observo, reconozco en esa actividad un gesto ancestral y primitivo. Es como si mis hijos representaran a todos los descendientes del mundo. Es el peso de la sangre. Es la Edad Media. Es la una del mediodía. Es incomprensible y doloroso. Es domingo.

El silencio y la luz del sol caen a plomo sobre las cabezas de tus nietos, que se afanan en su nueva tarea agrícola. Es necesario llevar gorro para realizar las labores de cultivo en verano. También para esto. Esto es difícil. También es triste. El sol a veces es cruel. Habría sido mejor todo con lluvia; la lluvia es dulce y suave, diluye la realidad.

Tus nietos no tienen ni idea de cavar un hoyo. Son niños de ciudad que ni siquiera te querían tanto como para encargarse de esto. Tienes suerte de muerto, mucha más que la que tuviste en vida. Eso debería darte que pensar. O, al menos, deberías dar las gracias. Pero como siempre, no lo harás. Mirarás para otro lado.

Tus nietos, esos que no sabías ni cómo se apellidaban, cogen la pala con la expectación y curiosidad de algo que se hace por primera vez. Piden agua. Discuten sobre cómo hacerlo. Así no, así sí... Son aún demasiado jóvenes para saber que este momento lo recordarán después toda la vida, se lo contarán seguramente a sus hijos y nietos.

Yo pienso en otros tiempos, en otros hoyos, cuando en la orilla del mar, de pequeños, cavaban en la arena durante horas para hacer castillos con las cabezas gachas y concentrados, como ahora.

—Ya está —dicen orgullosos mirando el agujero con los brazos en jarras, resoplando—. Lo hemos conseguido. ¿Está bien así de profundo? —le preguntan a D., que, como siempre, está allí con nosotros.

Antes, preparamos el atrezo para realizar una breve ceremonia de despedida. Sobre una mesa en el jardín, delante de la urna, coloco un pequeño cuadro con una caricatura tuya que cogí de tu casa y un jarrón con claveles rojos. Eugenia te pone una

botella de cerveza y un abridor.

Te leemos unos poemas que no escuchas, pero parece que sí. Te decimos las cosas sentidas y emotivas que nunca te dijimos a la cara. Hay, sin embargo, cierta contención. Te mereces una buena despedida, un adiós emotivo, pero no tanto.

—A él no le gustaba ser protagonista —dice Eugenia.

Quién lo diría, pienso yo.

Las cenizas van dentro de una bolsa de tela. Establecemos que cada uno echará unas pocas al hoyo.

La primera en hacerlo soy yo, la mala hija, la hija mala que ha decidido que reposes en ese secarral de Madrid, tan lejos de tu tierra. Hasta el último minuto he dudado sobre si el lugar elegido es el correcto. Me castigo también por eso. Siempre me quedará la duda. Me imagino ya desenterrando tus cenizas y llevándomelas a otro lado.

—Son blancas —digo con perplejidad al abrir la bolsa—. Pensé que las cenizas eran negras.

—Son blancas por los huesos —dice Eugenia—, es por los huesos machacados.

—Es verdad —digo—, los esqueletos son blancos, se me había olvidado.

Cojo esas cenizas blancas tan raras con la mano y dejo que vayan cayendo en la tierra. Tú te me escurres entre los dedos, como te me escurriste en vida. Tus cenizas me recuerdan a arena de gato. Después, paso la urna al resto, para que todos echen un poco en el hoyo. Sobran algunas. La urna vuelve a mí de nuevo. Hay más. Hay otra ronda para repetir. Son dos turnos.

Es necesario rascar un poco para sacar todas las cenizas de la urna. Se aglutinan formando una especie de pelotas. Bolas de cenizas. Bolas de padre. Antes de ser un árbol y un higo, tienes forma de pelota de ping-pong. Es el ciclo de la vida.

—Es de la humedad —dice Eugenia—, por haber estado tanto tiempo guardadas en Marineda. Han cogido humedad. Teníamos que haberlas puesto un poco al sol.

Acabamos. Ahora toca tapar el hoyo. Lo hacemos de idéntica manera, por turnos. Cada uno coge la tierra con la pala y la va

echando sobre las cenizas blancas hasta que el suelo se ve negro otra vez. Allí no ha pasado nada. Lo que pasa en Bajo Tierra se queda en Bajo Tierra. Bajo Tierra guardará el secreto de lo que suceda a partir ahora.

Dejo un clavel rojo en el lugar de los hechos. La que fue tu mujer arranca un par de higos del árbol y los deja al lado del clavel.

También echa un botellín de cerveza sobre lo que fue el hoyo, mojando los higos y el clavel. Que corra el alcohol.

—Nos habíamos olvidado de darle su cerveza —dice.

Todos nos lavamos las manos. Alguna parte de ti se va por el desagüe, mejor pensar que la mala.

Después te ponemos algunas canciones que te gustaban, como «Rascayú, cuando mueras que harás tú». Tus seres queridos bebemos unas cervezas, unos refrescos, comemos patatas fritas y ganchitos de queso mientras miramos de cuando en cuando a la higuera. Es la hora del vermú. Tú te conviertes en un árbol en la imaginación de todos.

Antes de irnos a comer a un restaurante cercano, saco con el móvil una foto al árbol. Me acerco a la higuera y arranco un pequeño ramillete de flores. Las meto en el libro de poemas de Kavafis, justo en la página donde está la poesía que te hemos leído.

El libro, que tú me regalaste hace muchos años, tiene a la vez una cita escrita por ti, a modo de dedicatoria.

Tu nieto mayor eligió sin saberlo esa misma cita de *El Quijote* para despedirte hoy.

Todo queda resumido y contenido en un libro, como a ti te hubiera gustado.

Antes de irnos, yo, la mala hija, pongo la mano sobre la tierra removida donde reposan tus cenizas y te digo en voz baja:

«Si existes, cógeme la mano».

Fue una buena despedida para los que estábamos vivos.

La sal
Sibila Freijo

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene
el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa
de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Mrs / Moments/ Getty

© Sibila Freijo, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2023

ISBN: 978-84-670-6930-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!